HISTORIA general de MEXICO

1



OLEGIO DE MEXICO

HISTORIA GENERAL DE MÉXICO





Obra preparada por el
Centro de Estudios Históricos

Daniel Cosío Villegas, coordinador (El Colegio de México)
Ignacio Bernal (Instituto Nacional de Antropología e Historia)
Pedro Carrasco (State University of New York at Stony Brook)
Lilia Díaz (El Colegio de México)
Enrique Florescano (Instituto Nacional de Antropología e Historia)
Bernardo García Martínez (El Colegio de México)
Luis González (El Colegio de México)
Andrés Lira (El Colegio de México)
José Luis Lorenzo (Instituto Nacional de Antropología e Historia)
Jorge Alberto Manrique (Universidad Nacional Autónoma de México)
José Luis Martínez (Academia Mexicana de la Lengua)
Lorenzo Meyer (El Colegio de México)
Carlos Monsiváis (Instituto Nacional de Antropología e Historia)
Alejandra Moreno Toscano (El Colegio de México)
Luis Muro (El Colegio de México)
Berta Ulloa (El Colegio de México)
Susana Uribe (†) (El Colegio de México)
Josefina Zoraida Vázquez (El Colegio de México)
Luis Villoro (Universidad Autónoma Metropolitana)

HISTORIA GENERAL DE MEXICO

TOMO I

Bernardo García Martínez
Consideraciones corográficas

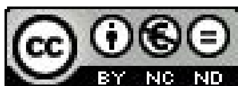
José Luis Lorenzo
Los orígenes mexicanos

Ignacio Bernal
Formación y desarrollo de Mesoamérica

Pedro Carrasco
La sociedad mexicana antes de la conquista

El Colegio de México

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Primera edición (5 000 ejemplares) 1976
Segunda edición corregida (15 000 ejemplares) 1977

Camino al Ajusco 20, México 20, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

Sumario

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Advertencia preliminar 1

BERNARDO GARCÍA MARTÍNEZ

Consideraciones corográficas 5

El México central 17
La Vertiente del Golfo 39
La Vertiente del Pacífico 48
La Vertiente del Norte 57
El Sureste 69

JOSÉ LUIS LORENZO

Los orígenes mexicanos 83

El paso de Asia a América 90
La penetración en el continente 97
México en la etapa lítica 104

IGNACIO BERNAL

Formación y desarrollo de Mesoamérica 125

El mundo olmeca 129
La época clásica 137
La época mexicana 147
Mesoamérica y su civilización 150
Supervivencias del mundo prehispánico 161

Pedro Carrasco

La sociedad mexicana antes de la conquista 165

La complejidad de Mesoamérica 168
Pueblos y tradiciones históricas 172
La agricultura 179
La organización social 186
La organización política 205
La vida económica 221
La religión 235
Dioses creadores y dioses cosmogónicos 241
Las moradas de los muertos y sus dioses 248
Los sacrificios humanos 254
El calendario 257
La organización ceremonial 281
Mesoamérica ante la conquista 286

Nota preliminar

Daniel Cosío Villegas

El interés de El Colegio de México en la historia nacional es tan viejo como El Colegio mismo. En efecto, el primer "Centro" que creó fue el de Estudios Históricos, y en él la enseñanza y la investigación se orientaron predominantemente a nuestra propia historia. Quienes fundaron y dirigieron El Colegio durante sus veinte primeros años, pensaron que cada uno de los Centros (en la actualidad de Estudios Lingüísticos y Literarios, de Estudios Internacionales, de Estudios de Asia y África del Norte, de Estudios Económicos y Demográficos y de Estudios Sociológicos) debía tener una revista propia que recogiera los trabajos de sus profesores y estudiantes, así como los de otras instituciones dedicadas al mismo campo de estudio. Por eso se creó *Historia Mexicana*, que muy pronto cumplirá sus primeros veinticinco años de vida. Más aún: El Colegio ha publicado un buen número de libros, resultado de investigaciones originales de sus profesores y estudiantes avanzados. Pues bien, el número de los de historia, y en especial de historia nacional, es claramente mayor que el de los otros Centros, tanto por ser el de Estudios Históricos el más antiguo, según se dijo ya, como por la constante actividad de sus miembros.

Desde hace algún tiempo, sin embargo, El Colegio ha buscado que algunos de sus libros de historia nacional alcancen a un público lector mucho mayor que los que han tenido sus publicaciones anteriores, por su carácter erudito. El primer paso fue la *Historia mínima de México,* libro de escasas ciento sesenta y cuatro páginas, redactado de modo especial para quien desea iniciarse en el conocimiento de nuestra historia y aquel otro que, habiendo leído tiempo atrás, quiere recordarla y tener una versión moderna de ella. Aparte de buenas cantidades de ejemplares impresos que han llegado al lector, con sus textos se hizo una *Telehistoria de México*

que fue exhibida en tres canales distintos, de modo que cabe suponer que llegó a un público aún más numeroso.

A ese mismo propósito de amplia difusión corresponde esta *Historia general de México*, destinada a un lector más maduro, pero de ninguna manera "culto" o "ilustrado". Por eso justamente se le ha llamado "general": primero, por ser completa, pues va desde la llegada del hombre al continente americano hasta nuestros días; y segundo, porque se ofrece al lector general, o sea al que no tiene una preparación especial para leerla y apreciarla.

Cada uno de los capítulos o partes de esta *Historia general* ha sido redactado por una persona que tiene un conocimiento especial del tema a ella encomendado; pero en el entendimiento de que su texto no sería en manera alguna erudito o abstruso; por el contrario, de fácil lectura y asimilación.

Esta circunstancia, añadida al buen número de participantes, planteó el problema de la inevitable diversidad, no sólo de "estilos" en su redacción, sino aun el del modo distinto de tratar la historia. Mientras unos, digamos, se inclinaban a una presentación un tanto escueta de los hechos, otros propendían más a presentar un panorama interpretativo. Un segundo problema, asimismo inevitable, surgió también. El autor de una época determinada tendía a presentar los antecedentes de esa época en la creencia de que de otro modo no se entenderían de manera cabal sus explicaciones. Se inclinaba también a trazar las consecuencias que en la época siguiente habían tenido los hechos estudiados en su propia época. Así se invadían, para atrás y hacia adelante, los límites de una época determinada, produciéndose algunas repeticiones y aun ligeras variantes en la apreciación de ciertos hechos.

Por un momento se contempló la posibilidad de que una tercera mano reescribiera estos traslapes, a fin de evitar repeticiones y aun variantes de interpretación. Además del tiempo y el esfuerzo que semejante tarea imponía, se resolvió dejar los textos como se presentaron, con la esperanza, por no decir la certidumbre, de que el valor y la originalidad de la obra no sufrirían mayor cosa.

Queda, pues, esta *Historia general de México* en manos de un lector que, hoy quizás como nunca, apetece conocer y entender nuestro pasado, entre otras cosas porque siente la necesidad de apreciar con mayor seguridad el presente y el porvenir inmediato del país.

Consideraciones corográficas



Bernardo García Martínez

La realidad humana tiene por lo menos dos dimensiones: una temporal y otra espacial. Un consenso seguramente universal asigna a la historia y los historiadores absoluta soberanía en los dominios del humano tiempo. No así sobre la dimensión espacial del hombre. Aquí, el territorio de la geografía es a menudo disputado. Las dos dimensiones deberían estar tan estrechamente unidas en el conocimiento como lo están en la realidad; por eso, algún día debiera la historia conquistar ese territorio de la dimensión espacial. La historia ha probado ya su capacidad de objetividad sin rechazar por eso la subjetividad. La geografía, objetiva como ha sido siempre, raras veces se ha afrontado subjetivamente. Si esto se lograra a menudo, y se lograra bien, razón de más para proponerse no separar nunca más el tiempo del espacio. Las páginas que siguen y que describen la realidad geográfica de México en el momento actual son objetivas pero también subjetivas. En esta subjetividad está su mayor nexo con el resto del contenido de este libro. No deben, pues, tomarse ni como introducción ni como conclusión. El conocimiento que se desprenda de ellas debería estar incorporado, fundido, íntegro, en el material histórico. Es la imperfección de nuestro conocimiento actual de lo humano y de nuestra técnica científica lo que nos obliga a dejarlo aquí de lado, simplemente aparte.

Reúnen estos capítulos diversas impresiones surgidas más que nada del íntimo contacto con la geografía mexicana. A lo largo del recorrido que las describe y comenta se percibirán muchos altibajos: algunas regiones motivarán temas de reflexión; otras serán pasadas casi de largo. Hubiera sido imposible en tan poco espacio dar lugar a todas las reflexiones sobre el hombre o la historia que cada palmo de terreno puede hacer surgir. Pero no se entienda que en la mayor o menor atención que reciba una región cualquiera va implí-

cita una alusión a su importancia o su extensión. Se trata de algo meramente circunstancial y de que ha parecido preferible este tratamiento matizado que no el extender una luz pálida uniforme sobre todo el conjunto.

Se han incluido un par de mapas con sólo los trazos más esenciales, especialmente para ilustrar la delimitación de las regiones. Será necesario tener siempre un mapa cualquiera más completo a la vista si se quiere llegar, con ayuda de estas páginas, a comprender la geografía mexicana.

Suponía Aristóteles que todas las tierras eran más calientes conforme estaban más cerca del Ecuador, y tanto que llegaban a estar totalmente calcinadas e inhabitadas. Fueron necesarios los viajes de exploración por el mundo en los siglos XV y XVI para demostrar que no era así, sino que el clima de un lugar depende también de muchos otros factores. En las tierras que, como la mayor parte de México, se hallan comprendidas dentro de una latitud tropical, el elemento fundamental es la elevación sobre el nivel del mar. Los primeros europeos que vinieron a América percibieron el fenómeno, si bien no pudieron dar una explicación muy convincente. Acosta, historiador, geógrafo y naturalista, decía que "si preguntamos agora por qué los llanos de la costa en el Pirú y en Nueva España es tierra caliente y los llanos de las sierras del mismo Pirú y Nueva España es tierra fría, por cierto que no veo qué otra razón pueda darse, sino porque los unos llanos son de tierra baja y los otros de tierra alta". Lo que sí no podía dudarse es que el hecho era evidente. En observar la gran variedad de climas que encerraba el territorio mexicano coincidieron casi todos los viajeros europeos hasta el siglo XIX. Desde las tierras más calientes hasta las nieves eternas, toda la gama de climas impresionaba a estos hombres venidos de tierras menos heterogéneas. Leyendo sus observaciones parece como si la geografía mexicana estuviera hecha a base de climas, del mismo modo que a uno se le puede ocurrir pensar que la de Suiza está hecha a base de montañas y la de la cuenca amazónica a base de ríos.

Concebir una geografía hecha a base de climas puede parecer algo meramente simbólico. Pero la geografía de un país está, de cualquier modo, determinada por una serie de elementos que

interactúan entre sí: las montañas, por ejemplo, señalan vertientes y marcan el curso de los ríos, al tiempo que las corrientes de agua, con el paso de los siglos, van modelando el relieve, modelamiento que es más fácil o más difícil según el tipo de suelo, la vegetación predominante, la pendiente del cauce y mil otros factores. Así pues, puede suceder que algunos de los elementos de la geografía estén en una situación más sólida que otros frente a la acción de los demás: los suelos calizos, digamos, son precarios y la acción del agua los destruye fácilmente. Aquí cabe justificar nuestra consideración sobre el clima. Éste, que esencialmente depende de la temperatura, los vientos, la humedad y la presión atmosférica, es un elemento muy precario en las zonas tropicales de nuestro planeta. El clima de cualquier región tropical, que por la naturaleza de la latitud tendería a ser cálido, se ve afectado por su elevación, por su distancia del mar, por su orientación, su vegetación, la dirección de los vientos y otros factores, al grado de llegar a transformarse totalmente. Con dificultad se afectaría de modo tan profundo el clima de una latitud extratropical.

Pues bien, la mayor parte de México está dentro de la zona tórrida, y es un país cuyos puntos están a alturas diferentes, a muy variadas distancias del mar, orientados de muy distintos modos, poblados de diferente vegetación y sometidos a vientos procedentes de diversas direcciones (alisios, contraalisios y perturbaciones ciclónicas). Todos los elementos de la geografía dejan, pues, su huella en el clima, y la combinación de todos hace de México un mosaico de climas. Regiones vecinas pueden tener climas opuestos.

La cuestión del clima nos lleva a la geografía humana. De todos los factores que modifican nuestro clima, el más importante es la altitud. La clasificación tradicional de las tierras mexicanas las divide en calientes, templadas y frías, adecuando la división a los grados de elevación y temperatura que hay de la costa al altiplano, y esta clasificación tiene inclusive su lugar en la cultura popular. Habrá muchísimos mexicanos que no tengan idea de la configuración de su país ni de su orografía u otras características físicas, ni tengan siquiera una idea clara de la situación de su terruño dentro del conjunto nacional. En cambio, es del domino de una mayoría que hay una tierra fría y otra caliente, y es el camino hacia arriba o hacia abajo el que lleva

a una u otra. Pueden encontrarse alusiones a esta realidad, a esta combinación de climas y alturas presente en la mayor parte de México, en el habla cotidiana, por ejemplo, a propósito de la procedencia de los frutos. Todo aquel que ha tenido contacto con el campo ha percibido esa necesidad de comparar las tierras donde un fruto "se da" y donde "no se da". "Más arriba ya no hay naranjas, pero hay duraznos", podría ser el resumen de la descripción popular de un paisaje rural mexicano. El habitante del México tropical tiene así una conciencia geográfica: percibe, mediante la combinación clima-altura, una situación geográfica que puede identificar y comparar, aunque no la explique científicamente. La conciencia que tiene de ese juego de climas y alturas, de ese juego de tierras de diferente "temperamento", sólida en tanto que responde a su necesidad humana de ubicarse espacialmente, es su conciencia geográfica. Así, para él, la geografía de México está hecha a base de climas.

Todas estas afirmaciones tienen, sin embargo, que ceder ante realidades que las rechazan. A lo largo de las páginas anteriores hemos pensado sólo en el México central, pero dentro de las latitudes tropicales del país hay extensas zonas en que esa combinación de temperamentos geográficos no significa nada. Yucatán, por ejemplo, es una planicie bastante homogénea. Para miles de habitantes de las llanuras costeras la montaña es algo demasiado lejano. También hay cientos de comunidades aisladas en las montañas, en Oaxaca sobre todo, cuyo radio de acción no es lo suficientemente amplio para abarcar dos ámbitos diferentes; y así, pueden citarse excepciones. Por otra parte, no todo México está dentro de una latitud tropical y, en consecuencia, afectado por este tipo de fenómenos. El norte, situado por arriba del Trópico de Cáncer, se ve mucho más condicionado por la circunstancia de la latitud, sin que la altitud juegue un papel determinante, y por eso toda la geografía se matiza allí de otro modo. La complejidad de la geografía de México es evidente, aun sin salir del capítulo de los climas.

Así, pues, hay una parte de México donde la geografía ha brindado al hombre oportunidades, que éste ha aprovechado, de desarrollarse en tierras de diferente "temperamento" que se acomodan y complementan a maravilla como hombre y mujer, y permiten el intercambio espontáneo y cotidiano de hombres y productos. Asimismo, una segunda consideración lleva a admitir

que en otras partes del país el resultado es diferente, bien porque la geografía es demasiado homogénea, o porque no permite el juego de climas y alturas; o bien porque el hombre, demasiado aislado, no ha aprovechado todos los recursos que aquélla le brinda. Una tercera consideración lleva a obtener una conclusión y derivar de ella un esquema estructural de la geografía mexicana. Tal esquema permitirá distinguir y agrupar las diversas regiones de que hablaremos individualmente más adelante.

Se ha dicho que no hay uno sino muchos Méxicos. Suponiendo que fuera así, aún cabría preguntar si todos ellos, en tanto que elementos geográficos, entran en el conjunto en un plano de igualdad o no. Porque si hay algún elemento dominante, ése ha de ser el que defina una estructura fundamental. Suele decirse que en México hay una estructura geográfica de base, muy sencilla, que en algún momento se deshace. La mayoría de los geógrafos modernos ve en el corazón de México un elemento desgarrador que un buen día introdujo el caos. Un verdadero nudo de tierras y climas. Los geólogos pueden situar este complicado nudo a lo largo del paralelo 19 y llamarlo Eje volcánico. Pero para el observador terrestre esa alineación resulta muchas veces inadvertible. El Eje volcánico fue formado en la era terciaria por violenta actividad tectónica y suavizado y destruido en parte por la acción del viento, las aguas y nuevas erupciones en los tiempos subsiguientes, de modo que resulta ya muy quebrado y hasta destruido en partes, demasiado complejo para ser percibido por alguien que no sea un geógrafo. En efecto, el Eje volcánico, denominado por los científicos con infinidad de nombres (Sistema Tarasco-nahua, Eje Neovolcánico, Sierra Volcánica Transversal, etc.) no existe en el lenguaje de los hombres comunes como existe la Sierra de Puebla, el Bajío o los Altos de Chiapas. A pesar de ser un elemento estructural bien importante del territorio mexicano desde cualquier ángulo que se le mire, no existe, de hecho, como región. Ese inmenso conjunto de montañas y valles que se apoyan en ellas puede, si acaso, conceptuarse como el México propiamente dicho; o la espina dorsal del mismo, y no en balde, pues los nombres corresponden a las realidades humanas, y en ese sitio ha estado —haciendo acaso salvedad de los tiempos olmecas y prehistóricos— el corazón del país. La geografía humana no puede pasar por alto este hecho. La explicación de la naturaleza se tiene que amoldar a la perspectiva hu-

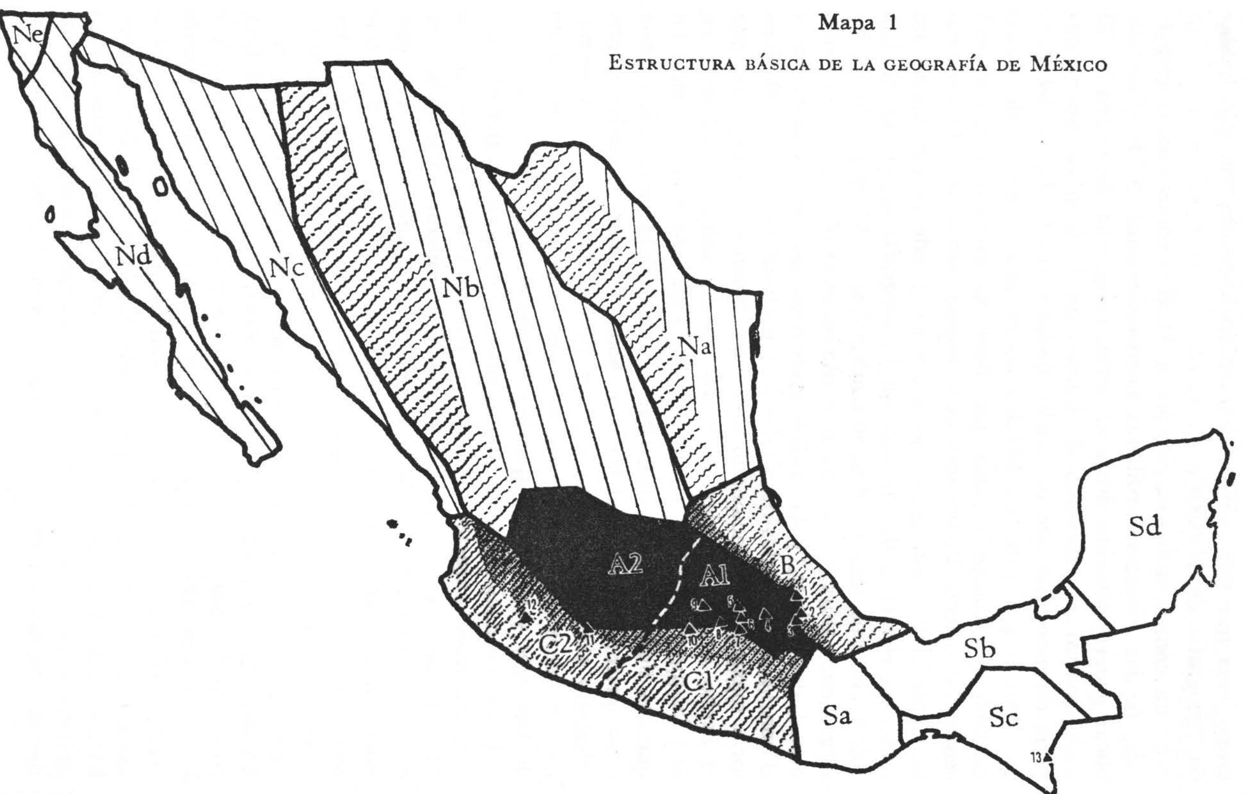
mana, cosa que por cierto se ha venido haciendo con sólo hablar de "geografía de México".

Se ha considerado casi siempre a México como una continuación de las grandes cordilleras norteamericanas. Se le suele explicar geográficamente desde el norte, como una dependencia. El nudo central es calificado de intruso en la hermosa línea continua de montañas que va desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Pero la geografía de México no es una geografía de continuación interrumpida, sino que tiene su estructura propia, su centro, su origen. Concebido como espina dorsal del México propiamente dicho, ese gran Eje ígneo no puede seguir siendo un corte, un elemento desgarrador en la geografía mexicana. El Eje volcánico pone una nota dominante sobre el México central. Su surgimiento durante la era terciaria determinó la configuración actual del relieve, y las fallas geológicas que están asociadas a él son la causa de los desniveles más profundos que tiene el territorio mexicano. Relacionado con estos fenómenos tectónicos está el hecho de la considerable elevación del altiplano. Situado en una latitud tropical, el conjunto resultó de una configuración tal que las tierras bajas y las altas se encuentran próximas unas a otras, permitiendo que el hombre, acomodado sobre ambas y privilegiado por su situación en esas tierras fértiles, ricas y variadas, realizara plenamente ese intercambio espontáneo y cotidiano de hombres y productos que hemos observado.

Esa combinación de "temperamentos", aprovechada por el hombre, es, pues, característica de la parte nuclear y medular de México. Hemos señalado el elemento dominante que define la estructura fundamental de la geografía mexicana y que nos permitirá distinguir y agrupar las regiones del país. Es claro que esta parte nuclear y medular de México tendrá que dividirse atendiendo a la realidad del Eje volcánico y las consecuencias de su surgimiento, ya que su importancia es capital. Se encuentra así un *México central,* corazón histórico y corazón geográfico, conjunto de valles y cuencas apoyados a gran altura sobre el Eje ígneo; y con dos vertientes, una a cada lado de ese conjunto central, en que se desarrollan concéntricamente, en forma escalonada, tierras templadas que bajan al Golfo y al Pacífico. Se habla aquí de vertientes no en un sentido estrictamente hidrográfico, sino atendiendo a que el concepto sugiere la idea de tierras que descienden hacia el mar. Las calificaremos como *Ver-*

Mapa 1

Estructura básica de la geografía de México



MÉXICO NUCLEAR: A-*México central:* A1-Porción de los valles centrales
A2-Porción occidental

B-*Vertiente del Golfo:*

C-*Vertiente del Pacífico:* C1-Porción oriental
C2-Porción occidental

(B y C: Vertientes vitales)

VERTIENTE DEL NORTE: Na-Noreste
Nb-Altiplano del Norte
Nc-Noroeste
Nd-Baja California
Ne-Zona de clima mediterráneo

(Na–Ne: Vertiente de expansión)

(Las áreas sombreadas con línea ondulada corresponden a la Sierra Madre Occidental, a la Oriental y a la del Sur)

SURESTE: Sa-Oaxaca
Sb-Llanuras aluviales
Sc-Mosaico chiapaneco
Sd-Yucatán

CUMBRES DE MÁS DE 3 800 M. DE ALTURA SOBRE EL NIVEL DEL MAR:

1-Cofre de Perote
2-Citlaltépetl (Pico de Orizaba)
3-Sierra Negra
4-La Malinche
5-Tláloc y Telapón
6-Iztaccíhuatl
7-Popocatépetl
8-Ajusco
9-Jocotitlán
10-Chicnauhtécatl (Nevado de Toluca)
11-Tancítaro
12-Nevado de Colima y Volcán de Fuego
13-Tacaná

tientes vitales puesto que la vida de intercambios que ha definido al conjunto no podría existir sin ellas.

Este conjunto del *México central* y sus *Vertientes vitales* tiene realidad en la geografía humana desde hace muchas centurias. Ha sido el núcleo del país, el México nuclear. La facilidad de intercambiar productos, y el disponer, dentro de un reducido espacio, de gran cantidad de ámbitos geográficos complementarios, han sido señalados como dos de los factores que más influyeron en el desarrollo de las grandes civilizaciones prehispánicas del altiplano. La expansión del estado mexica estuvo orientada fundamentalmente hacia esas tierras diferentes a su centro que producían lo que éste no producía. En la época de la Conquista el estado mexica tenía una estructura equilibrada ecológicamente, y la Colonia, al asentar su cabeza sobre la misma capital del imperio indígena, heredó esa situación. La exportación de productos tropicales de las tierras bajas, y la inmigración negra, tan íntimamente ligadas, fueron claves en la formación económica y social de ese México colonial tan identificado con el altiplano, y lo mismo debe decirse del establecimiento de las rutas marítimas. Tierras calientes, templadas y frías han seguido complementándose. Los hombres de unas tienen conciencia de la existencia de las otras porque entre ellas se han realizado durante siglos intercambios de hombres y productos.

La expansión de la sociedad colonial y la consolidación de la nación mexicana atrajeron al conjunto nacional a otras tierras diferentes. Algunas, como el Bajío o parte de las vertientes, cupieron dentro de esta estructura básica; pero otras no. Y son las que, al hacer la segunda consideración páginas arriba, se encontró que no podían acomodarse al marco geográfico original.

Las grandes extensiones al norte caen fuera del mundo tropical. Pero su situación, su orografía, su estrecha relación con las diversas regiones del México nuclear, les permitió convertirse en un área ideal de expansión. La conformación de las diversas regiones norteñas es tal, que ha abierto rutas muy claras por donde se ha volcado una población ávida de un medio geográfico aún más amplio. La realidad geográfica y la histórica se amoldaron una a otra y el resultado fue la conformación de una región de estructura tan armoniosa como la del México nuclear. En el sentido humano el *Norte* constituye una tercera *Vertiente*, ya no vital sino *de expansión*, y como tal se estudiará aquí.

Y las otras regiones tropicales, al sur y al este, por estar más o menos desligadas del Eje volcánico y del armonioso conjunto del México nuclear, tienen que considerarse también como regiones aparte. No teniendo ellas un eje común, una espina dorsal propia, y siendo en buena parte tierras en las que por una u otra razón no se puede percibir un conjunto articulado de tierras de diferente temperamento, u otro conjunto cualquiera que tenga significación geográfica, su regionalización es difícil y mayor su fragmentación.

El México central

La cumbre del Citlaltépetl, la más alta de México, nos deja ver el armazón del país. A nuestro alcance está el mundo tropical en toda su plenitud: el paisaje comprende nueve kilómetros cuadrados cubiertos de glaciares, más kilómetros de laderas nevadas, y un mundo de bosques de todo tipo, arroyos, ríos, cañadas, valles con todos los climas y productos, y zonas desérticas. Más allá se distinguen cadenas montañosas y regiones enteras. Por un lado, el altiplano; por otro, las llanuras y el mar cálido. De este lado del mar la vista casi siempre se oculta: las nubes que se originan en él y son llevadas al interior por vientos húmedos chocan contra las laderas y se vierten por los balcones del México central. Por eso la sierra y la costa son siempre muy húmedas. Del otro lado, en cambio, las nubes no pasan, a excepción de las muy altas que se van de largo y no se condensan sino muy adentro. Las laderas occidentales son secas y así son todas las tierras que están al abrigo de los vientos húmedos del Golfo en el extremo oriental del altiplano. El fenómeno se percibe aun en el lejano Valle de México, pero es particularmente notorio en la región de Puebla e Hidalgo. A veces una simple loma es seca de un lado y húmeda del otro, de modo que la mera orientación de una ladera determina el clima. Como la barrera a los vientos húmedos es frente al volcán muy grande, la zona seca tras él es extensa: comprende los Llanos de San Juan y el "Seco" o Salado poblano, cubiertos de pastizales y lagunas salobres. La atmósfera seca permite distinguir los detalles. El hombre ha buscado asentarse en las laderas más favorecidas por la humedad, que son las que miran al oriente.

Mapa 2

Regiones geográficas de México



1. El Seco o Salado poblano y Llanos de San Juan
2. Valle de Tehuacán
3. Llanos de Apan
4. Valle de Puebla
5. Valle de México
6. Valle de Toluca
7. Llanos del Cazadero o Plan de San Juan
8. Valle del Mezquital
9. Vega de Metztitlán

10. Bajío moreliano
11. Meseta tarasca
12. Bajío y cuencas adyacentes
13. Altos de Jalisco
14. Región de Aguascalientes
15. Región de Yahualica
16. Región tapatía

17. Llanura costera del Golfo
18. Región de Jalapa
19. Región de Orizaba
20. Región de las cañadas
21. Sierra de Zongolica
22. Sierra Norte de Puebla
23. Bocasierra del Norte de Puebla
24. Sierra de Hidalgo, o Huastecas hidalguense y potosina
25. Bocasierra de Hidalgo

26. Costas Chica y Grande
27. Sierra Madre del Sur, porción guerrerense
28. Valle alto del río Balsas
29. Vertiente norte del río Balsas
30. Región de Zitácuaro o del río Cutzamala y cuencas adyacentes.
31. Región morelense o de los ríos Atoyac y Nexapa y cuencas adyacentes
32. Mixteca Baja

33. Costas de Jalisco y Michoacán
34. Sierra Madre del Sur, porciones jalisciense y michoacana
35. Valles colimenses
36. Cuenca de Sayula y cuencas adyacentes
37. Tierra caliente de Michoacán
38. Región de Uruapan o del río Cupatitzio y cuencas adyacentes
39. Región de Ameca y Tepic

40. Llanura costera del Noreste y zonas adyacentes
41. Sierra Madre Oriental

42. Región de los bolsones y salados
43. Porción central del altiplano del Norte
44. Sierra Madre Occidental

45. Llanura costera del Noroeste. Porción sur o de Nayarit
46. Llanura costera del Noroeste. Porciones central y del norte, o de Sinaloa y Sonora
47. Desiertos de Sonora

48. Región de La Paz
49. Desiertos de Baja California

50. Región de Tijuana

51. Costa de Oaxaca
52. Región zapoteca
53. Mixteca Alta
54. Mixteca oriental, o Cañada de Quiotepec

55. Llanuras aluviales del Golfo
56. Lacandonia, o selva de Chiapas

57. Costa de Chiapas. Región de Tehuantepec
58. Costa de Chiapas. Región del Soconusco
59. Sierra Madre de Chiapas
60. Valles centrales de Chiapas
61. Altos de Chiapas

62. Yucatán noroccidental
63. Selvas de Yucatán y Campeche

Los límites gruesos y las letras corresponden a los componentes básicos del territorio, explicados en el mapa 1. (Las áreas sombreadas con líneas verticales corresponden, en el Norte, a zonas de riego que pueden considerarse regiones de por sí, y en el Sureste, a zonas modificadas por desecación o drenaje. Las áreas sombreadas con líneas diagonales corresponden a zonas despobladas de dudosa integración. Los círculos señalan a las tres mayores ciudades, y cada punto corresponde a una ciudad o población importante.)

Los Llanos de San Juan y el Salado poblano constituyen una cuenca interior de suelos muy fértiles pero secos. Su agricultura es muy pobre, excepto en pequeñas áreas regadas. Las adormecidas poblaciones tuvieron un cierto florecimiento cuando eran postas en el camino a Veracruz. Perote era famoso por su fuerte, muy estratégicamente situado a la entrada del altiplano y que aún se puede ver como una especie de gigantesco fantasma. Nopaluca, en el extremo más occidental y más húmedo, rodeado de campos verdes, era considerado como el "mayor y más hermoso" pueblo de la zona. Aflora en esta cuenca la naturaleza volcánica del México nuclear: extensas regiones de "malpaís", o sean lavas cortantes cubiertas de nopales que conforman uno de los terrenos más hoscos de México; cráteres de explosión o volcanes embrionarios, llamados xalapazcos (vasijas de arena) cuando no tienen agua y axalapazcos (vasijas de agua) cuando sí la tienen y dan lugar a lagos muy característicos; grietas en las montañas con emanaciones de gas. La presencia del hombre en estas tierras es un poco fantasmal, como el fuerte de Perote, y muchas veces se duda que sean reales los arrieros solitarios que se deslizan como sombras, cuando el sol está bajo, por las orillas de la laguna de Totolcingo.

Desde el Citlaltépetl aún puede verse mucho más del México central. Por ejemplo, el desarrollo del Eje volcánico, que es su espina dorsal. De su extremo, donde están el Cofre de Perote, el propio Citlaltépetl y la Sierra Negra, tuerce al occidente y serpentea entre diversos recintos geográficos hasta perderse de vista. La Malinche, el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl dan forma al Valle de Puebla, que es el segundo de esos recintos.

Este valle tiene una situación excepcional dentro del México central. Prácticamente toda esta parte medular de México está comprendida dentro del altiplano, dentro de la tradicionalmente llamada Mesa central; pero el Valle poblano no. Si atendemos a criterios orográficos o hidrográficos, el Valle es uno de tantos que se abren para verter sus aguas en la gran depresión del Balsas, semejante por su situación a los de Morelos y a otros que se desprenden al sur del Eje volcánico. Pero no puede equipararse a éstos por una razón fundamental: su altura, de unos 2 000 metros sobre el nivel del mar, que lo hace diferenciarse y parecerse más al altiplano en clima, productos y paisajes. A más de esto, las razones fundamentales para considerar al Valle

como parte del México central son de tipo humano y cultural: su estrecha vida de relación con la capital mexicana, su papel tan importante en las comunicaciones que ésta tiene con la vertiente oriental, su tipo humano, sus construcciones y muchos elementos más, de sobra conocidos. Los Valles de Puebla, México y Toluca forman un pequeño conjunto inseparable de inmenso significado dentro de la realidad mexicana.

El valle en sí, como elemento del relieve, es poco importante y reducido. Un geógrafo meticuloso podrá distinguir dentro de él valles menores (como los de Cholula, Tepeaca, Tecamachalco y Tecali), pero para el observador del paisaje las elevaciones del relieve que separan a esos pequeños valles entre sí son tan modestas que no le privan de la sensación, un poco ilusoria, de encontrarse en una ancha cuenca. Sin embargo, si el observador es tan meticuloso como el geógrafo, advertirá, una vez que ha descendido al valle, que un lomerío aquí y otro allá le ocultan a menudo la vista de las montañas que lo limitan. Esta disposición de altos y bajos, de hondonadas y recodos, da al Valle cierta variedad de paisajes, además de dar ocasión a que los vientos ejerzan muy variadas influencias y resulten en un mosaico de climas y productos. Así, no es posible identificar al Valle de Puebla de un plumazo con un solo tipo de cultivo.

Como escenario de la historia, por su riqueza de experiencias y de acontecimientos, este Valle de Puebla no le va a la zaga a ninguna otra región del país, y si el de México ha descollado más ha sido a fuerza de hegemonía política. Cholula es, como bien se sabe, la ciudad que quizá más larga historia ha tenido en todo México. La importancia prehispánica de la región explica por qué la impronta española fue tan marcada. La Puebla de los Ángeles es, desde su nombre mismo, una fundación ciento por ciento española. La población de la zona en general es mestiza, de un mestizaje en que la mezcla de lo español y lo indígena resultó equilibrada y al mismo tiempo muy particular. Como excepción, los rasgos indígenas son sobresalientes en la población de la zona más alta y septentrional del Valle, la de Tlaxcala, y en la de la vertiente oriental de los volcanes, abandonada secularmente.

El Valle, por su situación, su topografía suave y la variedad del paisaje que rompe toda monotonía, se presta al trazado de muchos caminos. Desde la época colonial los de México a Vera-

cruz pasan por Puebla, y era ésta la primera gran ciudad del interior que encontraban los viajeros procedentes del Golfo. Hoy día Puebla es la salida para el Sureste y para casi toda la costa del Golfo, del mismo modo que Querétaro lo es para el Occidente y el Norte. Véase qué poca importancia tiene el hecho de que el Valle pertenezca a la vertiente hidrológica del Pacífico: esto no impide que se vuelque hacia la vertiente humana opuesta.

Se pueden estudiar los aspectos más interesantes del Valle de Puebla a lo largo de la vía del actual ferrocarril de Puebla y Oaxaca. Recapitular sobre el ferrocarril es entrar en materia de geografía económica e histórica: el Valle vivió la era del ferrocarril de modo relativamente superficial. Su desarrollo ferroviario se vio limitado por una causa muy sencilla: la dificultad de tender vías directas hacia el Valle de México. Por eso el Ferrocarril Mexicano, de la capital a Veracruz, ignoró la ruta tradicional y tendió sus vías por los Llanos de Apan, aunque extendió un ramal de Apizaco a Puebla en 1869. Inaugurado aun antes de que se construyera la línea troncal, éste fue en realidad el primer gran ferrocarril del país, cuya ruta era recorrida hasta hace poco por una autovía.

Pero no debe confundirse con éste el mencionado tren de Puebla y Oaxaca. En un principio su vía era parte de una segunda ruta a Veracruz, la del Ferrocarril Interoceánico, inaugurado en 1886 con el añadido de muchas líneas menores que dieron por resultado un trayecto defectuoso y largo. El paso por Puebla constituía un rodeo inconveniente y se suprimió con la inauguración de un trazo nuevo por los Llanos de Apan en 1902. Quedó así el Valle al margen de las principales rutas ferroviarias mexicanas, y esto a pesar del importante papel que ha jugado siempre en las comunicaciones. En la actualidad la vía en cuestión se usa por los trenes que van a Oaxaca. Éstos entran al Valle por su extremo noroccidental: zona sembrada de pinos y magueyes en la que se advierte la mezcla de todos los elementos climáticos del altiplano: el clima seco, árido, de las mesetas, el húmedo y frío de los montes, y el suave y verde de sus pocas tierras privilegiadas. Este paisaje de transición ha de haber sido muy frecuente hace años en las tierras que están, como esta entrada al Valle de Puebla, alrededor de los 2 400 metros sobre el nivel del mar. Hoy escasea ya porque los bosques han desaparecido en su mayor parte y subsisten sólo a mayor altura. Pero

aún quedan ejemplos, y pueden recordarse otras regiones similares: los alrededores de Villa del Carbón y Jilotepec, a orillas de la cuenca de México, y la zona de Tetela de Ocampo en la bocasierra del norte de Puebla. Las tres son zonas pulqueras por excelencia: una provee a gran parte de la población otomí del Estado de México, otra a los mexicanos de la Sierra en Puebla y Veracruz, y ésta que cruzamos aspira nada menos que a proveer al mundo, pues en Nanacamilpa, pueblo situado en el mero parteaguas entre el Valle y los Llanos de Apan, está una planta que enlata el pulque que se venderá, cuando se encuentre el modo de preservarlo, en Nueva York y París.

Como este rincón hay otras extensas zonas del Valle de Puebla aisladas secularmente en la vertiente oriental de los volcanes. Calpan, Tochimilco, Huaquechula y muchos pueblos más —célebres por su arquitectura colonial— están dentro del Valle y a la vez al margen de él. Aún más aislado es su extremo sur, el Valsequillo, por Huatlatlauca y Chigmecatitlán. ¿Cómo es posible la existencia de economías tan primitivas en una región tan cercana al corazón del país? En la geografía mexicana hay miles de sitios que han quedado al margen de las corrientes de tránsito y por eso se han estancado. No sólo se trata de comarcas pequeñas: el caso más evidente es el de Oaxaca, cuya prosperidad recibió fuerte golpe cuando resultó más conveniente rodearla que cruzarla. Puebla, con una capital muy española en medio de una zona mestiza, y que en su época más brillante dependía del comercio con España y el Perú, atendió al desarrollo de grandes vías de paso y se desentendió de su propia región. Apenas hoy empieza a borrarse esto.

Después de San Martín Texmelucan el tren entra en la parte medular y más extensa del Valle. Es la región más fértil y poblada, con una gran producción de frutales. Pero es necesario el riego, sobre todo hacia el este y el sur, por Tepeaca, Acatzingo y Tecamachalco, que en tiempo de secas son realmente desoladores. La preponderancia de la ciudad de Puebla es manifiesta, y muy evidentes los lazos de esta zona del Valle con ella. El crecimiento industrial de Puebla, que casi ha abandonado sus tradicionales manufacturas textiles para dedicarse a industrias más modernas, la ha hecho crecer en población y absorber sus alrededores. La Angelópolis fue sin duda alguna la más espléndida de las fundaciones europeas en el continente por su arquitectura

y su traza urbana. Sus habitantes están ahora empeñados en convertirla en un pueblote cualquiera, destruyéndola sistemáticamente. Puebla es tal vez el mejor ejemplo de la incapacidad de los mexicanos para conservar la belleza y el valor cultural de las cosas que les rodean.

No se puede abandonar el Valle de Puebla sin hacer una consideración sobre Tehuacán. Pertenece a otra vertiente fluvial muy distinta, la del Papaloapan, pero sus lazos con el Valle de Puebla son tales que, una vez más, habrá que pasar por alto la hidrografía. La situación de Tehuacán es de lo más interesante por estar en la orilla del México central, dando la mano a la Vertiente del Pacífico, a la del Golfo y a Oaxaca, sirviendo de nexo entre ellas. En efecto, por Tehuacán se entra a la Mixteca Baja, se entra también a Orizaba y a la Sierra de Zongolica, y se entra a Oaxaca por uno de sus dos caminos tradicionales. No es extraño, pues, que Tehuacán tenga una considerable actividad comercial.

Completando el círculo alrededor de La Malinche están los Llanos de Apan. Semejantes en mucho a la cuenca del Salado poblano, son sin embargo más secos y polvosos. Las lagunas que tenía han desaparecido casi totalmente. El terreno es todavía más llano y no tiene ningún accidente de interés. La ocupación humana presenta, en cambio, unos de los tipos de sociedad más peculiares y atractivos: el del pulque. Con un suelo fértil, pero seco, el único cultivo redituable desde la época colonial ha sido el del maguey, que comparte el suelo con un poco de maíz de temporal. La escasa población se concentra en localidades muy antiguas, como Apan, Tepeapulco, Otumba o Calpulalpan, pero más bien en las aisladas y solitarias haciendas que apenas se distinguen dentro del paisaje en medio de una minúscula área regada. Muchas de las antiguas haciendas han desaparecido y sus cascos convertídose en casas veraniegas. Otras se han dedicado a la cría de ganado fino, como Mimiahuapan, y llegan a contarse entre las mejores del país. Sin embargo, el paisaje dominado por el maguey permanece inmutable. Hoy día la industria pulquera está en decadencia, pero si se piensa que en el siglo XVII entraban a la ciudad de México entre 2 000 y 15 000 arrobas de pulque al día para una población de no más de doscientos mil habitantes, y que la bebida era consumida por todas las clases sociales y lo siguió siendo hasta mediados del siglo XIX, se com-

prenderá que tuvo una época de verdadero auge, que explica la fastuosidad de muchas de las construcciones, y la grandiosidad de otras, en esta tierra de pulqueros. Tal vez los Llanos de Apan sean la región cuya fisonomía ha cambiado menos que ninguna otra dentro del México central a lo largo de muchos años, excepto por el ferrocarril. Como los llanos son extensos y bastante planos, sobre ellos se trazaron muchas rutas, principalmente las de Veracruz, y corren trenes de muchos tipos desde los rápidos hasta los mixtos pulqueros, llenos de gente que sube y baja en cada estación. En la parte norte de los llanos el tren sigue siendo el medio de transporte más popular, y algunas estaciones tienen una animación rara en nuestros días.

El paso de los Llanos de Apan al Valle de México es prácticamente inadvertido. De hecho, ambos forman parte de una misma cuenca interior, como el Salado poblano y los Llanos de San Juan, sólo que al Valle de México se le hizo desde el siglo XVI una salida artificial hacia Tula y los afluentes superiores del río Pánuco. Como todas las cuencas interiores, la de México tuvo sus lagos, de los que quedan unos restos en Texcoco y Zumpango. Rodeados ambos de tierras bastante secas y salitrosas, no ayudan a formar una idea del paisaje antiguo del Valle, con lagos extensos de agua dulce y salada que tenían a sus orillas tierras verdes, fértiles y densamente pobladas. Quien recorra hoy la parte medular del Valle, donde se levanta la ciudad, y vea las laderas desforestadas y los árboles prácticamente secos, no puede imaginar que los antiguos mexicas escogieran semejante lugar para asentar su sociedad. Pero es que el medio natural ha sido modificado terriblemente, un poco durante la Conquista —aunque no sabemos exactamente cómo— cuando se talaron muchos montes y se provocó el descenso del nivel de los lagos, y un mucho en lo que va del presente siglo, en que se ha destruido casi todo, dejando apenas rasgos del ambiente propio de esta parte del Valle. Algo puede encontrarse en ciertos huecos no urbanizados de la ciudad. Por el rumbo de Iztacalco o por el de Xochimilco unos pocos charcos que sobreviven en medio de una tierra plana y fangosa hacen recordar que la parte más meridional del Valle, cubierta de lagos, y éstos cubiertos con chinampas o parcelas flotantes, era un vergel del que salían hortalizas y flores en gran cantidad.

Aparte de la zona lacustre, todo lo que es hoy el sur de la

ciudad estaba cubierto todavía a principios de siglo por campos y surcado por ríos o canales. Por Contreras y San Ángel, y por Coyoacán, aún afloran algunos arroyos que se han salvado de ser convertidos en viaducto. La cantidad de agua que bajaba de la Sierra del Ajusco, en la parte sudoccidental del valle (que por su orientación es la más húmeda) era más que suficiente para mover fábricas y regar campos. Había también manantiales para abastecer a una población grande, pero no monstruosa. Las laderas de los montes estaban sembradas de frutales, y las calzadas bien sombreadas, bordeadas de árboles.

Por el rumbo del norte es más fácil encontrar testimonios de lo que fue el paisaje del Valle. Como es una parte que se ha urbanizado de modo muy irregular, quedan muchos huecos donde todavía se ven espacios sembrados de maíz o legumbres, poblados con árboles inmensos, como los ahuehuetes, que poco a poco se secan conforme disminuye la humedad del suelo. Aunque no tanto como ahora, esta parte fue siempre más seca. No hubo aquí cultivos de chinampa ni hortalizas, y sí algunos espacios casi desérticos. Yendo al norte empiezan a aparecer rasgos del paisaje más o menos seco que prevalece en el resto del Valle, desde Tlalnepantla a Zumpango y a Pachuca: pirús, magueyes, nopales y, desde luego, el maíz, alrededor de los caseríos grisáceos. La excepción son los ricos campos de riego sembrados de alfalfa para la alimentación de las vacas que proveen de leche al Distrito Federal.

Todo lo que se diga de la ciudad, especialmente a propósito de la geografía, tendrá que referirse al cambio ecológico. Los tres o cuatro casos concretos que se han indicado son apenas muestras, pues sería demasiado larga la lista más escueta de atentados contra la naturaleza. Casi sin remedio, el crecimiento de la ciudad va a desembocar en el exterminio de la flora y la fauna naturales y en la casi destrucción del medio ambiente propio del Valle. Aun queriéndolo, no se podría estudiar su configuración geográfica desde lo alto de una montaña, pues el aire contaminado que cubre a la ciudad no dejaría ver la superficie. Donde agoniza el Lago de Texcoco se pretende ahora construir una serie de laguitos cuadrados: así, la naturaleza no podrá percibirse ni en las siluetas.

El asunto más serio es el del agua, dado el no menos grave de la sobrepoblación. Toda el agua se dedica virtualmente al

consumo de los habitantes de la ciudad, y como no alcanza la que hay en la zona, se le quita sin ningún miramiento a las regiones vecinas, tengan éstas necesidad de ella o no. El principal sistema de abastecimiento es el que conduce agua de las fuentes del río Lerma, en el Valle de Toluca, desde 1951; ahora es insuficiente y se busca en otros lados, dejándolos secos. Añádase al problema concreto del agua el no menor de sacarla después de haberse usado. Mantener el desagüe del Valle ha sido labor constante de siglos, estudiada ya en muchos volúmenes.

Pero hay que ver otros aspectos de la geografía del Valle. El viajero interesado en descubrir diversos matices de la vida y el paisaje puede recorrer infinidad de caminos vecinales poco conocidos. Entre Amecameca y Pachuca, o sea del extremo sur al extremo norte, hay algo más de cien kilómetros que reúnen una amplia variedad de paisajes. Al sur, Amecameca, 2 400 metros sobre el nivel del mar y algo por encima del nivel medio del Valle, es una población de clima frío y muy húmedo. Situada al abrigo de los vientos del Golfo, su temperamento debería ser más bien seco. Pero el clima de estas tierras tropicales es de lo más juguetón. Por una parte, en las regiones alejadas del mar, como el Valle de México, el contraste entre las vertientes húmedas y las secas es poco pronunciado; por otra, y ésta es la razón más importante, Amecameca y sus áreas aledañas se benefician por la cercanía de los grandes volcanes, el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl, cuyas enormes masas cubiertas de vegetación boscosa, nieves persistentes y uno que otro glaciar, influyen mucho en la humedad ambiente. En esta zona, lógicamente, el tipo de construcción es muy peculiar dentro del Valle, impuesto por las exigencias de un clima casi alpino: las casas son abrigadas y bajas, con techo de dos aguas. La benéfica influencia de los volcanes sobre el clima, evidente en Amecameca, no lo es menos en otras regiones; y buenos son también sus suelos de naturaleza volcánica. Esto explica en buena parte ese proverbio español de "si a morar en Indias fueres, que sea donde volcanes vieres".

De Amecameca, bastan unos cuantos metros de desnivel hacia abajo y unos pocos kilómetros en dirección opuesta a los volcanes para que el paisaje cambie notablemente. Se trata de la región de Tenango del Aire, Chalco, Ayotla y Texcoco, notoriamente más cálida y más seca. La desforestación ha sido por aquí muy intensa: los cerros boscosos de que hablan documentos y crónicas

están ahora pelones. A 2 250 metros de altura, en toda esta área, los cultivos de frutales y de trigo ceden lugar al maíz y las legumbres. Chalco fue en la época colonial uno de los principales abastecedores de granos de la ciudad, y su producción es notable aún hoy.

En algunas poblaciones, como Ayotla o Chimalhuacán, se siente la cercanía de la capital. La ciudad de México, con su crecimiento, está ya encima de ellas, lista para devorarlas como ha devorado a muchas pequeñas poblaciones para convertirlas, si bien les va, en colonias, y si no, en tugurios. Cierto es que hay de todo: Chimalhuacán ya casi ha sido atrapado por la ciudad, pero a menos de cinco kilómetros tiene a Coatepec y a San Francisco Acuautla verdaderamente apartados del mundanal ruido y universalmente desconocidos. Texcoco aún no ha sido devorado por la ciudad, pero sí por la gente de la ciudad, que ha establecido granjas y que va a comer "carnitas" los domingos. En todo el Valle ha de haber más de cien pueblos, todos igualmente sucios, que viven de esta actividad semanal. Mientras que la vida rural es relativamente próspera en las faldas de los volcanes, esta parte más baja da la impresión de decadencia. Un motivo es la disminución de los recursos de agua por los desajustes ecológicos —y la succión— que ha provocado la ciudad; otro, la atracción que ésta ejerce sobre la población de estos pueblos olvidados. Esto es muy claro en los alrededores de Texcoco, y se puede ver recorriendo Coatlinchan (al que le quitaron el Tláloc que adorna el museo de México), Huexotla, Tepetlaoztoc, Tezoyuca y muchos más. Hasta hace poco eran tan prósperos o tan decadentes, según se quiera ver, como casi cualquier pueblo mexicano, pero ahora son, en muchos aspectos, pueblos contraídos y parásitos. Estas zonas débiles del Valle son destruidas por la sola presencia de la ciudad.

La influencia de ésta se deja sentir menos a medida que se avanza al norte. Pasando el pequeño valle de Teotihuacán, en que se repite el paisaje de Texcoco, la tierra es cada vez más seca y poco a poco llegan a dominar las cactáceas y el chaparral. Sólo las laderas de los cerros, y esto rara vez, tienen algunos pinos. La población disminuye; los caseríos están cada vez más separados unos de otros. Sin embargo, a pesar de su evidente pobreza y abandono, dan la impresión de tener un poco más de vida que los pueblos de Texcoco. Aquí el polo de atracción no es México, sino Pachuca, una ciudad ciertamente menos avasalladora que su vecina. Sus glorias mineras ya pasaron y hoy tiene un

papel local muy reducido. En esta zona norte del Valle domina el tipo de construcción más común en las tierras secas del altiplano: la casa de adobe casi sin ventanas y techo plano o ligeramente en declive. El aspecto de los pueblos es gris, máxime que se usa poco la teja de color, que ofrecería mayor contraste. Las calles o aceras polvorientas y las paredes de adobe, que no forman entre sí ángulos rectos sino una curva irregular, parecen todo de una pieza. Asoman por las bardas de los patios nopales, pirús, macetas y, a veces, magueyes. Pocas paredes están pintadas o encaladas.

Los Valles de Puebla y México forman con el de Toluca una trilogía. Son muy distintos entre sí, pero los une el hecho de ser los recintos geográficos que enmarcan el corazón del México central. El Valle de Toluca, la región más elevada de todo México, tiene una configuración muy sencilla. Es un verdadero valle estrecho y alargado, orientado de sureste a noroeste. Por este último punto se comunica con el Bajío, que es su continuación. Por los otros lados está rodeado de montañas de las que se descuelgan infinidad de barrancas y arroyos que desembocan en el río que corre por la parte más baja del Valle, a un nivel promedio muy regular de 2 600 metros sobre el nivel del mar: el río Lerma, eje del Valle, aunque poco caudaloso, tiene un lecho extenso que lo hace parecer enorme y formar algunas extensiones pantanosas. Toluca es la única gran ciudad del Valle; ninguna otra población compite con ella en sus funciones de capital regional. Sin haber sido en el pasado una ciudad de gran relevancia económica, ha desempeñado consistentemente su papel privilegiado dentro de la economía local, y hoy día su industria es poderosa. Prácticamente todas las rutas convergen en esta ciudad, y los habitantes de todo el Valle acuden a ella para comerciar, arreglar asuntos administrativos o seguir estudios. Autobuses van y vienen constantemente por todos los caminos y aún queda gente para llenar los trenes. El tránsito interior, de y hacia Toluca, es copiosísimo, e impresionante la cantidad de rutas de transporte. A pesar de que el Valle de México tiene una capital de nueve millones de habitantes, no tiene una cohesión interna ni mucho menos un equilibrio comparable al de Toluca. En comparación, y haciendo a un lado las actividades cosmopolitas de la capital nacional, el Valle de Toluca tiene una vida de relación más activa y equilibrada.

También tiene su gran volcán el Valle de Toluca, el Chicnauhté-

catl o Nevado, y también representa éste un elemento de capital importancia para el clima y el régimen de lluvias. De hecho, el régimen hidrológico de la parte sur del Valle, que es la más poblada, depende del Nevado. El norte, hacia Temascalcingo por ejemplo, es algo más seco, excepto en los alrededores de las montañas. El fenómeno es muy simple: el Nevado, el Jocotitlán y otras cumbres importantes, tienen bosques muy densos que favorecen la aparición de manantiales en las tierras más bajas y propician la precipitación pluvial. Excepto en la parte sur del Valle, donde las poblaciones tienden a ser ribereñas, los pueblos se agolpan en las húmedas laderas de las montañas. Basta visitar Lerma en el sur, Jocotitlán, Jiquipilco o Acambay en el norte, para tener muestras muy claras. Esta diferencia de situación entre los dos tipos de poblados significa mucho en el aspecto de los mismos. Sobre todo, los techos son diferentes, y como el tejado de las casas es uno de los elementos que más pesan en el paisaje, las aglomeraciones de las laderas tienen un marcado aspecto serrano que les da el necesario techo de dos aguas.

Otomíes y mexicanos compartían antiguamente el territorio de esta región. Los otomíes se concentraron desde un principio en las partes más elevadas y apartadas, sobre todo al noreste, en las serranías, tierras muy frías y altas pero productivas. Este apartamiento de la población otomí, que data de tiempos anteriores a la Conquista, ha garantizado su supervivencia como sociedad. Los mestizos se adueñaron pronto de la parte central del Valle, apropiadísima para el cultivo de los cereales y para la ganadería, y absorbieron poco a poco a la población nahua. De ella quedan muy pocos rasgos en la actualidad. En cambio, los otomíes, que no fueron molestados, subsisten y conservan comunidades más o menos sólidas. Se encuentran en los límites mismos del Distrito Federal, y sobre todo más al norte, en una zona bastante aislada, entre Ixtlahuaca y Villa del Carbón (que está fuera del Valle).

Al norte de los recintos de México y Toluca, muy comunicados con ambos, hay otros valles que bajan hacia el norte y que convergen en el río Moctezuma. Hacia ellos se abrió artificialmente la cuenca de México para dar salida a sus aguas. Estos valles, aunque no están recargados sobre el Eje volcánico, son parte medular del México central y proporcionan algunas de las vías de salida más importantes hacia la Vertiente del Golfo. Se trata de una zona con características bastante diversas. Poco se puede decir

que valga para toda ella, salvo que en general es seca, cosa comprensible dada su situación al borde occidental de la Sierra Madre.

La porción occidental, que en su mayor parte es conocida con el nombre de Llanos del Cazadero o Plan de San Juan, es a la vez salida al norte, al Golfo —por Xilitla— y al Bajío. San Juan del Río, la población principal, fue fundada en 1532 en lo que era entonces la frontera de la tierra conquistada y prosperó mucho como centro ganadero. Por ahí precisamente empezó la expansión hacia el norte. Pero históricamente se ha ligado más al Bajío, al grado de que muchos consideran que esta región empieza en San Juan. Es evidente que San Juan del Río tiene muchos de los rasgos del Bajío: una población blanca de poca sangre indígena que tiende a concentrarse en sólidas agrupaciones urbanas; pero el área en que se asienta constituye, especialmente entre Polotitlán, Huichapan y Tecozautla, un cinturón de población otomí que une a Toluca con el Mezquital. Éste, o sea el valle del río Tula, es menos difícil de enmarcar. Asiento principal del pueblo otomí, esta árida región ha sido el símbolo y la muestra de la pobreza del medio rural mexicano.

Las pequeñas sierras de Jilotzingo y San Andrés son un parteaguas del mundo otomí. Estas alturas forman el límite oriental del Valle de Toluca, y desde ellas se puede apreciar cómo la población otomí se descuelga por las dos vertientes. Por un lado cae dentro del Valle; por el otro, se acomoda a lo largo de varias cañadas que, más abajo, se reunirán en el río Tula. Estas cañadas son muy húmedas y tienen una vegetación arbórea casi lujuriosa. Los otomíes viven del maíz y del pulque, en medio de poblaciones mestizas que se han reservado los mejores sitios, como Villa del Carbón. Más abajo, con mejores vías de comunicación, estas poblaciones mestizas son más y más grandes y tienen una actividad comercial considerable dentro del plano local. Jilotepec, en medio de una zona ganadera secularmente importante, tiene un mercado dominical de gran tamaño.

Poco a poco, insensiblemente, se entra en terrenos más llanos, que se elevan a 2 000 metros sobre el nivel del mar, y que constituyen el Valle del Mezquital. Por esta parte superior de su curso el río Tula recibe las aguas negras y excedentes de las regiones vecinas que, almacenadas en dos presas, Endhó y Requena, riegan una extensa zona a ambas márgenes del río. Esta zona regada y relativamente bien comunicada es el Mezquital verde y rico. Los

alrededores de Tula y Mixquiahuala se ven cubiertos, sobre todo, de alfalfa: no hay que olvidar que esto es parte de la cuenca lechera de México. La población tiende a aglomerarse en las pequeñas ciudades, como Mixquiahuala, que en muy pocos años han crecido enormemente. La población indígena, desde luego, está excluida de estas áreas fértiles. Ciertos rasgos de este paisaje anticipan lo que se verá fuera del México central, en el norte: la vida depende del riego, y sin él no hay posibilidad alguna de un cultivo regular o seguro. Esta oposición brutal entre los oasis y el desierto, típica del altiplano norte, se ve aquí en las laderas de los cerros, adonde el agua del riego ya no llega.

Siguiendo el curso del río Tula, y pasando Mixquiahuala, la zona de riego termina porque el río se encajona por unos cuantos kilómetros para abrirse después en una segunda porción del Valle, situada a una altura igual a la primera, pero más cerca de la Sierra Madre Oriental, de modo que es más seca. En adelante sólo hay pequeñas áreas regadas. Es el Mezquital pobre y blanco, cubierto de mezquites y cactáceas. En cierto modo, el Valle se pierde: ora se ensancha, ora se angosta, de tal modo que no es fácil percibir la forma de la región. Sólo se ve la Sierra Madre al norte, más imponente de lo que en realidad es, a causa de la transparencia del aire, como una corona de montañas que cierra el Valle: el río Tula a duras penas se abre paso por un estrecho cañón para caer luego dentro de la profunda barranca del río Moctezuma y echarse por la Vertiente del Golfo. La configuración de este Mezquital seco no se puede apreciar sino desde las alturas de la Sierra Madre: es una especie de estrella de cinco puntas. Éstas se extienden por varios kilómetros, serpenteando en medio de una topografía bastante quebrada, y constituyen áreas muy aisladas entre sí: Actopan, Chilcuautla, Alfajayucan, Tasquillo y Cardonal. El centro es Ixmiquilpan. El paisaje es todo seco, blancuzco, aunque se aprecian oasis de riego. El mayor es el de Ixmiquilpan, pero los hay por todas partes de la estrella excepto en una, la de Cardonal. Como Cardonal está en la parte más alta y más próxima a la Sierra, su área es la menos irrigable y la menos lluviosa. Es también la que tiene una mayor proporción de población indígena, muy esparcida, porque la tierra no puede sostenerla de otro modo. Hay algunas actividades mineras, pero, en general, la artesanía suple como medio de vida a una agricultura demasiado precaria. Situado al pie de la Sierra, Cardonal hace pensar

cuán determinante es la existencia de esta corona de montañas. No sólo priva al Mezquital de humedad, sino que, como cierra bruscamente el valle, impide en gran medida la posibilidad de simbiosis y de complementación con las tierras bajas. Apenas hay una salida, muy difícil, la que va rumbo a Tampico por Zimapán y Tamazunchale, pero es insuficiente a pesar de su importancia.

Vecina al Mezquital, pero mucho más aislada, hay una pequeña región difícil de enmarcar: es la Vega de Metztitlán, un oasis alargado que forma el río de los Venados, afluente también del Moctezuma. Su situación geográfica es semejante a la del Mezquital, y su riqueza proviene del riego. Aunque no es una zona pobre, estuvo muy aislada hasta hace poco tiempo. Muy recientemente, modernas carreteras la han acercado tanto a la Huasteca que sería posible colocarla, con ella, entre las regiones de la Vertiente del Golfo. Pero es mejor dejarla en este lugar. Al igual que la zona de Cardonal y otras de los puntos más encerrados del Mezquital, se ha visto privada de la posibilidad de complementación, lo que la convierte en una especie de enclave del norte de México en este mundo de confrontaciones tropicales. Subiendo a la Sierra Madre se ve que del otro lado hay otro mundo, pero muy difícil de alcanzar.

Lo que falta por recorrer del México central admite una denominación general: *Occidente*. El México propiamente dicho, el de los tres Valles de Puebla, México y Toluca y regiones adyacentes, ha quedado atrás. El Occidente se liga a él de modo muy íntimo por su estructura geográfica y sus rasgos humanos y culturales. Pero aun siendo parte del mismo conjunto, uno y otro se distinguen claramente.

El México de los tres Valles tiene un carácter más íntegramente tropical. No sólo sus lazos con las Vertientes vitales del Golfo y del Pacífico son muy estrechos y el contraste que se establece con ellas muy marcado, sino que él mismo ofrece muchas otras contradicciones y contrastes. Lo caracteriza una complejidad fascinante. El Occidente, en cambio, es tierra más suave y dulce. Su altura sobre el nivel del mar es menor, y disminuye a medida que avanza al oeste y se aproxima a su Vertiente, como si buscara hacer menos brusco el paso entre las tierras frías y las calientes. En la parte que se recarga sobre el Eje volcánico, donde el con-

traste podría ser mayor, los intercambios son pocos. Tan es peculiar al Occidente esta relación más suave y gradual con la Vertiente que le corresponde (que es sólo una, mientras que el conjunto de los tres Valles tiene dos), que se percibe también una porción occidental, peculiar, dentro de la Vertiente del Pacífico. A más de esto, el Occidente tiene una configuración suave, abierta, de una complejidad mucho menor, y también una realidad humana más sencilla. El Occidente puede concebirse y hasta nombrarse como una unidad, que no es posible hallarla en la otra mitad del México central.

El camino de Mil Cumbres, extrañamente trazado, encaramado sobre el Eje volcánico, permite pasar de Toluca a Morelia y entrar por ahí al Occidente.

La naturaleza volcánica del México central es más que evidente en la Región tarasca de Michoacán. Desde el volcán de San Andrés, casi a la salida del Valle de Toluca, al Tancítaro, en el otro extremo de la región, pasando por el Quinceo, los volcanes de Zacapu y el Paricutín, los edificios volcánicos de formación reciente —en términos geológicos y aun históricos— pueden contarse por decenas. En rigor, la zona tarasca está prácticamente dentro del Eje volcánico, y eso explica la variedad de sus paisajes. Dentro de ella se pueden hacer dos divisiones: el Bajío moreliano y la Meseta.

Ese Bajío es una serie de cuencas lacustres de desagüe interior, la principal de las cuales aloja el lago de Cuitzeo. Hidrológicamente, pues, no tiene nada que ver con el Bajío propiamente dicho, aunque hace poco se ha dado al lago de Cuitzeo salida artificial hacia el Lerma. Se le llama Bajío moreliano para diferenciarlo de las tierras altas de la Meseta tarasca, y porque está más o menos a una misma elevación y muy bien comunicado con el verdadero Bajío, del que ninguna barrera lo separa. Pero en el lado michoacano la población es mucho más antigua y tiene raíces prehispánicas. Zacapu, cuya fundación se remonta a principios de la era cristiana, es una de las aglomeraciones humanas más antiguas del Occidente. Morelia data de los inicios de la época colonial, pero fue asentada en una zona de viejo poblamiento indígena. Sembrado literalmente de cerros y volcanes aislados, el Bajío moreliano regala al viajero con infinidad de perspectivas. Los cereales y el maguey dominan el paisaje vegetal. Con ayuda del riego, se levantan cuantiosas cosechas de trigo desde la época de

la Colonia. También hay una vieja tradición ganadera, y algo de pesca en el lago de Cuitzeo. Éste, de poco fondo, de extensión muy variable según la época del año, hace pensar en los lagos de la cuenca de México, que debieron de haber presentado un aspecto muy semejante a fines del siglo pasado. Cuitzeo, como Texcoco, está cruzado por una calzada; pero basta recorrer una y otra para advertir, por la sola presencia humana, que el de Texcoco es un lago muerto, mientras que el de Cuitzeo, a pesar de su fragilidad, tiene vida. Por lo demás, agricultura, ganadería y pesca han cedido recientemente a la industria moderna, establecida en Zacapu, el lugar de la actividad económicamente más importante. Morelia tiene una industria antigua y tradicional muy diversificada, y es una ciudad que parece saber vivir el presente sin destruir el pasado.

La Meseta tarasca, con una elevación media de 2 400 metros, tiene también una hidrología predominantemente endorreica, y de sus depósitos el más importante es el hermoso lago de Pátzcuaro. De todos los lagos mexicanos éste tiene el paisaje humano más rico, y es el único alrededor del cual se desarrolla una vida de relación estrecha e intensa. Las riberas del lago en sí podrían inclusive formar una pequeña región. Ciertamente lo fue en la época en que Vasco de Quiroga tejió alrededor de él las redes de su labor civilizadora, cuya cosecha aún se recoge. Sólo el lago de México en la época prehispánica pudo haber tenido una ocupación humana comparable, pero aun entonces la sociedad tarasca, recogida en el acogedor Pátzcuaro, tenía más cohesión que la fragmentada nación mexicana.

Por lo demás, la Meseta tarasca es una zona boscosa de topografía accidentada y rincones relativamente inaccesibles. Fuera de algunas ciudades importantes, como Pátzcuaro, la mayoría de las poblaciones carecen de vías modernas de comunicación. El aislamiento ha sido uno de los factores que han contribuido a preservar con bastante pureza muchos de los rasgos de la cultura tarasca entre los habitantes indígenas de la Meseta. Como está situada bien dentro del Eje volcánico, no es más que un paso el que la pone en contacto con los balcones templados de la Vertiente del Pacífico. Así, entre la tierra fría de la zona tarasca y estas zonas escalonadas de clima benigno, hay varias rutas y una intercomunicación estrecha. A pesar de que está en la vertiente, Uruapan compite con Pátzcuaro como capital regional y tiene indis-

cutiblemente una hegemonía mayor en la porción oeste de las tierras altas.

Otra serie de cuencas interiores, similares a las michoacanas, se encuentra recargada en el extremo occidental de la cordillera neovolcánica. Casi todas son muy pequeñas, pero las de Zapotlán, Sayula, Atoyac y Zacoalco, cada una con su laguna propia, son lo suficientemente amplias y próximas para dar forma a una región, conocida por algunos con el nombre impropio de Valle de Sayula. Un poco encajonada entre montañas, dominada por el Nevado de Colima, esta sucesión de cuencas constituye una zona de transición muy suave entre el altiplano y las tierras templadas del Pacífico. Es una agricultura moderna y rica la que domina su vida económica, y la caña de azúcar, el cultivo predominante. Estas cuencas lacustres son el corredor natural entre Guadalajara y Colima, y las poblaciones se suceden una tras otra. Zapotlán o Ciudad Guzmán es la mayor de todas ellas, y no le falta mucho para convertirse en la próspera capital de una vasta zona.

Exceptuadas las cuencas interiores mencionadas, recargadas todas al norte del Eje volcánico, el Occidente del México central pertenece íntegro a otra cuenca, la del Lerma-Santiago. El Lerma es un río de curso sereno y cauce amplio. Desde su salida del Valle de Toluca hasta su desembocadura en el lago de Chapala, casi 400 kilómetros, desciende uniformemente no más de 500 metros. El río Santiago, más impetuoso, sale del lago y se encajona luego para descender por los escalones de la Sierra Madre hasta el mar. El Lerma tiene pocos afluentes por el sur, pero por el norte tiene muchos bastante importantes, como el de la Laja, el Turbio, el Verde y otros que provienen de la Sierra. El Lerma y sus afluentes determinan la conformación de las diversas regiones de esta porción del Occidente. Éstas son, fundamentalmente, cuatro: el Bajío, la Región tapatía, los Altos de Jalisco y, un poco más lejos, Aguascalientes. Cada una tiene sus características y límites propios, pero no hay ninguna barrera entre ellas, antes bien, se comunican y se interrelacionan intensamente a lo largo de un sinfín de rutas. El hombre del Occidente puede ser indistintamente de cada uno de esos componentes del conjunto: sus habitantes tienen un solo estilo cultural. Si acaso, Aguascalientes, que se asoma mucho al norte, podría caer fuera, pero sólo en ciertos aspectos.

El Bajío es la extensa llanura aluvial que forma el Lerma desde que sale del Valle de Toluca hasta que baja a una altura de

1 700 metros en las inmediaciones de La Piedad. En rigor, el nombre se debe aplicar sólo a las tierras que están al norte del río, habitadas antes de la Conquista por indios de guerra e incorporadas durante los siglos XVI y XVII a la sociedad mexicana; pero la costumbre lo ha extendido a la angosta faja que se desarrolla a lo largo de su ribera izquierda, y lo hace remontar muchos de los valles que lo alimentan por el norte, más arriba de la llanura. También se aplica el nombre de Bajío a la región moreliana, como se ha visto. Y, además, hay quienes llaman Bajío a parte de la llanura que se extiende a ambos lados del Lerma más abajo de los 1 700 metros. Los límites por ese lado no son muy precisos. Según el gusto, el Bajío puede hacerse llegar, sin mucha violencia, hasta la ribera occidental del lago de Chapala, cuidando de no superponerlo a la Región tapatía, que se distingue por su menor altura y por un poblamiento humano mucho más antiguo.

Cada uno de los afluentes que desaguan en el Lerma por el norte tiene su propio valle, separado de los vecinos por montañas o lomas. Algunos de éstos constituyen pequeñas regiones diferenciadas, pero dependientes del Bajío. En ellas, entre los 1 700 y los 1 900 metros, se asientan Querétaro, San Miguel de Allende, Silao, León y otras poblaciones, que, junto con Celaya, Salamanca e Irapuato, más próximas al Lerma, constituyen el corazón del Bajío. Guanajuato, población minera situada a mayor altura, constituye un apéndice íntimamente ligado a la región. Más al occidente, en tierra más seca pero con muchas características que la asemejan a la anterior, está la región conocida como los Altos de Jalisco, entre los ríos Turbio y Verde, donde no hay ciudades tan grandes pero sí un número de poblaciones de dimensiones considerables, como San Juan de los Lagos, Jalostotitlán, San Miguel el Alto y sus vecinas. Aguascalientes es una especie de apéndice superior que se comunica con el Lerma y la Región tapatía, bien a través de los Altos, bien a lo largo de otra subregión que aún se puede distinguir al occidente de los Altos, que es la que está entre los ríos Verde y Juchipila, y alberga a Teocaltiche, Nochistlán y Yahualica. La población en este extremo es cada vez menos densa hasta llegar a la Sierra Madre, casi inhabitada, que marca el fin del México central.

A lo largo y a lo ancho de este extenso conjunto hay, desde luego, variados tipos de paisaje, pero en general son poco húmedos, y el riego, si no es indispensable, es conveniente en todas

partes para lograr una agricultura próspera, trátese de sorgo, trigo, alfalfa o policultivo intensivo. Sólo el maíz dispensa el riego. La zona agrícola más importante abarca desde Celaya a León, y coincide con la zona de mayor densidad de población. Más que de campesinos, es una zona de agricultores, a menudo adinerados, que utilizan medios mecánicos modernos para el cultivo; pero no por ello debe entenderse que estén borradas las contradicciones sociales que predominan en México.

La población del Bajío, ciertamente, tiene rasgos que la individualizan. En la época prehispánica esta región y los Altos no tenían una población sedentaria. La frontera de los indios de guerra era, a grandes rasgos, la ribera norte del Lerma, aunque del río Verde al oeste la población era ya sedentaria. El descubrimiento de las minas de Zacatecas en 1546 empujó a los colonizadores españoles al norte y los movió a fundar poblaciones intermedias entre el México central y los centros mineros que se iban descubriendo. Esas fundaciones intermedias —San Miguel el Grande, Celaya, Silao, Aguascalientes, León, etc.—, reforzadas con grupos indígenas que penetraron en esas tierras pacificadas, fueron la base de una sociedad nueva y de un paisaje humano que fue cobrando forma durante los siglos XVI y XVII. El siglo XVIII encontró un Bajío opulento, agrícola y ganadero, ya formado e íntimamente fundido con el resto del México central. De la época colonial datan las haciendas y muchas de las rutas y de las obras hidráulicas, como los característicos bordos, que aún subsisten. Si bien la sociedad del Bajío es mestiza, en la mezcla predominó el elemento español. Eso se advierte aún hoy en ciertos rasgos, como la concentración de la población en núcleos urbanos grandes, bien trazados y de sólidas construcciones. Sólo en el extremo sur —piénsese en Acámbaro— la presencia indígena dejó una huella mayor.

El paisaje de la Región tapatía está dominado por la ciudad de Guadalajara y el lago de Chapala. Guadalajara es la capital de todo el Occidente. Privilegiada desde su fundación por su carácter de capital de la Nueva Galicia, la ciudad creció, sobre todo a partir del siglo XVIII, sin dejar lugar a que ninguna de sus vecinas próximas la igualara. La clave de la prosperidad de Guadalajara está en su equilibrio: tiene actividades gubernamentales, agrícolas, industriales, comerciales y de servicios, todas intensas, pero sin que ninguna sea dominante.

En cuanto al lago, no falta quien le haya puesto el nombre de

mar Chapálico por ser el mayor del país; pero si por algo mereciera ese nombre sería por tener en sus extremos tierras muy diferentes. Al oriente el paisaje del lago es abierto en todos sentidos. Por ahí recibe las aguas del Lerma y alimenta al Santiago, pues Chapala es de hecho un almacenamiento de agua sobre el lecho de estos ríos. La Ciénega de Chapala, prolongación oriental, desecada, del lecho del lago, da lugar a extensos y fértiles campos sembrados de legumbres, cereales, garbanzos, frijol, papas y camote. Poblaciones agrícolas allí asentadas, como La Barca y Yurécuaro, conocieron la prosperidad a la sombra del ferrocarril. La Barca fue por muchos años considerada como la principal puerta de entrada a la Región tapatía: ahí celebraban los viajeros haber llegado, prácticamente, a Guadalajara. Alejadas un tanto del lago, Zamora y Jiquilpan —en lo que algunos llaman Bajío zamorano— son más independientes, pero igualmente prósperas gracias a la agricultura, el comercio y su modesta industria. Hacia el oeste y el sur, en cambio, la tierra es seca y más encerrado el ámbito humano. Una herradura de montañas encierra al lago de Chapala y lo priva de planicies aluviales como las que forman el lecho desecado de la Ciénega y el propio Lerma al oriente. Estos suelos poco apetecibles, donde a menudo no se encuentra más que roca a flor de tierra, no han tenido nunca relevancia económica. Sin embargo, cuando se piensa bien, el ingenio supera la escasez. El caso de San José de Gracia, en la orilla sur de la cuenca, es extraordinario hoy, pero puede llegar a ser típico. Condenado a una agricultura pobre, se decidió a probar suerte con la ganadería y la industria lechera, y con tanto empeño, que no se contenta con las pequeñas fábricas de quesos que posee, sino que aspira a ganar el mercado nacional.

La Vertiente del Golfo

Entre el altiplano y el litoral, obedeciendo a una estructura muy simple, se desarrolla el escalonamiento de las tierras templadas y calientes. Saliendo en avión del altiplano rumbo al Golfo de México se ve claramente cómo ese altiplano empieza a romperse bruscamente en hondas barrancas cada vez más numerosas y profundas, hasta que el relieve todo se empareja en las proximidades de la costa. Así es el paisaje desde el Pánuco hasta el Papaloapan.

Sólo en ciertos lugares se percibe una línea de elevaciones que bordea el altiplano antes de dejarlo precipitarse tierra abajo por las barrancas, elevaciones de modestas dimensiones excepto donde termina el Eje volcánico. Allí se levantan tres de las más altas cumbres mexicanas, marcando la presencia del altiplano por sobre todas las tierras bajas: el Cofre de Perote, el Pico de Orizaba y la Sierra Negra. A pesar de que este esquema estructural resulta tan sencillo, desde el avión mismo parece que desde el corazón de las tierras templadas sería imposible percibir otra cosa que un conjunto casi informe de montes y barrancas. En efecto, así es. Dejando de lado la costa, que es el peldaño más bajo de esta gran escalinata, las tierras templadas forman un conjunto muy abigarrado y de paisajes muy diversos. De ahí la variedad de nombres con que se les denomina. Sólo las partes más abiertas, las situadas entre los 800 y los 1 600 metros al pie de los tres volcanes, no tienen nombre propio. Vienen a ser los balcones o las estribaciones del Eje volcánico; están surcadas por profundas cañadas que bajan de los mismos volcanes, lo cual no impide que tengan valles amplios y proporcionen los pasos más fáciles entre la tierra fría y la caliente. Otras regiones, también entre los 800 y los 1 600 metros, pero de paisaje más cerrado y dimensiones más reducidas, abruptas y difíciles de penetrar, son las que se conocen con el nombre genérico de sierra. Al hablar de *sierra* en este sentido no se hace referencia a una cordillera, como la Sierra Madre, sino precisamente a esas áreas abruptas, al piedemonte quebrado y escalonado que constituye parte del gran farallón del altiplano. Hay aquí frente al Golfo tres zonas serranas: la Sierra de Hidalgo, llamada a veces Huasteca Hidalguense o Potosina, pues abarca parte del Estado de San Luis Potosí; la Sierra Norte de Puebla, y la Sierra de Zongolica. Cada una tiene una cuenca hidrográfica propia. La primera vuelca sus aguas al Pánuco, la segunda al Tecolutla y la tercera al Papaloapan. Y finalmente, por encima de las regiones mencionadas, entre los 1 600 y los 2 400 metros, hay una faja montañosa con características variadas, donde empiezan a abrirse las cañadas que se encuentran más abajo. Esta faja es muy pequeña y de poca población frente a la zona de los balcones o de los valles amplios. Se trata, propiamente, de las faldas boscosas de los volcanes. En cambio, frente a las zonas serranas de Hidalgo y Puebla se encuentra muy poblada. Es lo que frecuentemente se llama "bocasierra".

En la costa, tierra caliente frente al Golfo, se forma una llanura de dimensiones regulares, continua, pero casi estrangulada al centro, ya que penetra en ella, como cuña, el extremo oriental del Eje volcánico. Podría hablarse de dos regiones diferentes, y ciertos aspectos de la geografía lo justificarían, pero también hay razones para pensar en una unidad. Hasta hace poco tiempo, la costa era una llanura insalubre y, en consecuencia, poco habitada. La erradicación de muchas enfermedades tropicales no se alcanzó hasta bien entrado el presente siglo. Durante la Colonia los españoles evitaban vivir en ella, y apenas en el siglo XIX empezó el puerto de Veracruz a formar un centro importante de población. Se relacionaba a las enfermedades con las ciénegas que se estancan a lo largo de la costa, separadas del mar por una cadena de médanos. Así que el paisaje costeño resultaba, además de insalubre, desagradable: "arena, arena y más arena" era todo lo que podían decir de él los viajeros. En la porción al norte del paralelo 20, o sea al norte del estrangulamiento, hay tal vez menos arena, pero más pantanos.

Todos los inconvenientes tenían que ser soportados por una razón: la necesidad de comunicar a México con el resto del mundo por la única vía practicable, la marítima. Veracruz era el puerto de México y por sobre todas las desventajas contaba su buena situación. El establecimiento de comunicaciones terrestres con Estados Unidos, y aun dentro del mismo México, y el desarrollo de la aviación, le quitaron importancia. Pero éste es un fenómeno reciente, y la vida de la región ha encontrado en el presente siglo muchas otras motivaciones. La actividad portuaria misma ha cobrado una cierta diversificación. Tampico, gracias al petróleo, ha llegado a perfilarse en ciertas ocasiones como competidor de Veracruz. Pero sus comunicaciones con el resto de México son muy deficientes, y lo mismo valdría decir de Tuxpan, un lugar mejor situado pero mal acondicionado. De cualquier modo, la actividad portuaria mexicana es bien raquítica. El comercio es poco. La pesca es pobre y mal organizada, con escasos recursos y barcos inapropiados. No hay, en fin, una verdadera vida marítima, ni verdaderos hombres de mar.

La llanura costera propiamente dicha tampoco es una tierra de promisión. Cerca de la costa no deja ver más que un inmenso chaparral bastante arenoso y de aspecto desolador. La impresión se borra un poco en la porción central, entre Veracruz y Nautla,

porque el piedemonte de la Sierra está ahí más próximo al mar y eso garantiza una mayor cantidad de lluvia. Pero la llanura en general es relativamente seca porque las lluvias se desparraman más adentro, al chocar con las elevaciones de la Sierra Madre; además, como los suelos son lateríticos, muy pobres en desechos orgánicos, la agricultura no encuentra allí un medio muy favorable. Por otra parte, hay grandes almacenamientos de agua pantanosa que baja de la Sierra Madre y no encuentra salida al mar.

A pesar de todo, hay algunas zonas privilegiadas. En la porción sur de la llanura, la cuenca del Papaloapan goza de mayor humedad, de control del agua fluvial gracias a una gran presa construida río arriba, y de una sociedad más sólidamente establecida que otras de la llanura. La cuenca se incorporó a la vida nacional con el cultivo de caña de azúcar. En el rincón más oriental, al pie del macizo volcánico de los Tuxtlas, Hernando Cortés la sembró por primera vez en México y construyó el primer ingenio. La producción azucarera decayó después, pero volvió a resurgir a finales del siglo pasado, centrada en las riberas del propio río. Aunque parece estar en decadencia, la producción fue tan grande que llegó a justificar la construcción de varios ingenios, entre ellos el gigantesco de San Cristóbal, cercano a Cosamaloapan. Otras áreas del extenso territorio agrícola se dedican al tabaco, el arroz, la piña, el mango y otros cultivos propios de la tierra baja tropical.

Antiguamente los productos encontraban su salida por la vía fluvial. El Papaloapan era un río verdaderamente navegable, como muchos de los ríos, hoy azolvados, de la llanura. Sobre el Papaloapan, unos kilómetros adentro, Tlacotalpan era un puerto de altura adonde llegaban barcos europeos que dejaban productos manufacturados a cambio del azúcar. Después se construyó una buena red de ferrocarriles y de carreteras que desviaron hacia el interior la riqueza de la caña. El gran proyecto de desarrollo de la Comisión del Papaloapan, creada en 1947, llegó a más: construyó la primera gran presa mexicana, la Alemán, para regular el cauce del Papaloapan. Su único éxito fue el control de las inundaciones, pero el proyecto en general se pasó de ambicioso y finalmente quedó estancado. Basta visitar Ciudad Alemán para encontrar el símbolo de muchos de los grandes proyectos nacionales: un fraccionamiento con atarjeas y arbotantes de cemento entre manglares y pantanos; calles rectas y bien trazadas; iba a ser la capital de un emporio agrícola e industrial: pueden verse

unas cuantas casas y poca gente. Pero el aspecto de algunas ciudades, como Tlacotalpan, Cosamaloapan y Santiago Tuxtla, no deja lugar a dudas en cuanto a que hubo un núcleo viejo de población, y habla de una sociedad bien establecida. Hay una tradición arquitectónica evidente en las casas sólidas y con portales, que contrastan con la mayoría de las construcciones de la costa veracruzana, bastante frágiles y a menudo de madera. Ambos tipos de habitación son apropiados para el clima cálido y húmedo, pero corresponden a realidades sociales muy diferentes. Tlacotalpan, desde que el río dejó de ser navegable por obra y gracia de los fabricantes de paraísos, ha quedado reducido a un pueblo de pescadores. Sin embargo, posee al máximo esos rasgos de solidez de la vida asentada antiguamente. Toda la ciudad se puede recorrer bajo portales, curioseando las salas de las casas populares más limpias y elegantemente amuebladas de México.

El contraste con una población millonaria como Poza Rica, fea y mal hecha, no acepta ninguna comparación. Poza Rica está también en la llanura, pero tiene una actividad muy diferente: la explotación del petróleo, que abunda en toda la porción norte de la llanura costera, la región petrolera más antigua e importante del país. Poza Rica fue una creación del oro negro.

El viajero percibe, a poco de dejar la costa, la tibieza de las tierras templadas. Cualquiera de las dos grandes rutas tradicionales que llevan de la costa al altiplano, la de Jalapa o la de Orizaba, permite acercarse a ellas. A esta región escalonada que se extiende entre los dos caminos tradicionales cabe llamarla zona de los valles amplios o de los valles cordilleranos porque a pesar de que los ríos que bajan de las montañas forman profundas cañadas, dejan lugar a valles relativamente anchos, propios aun para una agricultura extensiva. Esto distingue a esta zona de las áreas serranas vecinas que, como se ha dicho ya, están mucho más encajonadas. Típicos valles cordilleranos son los de la zona cafetalera de Coatepec. Sus tierras son muy ricas y se han repartido entre el cultivo del café, la caña, el tabaco y el arroz. Los ríos forman, como en toda la zona de piedemonte, cascadas fácilmente aprovechables. Todas las poblaciones cordilleranas gozaron de energía eléctrica desde principios del siglo gracias a facilidades semejantes, y aún están en servicio varias plantas locales muy antiguas.

Entre Jalapa y Orizaba esta región de amplios valles está sembrada de aglomeraciones urbanas que forman dos conjuntos muy

bien definidos y totalmente separados, pues no hay comunicación directa entre ellos: hecho frecuente en esta zona, las cañadas son tan profundas que no se les puede atravesar. La aglomeración jalapeña es la más pequeña de las dos. Jalapa prosperó durante la época colonial gracias al comercio. La insalubridad de la costa motivaba a los comerciantes acaudalados a reunirse en Jalapa para sus intercambios, pues aquí el clima era sano y agradable. Además, de las dos rutas a México, la de Jalapa era la más practicable. Se celebraban anualmente ferias comerciales en esta ciudad en el siglo XVIII. Hoy, la ciudad muestra una combinación, rara en México, de actividades administrativas y universitarias donde las segundas predominan y dan el tono a la ciudad.

La segunda aglomeración es mucho más extensa y compleja. Sus actividades son muy variadas, pues van de la ganadería y la agricultura por los alrededores de Huatusco y Córdoba, al turismo en Fortín de las Flores y a la industria en el conglomerado de Orizaba, Nogales, Río Blanco y Ciudad Mendoza. Éste se extiende sobre un característico conjunto de valles, en el fondo muy similar al de Coatepec. Las condiciones naturales son muy semejantes, la elevación media la misma, y la posición al pie de la cordillera fácilmente equiparable excepto por la circunstancia de estar Orizaba justo sobre la ruta entre la costa y el altiplano. En esta situación tan favorable está la primera explicación del temprano florecimiento industrial de la zona, con sus fábricas textiles y de cerveza. Fundamentales para el desarrollo de esta industria han sido el ferrocarril y el aprovechamiento fácil del agua. La comparación de los dos conjuntos permite reflexionar sobre un hecho: la gran variedad de posibilidades de ocupación humana, formas de vida y desarrollo que tiene esta zona de los valles cordilleranos.

Las tierras que están por encima de estos valles son preponderantemente boscosas. Para el viajero que llega aquí procedente de la costa, que está a pocas horas de camino, el contraste del clima y la vegetación no puede ser mayor, a menos que se ascienda a las cumbres nevadas de los volcanes. Al comerciante alemán Becher, que visitó México en 1832, estas tierras frías le hicieron recordar el norte europeo. ¿Qué más prueba puede darse de las contradicciones que encierra el mundo tropical?: "¡La exuberante vegetación del sur ha desaparecido, y en su lugar la región adquiere un áspero y nórdico carácter! Los hombres llevan ahora ropas de mayor abrigo y sus viviendas ya no son las chozas cons-

truidas con cañas de bambú y hojas de plátanos, sino semejantes a las casas noruegas, de troncos ensamblados y techadas con madera." A Becher le dolía ver tan despoblado este paraíso. "Si algún día se poblara, la actividad humana pondría la corona sobre este fascinante edén."

En estas tierras templadas del centro veracruzano, la parte más baja, o sea la región de Jalapa y Orizaba, es la que domina el conjunto. La situación se invierte en otras partes de la Vertiente, donde el centro de gravedad está a mayor altura, cerca ya del altiplano. Las poco elevadas áreas serranas viven dominadas por las tierras más accesibles de bocasierra que tienen encima. La zona de bocasierra más interesante y mejor definida está comprendida entre Huauchinango y Teziutlán: es el principio de la bajada a la Sierra Norte de Puebla.

A pesar de no estar en el altiplano, la bocasierra debe considerarse casi como una región fría. La vegetación dominante es de coníferas, pero basta un pequeño desnivel para que la situación climática cambie y aparezca al fondo de las barrancas el bosque bajo tropical. Como el relieve suele ser muy recortado, a cada paso se ve el viajero entre una vegetación diferente. Las ciudades están en las partes altas y abiertas, que son las de más fácil acceso: es el caso de Huauchinango, de Zacatlán, de Tetela, de Zacapoaxtla y de Teziutlán. La arquitectura de estas poblaciones refleja su situación en las partes frías y abiertas: casas muy abrigadas, frecuentemente de madera, y con grandes techos y enormes aleros que cubren las banquetas para protegerlas de la lluvia. Para el conjunto del país la zona tiene poca importancia económica, a no ser por su producción de frutales y alguna que otra actividad minera. En cambio, resulta interesante estudiarla como un ejemplo de concentración de una economía local muy bien definida. Como la sierra propiamente dicha casi no tiene vías de comunicación ni ciudades importantes, sus productos se sacan a lomo de mula a las poblaciones de la bocasierra, que en cierto modo están jerarquizadas. Así, Teziutlán domina sobre Zacapoaxtla, que viene a ser un mero intermediario. Un poco más al noroeste, Huauchinango cobra una importancia cada vez mayor. Ambas deben su preponderancia a que están sobre dos carreteras de primer orden que bajan del altiplano a la costa. El desarrollo de Teziutlán es más temprano porque gozó desde hace mucho de las ventajas del ferrocarril. Zacatlán, en cambio, es el

caso de una población que ha perdido importancia al quedar marginada de las principales rutas comerciales. En todas estas ciudades, como es natural, hay mercados indígenas semanales —tianguis— que se ven literalmente rebosantes de pequeños comerciantes.

La sierra es la región agreste y montuosa donde, como se ha advertido, los ríos se encajonan y apenas dan lugar a valles muy angostos. La bocasierra, que está por encima, es casi su única vía de contacto con el resto del mundo. En el lenguaje de la sierra, para salir de ella "se sube"; para entrar en ella "se baja", se baja a la sierra: no a la cordillera de la Siera Madre, se entiende, sino a los escalones de las tierras templadas. La sierra tiene una topografía tan compleja que a cada paso muestra un paisaje diferente. Una nota elocuente a propósito de esta topografía es que apenas se podrían encontrar en ella superficies planas horizontales. Por lo demás, el relieve es suave y redondeado a pesar de lo accidentado y de los desniveles tan frecuentes, a menudo de más de mil metros: las montañas tienen paredes rocosas, pero muy rara vez picachos o aristas.

Un viajero que vaya a la Sierra Norte de Puebla, desde el momento en que empiece a bajar, advertirá los síntomas tan avanzados de la erosión. La ocupación humana ha sido milenaria, y hoy día la densidad de población rural, de 100 a 180 habitantes por kilómetro cuadrado, y en algunos municipios hasta de más de 300, es de las más altas del país. Como no hay casi superficies horizontales, los cultivos se han tenido que hacer sobre las laderas de los montes, en pendientes cada vez más y más empinadas. Algunos cerros de no poca envergadura, como el Zotolo, ya en la orilla de la Sierra, están cubiertos hasta la cima por siembras de maíz, frijol, maguey, manzanos y cítricos. La agricultura es de técnica primitiva y no hay ningún sistema de terrazas. Los suelos han resistido mucho gracias a su constitución arcillosa. Pero la Sierra se vuelve cada vez más pedregosa —sobre todo en la parte oriental, que es la más baja— y eso significa que la última etapa de la erosión está por venir. La Sierra no se ha desforestado gracias al café, el cultivo principal de las partes más bajas y calientes. El café necesita sombra, y por tanto se alterna su cultivo con árboles. Esto ha sido un gran factor en la conservación del suelo. Los indígenas cultivan el grano en pequeña escala, para que luego sea transformado y transportado por un sinnúmero de intermediarios.

Hoy, la Sierra Norte de Puebla necesita de comunicaciones mo-

dernas. El ferrocarril nunca se atrevió a entrar, y se comprende. En una estación un poco al norte, Honey, la vía se termina de golpe y porrazo en una barda: del otro lado está la bajada vertiginosa. Las carreteras apenas ahora empiezan a dejarse ver. Sólo hay dos poblaciones bien comunicadas, que se han convertido gracias a ello en las capitales económicas de la sierra: Xicotepec o Villa Juárez, magníficamente situada sobre la carretera a Tuxpan, y Cuetzalan, un poco más aislada. Lo demás de la Sierra sólo ha conocido hasta hace pocos años la mula y la avioneta, que llega prácticamente a todas partes. En materia de comunicaciones tradicionales —caminos reales y puentes de piedra— la Sierra no está tan desprovista. Durante el auge del café, a finales del siglo pasado, se construyeron espléndidos puentes y caminos empedrados que comunicaban todos los pueblos a través de rutas inverosímiles, algunas veces practicadas sobre la roca viva.

Situados a la misma altura que Jalapa y Orizaba y con un clima muy semejante, los poblados serranos suelen ser muy pequeños, rara vez de más de tres mil habitantes, con sus sólidas casas mestizas, generalmente de comerciantes, aglomeradas alrededor de una plaza o mercado y rodeadas por habitaciones de campesinos indígenas. La topografía influye mucho en la disposición o trazo de los pueblos. Una población al abrigo de un cerro o recostada en una ladera, como Ahuacatlán o Xochitlán en la Sierra Norte de Puebla, tiene calles y manzanas irregulares, mientras que otra en la cima de una colina, como Iztepec, ofrece una disposición radial con manzanas indefinidas. Zapotitlán, que aprovecha un terreno ancho en la ribera del río Zempoala, es caso único en la Sierra por su trazado regular de calles rectas. Como en la mayoría de las zonas aisladas de economía tradicional, la población de la Sierra Norte de Puebla es fundamentalmente indígena, si bien casi todas las actividades de transformación y de servicios están dominadas por mestizos. Ninguna otra área indígena tiene una densidad de población tan alta como ésta. Aquí la población es nahua y totonaca, esta última en las partes más bajas. Hay inclusive enclaves otomíes.

Las otras áreas serranas no son iguales, aunque en lo sustancial hay infinidad de rasgos comunes. La Sierra de Hidalgo, o Huasteca serrana —con sus centros en Huejutla, Tamazunchale y Ciudad Valles— parece sin embargo, ser más abierta y tener más salidas y entradas no sólo para su bocasierra, por Tulancingo,

Atotonilco, Zimapán y Jalpan, sino también por la costa. No sería imposible incorporarle como un apéndice la Vega de Metztitlán, de que ya se habló antes. Viven en esta Huasteca serrana mexicanos, totonacos, huastecos y otomíes. La Sierra de Zongolica es más peculiar porque carece de un área de bocasierra, como no se considere a Tehuacán como tal, y está rodeada de tierras bajas casi por todos lados: la llamada Mixteca oriental y la llanura del Golfo. Así, parece estar más encerrada en sí misma. Desde Zongolica a Tehuipango y a Huautla, la aglomeración urbana no es sólo densa, sino étnicamente compleja: hay nahuas, mixtecos, mazatecos y cuicatecos.

Mestizos e indígenas conviven en estas áreas serranas, pero llevan una existencia totalmente separada. En las fiestas titulares de los pueblos, en la Sierra Norte de Puebla, por ejemplo, unos y otros comparten el entusiasmo pero cada quien por su lado, con su música. Ésta sigue en las calles y plazas hasta que cae la noche, que es oscura porque no siempre hay energía eléctrica, y es entonces cuando se muestra, brutal, la desigualdad social. Los indios tienen que irse con su música a otra parte, lejos, porque ya no se les deja seguir. El pueblo es conquistado por los mestizos y sus plantas de luz portátiles, y no es posible escuchar otro ruido que el de sus baterías y demás instrumentos del rocanrol triunfante.

La Vertiente del Pacífico

La Vertiente humana del Pacífico es equivalente a la del Golfo en su estructura geográfica y su relación con el México central. Se trata también de un conjunto de tierras calientes y templadas en que se suceden escalonadamente fajas de terreno de diferentes alturas, cada una con sus características propias de región bien definida. A semejanza de las que se descuelgan hacia el Golfo, se extiende longitudinalmente frente al México central. Sin embargo, la estructuración y el escalonamiento no son tan nítidos como de aquel lado porque la cuenca del río Balsas, en el corazón mismo de la Vertiente, rompe el declive y forma una especie de depresión interior muy extensa. En principio, y desde el punto de vista de la geografía humana, a la Vertiente del Pacífico le correspondería frente al México central un papel simi-

lar al de la Vertiente del Golfo: darle salida al exterior por una vía fácilmente practicable, complementar los recursos naturales y las actividades humanas, y abrir una posibilidad de intercambio mutuo de recursos naturales y humanos. Si se estudia la política de ocupación de la tierra, poblamiento y expansión de los conquistadores, se verá que lo entendieron así: Cortés, una vez establecido en México se dedicó a abrir el camino al poniente bajando del altiplano al litoral del Pacífico. Probó por Tehuantepec, Acapulco y Colima, siguiendo rutas de acceso entre tierra baja y altiplano semejantes a las de Veracruz. Luego de haber introducido en la Vertiente del Golfo el cultivo de la caña de azúcar, lo llevó también a las tierras templadas de los valles altos del Balsas. Lo mismo podría decirse de las plantas tintóreas y aun de las actividades mineras que intentó en la misma cuenca, particularmente en Taxco y Sultepec. A pesar de todo, la Vertiente del Pacífico no llegó nunca a establecer lazos tan estrechos con el México que la complementa, como la del Golfo, por varias razones; la primera, las características de la región misma. Su estructura relativamente compleja y su gran extensión la hacen más difícil de aglutinar que la del Golfo. Viene después una circunstancia de mucha trascendencia. Mientras que hacia el Golfo el altiplano virtualmente se derrama por las laderas de la sierra sin otro obstáculo que la pendiente misma, por este lado la columna vertebral del México central, el Eje volcánico, constituye una verdadera barrera que debe salvarse antes de iniciar el descenso, de modo que las comunicaciones con la costa por este lado son bastante más difíciles. Estas dificultades ciertamente son menores hacia el occidente, donde por esa razón las relaciones de intercambio entre las tierras altas y las bajas son más intensas.

Otro factor que ayuda a explicar la poca integración de la Vertiente está en lo que hay más allá. La Vertiente del Golfo mira a Europa, mientras la otra mira a una inmensidad oceánica al otro lado de la cual hay tierras que pueden ser perfectamente ajenas a la realidad mexicana. Así, el papel que la Vertiente juega como lazo de comunicación con el exterior queda reducido al mínimo. Después de la pérdida del comercio con China en el siglo XIX, Acapulco perdió en cierto sentido su carácter de puerta trasera de México.

La Vertiente del Pacífico no sólo carece de una integración estrecha al conjunto mexicano, sino que también carece de uni-

dad. Los proyectos de desarrollo económico global (como el de la Comisión del Balsas) son muy recientes y no pueden tener más que alcances parciales, y las comunicaciones internas son sumamente escasas. Debido a esto, y también como reflejo de la realidad del México central, pueden hacerse dos subdivisiones en este conjunto, separando una porción oriental de otra occidental.

La porción oriental corresponde *grosso modo* a los actuales estados de Guerrero y Morelos, con algo de los vecinos. La disposición de los elementos estructurales del relieve es muy sencilla. Hay una faja costera muy angosta que no puede denominarse propiamente llanura. Sigue después la cordillera, la Sierra Madre del Sur, con una vertiente exterior y una interior. En tercer lugar, el valle del Balsas con sus varios niveles de elevación, todos paralelos, pues el río corre de este a oeste en la misma dirección de la costa. Al final está el piedemonte del Eje volcánico, con numerosos valles profundos dentro de él, que hidrológicamente pertenecen a la misma cuenca del Balsas. Los más importantes son el del Cutzamala, que alcanza las inmediaciones de Zitácuaro; el del Amacuzac, que alberga a Morelos; el del Nexapa, donde se asientan Izúcar de Matamoros y Atlixco, y el del Mixteco, en el extremo oriental, asiento de la Mixteca Baja. El del Atoyac, o Valle de Puebla, es también tributario del Balsas, pero es más alto, frío y seco y por sus características humanas pertenece al México central. Al extremo occidental de este conjunto el Balsas tuerce bruscamente al sur para desembocar en el mar. Aquí puede marcarse el límite entre las porciones este y oeste de la Vertiente.

Fuera de Acapulco, la costa guerrerense —Costa Grande y Costa Chica, que se prolonga hacia Oaxaca— no tiene más que pequeñas poblaciones dedicadas sobre todo a una pesca bastante raquítica y a la explotación de la copra. La zona de Ometepec es notable por la población negra, que, abundante en México en tiempos de la Colonia, se conservó pura en este lugar gracias a su aislamiento. Más al oriente hay una zona indígena muy extensa y aislada, de población amusga y mixteca, centrada en Pinotepa Nacional. Hoy día el turismo ha sacado a la región de un encierro secular. Acapulco, por lo demás, se ha convertido en una entidad totalmente artificial.

La Sierra es una extensión inmensa y deshabitada a excepción del extremo oriental, donde una cadena de pequeñas ciudades —Tlapa, Olinalá, Chilapa, Tixtla— se extiende desde la región tlapaneca, asiento de uno de los grupos indígenas más marginados del país, hasta Chilpancingo, capital estatal y regional que se ha aprovechado de ser la única población bien enlazada con el México central. Esta sierra contrasta vivamente con las áreas serranas de la Vertiente del Golfo. Geológicamente los suelos son de muy buena calidad, pero el grado de deterioro a que han llegado es muy avanzado, pues la ocupación humana ha sido muy larga y los métodos de cultivo todavía son primitivos. En consecuencia los rendimientos son bajísimos y muy escasa la vegetación. Aun en las áreas más húmedas, ésta es poco menos que chaparral, y en las partes más secas es tan sólo xerófita.

La bajada desde la Sierra al valle de Balsas y al lecho mismo del río, de casi 500 kilómetros de longitud, no se diferencian mucho de la Sierra por su vegetación ni por su tipo humano. Sólo muy al occidente, en una área más favorecida, aparece un núcleo importante de población, pero por sus características y su economía pertenece más bien al piedemonte volcánico que al valle del Balsas.

Ese piedemonte, o sea el declive norte de la cuenca del Balsas, y que también puede denominarse como región de valles cordilleranos, es sin duda la región más importante de toda la sección oriental de la Vertiente del Pacífico. Aquí se puede apreciar el escalonamiento de tierras templadas de todo tipo, matizadas por numerosos valles profundos, poco poblados en su mayoría. El acceso al altiplano es bastante difícil, pues la cordillera volcánica presenta por este lado un verdadero farallón con desniveles muy considerables, especialmente frente al Popocatépetl y al Nevado de Toluca. En cuanto al clima, esta parte norte de la cuenca del Balsas constituye la región más favorecida de todo el conjunto pues está cara a los vientos húmedos del Pacífico y se aprovecha también del desagüe copioso de la cordillera y aun del deshielo de las altas cumbres que tiene sobre sí. Pueden verse algunas poblaciones situadas en la parte baja de estos valles. Son casi todas ciudades de desarrollo moderno que se dedican a cultivos de tierra baja tropical, como la caña de azúcar. Es el caso de Huetamo, Ciudad Altamirano, Arcelia, Teloloapan, Iguala y Huitzuco. Ciudad Altamirano, tal vez la más próspera, está en la ribera misma del Balsas, pero sus relaciones son con las tierras

del piedemonte y no con la cuenca encañonada y despoblada.
Remontando los valles, a más de 1 600 metros la vegetación da lugar a encinos y coníferas y recuerda mucho el paisaje de la bocasierra de la Vertiente del Golfo. Ciudades como Ciudad Hidalgo, Zitácuaro, Valle de Bravo, Temascaltepec y Taxco, testimonian la multitud de ambientes y producciones que se pueden encontrar en esta parte alta y relativamente encerrada de la cuenca del Balsas. Su fisonomía está dibujada por casas de aspecto sólido y techos de dos aguas con grandes aleros. Al igual que Teziutlán o Zacatlán en el lado del Golfo, están mejor comunicadas con el altiplano que con las tierras más calientes que tienen por debajo. El destino de estas poblaciones ha sido a menudo el turismo. Taxco es el caso más notorio, pero no el único. Ella y Zitácuaro son las poblaciones más importantes de los valles altos, y su desarrollo ha sido bastante normal, aun cuando no sobresaliente. Zitácuaro y Ciudad Hidalgo, situadas sobre la vieja carretera entre Toluca y Morelia están muy ligadas a la zona del Lerma y al Bajío moreliano. Tal vez debiera de considerárseles poblaciones del México central, pero el desarrollo de las comunicaciones con la cuenca del Balsas y el trazo de rutas más directas entre México y Morelia las está haciendo revertir a su orientación natural. Esto se ha hecho evidente en Temascaltepec, que, de haber sido mero apéndice de Toluca, empieza a convertirse en la principal puerta de entrada a los nuevos caminos de acceso a la tierra caliente guerrerense.

Volviendo a los valles bajos, hay dos, tributarios también del Balsas, que merecen una consideración muy especial. Se trata de los valles del Amacuzac y del Nexapa, ríos que drenan las extensas zonas cañeras del Estado de México, Morelos y el suroeste de Puebla. Éstas guardan íntima relación de interdependencia con el México central, pero al mismo tiempo están muy diferenciadas. La simbiosis entre las tierras frías del México central y las templadas de las vertientes se ve tal vez más clara aquí que en ningún otro caso. La población está muy concentrada al pie del farallón montañoso. Siguiendo el curso de los ríos, valle abajo, la presencia del hombre casi desaparece hasta ser nada al llegar a la confluencia con el Balsas. Pero más arriba, especialmente alrededor de Cuernavaca, pero también en Tenancingo, Cuautla, Zacatepec, Jojutla, Atlixco e Izúcar de Matamoros, la concentración humana es la mayor que se pueda encontrar en las ver-

tientes mexicanas. Esta ocupación intensiva hace que Morelos y sus áreas vecinas se distingan muy vivamente de las tierras de Guerrero: el viajero más distraído percibe ese cambio en la ocupación del suelo aun en relación con las zonas fértiles de Iguala, colindantes con Morelos y que no están poco pobladas. El campo de Morelos, al contrario del guerrerense, es un campo virtualmente "domesticado" en el que la topografía ya no presenta ningún obstáculo por salvar ni hay tampoco tierras desperdiciadas o inaccesibles.

Los problemas del monocultivo de la caña de azúcar son bien conocidos: la tierra se agota y la remuneración no es siempre satisfactoria; pero el sistema y la tradición se imponen, se hace necesaria la ocupación intensiva del suelo, y éste es el modo más viable. Hay que advertir, sin embargo, que no todo Morelos está condenado al monocultivo. Aproximándose al valle desde el altiplano por uno de sus accesos más fáciles, el de Ozumba, se ven sucederse cultivos de frutales, legumbres, cereales, que ceden terreno a la caña sólo en las partes más bajas.

La proximidad de la capital nacional ha enriquecido las actividades urbanas sin hacer palidecer algunas incipientes actividades industriales de primer orden. Los núcleos de población, desde Tenancingo hasta Atlixco, gozan de comunicaciones bien establecidas tanto con el altiplano cuanto con las zonas que se despliegan al sur. Así, su papel de intermediarios y distribuidores ha sido muy claro y sin rival en la zona.

Semejantes a estos dos valles en su situación de tributarios del Balsas, son otros que ocupan el rincón más oriental del conjunto y que también deben considerarse aparte. Se trata de la Mixteca Baja, zona indígena pobre y aislada que se vuelca hacia sus capitales, Acatlán y Huajuapan de León, situadas en medio de productivos cañaverales. Terriblemente erosionada, la Mixteca Baja está a punto de convertirse en un yermo inhospitalario. En pocos lugares la desforestación inconsciente y brutal alcanza proporciones tan alarmantes, pero se trata de una región tan abandonada que el hecho, a pesar de su gravedad, atrae poca atención. La Mixteca Baja ocupa un lugar muy peculiar como lazo de unión entre Oaxaca, el México central y la Vertiente del Pacífico, y si la hemos incluido dentro de esta última en atención a sus características geográficas, no por ello dejaremos de recordarla al hablar de Oaxaca.

La porción occidental de la Vertiente del Pacífico es casi tan extensa, si bien más angosta, que la oriental: comprende desde la desembocadura del río Balsas hasta la del Santiago. Como todas las vertientes vitales de México, es también una región de fajas escalonadas que se suceden longitudinalmente, correspondiendo diferentes climas a distintas elevaciones. Pero aquí esa disposición estructural es sumamente confusa, pues muchos valles profundos penetran por las estribaciones de la cordillera y rompen su continuidad, y luego se abren y tuercen en todas direcciones formando tierras bajas interiores. Ninguno de estos valles interiores tiene la extensión ni la regularidad del valle del Balsas. Así, la topografía es siempre complicada y las comunicaciones difíciles.

Esta porción de la Vertiente es el complemento vital del Occidente. Se relaciona no con los tres Valles centrales sino con la cuenca del Lerma-Santiago y se enlaza fuertemente con Guadalajara. Los nexos directos con la capital mexicana son muy recientes: el más importante es el de la electricidad. En la confluencia del Balsas y el Tepalcatepec, la planta generadora del Infiernillo produce energía para la ciudad de México. Pero las áreas de Colima y Tepic, que son las de mayor población, son más bien compañeras de Guadalajara. Por lo demás, sería mucho decir que la región, como conjunto, está estrechamente ligada al México central o a cualquiera de sus partes. La geografía humana es en esta porción de la Vertiente una geografía de núcleos separados y casi incomunicados entre sí, con verdaderos vacíos en medio.

A pesar de que la estructura del relieve es muy poco clara, debe intentarse la descripción de las fajas sucesivas del escalonamiento de las tierras calientes y templadas. La costa, desde San Blas hasta Playa Azul, parece estar aún más fuera del mundo que la guerrerense. En el remoto pasado, San Blas llegó a destacar como un puerto importante. Hoy, el turismo empieza a reclamarla, a construirle carreteras escénicas y a llenarla de hoteles. También se deja ver ya una gran planta siderúrgica en la desembocadura del Balsas, pero no pasa de ser un proyecto. En general, esa estrechísima faja costera a que da lugar la Sierra Madre del Sur, tan cercana al mar, no tiene, aparte de su be-

lleza, nada relevante excepto por un punto: Manzanillo, que se aprovecha de la apertura hacia el interior que le dan los valles colimenses. Bien comunicado por dos rutas que convergen en Guadalajara —una por Autlán y otra por Colima—, podría esperarse del puerto algo más que la escasa actividad que lo mueve. Todavía bien entrado este siglo, cuando las comunicaciones con todo el Noroeste de México se hacían por mar, Manzanillo era un paso obligado, pero eso desapareció al establecerse lazos por tierra.

La Sierra Madre del Sur, primer escalón en el ascenso al altiplano, es aquí una cordillera informe. A veces se entrelaza con el Eje volcánico, y es difícil distinguir el trazo de la una y del otro. El Volcán de Fuego de Colima, por ejemplo, está en la punta de una prolongación del Eje hacia el sur que se mete como cuña dentro de la Sierra Madre. Alguna población que vegeta dentro de ella, como Coalcomán, en la parte michoacana, no es suficiente como para dispensarla del título de verdaderamente aislada y deshabitada.

La poca continuidad de la Sierra da lugar a varios valles de poca elevación. El primero es el valle del Tepalcatepec, la Tierra Caliente por excelencia. Se trata de un valle interior, porque es afluente del Balsas, pero su elevación media es inferior a los 400 metros. Es una región verdaderamente escondida, a la que sólo las más modernas comunicaciones han logrado enlazar. Por su recogimiento recibe poca humedad del Pacífico, que se evapora por el excesivo calor. Se trata, en efecto, de la zona más caliente de México, con temperaturas de 25 a 32 grados como promedio, y máximas, muy frecuentes, de 42. La vegetación, como en el valle del Balsas, es pobre, excepto en algunos lugares de la vertiente norte que están más expuestos a las aguas. Sus dos poblaciones principales, Apatzingán y Nueva Italia, son muestra de desarrollo reciente y rápido, gracias sobre todo al cultivo del algodón y el ajonjolí, arroz, melones y sandías. Al norte de la Tierra Caliente es posible percibir el ascenso escalonado al altiplano. Es bastante brusco, pero hay un extenso piedemonte —región de valles cordilleranos— que corre desde la serranía del Tigre hasta el río Tacámbaro y está muy relacionado con el altiplano que tiene detrás, o sea la Meseta tarasca, oculta desde abajo a la vista del viajero por la mole del Tancítaro. Cotija, los Reyes, Uruapan, Ario de Rosales y Tacámbaro son todas poblaciones agríco-

las típicas de tierra templada, productoras de café, caña de azúcar, aguacate, arroz y cítricos, como sus hermanas de la Vertiente del Golfo. Más al oriente el piedemonte continúa sin interrupción al norte de la cuenca del Balsas, alojando a Zitácuaro y a otras poblaciones de las que ya se ha hablado.

Un segundo valle, el de la Región colimense, está abierto al mar. El valle de Armería, pues tal es su nombre, encuentra paso entre la Sierra Madre y se eleva gradualmente hasta alcanzar al México central en el borde del Eje volcánico. Así, es una región de escalonamiento muy claro, una especie de región de conformación sencilla en medio de ese maremágnum que es la zona occidental de esta Vertiente. Se ha hablado ya de Manzanillo, que con sus alrededores forma el primer escalón colimense. El segundo, ya fuera de la costa, es el de las tierras que se extienden entre los 400 y los 800 metros y forman la base de los valles colimenses propiamente dichos. Todos fluyen hacia el río Armería, y su vida se vuelca también hacia un punto: Colima. La región es en general cálida y lluviosa por obra de los vientos del sur y la brisa del Pacífico; azucarera, desde luego. Colima, la ciudad capital, es de las pocas muestras que ofrece México de asentamiento antiguo y estable en una área decididamente tórrida. El diminuto Estado de Colima parece querer demostrar que también de puro "trópico" se puede vivir. Más arriba, en el siguiente escalón, que es el piedemonte del Eje volcánico y tierra relativamente templada, los valles se angostan y se abren paso por la Sierra Madre y por la propia cordillera volcánica. Al fondo del principal de los valles que se abren hacia el oeste está Autlán, población agrícola que conoció, como casi todos los pueblos del piedemonte, sus veleidades mineras, y vive ahora del comercio gracias a la carretera de Manzanillo a Guadalajara. En el principal de los valles que se abren al este se agrupan Zapotiltic, Tamazula, Tuxpan y Tecalitán, prósperos productores de caña. La relación con Guadalajara es muy estrecha: en efecto, ahí está ya el borde del altiplano, a 1 600 metros. En medio de esas dos ramificaciones ascendentes, que pueden compararse con las dos rutas de acceso al altiplano desde Veracruz, están, al igual que entre Jalapa y Córdoba, los más altos escalones de la Vertiente: primero el activo Volcán de Fuego, y detrás el Nevado de Colima, la cumbre más alta del Occidente.

Región también de balcones o piedemonte, pero situada en un

lugar muy alejado del anterior, es la de Tepic. Por este lado el escalonamiento del altiplano es también de estructura muy sencilla. De la costa nayarita a Tepic hay un desnivel accidentado pero suave. Tepic está a 905 metros, una posición muy baja. Población moderna que aspira a dominar la puerta de la extensa llanura costera del Golfo de California, mira hoy día más hacia el Norte que hacia el México central con el que podría estar más ligada. Con el resto de su propia área geográfica, la Vertiente del Pacífico, tiene pocos lazos y muy nuevos. Puerto Vallarta es la avanzada hacia la costa jalisciense.

Acercándose al borde del altiplano, en ruta hacia Guadalajara, por la región de Etzatlán y Ameca, se nota que el ascenso es muy suave y tendido, trazado entre plantíos de caña de azúcar. Esto recuerda a Morelos, también una región de piedemonte de elevación similar. Pero el extremo occidental del altiplano es muy bajo por aquí, y permite abordarlo aun a menos de 1 500 metros. Por este lado ninguna montaña de grandes dimensiones marca la presencia de éste por sobre las tierras bajas tropicales.

La Vertiente del Norte

Cuando en los primeros años de la época colonial se hablaba del Norte, se hacía referencia a una tierra lejana habitada por unos cuantos indios nómadas. El límite de la población sedentaria estaba más o menos bien definido, a la altura del río Lerma-Santiago, con prolongaciones más al norte en las costas y en las áreas serranas. Ese Norte era una tierra diferente por su clima, más árido y frío conforme se avanzaba en latitud. Las costas del Norte, menos lluviosas, no tenían la exuberancia de las del sur de México.

La historia del Norte es peculiar precisamente debido a la naturaleza del medio en que se ha desarrollado. Su geografía se adivina detrás de cada uno de los fenómenos de esa vida de avanzada y de colonización, y las formas de vida predominantes, desde la que significa el aislamiento y la lejanía hasta la que implica la necesidad de mantener obras constantes de irrigación, han sido virtualmente condicionadas por la geografía.

Bajo las duras condiciones del ambiente norteño se fundaron y prosperaron las ciudades mineras y alguna que otra avanzada

misionera. Otras ciudades surgieron de presidios o fortalezas. Casi todas las fundaciones importantes datan del siglo XVI: Zacatecas, Durango, Jerez, Saltillo, San Luis Potosí, Parral, Culiacán, Mazatlán, Monterrey, Chihuahua, Santa Fe de Nuevo México... Tenía que mediar la ambición de la riqueza, el celo misionero o la necesidad de proteger los establecimientos del Norte para que muchos hombres fueran a vivir a esas tierras nunca antes habitadas por una sociedad sedentaria. Con el paso del tiempo las fundaciones se fueron convirtiendo en ciudades y se rodearon de grandes latifundios ganaderos y de terrenos de regadío que proporcionaban los productos necesarios para el consumo de sus habitantes. Seguían siendo lejanas y apartadas, pues se necesitaban un mes, dos o tres, para llegar a la capital del virreinato. En el siglo XVII, con el auge de la minería, las ciudades del altiplano se hicieron muy ricas, y al mismo tiempo los ganaderos dominaban áreas extensísimas con sus propios ejércitos. Las costas, en cambio, decayeron mucho, pues no ofrecían ningún aliciente especial. Particularmente Tamaulipas fue una provincia muy poco apetecible.

La vida del Norte se constituyó como una vida de opulentos núcleos aislados, relacionados con México, pero muy poco entre sí. Las ciudades mineras del altiplano boreal casi no tenían contacto con las poblaciones de la costa. Las separaba una barrera montañosa virtualmente infranqueable, sobre todo por el lado del occidente.

El Norte fue siempre una tierra de ocupación, de colonización y de frontera. Conforme avanzaba el límite de la población sedentaria y se eliminaba a las tribus nómadas, todos y cada uno de los puntos de su territorio vivieron la experiencia de ser frontera: frontera viva, en avance, que sólo la falta de recursos humanos y las ambiciones de los norteamericanos hicieron retroceder. El Norte se define, o al menos se definió tradicionalmente, por ser frontera: todo aquello que ha sido frontera es Norte, y el Norte deja de serlo ahí donde nunca ha habido experiencia de expansión desde México, de colonización o de presencia de rasgos mexicanos frente a otros extraños.

El ferrocarril vino a modificar radicalmente la fisonomía del Norte. Hizo prosperar a ciudades como Monterrey y Saltillo y surgir a otras nuevas como Torreón, que estaban situadas en puntos estratégicos para el trazado de las vías. Por sobre todas

las cosas, el nuevo medio de transporte acortó las inmensas distancias, reduciendo a dos o tres días el trayecto de meses, facilitando el tránsito de personas y la convivencia de miembros de distintas sociedades. Por lo que toca a las llanuras costeras, el ferrocarril fue menos importante y más tardía su influencia. La mayor comunicación que Sonora y Sinaloa tuvieron con el resto de México, ya entrado el presente siglo, seguía siendo la marítima entre Guaymas o Mazatlán y Manzanillo, porque ninguna ruta terrestre practicable alcanzaba el altiplano. Tamaulipas tenía una estructura social muy precaria. Y la Sierra, al occidente, permanecía impenetrable como siempre. En esta era del ferrocarril trató de establecerse por primera vez un nexo entre el altiplano boreal y las costas, pero el intento fracasó y las vías quedaron truncas en Chihuahua y Durango. La Sierra Madre Oriental no es una gran barrera y fue más fácil de brincar, pero en la llanura costera no había prácticamente nada. Si se tendieron vías a través de ella fue porque por allí pasaba la mejor ruta para alcanzar la frontera norte o para ir a Tampico.

Al mismo tiempo que se desarrollaban los caminos de hierro crecían las zonas de irrigación. Sin riego el Norte entero, a excepción de la Sierra Madre y de pequeñas zonas privilegiadas de Tamualipas, Nayarit y Sinaloa, es en su mayor parte una estepa cuyos pastos reverdecen apenas en tiempo de aguas, y no es apropiada ni siquiera para cultivos de temporal. Pero con riego sus suelos castaños se vuelven ideales para una agricultura intensiva. La Región lagunera, en el corazón mismo del Norte, es el mejor ejemplo: se convirtió en un vergel gracias a las obras de irrigación, y explotaciones modernas industrializaron el cultivo del algodón. Otras áreas se dedicaron al trigo, la vid o la alfalfa. En Sonora y Sinaloa la agricultura también requería de riego, y en los distritos acondicionados empezó a producirse en gran escala el jitomate, el arroz, la caña de azúcar y el algodón. También Tamaulipas vivió una época de auge algodonero debido al riego. Toda esa agricultura del Norte fue desde el principio una agricultura a gran escala, dependiente del mercado nacional o del extranjero, pero no del consumo local. Así, los núcleos campesinos del Norte tienen un carácter muy peculiar. Se formaron con población inmigrante del México central o de las Vertientes de intercambio vital, pero no se repitió en ellos el esquema cerrado y de pequeños intercambios del centro. Un fenómeno pa-

ralelo es el de la industria, como en cierta medida lo había sido la minería. El siglo xx ve la decadencia de la minería al tiempo que proliferan las áreas de riego y se tienden kilómetros de carreteras pavimentadas. La industria moderna ocupa el lugar de la minería tradicional, aunque no exactamente, porque la minería era una actividad que estaba extendida por todos los rincones del Norte e impregnaba a éste de muchos aspectos de su fisonomía. La industria moderna, en cambio, está concentrada en menos lugares y en menos manos. Se podía decir, en la época de la minería, que el Norte era un país minero, pero no se puede decir ahora que sea un país industrial. Y en el fondo la industria es también ajena al Norte, por más que sus instalaciones se levanten en su territorio. La economía industrial es una economía nacional y, para la región en que se levanta, lo único que significa es abundancia de fuentes de trabajo. Pero no contribuye a formar la cohesión social de la población. Lo mismo puede decirse de la explotación de petróleo y gas en la llanura del Golfo.

También cobra forma en el siglo xx otra de las facetas del Norte: la vida fronteriza, basada en el comercio, el contrabando, las diversiones y el trabajo de los habitantes de uno y otro lado de la frontera. Paradójicamente, es una forma de vida muy bien definida a la vez que vacilante e inconsistente.

Toca ahora distinguir las regiones que constituyen esta gran Vertiente de expansión. Los elementos estructurales del Norte no irradian del México central como ondas sino como rayos. Así mientras que las dos Vertientes de intercambio vital —Golfo y Pacífico— constituyen una sucesión de escalones paralelos que bajan del altiplano a las costas, el Norte está formado por sectores más o menos convergentes que, partiendo del centro hacia el norte, se abren y amplían a medida que se alejan de su eje. Si todo México tuviera las características morfológicas del Norte, sería un país con una estructura radial muy simple, como una rueda de aspas o un molino de viento. Cada uno de esos sectores proporciona al centro una ruta de *expansión* prácticamente sin límites ni obstáculos, muy diferenciada una de otra. Estos sectores son cuatro: la llanura costera del Noreste; el altiplano bordeado por cordilleras —la Sierra Madre Oriental y la Occidental— de las cuales la segunda es tan grande que podría considerarse por sí sola como un sector aparte; la llanura costera del Noroeste, y la Baja California, que aunque está separada por mar del centro

de donde irradia, corresponde perfectamente al esquema radial del Norte.

En apariencia el Norte tiene una estructura semejante al México que tiene al sur, y hasta parece ser continuación, sin más, de éste. La Vertiente tropical del Golfo, en efecto, se continúa orográficamente en el Noreste, que también tiene su farallón montañoso y su llanura. Entre el México central y el altiplano boreal no se interponen más que unas pequeñas cadenas de montañas, pero se trata del mismo altiplano que se prolonga hacia el norte descendiendo paulatinamente, como lo hacen notar casi todos los manuales de geografía. La Vertiente del Pacífico se continúa también en la Sierra Madre Occidental y la llanura del Noroeste. Pero esa continuidad es meramente morfológica y no debe engañarnos. Entre el México central y sus Vertientes vitales —que podemos denominar conjuntamente *México nuclear*—, y el Norte, hay un límite climático bastante claro, aunque no muy preciso, que es el que pone fin al mundo tropical. Pero las diferencias más importantes son de índole humana y estructural. La estructura del conjunto es diferente a partir de los límites señalados para el Norte. Tanto en el México nuclear como en el Norte hay tierras bajas y altas y un cierto escalonamiento entre ellas; pero en aquél esas áreas opuestas están estructuradas de modo que se complementan unas con otras y abren paso a la interacción humana en la forma que ya se ha señalado. Esta simbiosis no tiene lugar en el Norte. Aquí los bordes del altiplano no son simples escalonamientos, sino casi siempre verdaderas barreras, de modo que las áreas opuestas no pueden complementarse, o si acaso muy precariamente, y permanecen ajenas entre sí. Es el caso de las tierras a uno y otro lado de la Sierra Madre Occidental y de las partes más abruptas de la Oriental. Cierto que donde ésta es más baja hay tierras que, al mismo tiempo que están bien diferenciadas, es relativamente fácil y rápida la comunicación entre ellas. Pero mientras que las tierras bajas son ricas, las tierras vecinas del altiplano son tan pobres y áridas que no hay prácticamente vida humana en ellas, y queda por lo mismo nulificada la posibilidad de interacción. Por último, en el extremo más septentrional las barreras montañosas pierden altura, pero esto es ya bastante lejos de la zona tropical, y aquí pierden su significado las diferencias en elevación: las tierras altas y las bajas tienden a ser muy parecidas. Caso de haber interac-

ción, que de hecho no la hay, estaría planteada en términos muy diferentes a como se plantea en el México nuclear.

La falta de interacción entre las tierras altas y las bajas, del juego de climas y temperamentos que está siempre presente en el México nuclear, significa no tan sólo una carencia o una limitación en los intercambios económicos. La cuestión no es problema de comunicaciones. Lo que no hay es un intercambio espontáneo, cotidiano, tradicional, de hombres y de productos. Tampoco hay en el Norte esa conciencia que tiene el hombre del México nuclear de los diversos climas y temperamentos. Para el norteño la tierra alta o la tierra baja, según el caso, no es la tierra vecina cuyas características son más o menos conocidas y a cuyos habitantes se les atribuye un determinado carácter, sino algo que pertenece a un medio totalmente ajeno y la mayoría de las veces desconocido. Así, mientras que el México nuclear da lugar a una interacción de los elementos que lo integran, en todos sentidos, y muy particularmente a una interacción entre tierras cálidas, templadas y frías, el Norte solamente permite una expansión longitudinal. Es esto lo que más singulariza al Norte, y en función de ello debe interpretarse la acción de la geografía sobre el hombre. Además, la geografía norteña es de una dimensión mucho mayor. Al viajero no le es dado experimentar los cambios que a cada vuelta percibe en el México nuclear, porque los paisajes se extienden a lo largo de decenas y decenas de kilómetros. Las modificaciones notorias son artificiales, obra, por ejemplo, de los trabajos de riego.

Sin embargo, es evidente que muchas características del Norte pueden llegar a desaparecer con el paso del tiempo. Una población más densa o mejor distribuida y un desarrollo cultural y económico pueden crear condiciones de vida muy semejantes a las del México nuclear. Pero es algo que no se puede prever ni siquiera a largo plazo. Sin embargo, ha sucedido: el Bajío es de hecho una porción del Norte integrada desde muy temprano al México central, y razones históricas determinan su incorporación. Algo semejante une Tepic a la Vertiente del Pacífico y la región sur de Tamaulipas a la del Golfo. Aguascalientes también es muestra de un Norte incorporado, y es muy probable que una revisión de este esquema regional de la nación haga incorporar a Zacatecas y San Luis Potosí dentro del ámbito nuclear de México. Pero hay que pasar ya a recorrer este extenso territorio.

De todos los sectores del Norte, hay uno en que los rasgos norteños no se muestran tan acusados: el Noreste. En efecto, es de dimensiones relativamente reducidas, a pesar de albergar una de las llanuras costeras más extensas de México. Su superficie está matizada por diversas elevaciones, como la Sierra de Tamaulipas, la de Lampazos y otras, que dan al paisaje diversos grados de humedad y variedad de vegetación: la llanura en general es relativamente húmeda, de vegetación esteparia en su porción norte, y francamente seca a sotavento de las sierras. El Noreste tiene, además, un piedemonte en cierto modo comparable al de la región de Jalapa, de suerte que es posible percibir al menos dos peldaños relacionados entre sí. Mientras que la zona más baja es productora de algodón y caña de azúcar, siempre con riego, el piedemonte se dedica a los cítricos y a las legumbres de temporal, y hay intercambio frecuente de trabajadores. Más arriba ya no hay nadie, pero el escarpe de la Sierra Madre Oriental, con todo y alcanzar cumbres tan elevadas como el cerro Potosí, no es tan vigoroso que no permita uno o dos pasos de primera importancia. El principal es, desde luego, el de Monterrey.

Paradójicamente, este Noreste que tiene rasgos en común con el México nuclear y que es el más cercano a él, de todos los sectores del Norte, fue el que más tiempo tomó para poblarse, y no tiene prácticamente ningún establecimiento antiguo, excepto Monterrey, Monclova y otras poblaciones vecinas, que son casos que merecen una consideración aparte. Pero el Nuevo Santander, como se llamó a la porción más extensa del Noreste, fue una fundación del siglo XVIII. Tamaulipas no tenía a principios del presente siglo más de 200 000 habitantes, y esto incluyendo la región de Tampico, perteneciente al México nuclear. Tampoco estaba muy poblada la porción septentrional de este sector, hacia Nuevo León y Coahuila, bastante más árida y apartada. Tamaulipas, y en general el valle del río Bravo, sigue siendo una de las regiones menos integradas culturalmente al resto de la nación. A pesar de las comunicaciones a través de la Sierra, el sector permanece marginado porque la mayoría de las carreteras y los ferrocarriles no fueron hechos con el propósito de integrar la llanura, sino para comunicar al país con Estados Unidos. La marginación del sector es muy explicable económicamente. El algodón, gran éxito de los años cincuenta, fue cultivado para expor-

tarlo cruzando la frontera. El petróleo, abundante, es una gran fuente de riqueza pero que no crea ningún intercambio social. Fuera de estas zonas de privilegio el sector tiene una economía natural muy pobre, limitada a pequeñas áreas de riego: Lampazos, Camargo, Doctor Coss.

Sabinas, Monclova y Monterrey, ciudades situadas al pie de la Sierra Madre, al fondo de valles tributarios del río Bravo, dan testimonio de una vida urbana muy desarrollada y relacionada con el resto del país. A primera vista, parece que esto modifica sustancialmente las características del Noreste. Estas ciudades deben su desarrollo a actividades industriales de carácter nacional, y su importancia dentro de la economía del país es indiscutible. A nivel regional, sin embargo, debe advertirse que ese desarrollo industrial difícilmente ha significado algo más que una fuente de trabajo. Ninguna de esas tres ciudades puede considerarse como una verdadera capital regional. El propósito de las fundaciones de Monclova y Sabinas fue el de crear puestos defensivos frente al ataque de los nómadas. Monterrey fue desde su fundación un caso especial de comunidad deliberadamente apartada. Su radio de acción natural es muy limitado y llega, a lo más, a Linares, pequeño satélite en decadencia. La importancia de Monterrey está en sus combinaciones industriales y en la posibilidad de enviar sus productos muy lejos, e igual la de Monclova, ciudad siderúrgica, o la de la cuenca carbonera de Sabinas. Su situación en el Noreste no basta para identificarlas plenamente con el sector, y sus lazos con el resto de México no significan más que lazos industriales a gran escala. Vale decir lo mismo de los centros petroleros de Tamaulipas. Ese virtual aislamiento, la poca relación humana con el México nuclear, la naturaleza artificial de los lazos más importantes, es lo que impide ligar a este sector con esa parte de México, aun a pesar de ser un caso muy peculiar dentro del Norte.

El Noreste tiene además una vida fronteriza sumamente activa, y no hay que olvidar que la frontera hace al Norte. Nuevo Laredo es el Veracruz terrestre de México. Se parecen ambos en lo desorganizado y lo decadente. Sólo que la decadencia de Veracruz es de orden administrativo y funcional, y la de Nuevo Laredo parece más profunda, pues vive con la cara al extranjero precisamente ahí donde el extranjero no es de lo más apetecible.

Brincando la Sierra Madre Oriental, con no mucho esfuerzo,

se pasa al sector central. El viajero que recorra este altiplano boreal experimentará, como en niguna otra parte del país, la sensación de inmensidad que surge de recorrer larguísimas distancias dominadas por un mismo paisaje. Si recorre los 650 kilómetros que separan Querétaro de Saltillo al pie de la Sierra Madre Oriental, el paisaje será casi desértico. La Sierra no es una barrera montañosa imponente ni mucho menos; tampoco un obstáculo serio para la comunicación con la llanura, pero sí un límite climático muy claro. Al poniente de la Sierra la precipitación es inferior a los 40 milímetros anuales, y, además, la constitución caliza del suelo no da lugar a escurrimientos ni a acumulaciones de agua. El recorrido entre el México central y Saltillo se hace, pues, a lo largo de cuencas bastante extensas situadas al pie de la Sierra, áridas, endorreicas, conocidas con el nombre de bolsones o salados. Corresponden en situación, aunque no en dimensiones ni características, al Salado poblano y a los Llanos de San Juan. Los bolsones del Norte son más secos y su economía más pobre. La recolección del ixtle y la lechuguilla es la fuente de vida casi única de quienes viven esparcidos en este inmenso territorio. En el pasado hubo poblaciones mineras prósperas, como Charcas o Catorce, pero hoy no dejan casi huella en el paisaje: en éste predomina una soledad tan extrema que casi es imposible imaginarse la vida de los aislados caseríos de los recolectores, perdidos en el polvo y, a menudo, a 30 o 50 kilómetros de la población más próxima. La situación de Saltillo dentro de la zona ixtlera es un poco artificial. Su importancia radica en sus comunicaciones con Estados Unidos, al igual que Monterrey, y en sus relaciones con la economía nacional. Sin embargo, es una ciudad próspera y foco de atracción para la población de toda esa zona, que apenas ahí encuentra incentivos para una vida menos dura.

Las condiciones de vida son más suaves y el asentamiento humano más sólido conforme se avanza al interior. A lo largo de una línea que pasa por San Luis Potosí, Zacatecas y Durango, se suceden viejas poblaciones mineras que tienen una situación menos angustiosa que las del oriente, lo que no quiere decir que su situación no sea muy precaria. Piénsese en la villa de Pinos o en Sombrerete. Aquí, más al interior, la naturaleza de los suelos permite la existencia de unas pocas corrientes temporales que pueden aprovecharse para el riego, de modo que, aunque limitada, existe la posibilidad de una vida campesina. Junto a las poblaciones mi-

neras han podido surgir y vegetar, más que otra cosa, localidades como Nombre de Dios o Valparaíso. Pero también hay grandes núcleos urbanos. Es que éste es él viejo Norte, el área de las fundaciones opulentas del siglo XVI, como Zacatecas, San Luis y Durango. Aquí los núcleos urbanos representan una manifestación original de la forma de vida de la región. En primer lugar, son ciudades de fundación antigua, tradición urbana y estructura social muy sólida. Esto les ha permitido representar el papel de capitales regionales y de organizadoras del comercio: tales son las principales funciones económicas que desempeñan en la actualidad. Algunas de estas ciudades, San Luis Potosí y Fresnillo entre otras, han prosperado mucho recientemente con actividades de este tipo. Zacatecas, más estancada, tuvo en 1960 la misma población que en 1900, y contrasta con Durango, que por su posición más privilegiada y su mejor clima tiene una mayor variedad de actividades. Los campos, aunque en su mayor parte siguen siendo desolados, no se ven tanto ni tan despoblados como en la zona de los bolsones. La presencia humana se hace más densa en las inmediaciones de las zonas de riego. Finalmente, abruma en la gran Comarca lagunera, que es la mayor y más antigua —1850— de las regiones de colonización del Norte. La Laguna era, originalmente, un bolsón donde desembocaban los ríos Nazas y Aguanaval formando varias lagunas. El agua de los ríos se recogió mediante una serie de presas río arriba y se derivó por canales de riego sobre una superficie que hoy tiene unas 250 000 hectáreas dedicadas a una producción intensiva de trigo y algodón. No creamos, sin embargo, que es una región exenta de problemas, porque el sistema de abastecimiento de agua, del cual depende todo el conjunto, es muy precario, y el régimen de aguas muy variable.

La Laguna tiene una vida urbana muy desarrollada, de tinte moderno. Torreón y Gómez Palacio eran originalmente estaciones de ferrocarril que prosperaron gracias a su situación dentro de la red ferroviaria, en un cruce importante, y crecieron como capitales de una gran zona agrícola. La región de Delicias, dedicada al algodón y a la alfalfa, es un establecimiento similar, pero de menor escala. Las zonas de riego, cada una con su centro urbano, son más o menos independientes entre sí, pero recorriéndolas todas se verá que el modelo básico se repite. No son excepciones las grandes ciudades de antigua fundación como Chihuahua y Ciudad

Juárez, que hoy día viven no sólo de esta agricultura moderna, sino de la ganadería que prospera en tierras más al oeste.

En su extremo norte la Sierra Madre Oriental se desvanece y permite la comunicación abierta del altiplano con la llanura costera, dejando salida a las corrientes de agua y aminorando las diferencias climáticas entre ambas vertientes, al grado de hacerlas una. Pero el paisaje, a uno y otro lado de la cordillera, es cada vez más seco y vacío. Excepción hecha de los pequeños oasis irrigados, aquí se encuentran las zonas despobladas más extensas de México.

La Sierra Madre Occidental no presenta más que una serie de suaves escalonamientos en la cara que mira al altiplano. Aquí la humedad es mayor porque la tierra recoge y vierte una gran cantidad de lluvia. Dentro de ella se abren valles que tienen una vida agrícola muy precaria, en parte porque la población es poco densa y en parte porque tienen muy poca posibilidad de intercambio, a no ser con las poblaciones más cercanas al pie de la cordillera, siempre dentro de la misma Vertiente. También hay zonas madereras, y centros mineros que han corrido la suerte de todos los centros mineros. En la primera categoría estarían Jalpa, Jerez y Santiago Papasquiaro; en la segunda El Salto; en la tercera Tepehuanes y Parral. Más al norte el paisaje cambia porque la Sierra se hace menos voluminosa y da lugar a vastas praderas dedicadas a la ganadería. Esta actividad se esparce por toda la porción septentrional de la Sierra, en Chihuahua y Sonora, en un territorio incomunicado y agreste. El ganado en su mayor parte se exporta en pie a Estados Unidos.

A los 2 000 metros sobre el nivel del mar, más adentro, la Sierra Madre es una cordillera de profundas gargantas y poblada de coníferas. La habitan algunas poblaciones indígenas explotadas por los madereros y los ganaderos, y se ven restos de prósperos reales de minas. El ferrocarril de Chihuahua al Pacífico y la carretera de Durango a Mazatlán, más otras pocas rutas, no significan prácticamente nada dentro de esa inmensidad. La avioneta y la mula, en cambio, permiten penetrar en la Sierra en busca de comunidades aisladas. Por su lado occidental, cae bruscamente formando un farallón inmenso, escalonado y cortado por barrancas muy profundas. El desnivel va de los 2 500 metros a los 500, que marcan el nivel interior de la llanura del Pacífico. La Sierra está de este lado todavía más despoblada que en su otra vertiente, excepto en las zonas indígenas de Nayarit y Sonora. La infranquea-

ble barrera hace que las tierras que están a sus pies, entre la cordillera y el Golfo de California, constituyan el sector más diferenciado de todo el Norte.

Se llega así al tercer sector. El Noroeste es una llanura costera recta e ininterumpida que se extiende por más de 1 500 kilómetros desde la desembocadura del río Santiago hasta la frontera norteamericana. Como es angosta, basta seguirla a lo largo para apreciar todos los aspectos de su geografía. Quien recorra este sector empezando por el sur, verá sucederse tierras de cultivo bajo tropical muy parecidas a las que se encuentran en las vertientes nucleares de México, estepas semiáridas cubiertas de chaparral donde la agricultura es posible sólo con riego, y, finalmente, un verdadero desierto, el único que tiene México. La razón de esta sucesión de condiciones climáticas está en la latitud. La gran longitud de la llanura permite apreciar el fenómeno con una claridad que hubiera sido difícil lograr en otros sectores del Norte. La degradación del medio tropical de lluvias de verano se realiza muy progresivamente hasta llegar a los desiertos propios de las latitudes medias en todo el mundo. Más al norte aparecerán los climas de tipo mediterráneo con lluvias invernales.

Si bien la estepa semiárida cubre la mayor parte de la llanura, la imponente sierra garantiza un desagüe copioso y constante que da origen a ríos que se han aprovechado en su mayoría para crear distritos de riego y agricultura intensiva en gran escala. Cada valle, cada distrito, tiene su especialidad, y su capital. Culiacán vive de las verduras y la caña de azúcar, Los Mochis del trigo y las verduras, Ciudad Obregón del trigo, Hermosillo y Mexicali del trigo y del algodón. El recorrido por estos núcleos de población patentiza una ocupación humana reciente comparable a las otras zonas de riego del Norte y aun a la de algunas zonas pioneras del Sureste. Aquí, como en todo el Norte, la mayor parte de la población es nueva. También hay una copiosa migración interior, que tiene como meta el extremo norte y los atractivos inciertos de la vida fronteriza. Culiacán es ejemplo de una típica ciudad de modernos agricultores. Grande, ostentosa en algunos sitios, un poco desarticulada, tiene sus residencias de lujo, pero está en su mayor parte ocupada por barracas —como casi todas las ciudades del Norte— lo que demuestra que esta agricultura moderna, con lo mucho que tiene de industria, crea un proletariado urbano cada vez mayor.

Junto a la agricultura intensiva, la otra gran actividad del Noroeste es la pesca. Económicamente es muy importante porque representa tres cuartas partes de la producción camaronera mexicana destinada sobre todo a la exportación, y en México casi lo único que se pesca es camarón. Mazatlán, el principal puerto del sector, tuvo una gran importancia comercial cuando las comunicaciones de esta parte del Norte con el México nuclear se hacían por barco, por la vía de Manzanillo. Los viejos comercios de Mazatlán —como las típicas ferreterías alemanas— son testigos, o restos, de esa floreciente actividad comercial. Hoy se respira el ambiente de un puerto pesquero relativamente próspero y activo, pero con pocas perspectivas de mejoramiento.

Por último, la península de la Baja California constituye una prolongación al oeste, mar de por medio, de los desiertos sonorenses y de las estepas semiáridas de Sinaloa, con la diferencia de que la península no es plana, sino que una cadena montañosa la recorre a lo largo. El aislado extremo sur de Baja California, la región de La Paz, da una idea de lo que sería la vida de Culiacán u otra población similar de no tener la panacea del riego en gran escala. La mayor parte de la península, de extremo a extremo, está casi vacía. La porción septentrional, frente al Pacífico, hacia Tijuana, es diferente de todo el resto de México por su clima de tipo mediterráneo de lluvias en invierno y temperamento templado, absolutamente ajeno al mundo tropical, que permite el cultivo de la vid y el olivo con cierto éxito. Pero es una zona desperdiciada de México, entregada como ninguna otra de las áreas fronterizas de la nación a las veleidades de los gringos.

El Sureste

La mayor parte de México está constituida por un conjunto articulado de tierras de diversos temperamentos, climas y productos, muy relacionadas entre sí, pero sobre todo entre tierras altas y bajas que son opuestas al mismo tiempo que complementarias. Hay un centro de gravedad que, en sí, es muy complejo: es el México central, alto y frío, de ocupación muy antigua y grandes aglomeraciones urbanas. De él irradian dos Vertientes humanas complementarias, constituidas por escalonamientos de tierras templadas y bajas que son vitales para la conformación de lo mexicano. Irradia tam-

bién una área de expansión muy vasta que abre caminos amplios sobre tierras nuevas no tropicales de variadas características. Estas áreas guardan entre sí una armonía no sólo en sus funciones sino también en su estructura geográfica. Pero el territorio nacional comprende otras áreas que son ajenas a ese esquema estructural. Tierras que forman conjuntos aparte, más pequeños, que no irradian del núcleo central; que aun siendo tropicales se interrelacionan de modo diferente. Esas áreas geográficamente diferenciadas se hallan al sureste de México y se conocen, precisamente, como el Sureste.

La geografía tradicional considera que el Sureste comienza a partir del istmo de Tehuantepec, donde las cadenas montañosas del continente norteamericano parecen terminar y se abre una especie de intermedio que pone fin a un sistema orográfico y da principio a otro que se continúa por la América Central: el de las montañas de Chiapas. Yucatán queda un poco al lado, pero se incorpora también al Sureste.

Pero aquí se deben tomar en cuenta muchos otros factores además del orográfico y el morfológico, y considerarlos todos en conjunto. Allí donde la geografía no se acomoda más a la estructura fundamental de México es donde debe ponerse el límite, aunque haya realidades aisladas —orográficas, climáticas o económicas— a las que no les corresponda ese límite. La continuación de las cadenas montañosas hacia Centroamérica, y la posibilidad de que haya o no una estructura básica centroamericana de la que a México le toque una punta, es algo que no debe tomarse en cuenta en este esquema geográfico, como no lo afecta la continuación dentro de Estados Unidos de la Sierra Madre y del altiplano. Al querer hacer una "geografía de México" nos hemos marcado unos límites morfológicamente absurdos, pero mientras estemos de acuerdo en hacer geografía de México tendremos que ser consecuentes con ellos. Por eso incorporamos Oaxaca al Sureste, cosa que no tiene nada de extraño siendo que, en efecto, se halla en esa dirección. El Sureste dista de ser un conjunto articulado o dispuesto en torno a un centro o una línea bien definida. Más bien se presenta como un conjunto de regiones geográficas diversas unidas por razones históricas y culturales, pero que no tienen, por lo que respecta a México, una estructuración geográfica natural. Que a ese conjunto de regiones tan diversas como Chiapas y Yucatán se agregue otra, no menos diversa, que es Oaxaca no parece nada violento.

Oaxaca

Para los que gusten de la simetría, México tiene el altiplano, bordeado por ambos lados por cadenas montañosas que bajan y dan lugar a sendas llanuras que terminan en el mar. Para los que prefieran el caos, hablando siempre de geografía, México tiene a Oaxaca.

Los geógrafos no se han puesto de acuerdo sobre la estructura morfológica de Oaxaca. Ha perdido adeptos la idea del "nudo" del que partían diversos elementos estructurales que se manifestaban en el resto del país, y hoy se acepta más bien la de que ese maremágnum orográfico, al que alguien llama "Paquete Montañoso", corresponde a la confluencia de la Sierra Madre del Sur con la prolongación meridional de la Sierra Madre Oriental. Pero ésta es una consideración meramente orográfica. Por lo demás, Oaxaca no pertenece propiamente a la región del Pacífico a pesar de su extenso litoral, porque la vida de su costa es insignificante; ni tampoco a la del Golfo, pues aunque buena parte de la cuenca del Papaloapan se desarrolla a sus pies, éste y el corazón de Oaxaca se dan la espalda. Tampoco hay un altiplano oaxaqueño.

Sin embargo, Oaxaca se considera corrientemente como parte del México nuclear. Si ha de entenderse éste como un conjunto articulado en la forma descrita más arriba, salta a la vista que Oaxaca comparte muchos de sus rasgos, pero no entra en él.

Sus límites son difíciles de precisar. Ninguna cordillera la enmarca nítidamente, como al altiplano, ni tampoco ningún río caudaloso. Oaxaca es una área montañosa que en sí misma contiene todos los grados de elevación y de variedad de las tierras tropicales desde el nivel del mar hasta cimas de casi 4 000 metros de altura. Cuál es la más alta a ciencia cierta, probablemente nadie lo sabe. La del famoso Zempoaltepetl, desde luego, no lo es; pero sí tal vez la del cerro Flandes o Nubeflán cerca de San Pedro Mixtepec Miahuatlán. Tan montañosa como es, Oaxaca carece de una meseta o altiplano, pero tiene extensas zonas densamente pobladas a alturas superiores a los 2 000 metros y que son virtualmente frías. La región está, como el México central, a horcajadas sobre dos vertientes hidrográficas opuestas. Dicho de otro modo, sin ser altiplano, también tiene rasgos del altiplano. Pero por encima de todas estas semejanzas y diferencias, la estructura general del conjunto es

muy particular. En el México nuclear el centro de gravedad está en los valles altos que se apoyan sobre el Eje volcánico; en Oaxaca, al contrario, está en los valles bajos, a 1 550 metros como promedio, altura que correspondería a las tierras templadas de las vertientes.

Esta consideración lleva a observar un rasgo fundamental, el que más distingue a Oaxaca del México nuclear: Oaxaca está volteada sobre sí misma. Las tierras que la componen, tierras calientes y frías, exceptuada la costa marginada, están cara a cara, viviendo las unas para las otras. Las que son ajenas, esas son totalmente rechazadas. Sucede así con las tierras más bajas y tórridas. Hacia el sur, hacia la costa del Pacífico —que es muy abrupta, pues la Sierra Madre llega hasta la orilla misma del mar sin dejar lugar para una llanura— la población casi desaparece cuando el litoral se aproxima: ésta es la más abandonada de las abandonadas costas mexicanas. Hacia el norte la población se detiene ante la cuenca del Papaloapan, que ofrece un descenso escalonado, pero no utilizado, hacia la llanura aluvial. La Sierra Madre del Sur marca al poniente un alto que, en lo general, se respeta. Hacia el oriente, la bajada a Tehuantepec tiene un poblamiento muy ralo y la misma Sierra dificulta la expansión. Así, Oaxaca le da la espalda al mar, a las tierras bajas de la Vertiente del Golfo, a las del Pacífico y a Tehuantepec. Tiene, sí, un mínimo de contactos y continuidad de población con otras tierras templadas a orillas del Eje volcánico, el mínimo necesario para establecer una comunicación necesaria con el México nuclear a lo largo de las dos rutas tradicionales, por Tehuacán y Teotitlán del Camino una, por Izúcar y Huajuapan la otra. Aquí cabe señalar un contacto con la Mixteca Baja que coloca a ésta en una posición intermedia muy peculiar. Por eso, podría integrarse al conjunto oaxaqueño si no fuera porque sus características físicas la hacen más afín a la Vertiente del Pacífico. De un modo u otro, la Mixteca Baja es una región tan aislada que su incorporación al conjunto oaxaqueño no la modificaría en lo esencial. Cierto que las modernas carreteras federales han creado vías de comunicación con las tierras bajas, la costa y el Papaloapan. Pero de los caminos vecinales, que son los que más reflejan la estructura de la población y sus intercambios, casi ninguno traiciona su introvertido carácter oaxaqueño para descolgarse fuera del conjunto.

En Oaxaca pueden distinguirse cuatro zonas. Las dos más importantes son la Región zapoteca o de los valles centrales y la Mix-

teca Alta, cuyos nombres deben tomarse en sentido geográfico y no para delimitar una área cultural. La primera aún podría dividirse, pues cada uno de los valles que la componen tiene sus propias características y se abre a diferente vertiente, pero está más o menos concentrada alrededor de una gran ciudad, Oaxaca. Puede establecerse una comparación muy lejana con el Mezquital, cuyos valles forman una estrella. Sólo que en Oaxaca las puntas de la estrella estarían hacia el centro y se abrirían, como estos valles, hacia afuera. La población, sin embargo, no se extiende siguiendo el curso de esos valles, sino que los remonta para concentrarse en el parteaguas. Estos valles son el del Atoyac o de Oaxaca, el del río Grande, el del Cuañana, el de Yalalag y cinco o seis menores. La Mixteca Alta, más dispersa y con una topografía endemoniada, se arremolina alrededor de varias poblaciones, unas veces en los valles y otras en las laderas de las montañas; apenas Tlaxiaco y Putla pueden pretender una posición central. Una tercera zona, menos importante, es la llamada Mixteca oriental o Cañada de Quiotepec, recinto bajo y encerrado que tiene por capital a Teotitlán del Camino. La cuarta es la costa, estrechísima faja apenas poblada de quinientos kilómetros de largo.

Oaxaca tuvo un comercio muy próspero durante la época colonial y el siglo XIX. Decayó con el advenimiento de los ferrocarriles porque crearon rutas alrededor, y no a través de ella, que comunicaran a México con Chiapas y Guatemala. Perdió allí un renglón importante de prosperidad. La razón fueron las dificultades que presentaba la accidentada topografía del territorio. Ciertamente, Oaxaca invita al aislamiento.

La ocupación humana ha sido sumámente larga. Las fases más antiguas de la cultura zapoteca datan de los tiempos de Cristo, pero los primeros pobladores de los valles centrales probablemente se habían asentado dos mil años antes. Técnicas primitivas de cultivo han agotado los suelos más fértiles: en la actualidad sólo pueden mantener una agricultura de subsistencia muy precaria, que es, de hecho, lo único que hay en Oaxaca. El fenómeno de la desforestación es más reciente, pero no menos grave, sobre todo en la Mixteca Alta, que ha visto cambiar su paisaje en pocos años. De no remediarse, dará muerte a toda posibilidad de agricultura en Oaxaca.

A pesar de su precaria situación económica, las numerosas poblaciones oaxaqueñas tienen una vida de relación muy activa, manifiesta en tianguis semanales y en la jerarquización de poblacio-

nes, que va de las pequeñas comunidades indígenas a las cabeceras distritales —Oaxaca es el único Estado que se divide prácticamente en distritos— y los centros regionales como Tlaxiaco y Nochistlán en la Mixteca Alta; Miahuatlán, Ejutla, Ocotlán, Zimatlán, Tlacolula y Villa Alta en los valles centrales; Teotitlán del Valle en su estrecha cuenca. En su mayoría, estas poblaciones, mestizas en medio de un mundo indígena, han acaparado para sí las pocas actividades, aparte de la agricultura de subsistencia, que Oaxaca puede mantener. La propia ciudad de Oaxaca, a pesar de sus dimensiones y su monumentalidad, vista a nivel local no pasa de ser un centro regional muy importante, pero de poca significación para muchas localidades oaxaqueñas que no tienen más capital que la de su región.

La población de Oaxaca tiene muy poca movilidad social y es muy arraigada. El Estado, a pesar de su pobreza, es de los que menos emigrantes envía a otras tierras. Y dentro del propio conjunto oaxaqueño, a pesar de su sobrepoblación, aún hay territorios casi vírgenes. Esto da a Oaxaca una posibilidad de expansión muy saludable: hacia las tierras bajas de las vertientes, tanto por el lado del Golfo, sobre la cuenca del Papaloapan y la región de los mixes, inmensa y deshabitada, como por el del Pacífico sobre la Sierra y algunos valles cálidos que se abren al mar. La Costa Chica ha empezado a desarrollarse notablemente en la Vertiente del Pacífico gracias a las comunicaciones. La experiencia de Ometepec y Pinotepa Nacional puede repetirse a lo largo de la costa oaxaqueña. Pero en ese caso, ¿qué será de los amusgos, los chatinos, los tequistlatecos? Éstos y otros pequeños grupos indígenas han sobrevivido gracias al aislamiento, del mismo modo que los esclavos huidos que se iban a refugiar en la zona de Ometepec, donde nadie los podía encontrar. Lo menos que se puede hacer es darles su lugar, aunque sea en una geografía.

Las llanuras aluviales

Más al este de los Tuxtlas, desde el río Coatzacoalcos hasta la Laguna de Términos, la Vertiente del Golfo se convierte en la más húmeda región de México, asiento de población muy nueva que en parte ha inmigrado hacia allá. Es una zona de expansión, un Norte sureño. La llanura es muy ancha y plana. La amplia y poco

elevada cuenca del Coatzacoalcos la hace penetrar muy adentro en el istmo de Tehuantepec, de suerte que aún puede uno considerarse dentro de la llanura del Golfo teniendo el Pacífico a la vista. Más al este, la planicie ocupa todo Tabasco y aun penetra en territorio de Chiapas y Campeche. Tierra adentro la llanura termina, primero, en las estribaciones del conjunto oaxaqueño, al que da la espalda; después en el bajo parteaguas del istmo, y finalmente en las estribaciones del mosaico chiapaneco, con el que tiene una incipiente relación. La gran humedad de la llanura es su nota determinante. La causa está en la gran cantidad de vientos húmedos del Golfo que recibe directamente del norte, y en los escurrimientos que le caen de las barreras montañosas que, al sur, detienen los vientos y provocan la precipitación. Dentro de lo húmedo de la región, aún es particularmente húmedo el escalonamiento de la llanura hacia las montañas de Chiapas. Por lo demás, los suelos son arcillosos y muy apropiados para formar mantos superficiales de agua: todo se combina para dotar a la región de ríos caudalosos y de lagunas y pantanos.

Con toda esta humedad la vertiente no invita, antes rechaza, la ocupación humana e imposibilita las comunicaciones, la agricultura y la ganadería. En la región hay testimonios de civilizaciones muy antiguas, que tal vez florecieron en una época en que las condiciones eran menos extremas. Pero en tiempos históricos la ocupación de la región ha sido muy escasa y rala. A mediados del siglo XIX Coatzacoalcos no llegaba a los 500 habitantes, y San Juan Bautista de Tabasco —la Villahermosa de hoy—, a pesar de ser fundación del siglo XVI, era una de esas avanzadas de pioneros perdidas en los pantanos. Sin los incentivos mineros del Norte, la región quedó olvidada. Los proyectos de aprovechamiento del istmo de Tehuantepec, en la época en que se pensó hasta en abrir un canal, atrajeron la atención sobre Coatzacoalcos y culminaron con la construcción de un ferrocarril transístmico, pero eso igual dejaba en el abandono a la llanura. Más bien se hubiera deseado que se hundiera en el mar para facilitar el paso interoceánico. Por lo demás, todos estos intentos de comunicar océanos fracasaron, y con ellos la posibilidad de hacer del istmo una región particular. Aún hay muchos que piensan en él de ese modo; pero el hecho de que el istmo sea un angostamiento del continente y un lazo de unión entre dos regiones, y el hecho de que esté cruzado por carreteras y vías férreas, no lo convierte en región.

Al contrario, el petróleo sí hizo prosperar a Coatzacoalcos, y también hizo surgir alrededor de él a varios complejos industriales que hoy representan la mayor aglomeración urbana de todo el Sureste, Mérida excluida, con más de cien mil habitantes entre Acayucan, Jáltipan, Cosoleacaque, Minatitlán y Coatzacoalcos. La importancia económica de la región está en su producción de veinte por ciento del petróleo mexicano, de azufre y de productos petroquímicos. Por lo demás, ya se ha discutido el poco efecto que estas industrias de envergadura nacional tienen en la integración misma de una región, aunque aquí, cierto, no había nada y hoy algo hay.

Tabasco, que tenía ya una población antigua, ha logrado una gran integración gracias al control del exceso de agua. La gran presa Nezahualcóyotl, sobre el río Mezcalapa (afluente del Grijalva), es el más importante elemento del sistema de control, pues permite evitar que las tierras regadas por el río, y que constituyen la parte central de Tabasco, se aneguen. La presa ha permitido el establecimiento de una red densa de poblados pioneros y de comunicaciones, inclusive el paso ferroviario y carretero hacia Yucatán, la explotación de productos agrícolas, como el plátano y el cacao, y la intensificación de la ganadería. Cierto que muchos de los aspectos del Plan de la Chontalpa (el organismo técnico-administrativo que tiene a su cargo la cuenca) denotan un fracaso evidente desde la planeación, pero por lo menos la región no da ya al viajero la impresión de estar cerrada a la penetración humana. Aún quedan, sin embargo, muchos kilómetros de tierra cenagosa impenetrable en la cuenca del Coatzacoalcos y, más al este, en la del Usumacinta.

A excepción de las rutas que llevan a México, uniéndola con la Vertiente del Golfo, la inmensa llanura aluvial tiene pocas comunicaciones con sus regiones vecinas, y ninguna interacción o intercambio. La llanura y Oaxaca se dan la espalda. Lo mismo puede decirse de la llanura y las tierras que la rodean en el istmo, y de la llanura y su vecina región zoque al occidente de Chiapas. Los inmensos territorios del extremo sureste de Veracruz —los valles altos del Coatzacoalcos, del Uspanapa, del Nocoapan, del río Encajonado— están en calidad de relleno, ignoradas por propios y extraños. En el piedemonte de las tierras altas de Chiapas es donde sí hay cierta interacción, intercambio y complementación.

Igualmente olvidado a pesar de estar en boca de todo mundo está el último rincón de la llanura: la cuenca del Usumacinta, me-

jor conocida como Lacandonia. Sin embargo, en este caso se comprende el aislamiento: la vertiente está cubierta aquí por la selva, y decir selva es entrar en un mundo aparte.

El mosaico chiapaneco

Todas las regiones del Sureste mexicano son zonas bien distintas y diferenciadas entre sí. Oaxaca y las llanuras aluviales tienen cada una características propias ya esbozadas, y la individualidad de Yucatán es aún mayor. En ninguna de ellas se completa la gama de climas y alturas, de diferencias y contradicciones, que constituyen el mundo tropical en toda su plenitud. Chiapas, la más meridional región del Sureste, se distingue por ser un pequeño conjunto que comprende todos los variados temperamentos de las tierras tropicales. Oaxaca tiene una topografía complicadísima y una estructura difícil de esquematizar, pero dentro de eso es bastante homogénea. Chiapas tiene una estructura muy sencilla, pero que aglutina tierras muy heterogéneas. Cada una de ellas merecería ser considerada por separado: la costa, la sierra y el altiplano. Pero como son muy pequeñas y se combinan bien entre sí, se verán todas de una vez.

La topografía es sencilla. Frente a la amplia llanura costera, que se extiende desde Tehuantepec hasta la frontera guatemalteca, se alza paralelamente un zona montuosa, la Sierra Madre de Chiapas, cuya altura aumenta de noroeste a sureste. Después hay una cuenca interior muy baja, de 400 a 600 metros sobre el nivel del mar, orientada en la misma dirección. Es la cuenca del río Chiapa o Mezcalapa, el más importante afluente del Grijalva, que es casi una cuenca interior, cuyo desagüe se logra casi de milagro a través del Sumidero, cañón angosto y profundo, impasable a lo largo y a lo ancho. Después de la cuenca hay otra serie paralela de tierras altas, el altiplano o Altos de Chiapas, cuya altura disminuye de noroeste a sureste; y luego otra vez el escalonamiento para abajo, por donde se sale del conjunto para penetrar en la llanura aluvial del Golfo, cuyo borde corre también de noroeste a sureste y con el que el conjunto tiene ya poca relación.

La entrada a la llanura costera se hace por Tehuantepec, si se viene de Oaxaca o del otro extremo del istmo. Éste ha sido tradicionalmente el punto de contacto entre Chiapas y el resto de la

república. La zona de Tehuantepec, bastante seca, tiene una vida que depende de la pesca, el comercio y, sobre todo, de la agricultura tradicionalmente pobre pero renovada gracias al riego, que ha permitido el cultivo de la caña de azúcar, la alfalfa y la piña. El comercio y la pesca se concentran en Salina Cruz y las lagunas de la costa. En el recorrido por ésta no se encontrará otro núcleo de población importante hasta el otro extremo, la región del Soconusco, célebre antiguamente por su producción de cacao y hoy por la del café, que se cultiva en las laderas de la Sierra Madre, en una área donde la vegetación natural es más densa. Esta parte oriental de la llanura tiene lazos muy estrechos con Guatemala, y encuentra su perfecta complementación, más que en las tierras altas de la Sierra Madre que le son vecinas, en las de ese país. Guatemaltecos van y vienen, y para ellos la tierra caliente de Tapachula es su vital contrapartida. La población guatemalteca establecida en los alrededores de Tapachula es considerable. Aquí también, como en el México nuclear, hay un volcán que domina el intercambio humano de tierras altas y bajas, y ofrece un muestrario, tal vez el más condensado del mundo, de todos los temperamentos tropicales, pues en unos pocos kilómetros se pasa de los cero a los cuatro mil metros de altura. El Tacaná es, además, una montaña mítica para mexicanos y guatemaltecos, símbolo de la unidad de la población que se agrupa alrededor de ella. Ambos participan juntos en ofrendas y ceremonias tradicionales en su animada cumbre. Una estructura geográfica social muy clara y completa cobra forma desde la Sierra Madre de Chiapas hacia Centroamérica. Pero México se acomoda mal sobre ella. Excelente ejemplo de una frontera mal puesta.

Por la Sierra Madre, al sureste, en su parte más alta y húmeda alrededor del Tacaná, se continúa la región cafetalera. La mayor parte está ocupada por grandes fincas o haciendas que permanecen un poco apartadas del mundo pero que dejan sentir su peso sobre todo Chiapas. Es constante el subir y bajar de los indígenas —que vienen en su mayor parte de las tierras altas— a trabajar temporalmente en las haciendas, en condiciones, por cierto, infrahumanas. La bajada a la cuenca del río Chiapa se hace a lo largo de una vertiente suave y muy seca, donde hay pocas poblaciones aisladas en medio de extensos pastizales, base de una ganadería próspera. Tuxtla Gutiérrez, a 530 metros sobre el nivel del mar, no es mucho más que un centro administrativo que trata de atraer

para sí muchos de los productos de la cuenca, muy frecuentemente vertidos hacia la costa.

Si se sube de Tuxtla a San Cristóbal de las Casas, 2 090 metros sobre el nivel del mar, capital de los Altos de Chiapas y de la densa población maya que los habita, el contraste no puede ser más brusco. Aquí se advierten, tal vez con mayor fuerza que en ninguna otra parte de México, las características de una población indígena decididamente mayoritaria. San Cristóbal es centro comercial y ceremonial de primer orden dentro del plano local, y también asiento de una vieja burguesía mestiza que ha conservado el poder económico en medio de su decadencia. La bajada a las llanuras aluviales por la vertiente norte de los Altos de Chiapas no es difícil. En general es una región poco poblada, que en partes está cerrada por la selva lacandona. Pero en la porción noroccidental hay una zona cafetalera un poco más habitada y que topográficamente está abierta hacia Tabasco. Recientemente, la construcción de una carretera de Chiapas hacia Tabasco, y el desarrollo de una red densa de comunicaciones en la llanura al pie de los Altos, han inaugurado la interrelación entre esas regiones diametralmente opuestas y tradicionalmente separadas. La presa Nezahualcoyotl, sobre el Mezcalapa, es otro elemento de unión entre Chiapas y la llanura tabasqueña. Pero esas grandes obras apenas permiten advertir un fenómeno muy incipiente de intercambio de hombres y productos. Con el tiempo, en pocos años tal vez, se puede llegar a lograr una plena complementación mutua entre el mosaico chiapaneco y las llanuras aluviales, por lo menos en la parte de Tabasco. En este caso, la estructura de las dos regiones tendrá que modificarse radicalmente.

Yucatán

De las regiones que integran la nación mexicana, ninguna es tan fácil de describir como la península de Yucatán. Orográficamente no presenta ninguna dificultad: se formó en la era terciaria al emerger del mar, y es una plancha calcárea virtualmente plana. No tiene ríos porque la naturaleza caliza del suelo lo hace permeable y el agua se deposita en mantos subterráneos que dan origen a los cenotes. El clima yucateco es sencillo de explicar: al noroeste de la península hay una porción con estación seca y vegetación

natural pobre. Gradualmente estas características desaparecen para dar lugar al paisaje de bosque bajo tropical, de tierra húmeda sin estación seca, rico en maderas preciosas, que prevalece en el resto de la península. Este bosque está en retroceso porque las técnicas primitivas de cultivo, que implican el desmonte y la quema de los bosques, van poco a poco comiéndose sus orillas. Es posible observar una diferencia considerable entre el límite actual de esa vegetación y el que sabemos que tenía en el siglo XVI.

Yucatán forma un conjunto único independiente, que lo mismo vale considerar anexo al Sureste que como región con características propias, no sólo en el aspecto físico sino también en el humano. Muchas de las peculiaridades de la sociedad yucateca pueden considerarse producto del aislamiento. Hasta hace muy pocos años la única comunicación que la península tenía con el resto del país era por mar. Fue necesario el desecamiento de muchos pantanos en Tabasco y Campeche para permitir el paso del ferrocarril en 1950 y, posteriormente, de dos rutas carreteras. Por su parte, la península tenía dentro de sí una red de comunicaciones muy densa. Hasta hace poco, la vida de Yucatán estaba limitada al área noroccidental, donde vivió durante la época colonial una sociedad independiente y en buena medida autosuficiente. El siglo XIX vivió el auge del henequén que prosperó de maravilla en el suelo semiseco de ese borde de la península. Gracias al henequén, Yucatán entró en comunicación con el resto del mundo —pero no con el resto de México— y conoció una gran actividad económica. Ese mismo henequén que había sido fuente de riqueza se convirtió en fuente de problemas cuando tuvo que luchar contra la competencia. Ésa es la situación de Yucatán hoy, que depende aún del henequén, y cuyas condiciones naturales le dificultan la diversificación de cultivos o la industrialización. Nuevas fuentes de vida se buscan al sur y al oriente de la península, así que Yucatán tiene una estructura radial propia muy evidente, con centro en Mérida, con brazos que se extienden cada vez más por todo su territorio.

En muchos aspectos, Yucatán es una tierra comparable a Oaxaca, a pesar de que sus paisajes son diametralmente opuestos. Ambas son regiones encerradas en sí mismas, con densa población indígena, sin áreas que las complementen o que permitan una interacción saludable. Cierto que Oaxaca tiene tierras bajas vacías y olvidadas hacia donde volcarse, mientras que Yucatán es demasiado homogéneo, casi igual por todas partes y rodeado por el mar. No tiene

tierras templadas ni frías que le permitan intercambiar productos. El único medio ambiente diferente está en la parte sudoriental, pero es la selva, que permite una actividad económica relativamente diversificada, pero poco intensa, y está muy cerrada a la penetración humana.

Mérida es una capital, en todo el sentido de la palabra, sin par en el país. Ha sido siempre centro de gravedad indiscutible en la parte densamente poblada de Yucatán, pero no representa un peso excesivo. Todas las rutas convergen a Mérida, pero las demás ciudades —Motul, Izamal, Ticul, Valladolid, Tizimín— no carecen de comunicaciones entre sí. Así, Yucatán tiene una telaraña de relaciones muy característica. Mérida, a pesar de su estancamiento actual, es una ciudad activa y con gran riqueza humana.

En medio del conjunto yucateco, la ciudad de Campeche es una pequeña nota discordante. Como puerto de mar volteado hacia México, Campeche no ha tenido el aislamiento ni el separatismo de los yucatecos, y al mismo tiempo se ha apartado un poco del resto de la península. En medio de dos mundos, sin que se pueda decir a cuál da el frente y a cuál la espalda, amurallada, solitaria, la ciudad parece ser la más huérfana del país.

Las páginas anteriores llevan a recapitular sobre el Sureste. El conjunto, después de muchos esfuerzos, ha sido integrado a México, y esa integración aún no está terminada pero sí muy avanzada en lo económico y lo social. Pero el Sureste todavía no se ha integrado dentro de sí mismo. El Sureste no es algo dado con plenitud. Cierto que no tiene la estructura tan extraordinariamente equilibrada del México nuclear, ni la gama tan amplia de paisajes que éste reúne en su inmenso territorio, pero no carece de tierras altas y bajas contrapuestas, ni de mil modalidades del paisaje tropical que permiten una complementación y una interacción estrechas entre sus componentes. El incipiente caso de Chiapas y Tabasco, encontrándose por primera vez, hace pensar que otras zonas del Sureste, si no todas, pueden complementarse también, y que en este caso la estructura y la regionalización del conjunto tendrá que variar. Oaxaca puede encontrarse con las llanuras aluviales a que da la espalda, con su propia costa y con el istmo. Oaxaca podría inclusive llegar a incorporarse al México nuclear: ligándose estrechamente con la Mixteca Baja, y la cuenca del Papaloapan. En este sen-

tido, es muy interesante observar cómo Tehuacán brinda un punto de apoyo, que parece estarse aprovechando, para la integración de la Mixteca. En fin, las zonas olvidadas y desiertas de los valles altos del Coatzacoalcos no están cerradas, de modo que tanto Chiapas como Oaxaca podrían extenderse sobre ellas y encontrarse allí. Yucatán quedaría en una posición excéntrica, pero ya no desligado. Todo esto cambiaría la estructura desarticulada del actual Sureste, que en algún momento definimos como un conjunto de regiones geográficas diversas y que puede convertirse en un conjunto armoniosamente estructurado, con una realidad común y una unidad cultural. La geografía ofrece una posibilidad, y es el hombre quien la tiene que saber aprovechar y estructurar.

Los orígenes mexicanos

José Luis Lorenzo

El viernes 12 de octubre de 1492, a las dos de la mañana, "...pareció la tierra". Un Nuevo Mundo, después llamado América, había sido descubierto. La idea de Cristóbal Colón de alcanzar el Oriente por el Occidente, de llegar con más facilidad a los lugares de gran riqueza en especias, metales y piedras preciosas, había sido cumplida. Es cierto que los seres humanos que se encontraron no eran precisamente los habitantes del Catay, de las Indias; que sus costumbres estaban muy por debajo de las que Marco Polo y otros viajeros narraron, y que tampoco sus riquezas eran extremas. Hubo de admitirse que lo encontrado era como un archipiélago, especie de defensa exterior del continente, que estaba más atrás, como se entendía por la multitud de informaciones que los nativos daban sobre tierras, más grandes y ricas, que estaban al Occidente. Se llegó también a tierra firme y en 1513 se descubría un mar, enorme, azul y tranquilo, al que se bautizó como Océano Pacífico pero que con mayor frecuencia era conocido como la Mar del Sur. Con ello se fue afirmando que lo descubierto, islas y tierra firme, no eran parte del Asia; de esto ya se tenían algunas nociones eminentemente cartográficas, pero resultaron antecedentes sin importancia ante la realidad de lo encontrado.

La existencia de un continente poblado planteó a los europeos estos serios problemas: ¿quiénes eran aquellas gentes?, ¿por qué y cómo estaban allí? Aquí vamos a examinar únicamente el problema de su origen.

La única explicación viable tenía que ser dentro de lo que el Antiguo Testamento señalaba. Entonces, debían ser una o parte de aquellas diez tribus perdidas de Israel. Es el padre José de Acosta quien la presenta con más claridad:

> Y pues por una parte sabemos de cierto, que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de haber procedido todos los hombres de un primer hombre, quedamos sin duda obligados a confesar, que pasaron acá los hombres de allá de Europa o de Asia o de África, pero el cómo y por qué camino vinieron todavía lo inquirimos y deseamos saber... Porque no se trata de qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a la razón y al orden y estilo de las cosas humanas.

Descarta la posibilidad de que hayan llegado navegando, pues no se ven en las culturas aborígenes de América indicios de que lo hayan querido hacer voluntariamente, ni capacidad para ello. También descarta la posibilidad de una arribada forzosa, pues no ve la razón por la cual hubieran olvidado el ser navegantes. A las posibilidades negativas de que hubiesen llegado por vía marítima, une también la imposibilidad de que hubieran venido junto con los animales que pueblan el continente, pues en este aspecto también la Sagrada Escritura es específica y no pudo haber dos Arcas de Noé. En cierto párrafo dice:

> Este discurso que he dicho es para mí una gran conjetura, para pensar que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y por decir mi opinión, tengo para mí días ha, que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se avecinan y allegan mucho.

lo que refuerza diciendo que

> de estos indicios y de otros semejantes se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra, más por camino de tierra que de mar, o si hubo navegación, que fue no grande ni dificultosa, porque en efecto debe de continuarse el un orbe con el otro: o a lo menos estar en alguna parte muy cercanos entre sí.

Niega la posibilidad de la Atlántida, por juzgar a ésta inexistente, empleando para esta aseveración una expresión lapidaria:

> Sea como quisieren, haya escrito Platón por historia o haya escrito por alegoría, lo que para mí es llano, es que todo cuanto trata de aquella isla, comenzando en el diálogo *Timeo* y prosiguiendo en el diálogo *Cricia,* no se puede contar en veras, si no es a muchachos y viejas.

Llega, inclusive, a puntualizar algunos aspectos como verdadero precursor, como, por ejemplo:

que el linaje de los hombres se vino pasando poco a poco hasta llegar al nuevo orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras, y a tiempos alguna navegación, y que éste fue el orden de venir y no hacer armada de propósito ni suceder algún grande naufragio, aunque también pudo haber en parte algo de esto.

Y luego:

y tengo para mí que el nuevo orbe e Indias Occidentales, no ha muchos millares que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores que no gente de república y pulida.

Tampoco cree que hayan sido las diez tribus perdidas de Israel y, frente a la opinión general, se pronuncia en contra, aduciendo buenas razones. Acaba, pues, como partidario de un poblamiento de gente primitiva y en fecha no muy remota, iniciado desde algún otro continente, con más seguridad cubriendo la distancia a pie y, si acaso, con una pequeña navegación, descartando rotundamente la supuesta Atlántida y negando el origen judío.

Es posible que algunos autores posteriores se preocupasen por este tema del poblamiento original de América; sin embargo no vieron el problema con tanta claridad como Acosta y no hacen aportes dignos de mención. Hay que esperar hasta mediados del siglo XIX, durante la intervención francesa en México, para encontrar algo mejor en este campo. En los tres tomos que forman los *Archives de la Commission Scientifique du Mexique,* publicados en 1865 el primero y en 1867 el segundo y tercero, hay una presentación de nuevas perspectivas dignas de tomarse en cuenta. El propósito de la Comisión, expuesto en el primer tomo, había sido el de hacer en México lo mismo que Napoleón había hecho en su campaña de Egipto: llevar, como parte de la fuerza expedicionaria, un conjunto de sabios y artistas que obtuviera del país un conocimiento científico hasta entonces nulo o insuficiente. Desde luego, la ayuda del ejército expedicionario se tomaba en cuenta. Interesa resaltar la opinión del Comité de Ciencias Naturales y Médicas, que hacía notar la importancia del estudio de las cavernas para averiguar si el hombre había vivido en una época geológica anterior a la actual, y recomendaba la conservación de todos los restos humanos que se hallaran en ellas. Un geólogo encontró pruebas de que América había vivido la edad de piedra. Es curioso que en el programa del Comité de Historia, Lingüística y Arqueología, firmado por Bras-

seur de Bourbourg, no se toma en cuenta el problema de la edad del hombre en América y se prestó atención exclusivamente a las etapas más tardías, a las civilizaciones superiores.

Las recomendaciones de la Comisión no pudieron llevarse a cabo, como es obvio, pues el sistema político que les hubiera podido servir de vehículo dejó de existir y era natural que después siguiera un cierto repudio a todo lo relacionado con él. Sin embargo, su fundamento motriz, el positivismo, quedó entroncado en la vida intelectual de México.

A principios del siglo XX aparece en el foro donde se debatía la antigüedad del hombre americano la destructora figura de Aleš Hrlidčka. Cierto que hacía falta una persona de formación científica y conocimientos suficientes para poner en su sitio a una serie de ignorantes o impreparados que con grandes alborotos y sin base alguna propalaban la gran antigüedad de hallazgos de restos humanos o culturales. Mas la extremada rigidez de Hrlidčka lo hacía rechazar todo resto humano, negándose a reconocer rasgos primitivos. No prestó atención a los datos estratigráficos y, más bien, por el hecho de contener restos de hombres no primitivos, consideraba que los estratos "eran recientes". En cuanto a los artefactos que se sometieron a su juicio, también mantuvo la posición de que nada pasaba de ser producto de los indios modernos o de un pasado que no se podía remontar más allá de unos cuantos miles de años. Sin dejar de reconocer lo benéfico de su rigidez, el resultado fue el de esparcir un santo temor a contradecir a tan severo juez, y la prehistoria, que en México apenas comenzaba a esbozarse en el último tercio del siglo XIX pero que con la influencia francesa iba por buen camino, sufrió una especie de congelación ante el temor de errar.

Pero a pesar de esta paralización, algunos geólogos, al margen de las influencias del severo Hrlidčka, hicieron aportaciones de interés. Engerrand, Díaz Lozano, Adán y Mullerried describieron una serie de artefactos líticos y faunas fósiles de diferentes lugares, y no pararon mientes en ver en ellas expresiones concretas de estadios muy primitivos. En este primer tercio del siglo XX, tan difícil para el país, en cuanto comenzó a serenarse la vida y a ser algo más estables las instituciones, no se dejó de trabajar. El primero en reaccionar, allá por 1934, fue García Payón: tras analizar las opiniones entonces reinantes, y sin tomar partido por ninguna de las rutas por las que el hombre hubiera podido poblar el continente

—sin por ello dejar de descartar algunas por imposibles—, pensó en la llegada de los primeros habitantes mediante "extensiones paulatinas" y no migraciones de grupos y, sin negar contactos transpacíficos posteriores, se pronunció por el desarrollo autóctono de las altas culturas americanas. Desde luego, estuvo de acuerdo en que por entonces no existían pruebas suficientes acerca del origen y filiación de los primitivos pobladores.

Con una metodología semejante, Martínez del Río produjo en 1936 la primera edición de su señero trabajo, el estudio del problema de los orígenes americanos, en sentido continental. No podía enfocar el problema de otro modo debido a la pobreza de los datos de México, ya que sólo existían los muy dudosos del Hombre del Peñón, el Hombre del Pedregal, el Hombre de Ixtlán y otros pocos materiales. En realidad, si en México no se había encontrado nada que pudiera atestiguar la gran antigüedad del hombre, tampoco en el resto del continente existía mucho de donde cortar. La segunda edición, de 1943, fue más descorazonadora que la primera, pues para esta fecha el Hombre del Pedregal y el Hombre de Ixtlán habían demostrado ser bastante tardíos. El autor expresaba la esperanza de que en el Norte de México aparecieran restos que pudieran relacionarse con los encontrados en algunos lugares de los Estados Unidos, como los que en aquellas fechas se llamaban de la cultura u hombre Folsom.

Así llegamos al momento crucial en la prehistoria mexicana: el descubrimiento del Hombre de Tepexpan. Es cierto que las serias deficiencias metodológicas de la excavación se manifestaron desde un principio, que fuera de México el hallazgo se vio muy escépticamente, y que la fecha que se le atribuyó, inferida de otras de carbono 14 obtenidas en la cuenca de México, era irreal además de exagerada. La verdad es que se trataba de una mujer y no de un hombre; pero tuvo un valor que sobrepasa el del hallazgo en sí, puesto que mostró la posibilidad de encontrar en el suelo mexicano materiales de gran antigüedad, y esto dio pie a la iniciación de trabajos científicos orientados a documentar la existencia de los primeros habitantes.

Los resultados obtenidos no son muchos, pues la primera fase ha sido de poca utilidad, dado que todavía se trataba de congeniar los nuevos datos con los esquemas previos. Tuvieron que pasar años de tanteos hasta que toda la actividad de quienes se orientaron hacia la prehistoria fue, primero, demostrar la invalidez de

la mayor parte de los trabajos anteriores, y después, integrar los nuevos y comprobados marcos de referencia. Puede decirse que esta fase aún no termina, pero ya existen aportes de importancia y revisiones de lo anterior que facilitan la tarea y alcanzan a presentar un boceto de la prehistoria de México. Es necesario aclarar que este concepto engloba las etapas anteriores a la invención de la agricultura y la cerámica, o sea, una etapa del proceso cultural en la que el hombre no es productor de sus alimentos, sino que vive de la recolección y la caza, tanto de lo terrestre como de lo acuático y marino.

Es necesario hacer notar que estos trabajos se enfrentan a un serio problema: el de la posición secundaria que ocupan en México, aún hoy, los estudios de su pasado más remoto. Ante los teatrales hallazgos arqueológicos de fechas más cercanas, la atención del público medianamente cultivado sólo toma en cuenta la visión unilateral de los grandes centros ceremoniales, con edificios monumentales, ricas tumbas y piezas de indudable valor estético.

El paso de Asia a América

Por mucho tiempo se ha discutido de dónde vinieron los primeros pobladores del continente americano, sus primeros y reales descubridores, y en qué fecha tuvo lugar este acontecimiento. Aunque todavía haya quien insista en ver huellas de negros, semitas, caucásicos y algunos otros, existe un consenso general en atribuir el descubrimiento y población original de América a grupos de carácter mongoloide. Es cierto que la presencia de determinados tipos de características físicas poco mongoloides, junto con la existencia de lenguas con elementos australoides y de objetos de tipo polinesio-melanesio, llevaron a buscar las rutas por las que individuos de esas regiones pudieran haber llegado. También ha habido quien, en función de rasgos culturales muy generales y primarios, trajera a los primeros pobladores desde Europa, pero es clara la afinidad física con Asia.

Venir desde Asia hasta América es relativamente fácil a través del Estrecho de Bering, pues ambos continentes están separados por poco más de 80 kilómetros. Llegar desde Australia es algo más complicado, pues aparte de tener que efectuar varias travesías marítimas de algo más de 1 000 kilómetros, hubieran tenido que caminar

algunos otros miles por las inhóspitas tierras de la Antártida, con temperaturas muy rara vez superiores a los cero grados centígrados, y luego, por si todo esto pareciera fácil, hacer otra travesía de casi 1 000 kilómetros para ingresar al continente por su extremo sur. Los supuestos australoides hubieran tenido que resolver semejante problema, y eso sin contar con que eran muy poco afectos a la navegación y carecían de la tecnología suficiente para hacer los medios de transporte marítimo necesarios. Se hace difícil imaginar los motivos que los hubieran llevado a abandonar una tierra de clima templado por otras que en ese largo trayecto se cuentan entre las más frías del mundo. Es cierto que melanesios y polinesios son navegantes, sobre todo los segundos, pero esta capacidad parece que se desarrolló hace apenas unos 2 500 años; así, pueden descartarse. Con esto no se niega que en tiempos más recientes hayan podido llegar navegantes de diversas culturas, asiáticas y oceánicas, en arribada forzosa o como aventura; pero para entonces, indudablemente, América tenía ya una población que había venido antes por vía terrestre.

Como ya se ha indicado, la distancia entre el Cabo Dezhnev, el extremo más oriental de la península de Chukotka, en Siberia, y el Cabo Príncipe de Gales, la punta más oriental de la península de Seward, en Alaska, es corta, y además, casi a la mitad de la distancia se encuentran dos islas, la Gran y la Pequeña Diomede. En esa parte del Estrecho de Bering la cubierta de hielo invernal se forma en el mes de noviembre y dura hasta junio, si bien sólo se ve íntegra de noviembre a marzo. Esto quiere decir que la travesía, a pie, es factible en el invierno, si bien se corre el riesgo, siempre presente, de que alguna de las fuertes tormentas de esta zona rompa el hielo y haga el paso impracticable o provoque un accidente fatal. En los pocos meses de deshielo la travesía por agua también es posible, si se dispone de algún medio de navegación de cierta categoría, ya que a lo largo de la costa asiática corre hacia el sur una corriente marina, y por el lado americano hay otra que va hacia el norte. No es que las condiciones de travesía sean imposibles; lo que hay que tener en cuenta es el nivel de desarrollo cultural de la gente que pudo hacerlo y, de acuerdo con ello, las posibilidades reales.

Queda, por último, una probabilidad mayor. El tiempo geológico se ha dividido en una serie de unidades temporales con ciertas características propias. Ahora, aquella en la que vivimos y a la

cual algo arbitrariamente se le ha dado comienzo 10 000 años atrás, es la llamada Holoceno. A ésta le antecedió el Pleistoceno, época que, de acuerdo con los últimos estudios, comenzó hace tres millones de años.

El fenómeno tan peculiar de las glaciaciones fue característico del periodo Pleistoceno, y sus alternancias de etapas frías y etapas templadas han dejado huellas por toda la superficie de la Tierra, bien sea por los procesos directos de las masas de hielo que se desplazaron, o por los indirectos, los que tuvieron lugar en zonas a las que no alcanzaron los hielos, pero que estuvieron influidas por las alteraciones climáticas mayores. La historia geológica de la Tierra nos muestra que hubo glaciaciones también en otros periodos.

Debe distinguirse entre las glaciaciones de montaña y las polares o de casquete. Las primeras se forman en lugares elevados en que las temperaturas reinantes están en cero grados o bajo cero, con lo cual todas las precipitaciones que esas zonas reciben caen en forma de nieve que al acumularse origina hielo. Cuando alcanza un cierto espesor comienza a deslizarse por las laderas, formando los glaciares. Las zonas tropicales o ecuatoriales sólo tienen glaciares en montañas de gran altura, pero según nos acercamos a los polos, la altura mínima necesaria para que una montaña esté glaciada, como se comprenderá en seguida, va disminuyendo. En los polos es natural la glaciación, debido a que por su posición reciben los rayos calóricos con una oblicuidad tal que llega casi a la luz rasante a los 90° de latitud. Esto contrasta con las zonas ecuatoriales, en donde el haz de rayos incide en ángulo recto. Ha de tomarse en cuenta, además, que en esas zonas hay una noche polar de seis meses sin sol, a la cual no compensan los seis meses de luz continua, por lo bajo de las temperaturas reinantes.

Aun así, queda en pie la pregunta de por qué hubo glaciaciones. La respuesta no es muy clara. Durante mucho tiempo se ha hablado de las posibles causas de las edades del hielo. Empecemos por exponer las teorías que existen acerca de los cambios climáticos que ha experimentado la Tierra, puesto que el crecimiento y la mengua del los glaciares está causado, en cada caso, por las circunstancias climáticas reinantes.

Pueden agruparse las numerosas teorías así: 1º, variaciones en la emisión solar; 2º, velos de polvo cósmico; 3º, variaciones geométricas de los movimientos de la Tierra; 4º, variaciones en la

transmisión y absorción de la atmósfera terrestre; 5º, movimientos laterales y verticales de la corteza terrestre y 6º, cambios en el sistema de circulación atmósfera-océanos. Ninguna de ellas explica totalmente por qué ha habido etapas de glaciación y de deglaciación y sólo con la suma de varias se puede entender todo el mecanismo. A pesar de esta inseguridad, ahora se ve que la quinta explicación ofrece mejores posibilidades, a saber, los movimientos laterales y verticales de la corteza terrestre.

A raíz de las orogenias mayores, a causa de la elevación de masas terrestres en forma de plegamientos que originaron cadenas montañosas, si éstas tuvieron la elevación suficiente dentro de la latitud en la que surgieron, es factible que aparecieran glaciares en sus partes más altas, pero quedan por explicar los glaciares de casquete. Para ello, los estudios más recientes acerca de los movimientos de las planchas tectónicas podrían tener la respuesta, en una curiosa combinación con una teoría que, tras un gran éxito inicial, cayó en descrédito por sus múltiples deficiencias. Ahora, y sin proponerse la rehabilitación de la teoría de traslación de los continentes, el estudio del fondo de los mares ha aportado conocimientos que obligan a replantear todas las ideas sobre la deriva de las masas continentales, que han estado deslizándose de un lugar a otro y ocupando áreas muy distintas a aquellas en que se encuentran ahora. Mediante procedimientos radiocronológicos ha sido posible fechar rocas cuyas partículas de hierro, además, tenían la peculiaridad de encontrarse orientadas de acuerdo con la posición del polo magnético en el tiempo de su consolidación, y se vio que había reversiones del orden de 180°, o sea que el polo magnético no sólo ha estado sometido a las deambulaciones ya conocidas, sino que en la historia de la Tierra ha habido etapas en las que se ha desplazado hasta una posición opuesta, cercana al Polo Sur geográfico. Del origen de estas reversiones no se puede decir sino que han sucedido, puesto que las rocas las han registrado, y de su causa, nada. Así pues, las masas continentales que ahora conocemos y aquellas otras que la paleoecología nos dice que existieron en el pasado, han tenido una existencia que podríamos calificar de nomádica. De este hecho, al parecer intrascendente para la existencia de las glaciaciones, puede resultar su real explicación.

Se ha dicho antes que los polos de la Tierra, debido a su posición, son lugares en los que el hielo se acumula naturalmente. Es

cierto que en ellos la precipitación es muy baja y también es verdad que ésta, en forma de nieve que pronto se convierte en hielo, apenas sufre los efectos de altas temperaturas, ya que éstas no existen, y que, por lo tanto, el hielo se acumula y desplaza por gravedad. Ahora bien, el Polo Norte está en un mar, el Océano Ártico, y la masa de hielo no puede ser muy grande, pues las aguas mantienen mejor el poco calor que reciben en el verano; pero no sucede lo mismo con el Polo Sur. En éste se encuentra una gran masa continental, la Antártida, en la que el hielo se acumula en enormes cantidades, y no desaparece virtualmente a causa de las bajísimas temperaturas que imperan en esa parte del globo.

De acuerdo con lo que hasta ahora se sabe, la Antártida ocupa el lugar en el que ahora está, desde el Mioceno, hace unos 25 millones de años, y desde entonces, se ha convertido en un monstruoso congelador que envía frío hacia toda su periferia, por la atmósfera y la superficie de los océanos y mucho más allá, hasta las costas de Kamchatka, en el Pacífico, mediante corrientes de agua fría, más pesada que la caliente, que viajan pegadas al fondo. En el Atlántico solamente llegan un poco más allá de Río de Janeiro, donde se encuentran con las que bajan de Groenlandia. Se piensa que la presencia de una masa continental en cualquiera de los Polos desencadena automáticamente una serie de efectos de enfriamiento que desembocan en glaciaciones siempre y cuando la precipitación sea suficiente en las latitudes medias. Si en cierto periodo geológico los polos están ocupados por mar y no por continentes, los efectos del fenómeno quedarán circunscritos a una área más reducida.

La abundante precipitación que en tales circunstancias origina las glaciaciones sólo puede tener lugar cuando los mares tienen evaporación suficiente, y esto apenas acontece cuando la temperatura media está por encima de la normal. La interacción de todos estos elementos es desde luego muy compleja, pero por lo menos debe tomarse en cuenta que el enfriamiento producido por una glaciación llega en cierto momento a hacer descender la temperatura media, disminuye las precipitaciones y finalmente provoca una deglaciación. Pasado un tiempo el fenómeno se invierte y la deglaciación provoca una nueva glaciación. Así, pues, se trata de un fenómeno cíclico. Las huellas que han quedado de estos avances y retrocesos nos demuestran con claridad la existencia de cua-

tro avances mayores del hielo en Norteamérica, y huellas, muy escasas e imprecisas, de uno o dos más, anteriores. En Europa están claros un mínimo de seis avances.

El Pleistoceno se caracterizó porque durante su transcurso la Tierra sufrió una larga serie de glaciaciones, o sea que, por algunas decenas de miles de años, en las altas latitudes se desarrollaron enormes casquetes de hielo de tal tamaño que en el norte de Europa los hielos descendieron hasta más al sur de Berlín, formando un manto de centenares de metros de espesor en algunos puntos, y en el norte de América, un casquete semejante, que iba del Atlántico al Pacífico, alcanzó bastante al sur, hasta Kansas e Illinois. En el transcurso de esos tres millones de años hubo varios avances mayores, compuestos de otros menores con intervalos de mejoría climática, durante los cuales la masa de hielo permanecía estacionaria o sufría algunos retrocesos. Entre una y otra de las glaciaciones mayores hubo periodos en los que el clima era como el de ahora o algo más caluroso, lo cual provocaba la desaparición casi total de las masas heladas, que se reducían a las cumbres de las más altas montañas o a latitudes muy superiores, virtualmente los Polos.

De esta larga serie de glaciaciones que tuvieron lugar en Norteamérica, la última de todas, que se ha denominado Wisconsiniana, es la que tiene importancia para el problema que aquí se examina. El hombre ha de haber pasado a América en este periodo, lo cual no significa que se niegue que hayan llegado algunos hombres, u homínidos, en etapas anteriores, de lo cual no se ha encontrado ni la menor evidencia. De la glaciación Wisconsiniana, en cambio, hay restos claros y abundantes. Dentro de ese periodo cabe señalar una serie de subperiodos o subestadios, en los que el casquete de hielo polar avanzaba y retrocedía sucesivamente. Dichos subestadios se pueden estudiar en el cuadro 1.

Un fenómeno más debe considerarse todavía. Durante esas épocas de glaciación, el hielo, acumulado sobre los continentes en sus altas latitudes y en parte de las medianas, además de las altas montañas, era de hecho agua que se inmovilizaba y dejaba de participar en el ciclo continuo de precipitación, evaporación y condensación, y que por lo tanto se restaba a la masa de agua de los mares. Con ello, el nivel de éstos descendía en la proporción que marcaba la masa de hielo acumulada. Al comenzar una etapa glacial se iniciaba la substracción de agua al volumen total de los

Cuadro 1

Cronología del estadio glacial Wisconsiniano en el centro de Norteamérica

AÑOS ANTES DEL PRESENTE		
0 5 000 10 000		7 000
	Subestadio glacial Valderense	11 000
	Subestadio interglacial Twocreekense	12 500
15 000 20 000	Subestadio glacial Woodfordense	22 000
25 000	Subestadio interglacial Farmdalense	28 000
30 000 35 000 40 000 45 000 50 000 55 000 60 000 65 000 70 000	Subestadio glacial Altonense	
75 000 80 000 85 000	Interglacial Sangamon	

mares y océanos. Según la glaciación avanzaba, el agua disminuía hasta llegar al punto en que la deglaciación se iniciaba y con ello volvían a ascender los niveles de los mares. Para entender mejor los resultados de este proceso baste decir que si ahora se fundiese todo el hielo que está almacenado sobre la Antártida, el nivel del mar subiría treinta metros.

El fondo del Estrecho de Bering es de escasos cuarenta metros, y hay pruebas fehacientes para asegurar que, cuando el mar ha descendido 50 metros o más durante una glaciación, ambos conti-

nentes han quedado unidos por una llanura en la que sobresalen las montañas que ahora son las islas Diomedes. Cuando el mar ha alcanzado su más bajo nivel, entre 100 y 110 metros menos, ha aflorado una masa terrestre de más de 1 000 kilómetros en su eje norte-sur, a la cual se ha dado el nombre de Beringia.

Así, pues, basta consultar de nuevo el cuadro mencionado, tomando en cuenta todo lo hasta aquí expuesto, para tener una clara visión de cómo y cuándo existieron las posibilidades de pasar de un lado a otro a pie enjuto. La posibilidad de llegar al continente americano por su extremo noroeste, cruzando por el puente emergido, queda bien establecida en el transcurso de un subestadio glacial.

La penetración en el continente

Los habitantes del extremo noroeste de Siberia eran gente habituada a vivir en condiciones árticas. Esto quiere decir que su cultura había sabido conformarse de tal manera que les permitía obtener de ese medio ambiente un máximo de resultados, al menos lo suficiente para subsistir. No es posible pensar en grandes presiones demográficas que hubieran ejercido en algunos grupos humanos un proceso de centrifugación hacia una periferia inhóspita. Es más natural aceptar que habían participado en un proceso cultural que era respuesta a la explotación de un complejo ecológico, particular de la zona ártica, igual a un lado y otro del Estrecho de Bering, así como a éste mismo cuando quedaba al descubierto. De esta forma, toda visión romántica respecto a la conquista o descubrimiento de un continente se anula ante la realidad de un desplazamiento de grupos nomádicos dentro del hábitat que su cultura explotaba mejor.

La orografía del noreste siberiano, junto con su gran latitud, hacía que, al instaurarse una etapa glacial, las cadenas montañosas de Gydan-Kolyma y de Oryak, por el sur, unidas por una serie de sistemas montañosos menores, se cubrieran de glaciares, al igual que las mesetas de Yukagirsk y Anadyr, aislando el noreste siberiano más extremo. De hecho, el territorio explotable por el hombre se reducía mucho, pero esta pérdida de área era compensada con el creciente territorio que abandonaba el mar. En el otro extremo del puente, en Alaska, la cadena montañosa de Brooks,

hacia el norte, y al sur el Sistema Montañoso del Pacífico, también se cubrían de hielos que, en el extremo este, en la cabecera del río Yukon, se unían a la punta noroeste del casquete Laurentido, masa de hielo que cubría el centro del continente. De esta manera se delimitaba por el hielo un territorio aislado pero amplio, sometido, es cierto, al condicionamiento ártico, pero no mucho más extremoso del que previamente existía y al cual los habitantes del extremo nororiental asiático ya se habían acostumbrado.

Se ve cómo, durante un máximo de glaciación, se crea un impedimento real para que los primeros habitantes de América se puedan desplazar hacia los climas más benignos del sur. Para algunos autores, este cierre de horizontes no es tal, y aluden a la posibilidad de ir rumbo al sur a lo largo de una costa, ahora sumergida, que quedaba expuesta por el descenso del nivel del mar. Esta teoría es falsa en cuanto a que en esta parte del mundo existe un tipo de glaciar característico de ella, el glaciar de somontano, que se origina en las montañas Rocallosas y sale por los valles que desembocan en la costa. Siendo la precipitación muy alta en esta parte, las montañas emiten glaciares de muy grande tamaño y grandísimo volumen de hielo que se expanden en la llanura costera en forma de impresionantes abanicos. Todos los valles que van a la costa contenían un glaciar de grandes dimensiones y unos con otros se anastomosaban, dando origen a una orla de hielo prácticamente continua, que iba de las montañas hasta el mar. El transcurso de seres humanos a lo largo de una costa de semejantes características era prácticamente imposible, aunque estuvieran adaptados a una vida económica de explotación de recursos marinos, pues de hecho no había posibilidad de supervivencia para seres humanos en la superficie de la franja de hielo que bordeaba toda la costa, desde Alaska hasta más o menos la altura de Portland.

Otros aducen la existencia de un corredor entre el casquete Laurentido y los glaciares que descendieron de las montañas Rocallosas por su flanco oriental. Sí parece ser cierto que en algunos lugares no hubo cubierta total de hielo, pero no está demostrado el que ese corredor existiera simultáneamente en toda su longitud. Hubo algunos oasis que el hielo no alcanzó; éstos se encontraban separados unos de otros por grandes distancias. El espíritu aventurero del hombre es innegable, y quizá una de las razones de su ser, pero todo tiene un límite. La posibilidad de supervivencia en

esta especie de islotes, inclusive en un larguísimo corredor entre grandes paredes de hielo, es, aun con mucho optimismo, bastante remota. Además, hay pruebas de que las pocas zonas que no fueron cubiertas por el hielo al pie oriental de las Rocallosas, estuvieron cubiertas por lagos, lo cual es lógico, ya que por estas zonas descubiertas forzosamente tenían que correr las aguas de deshielo que fluían del frente de los glaciares, y no se puede argumentar que no había fusión del hielo por la sencilla razón de que si éste no alcanzaba a cubrir una área, esto se debía a que en ella la fusión del hielo era superior al avance del hielo mismo.

La penetración hacia el sur de quienes primero ocuparon la cuenca inferior del Yukon debió tener lugar cuando los hielos se retiraron, siendo éste el resultado más aparente de una mejoría del clima, etapa en la que, a la vez, ocurría un ascenso del nivel del mar que volvía a separar Asia de América. La mejoría del clima supone, para la zona ártica, la paulatina diferenciación de varias zonas climáticas que, durante un máximo glacial, quedan unidas bajo el común denominador ártico. Era diversa la panorámica que se iba definiendo cada vez más ante el habitante de la cuenca baja del Yukon:

Al norte, una franja costera, casi desprovista de vegetación, pero con suficientes recursos marinos. Le sigue otra secundaria o de transición, formada por las colinas que constituyen las faldas de las montañas de Brooks, hasta aproximadamente los 1 000 metros de altura, en la que crecen algunos árboles enanos y que contiene pequeños mamíferos terrestres. Las montañas Brooks son la siguiente zona y, por su elevación, presentan vegetación escasa así como fauna pobre. Luego aparece el valle del Yukon, con vegetación arbórea dispersa y praderas de tipo alpino, relativamente rico en fauna terestre y acuática. Este valle se convierte aguas arriba en un paisaje de mesetas intermontanas por las que se pasa al valle del Mackenzie, regiones también ricas en fauna y flora. Más al sur el gran macizo formado por el Sistema Montañoso del Pacífico, el cual desciende directamente al Océano Pacífico, a una zona costera mínima en área, pero de características propias. Desde el Mackenzie hacia el este se extiende por un lado la zona costera ártica e inmediatamente al sur la tundra, ésta con abundantes caribús. La tundra colinda por el sur con el bosque boreal de coníferas mediante una zona de transición, de bosque ralo de árboles de menor tamaño, a la que se le puede llamar taiga.

Tundra, taiga y bosque boreal de coníferas, junto con algunas praderas de tipo alpino, forman una serie de unidades, a veces entremezcladas, en cuya presencia y desarrollo se conjugaban factores diversos, debidos a las características del subsuelo, el drenaje, la altura, la exposición a los vientos o al sol; en fin, un conjunto de elementos complejos y de resultados diversos. Este mosaico, con muy distintos potenciales en cuanto a su aprovechamiento por el hombre, de inmediato plantea la diversidad de adaptaciones a las que debía someterse cualquier grupo humano que intentara transitar por ellas.

Todo lo anterior quiere decir que ante los hombres que iniciaban la marcha se abrían varias perspectivas, la explotación de cada una de las cuales exigía una transformación cultural. Es cierto que todavía no parece haber existido una gran especialización en los instrumentos, a juzgar por los pocos que de esa etapa han llegado a nuestras manos, lo cual no obligaba a alteraciones mayores, pues con cumplir unos pocos requisitos se cubrían las funciones básicas de percusión y corte, las más necesarias. Es indudable que conocían el fuego, ya que sin él no hubieran podido sobrevivir en las latitudes por las que andaban. Contaban con cordaje, redes, cestería elemental y, desde luego, preparación de pieles. El lasqueado de la piedra permitía obtener bordes cortantes y ángulos puntiagudos, con los cuales se abría la posibilidad de trabajar huesos y madera, aunque esto es una conjetura y más bien inferido por la falta de instrumental lítico suficiente para subvenir a las necesidades mínimas. No es posible decir si disponían de arco, siendo más seguro que hayan empleado armas arrojadizas directas, como dardos o jabalinas.

Resultan excesivas las conjeturas si intentamos describir el modo de organización social que hayan podido tener, aunque es posible decir algo. Indicar que su modo de vida era el de los cazadores-recolectores es engañoso, pues en realidad era mucho más importante la recolección que la cacería, debido a la poca eficacia de las armas de que se disponía, según se ha visto en los grupos humanos que hasta hace pocos decenios pudieron ser observados en semejante nivel de desarrollo tecnoeconómico. La simplicidad y la escasez de su ajuar iban unidas a una somera división del trabajo, por sexo y edad, aunque de hecho todos tenían que saber hacer de todo, si bien con desigual eficiencia, como es natural. La obtención de comida era la actividad más importante. Más bien

se diría que toda la vida se orientaba hacia ello, y esa comida, que se presentaba en muchas y diversas formas, había que ir a buscarla, de un lado a otro, dentro de un territorio conocido y de acuerdo con las estaciones, sobrellevando un forzado nomadismo. En ciertas ocasiones, ante la abundancia de determinado alimento, se establecerían campamentos en los cuales podían permanecer el tiempo necesario para aprovechar al máximo, hasta su virtual agotamiento, lo que los hubiera detenido en su organizado deambular. También es posible que una familia doméstica, unidad social básica, se uniese a otras en estos lugares ricos en alimentos, para formar bandas y organizar cacerías comunales.

La propiedad de los bienes de consumo era comunal, dispersa por un territorio al que se tenían derechos no exclusivos. Se compartía con otros grupos si era necesario. Nadie era lo bastante fuerte para poder defender, solo contra todos, una fuente cualquiera de alimentos o productos que en un momento dado se hicieran escasos. Además, es un hecho observado la generosidad de los recolectores-cazadores en cuanto a los alimentos: todos tienen derecho a comer de lo que hay, poco o mucho, pues saben que de este compartir lo que haya depende la supervivencia propia. La propiedad de medios de producción tan simples era también comunal, aunque existía la propiedad personal de algunos objetos, como armas o proyectiles capaces de causar la muerte de un animal, porque de la identificación de su propietario surge todo un proceso mágico respecto al animal muerto y la responsabilidad del que lo ha matado. Desde luego, al hablar así, se coloca uno en un terreno de extrapolación basado en lo que sabemos de los grupos llamados "primitivos contemporáneos".

Es necesario insistir en que la posibilidad de convivir varias familias en un mismo lugar dependía de la cantidad de alimentos que hubiese en sus cercanías inmediatas, porque cuando no eran abundantes, la reunión de muchas bocas era prácticamente imposible, salvo por tiempos muy cortos, y la obligada dispersión era inmediata para que cada quien buscase su comida por distinto rumbo. En los lugares y tiempos en que sobraba la comida, la permanencia era obligada, tomando en cuenta que las técnicas de conservación que podían conocer —salado, ahumado y secado— obligan a permanecer donde el alimento se almacena, por la imposibilidad física de cargar con todas las reservas. Debe pensarse también que dado el clima de la región también pudo existir

la conservación por congelamiento, al menos durante bastantes meses del año. Además, es una práctica común entre cazadores-recolectores dejar escondrijos con comida en lugares inaccesibles para los animales, escondrijos a los que vuelven en épocas de escasez o que visitan durante su tránsito hacia otras regiones productivas.

Todo lo anterior, independientemente de lo que tenga de suposición, permite advertir que eran muy lentos los movimientos de este tipo de grupos, por lo cual la penetración hacia el sur, desde Alaska, tuvo que realizarse a lo largo de muchas generaciones, en el transcurso de las cuales era posible irse habituando a los nuevos paisajes y aprendiendo la mejor manera de explotar sus productos, de acondicionarse al medio. Es precisamente esa lentitud de desplazamiento la que permite ir transgrediendo complejos ecológicos en forma gradual, con adaptaciones menores, pero que a la larga suponen cambios muy serios. Lo curioso es que el hombre, al colonizar América, tuvo que habituarse a vivir en zonas climáticas tan distintas como las que van desde la ártica a la ecuatorial, y luego, al revés, desde la ecuatorial a la casi ártica que reina en la Patagonia, hasta donde llegó.

Existen pruebas fehacientes de la presencia del hombre en la parte norte de América hace unos 30 000 años, quizá más todavía, y concretas de que estaba en México hace unos 21 000 años, hace 16 000 en Venezuela, 18 000 en Perú, 13 000 en Chile y 12 700 en la Patagonia. Estas cifras, todas obtenidas por el procesamiento del Carbono 14 en materiales producto de la actividad humana o directamente asociados a ella, plantean otro problema: el de la fecha de su entrada por Bering. Se ha visto (véase el cuadro arriba mencionado) que el apogeo de la última pulsación mayor, del último avance importante de los hielos, se sitúa hace 18 000 años, pero que se inició hace 22 000. Es obvio, pues, que los primeros hombres entraron durante el anterior avance del hielo, o al menos es cuando pudieron hacerlo simplemente caminando por el territorio de Beringia. Si entraron en esta etapa, esto puede haber sido a partir de hace 60 o 50 000 años, o bien más tarde, hasta hace unos 40 000 años. Es indudable que los primeros habitantes de México, aquellos de quienes se han encontrado los restos de sus hogares junto con los huesos de los animales que en esos hogares asaron, y que se han fechado en 21 000 años antes del Presente, son los descendientes de esa primera oleada humana, pues la distancia que tuvieron

que recorrer y la serie de adaptaciones que tuvieron que llevar a cabo en su cultura no son posibles más que en un largo tiempo.

El sitio de estos hallazgos es el promontorio rocoso conocido como cerro de Tlapacoya, en la cuenca de México, al norte de la autopista de México a Puebla y a orillas del antiguo lago de Chalco. Las laderas bajas del cerro fueron tomadas para construir el bordo que soporta la autopista en ese tramo y quedaron aparentes una serie de capas en las que afloraban algunos huesos de fauna pleistocénica, así como una zona de tierra amarillenta, enrojecida por el fuego. El Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en vista de lo que podía observarse, inició excavaciones en este sitio en 1966. Se localizaron dos hogares, de uno de los cuales se obtuvo carbón de madera suficiente para ser fechado, y la fecha obtenida, de 24 000 ± 2 000, fue una gran sorpresa. Junto a los hogares se habían encontrado huesos de animales de varias especies, amontonados y sin relación anatómica entre sí. Asimismo, algunos artefactos de piedra: unos cuantos fabricados con los cantos rodados de la misma vieja playa en la que se habían hecho los hogares y que provenían del cerro de Tlapacoya, y también algunos de obsidiana y uno de cuarzo. La obsidiana más próxima es la que se encuentra cerca de Otumba, a pocos kilómetros de San Juan Teotihuacán; y del cuarzo, por sus características, lo único que puede decirse es que no se obtuvo en el cerro de Tlapacoya. Así pues, podemos asegurar la presencia del hombre en este lugar hace unos 22-21 000 años antes del Presente. El hallazgo fue sensacional porque hasta ese momento sólo se disponía de una serie de restos, muy pocos de ellos fechados, que demostraban la presencia del hombre en México desde hacía unos 10 000 años, quizá algo menos. Pertenecía a eso que se ha dado en llamar "los cazadores de mamutes", expresión a todas luces incorrecta si tomamos en cuenta el tipo de armas que tenían. Que en ocasiones muy favorables hayan ultimado a un proboscídeo empantanado en las orillas de un lago, no permite hacerlos especialistas en caza mayor y mucho menos caracterizar una etapa cultural por una actividad que hubiera resultado suicida. Sin embargo, esta visión es la que por desgracia existe, apoyada en reconstrucciones artísticas que carecen de toda seriedad científica.

Como siempre sucede en estos casos, se exageró la significación de los primeros hallazgos hechos en México, a pesar de que fueron pobres en su valor intrínseco y defectuosamente trabajados y analizados. La verdad es que no se sabía dónde buscar y se dependía de las ocasionales denuncias de hallazgos provocadas por obras públicas o privadas. No había personal capacitado para que se trabajasen en forma debida y tampoco había quien efectuase los estudios interdisciplinarios requeridos, de modo que sería injusto criticar sus defectos. La exageración del significado de los hallazgos, que podría ser el defecto más censurable, tampoco lo es si se toma en cuenta el ardor de neófito entonces existente y, además, el que con aquella exageración se creó un ambiente propicio para este tipo de trabajos, tan alejados de lo que la arqueología siempre había hecho y significado en México.

Pasaron los años y fueron encontrándose más cosas, y aparecieron más estudios, tanto de nacionales como de extranjeros, que dejaron datos y conocimientos suficientes para pensar ya en algún sistema de organización, en la manera de situarlos en el tiempo y explicar su contenido y representación cultural. Había diferencias en los materiales mismos, variaciones en la manera en la que se presentaban, en lo que se refiere a relaciones estratigráficas y a asociaciones con materiales faunísticos, a la vez que en otros casos también existían similitudes en los aspectos mencionados. Se necesitaba, pues, establecer una metodología y un sistema para situar lo hallado en las tres coordenadas que la arqueología requiere: la espacial, la temporal y la corológica. La espacial estaba dada por la misma localización geográfica del hallazgo y adquiría importancia por la frecuencia en determinadas áreas o por su dispersión en otras. El tiempo en el que sucedió el fenómeno cultural podía establecerse por asociación estratigráfica o por comparación con otros hallazgos semejantes ya fechados, lo cual, a partir del final de la década de los cuarentas, era relativamente fácil de hacer por el sistema de fechamiento radiocronológico que proporciona el isótopo 14 del carbono. La dimensión corológica que nos dice del conjunto de la cultura, mucho más difícil, tendrá que irse mostrando en el mismo proceso de acumulación de materiales.

Por la naturaleza misma del tema, la periodificación, en sus dos aspectos, cultural y cronológica, se llevó a cabo por el proce-

dimiento de extender hacia México lo ya conocido en los Estados Unidos. Allí se habían iniciado antes este tipo de estudios, y el sistema clasificatorio que se manejaba estaba basado en principios formalistas, construido sobre todo tomando en cuenta las diversas formas de las puntas de proyectil. La abundancia de algunas de ellas en determinadas áreas geográficas denotaba la extensión territorial del grupo o grupos que las utilizaban y, por los consabidos métodos estratigráficos y radiocarbónicos, se les daba temporalidad. A pesar de las incertidumbres propias de estos estudios, ya hay en México materiales bastantes para intentar una periodificación cultural general y atribuirle una cronología.

En el continente americano no es posible ni se deben aplicar términos clasificatorios empleados en otros continentes, v.gr. *Paleolítico*, pues no existe ni semejanza suficiente ni sincronía para admitir la equiparidad. Cuando todavía falta tanto trabajo de campo y de gabinete, no es posible, por la escasez de materiales disponibles, alcanzar refinamientos que serían falsificaciones. Inclusive, se desechó el concepto de "tradiciones", comúnmente aceptado en Norteamérica, pues su definición es muy incierta. Además, debe tomarse en cuenta que la forma del territorio mexicano, una especie de triángulo con la base hacia el norte y el vértice más o menos hacia el sureste, presenta un amplio acceso por el norte. En esta gran puerta se sitúan varias zonas ecológicas: la de la península de Baja California, la franja costera de Sonora, la Sierra Madre Occidental, las zonas desérticas y semidesérticas centrales con sus "bolsones" (restos de lagos que existían en la época de la penetración de los primeros hombres), la Sierra Madre Oriental y la planicie costera del Golfo. Luego, según se desplaza uno hacia el sur, se transgrede la línea del Trópico y, a la vez, se va ascendiendo en la zona central, al igual que ambas sierras también van alcanzando alturas mayores, lo que nos da forzadas variantes ecológicas. Desde luego, las costas se van haciendo cada vez más calurosas y húmedas. No hace falta ser perito en la materia para percibir que no es posible que esos hombres, en un tiempo tan largo, con las variaciones climáticas que marcaron esos milenios, y al haberse ido extendiendo por territorios de características físicas tan disímiles, hayan permanecido en un mismo nivel de cultura. Las características norteamericanas y la periodificación de su arqueología no pueden, en consecuencia, extenderse a México.

Por lo que a éste toca, los restos de cultura material nos han

permitido encontrar diferencias dentro de un proceso evolutivo general, a la vez que cambios o variantes de carácter regional, debidos en ocasiones a modos de explotación de recursos específicos. Al no poder utilizar en México un método y un sistema de otras latitudes, hay que crear algo que cubra nuestras necesidades y que, al mismo tiempo, tenga la amplitud y flexibilidad suficientes para incluir futuros hallazgos, hasta poder disponer de elementos suficientes con los que poder mejorarlo.

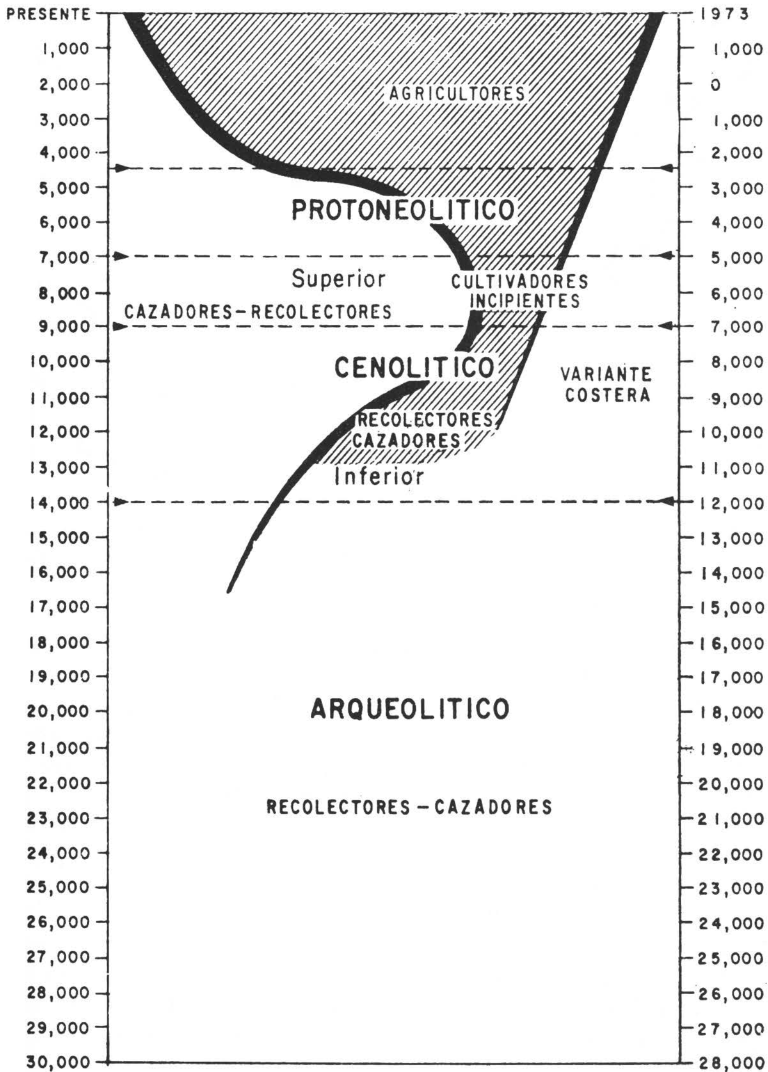
La periodificación que aquí se presenta parte del principio de admitir la existencia de una gran etapa cultural, de gran extensión temporal y de la que se tiene noticia gracias a los hallazgos de sus restos, escasos y dispersos. Puesto que en su mayoría son artefactos líticos, cabe aplicar un criterio tecnológico y bautizar al conjunto como *Etapa lítica,* atribuyéndole las características culturales que algunos autores han llamado del salvajismo, o sea una etapa cultural en la que el patrón de vida consistía en la cacería y la recolección. Los componentes de carácter económico pueden inferirse a partir de los mismos artefactos, de los restos de alimentación encontrados en asociación y de otros datos obtenidos dentro del marco general del hallazgo; los de carácter social son conjeturas.

Dentro del sencillo y manejable concepto de Etapa lítica, las diferencias de sus componentes llevaron a establecer divisiones internas que se llaman "Horizontes", integrados de acuerdo con las características del material cultural y las fechas en que estos conjuntos o elementos se sitúan. Puede verse su distribución en el cuadro 2.

Bajo ningún concepto hemos de entender que el paso de un Horizonte a otro puede establecerse con la sencillez lineal que aparece en el cuadro. En forma quizá insuficiente, se ha tratado de demostrarlo mediante el empleo de líneas interrumpidas que separan los Horizontes, dando a entender que esos límites son fluidos y que en realidad existe una zona de transición. Es posible que sea más fácil entender el problema diciendo que sería mejor señalar el tiempo del apogeo, admitiendo entre apogeo y apogeo largas etapas de transición, pero la escasez de datos tampoco lo permite, aparte de que no es tan sencillo si se considera el espacio, el territorio en que todos esos procesos tuvieron lugar, pues es indudable que las cosas que significaban un cambio empezaron a configurarse en algún sitio, o en una pequeña zona, y que luego se

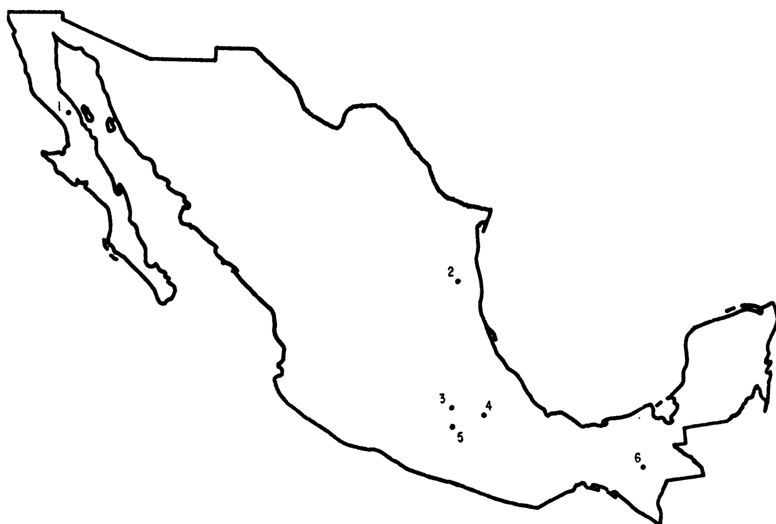
Cuadro 2

PERIODIFICACIÓN DE LA ETAPA LÍTICA EN MÉXICO



Mapa 1

LOCALIDADES DEL HORIZONTE ARQUEOLÍTICO,
30 000 (?) a 14 000 a. P.

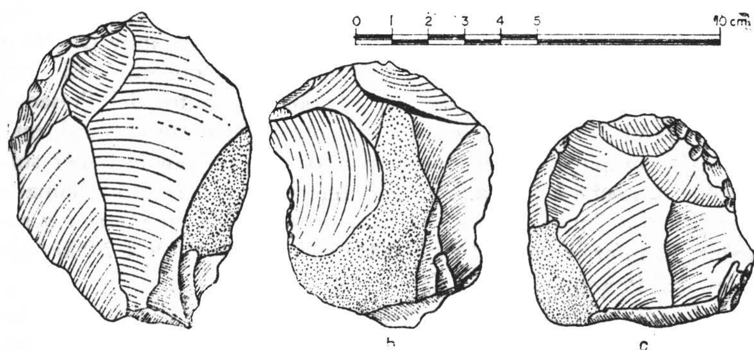


1: Laguna de Chapala, B. C. 2: Cueva del Diablo, Tamps. 3: Tlapacoya, Edo. de Méx. 4: Caulapan, Pue. 5: Cueva de Chimalacatlan, Mor. 6: Teopisca, Chis. (3 y 4 fechadas por C-14)

fueron propagando a ritmos diferentes según una serie de condiciones que ahora es muy difícil percibir.

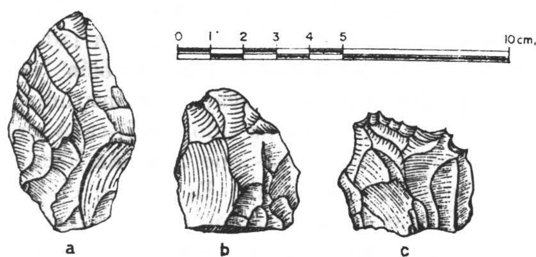
Hasta donde sabemos, el hombre hace acto de presencia en el territorio de lo que ahora es México hace más de 20 000 años. Con estos primeros hombres se inicia el Horizonte cultural que se llama *Arqueolítico,* del cual conocemos restos en seis sitios, de distinta categoría en cuanto a su contenido cultural y a lo que representan en el conjunto (véase el mapa 1). Dos de ellos, Tlapacoya, en el Estado de México, y la barranca de Caulapan en Valsequillo, Puebla, han sido fechados directamente por Carbono 14. A éstos se unen cuatro más, sin fechar, pero aceptados porque contienen artefactos semejantes a los que sí lo han sido. Suelen ser piezas grandes, las cuales, mediante la técnica de talla que se llama de piedra contra piedra, en percusión lanzada, presentan bordes más o menos cortantes y zonas puntiagudas en otros casos.

Aparecen también objetos de menor tamaño, inclusive con algunos bordes tallados en alternancia de golpes, de un lado y otro, que muestran un incipiente bifacialismo. Hay también lascas e inclusive navajas de piedra. Lascas y navajas son instrumentos de corte o de raído; a veces una lasca ha sido modificada en uno de sus bordes cortantes mediante muescas que dan una línea con entrantes y salientes, llamada denticulada. Es curioso el hecho de que no disponían de puntas de proyectil de piedra, sin que esto quiera negar la posibilidad de que las empleasen de otros materiales, tales como madera o hueso. De la primera no sería nada extraño, pues perduraron hasta tiempos muy tardíos, como lo revela el uso que



Artefactos característicos del Arqueolítico (de ? a 14 000 a. P.): a y b: Raederas. c: Raedera-raspador

se hacía en tiempos de la Conquista de las llamadas "varas tostadas", que los cronistas suelen mencionar, y que se hacían mediante el endurecimiento al fuego del extremo agudo de una jabalina o dardo. En uno de los sitios no fechados se ha creído ver puntas de hueso, sin que este dato sea muy fidedigno, aunque sí lógico. El conjunto de artefactos de que se disponía es bastante reducido en lo que se refiere a tipos representados, y éstos no muestran mayor especialización. No hay nada que se parezca a instrumentos de molienda, y puede pensarse que se trataba de un Horizonte cultural en el que se colectaban distintos productos, vegetales y animales, con poca dependencia de la cacería, aunque la practicasen. La unidad social, normada por el sistema económico de apropiación directa, no pudo ser muy grande; más bien debe pensarse



Artefactos característicos del Arqueolítico (de ? a 14 000 a. P.): a: Artefacto bifacial (cuchillo). b: Artefacto bifacial. c: Denticulado

que el grupo mínimo supone la familia doméstica y quizá una integración superior, al nivel de banda, de relaciones muy débiles a causa de la baja demografía y del nomadismo obligado. El final del Arqueolítico puede fijarse en 14 000 años antes del Presente, pues para el 11 000 ya se cuenta con otro Horizonte cultural, mucho más complejo y bien caracterizado, que no puede haber surgido de la noche a la mañana. Nos referimos al que se ha llamado *Cenolítico,* o "nueva lítica", el cual se subdivide en inferior y superior. El inferior va de 14 a 9 000 y el superior de 9 a 7 000 años antes del Presente.

El Cenolítico inferior ha mostrado su existencia en bastantes lugares (véase el mapa 2). De los 19 hallazgos más importantes, once son de superficie, que se incluyen por ser de características formales tan claras que no hay dificultad para tomarlos en cuenta. Los de la Laguna de Chapala forman parte de un conjunto llamado de los raspadores abultados. Los demás son hallazgos aislados, de puntas del tipo acanalado, en concreto los de San Joaquín, Guaymas, Rancho Colorado, Samalayucan, La Chuparrosa, Puntita Negra, Rancho Weicker, San Sebastián Teponahuastlán, San Marcos y Tlaxcala. De los ocho sitios restantes, todos excavados, sólo uno, el de la Cueva del Tecolote, no ha sido directamente fechado, aunque se incluye porque en sus capas inferiores, en lo que se ha llamado el Complejo San Juan, hay elementos bastantes para afiliarlo a esta fase.

El Cenolítico superior está representado por 11 sitios (véase el mapa 3), de los que nueve han sido excavados y solamente dos, Presa Falcón y Mitla, son hallazgos de superficie. Fase en apariencia mal representada, es posible que en algunos lugares no haya

Mapa 2

LOCALIDADES DEL HORIZONTE CENOLÍTICO (INFERIOR).
14 000 a 9 000 a. P.



1: Laguna de Chapala, B. C. 2: Rancho Colorado, Chih. 3: Samalayucan, Chih. 4: La Chuparrosa, Coah. 5: Guaymas, Son. 6: San Joaquín, Terr. B. C. 7: Puntita Negra, N. L. 8: La Calzada, N. L. 9: Rancho Weicker, Dgo. 10: Cueva del Diablo, Tamps. 11: San Sebastián Teponahuastlán, Jal. 12: San Marcos, Jal. 13: Cueva del Tecolote, Hgo. 14: San Bartolo Atepehuacán, D. F. 15: Sta. Isabel Iztapan, Edo. de Méx. 16: Tlaxcala, Tlax. 17: El Riego, Pue. 18: Coxcatlán, Pue. 19: Cueva Blanca, Oax. (8, 10, 14, 15, 17, 18 y 19 fechadas por C-14)

llegado a mostrarse con claridad y que, o haya permanecido tan semejante a la anterior que es difícil distinguirla, o bien que haya pasado a la fase superior, inclusive que la haya iniciado antes, razón por la cual tampoco sea factible su inclusión, salvo los casos en que se obtengan fechas directamente asociadas.

El Horizonte Cenolítico, en su conjunto, es de los mejor documentados por lo que respecta a hallazgos de materiales; pero en cuanto al territorio de México, hay gran insuficiencia de fechamientos, lo que se suple mediante comparaciones tipológicas que ya para esta fase son relativamente simples, pues los tipos primarios son muy claros, si bien es cierto que empiezan a proliferar las variantes. Quizá sea ésta una de las características del Horizonte.

Aparecieron en el Cenolítico puntas de proyectil de piedra, y entre ellas, como más típicas, las de forma foliácea y las acanaladas. A estas últimas se les hicieron, por talla, dos acanaladuras, una a cada lado, que permitían un mejor afianzamiento de la punta al astil. Es casi seguro que esta técnica se haya desarrollado en América, empezando por las llamadas puntas Clovis y terminando con las Folsom. Además están las llamadas Lerma, foliadas. Es característico el desbastar los bordes en el tercio inferior, en la parte por la que se unían al astil, lo que hace pensar que eran amarradas a él. La talla es ahora de piedra contra piedra, como en el horizonte anterior; pero también hay huellas evidentes de que se practicaba la talla golpeando con algún objeto más blando, tal como un bastón de madera, o con algún hueso grande, lo que producía un impacto difuso y lascas más delgadas, mejorándose de esta manera los bordes cortantes, menos sinuosos, y más efecti-

Mapa 3

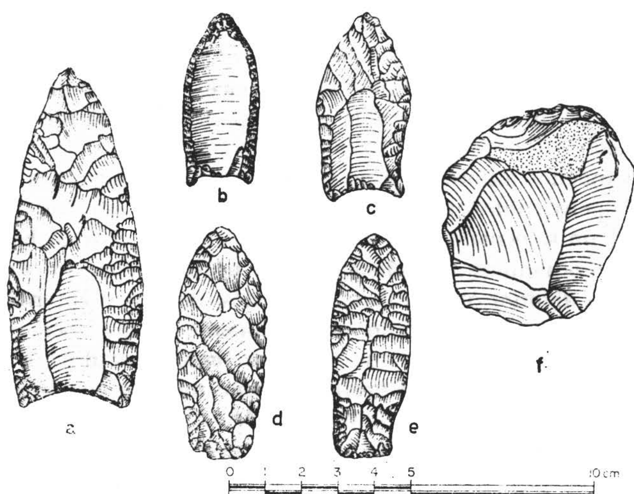
LOCALIDADES DEL HORIZONTE CENOLÍTICO (SUPERIOR).
9 000 a 7 000 a. P.



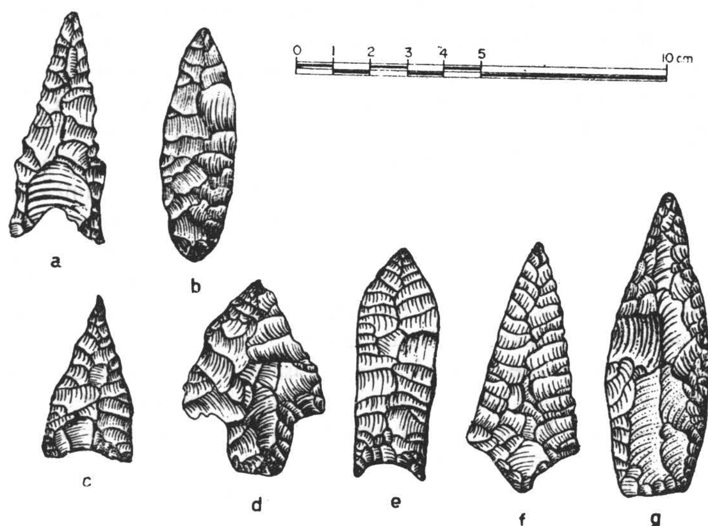
1: La Cueva Espantosa, Coah. 2: Presa Falcón, Tamps. 3: San Isidro, N. L. 4: Ocampo, Tamps. 5: Cueva del Tecolote, Hgo. 6: Cueva del Texcal, Pue. 7: El Riego, Pue. 8: Coxcatlán, Pue. 9: Mitla, Oax. 10: Guila Naquitz, Oax. 11: Sta. Marta, Chis. (1, 4, 6, 7, 8, 10 y 11 fechadas por C-14)

vos. También ahora aparece la técnica de percusión lanzada con un agente intermedio, o lasqueado por presión en forma de punzón poco agudo, tal como lo puede proporcionar un fragmento de asta de venado, o uno de hueso, convenientemente preparado. La mejoría en la talla de la piedra produce una ampliación en el número de los objetos que se obtienen y con ello una serie muy grande de instrumentos para cubrir un rango muy diverso de funciones.

Éste es el momento en que se incrementan las navajas obtenidas de núcleos prismáticos, de tan amplias posibilidades de utilización y tal baratura que se usaron hasta la época de la Conquista. Según algún cronista, los españoles las empleaban como navajas de afeitar cuando no tenían de las de acero. Algunos objetos de hueso muestran claramente la técnica de abrasión, que permite el alisado y hasta el bruñido, para producir objetos de punción y corte de mejor acabado. La mejoría tecnológica pone en servicio más medios de producción y con ello hay también cambios en los modos, al menos los suficientes para disponer de más recursos humanos y así mejorar las técnicas adquisitivas. Esto puede aseverarse por vía indirecta, porque la cantidad de sitios de este horizonte es mu-



Artefactos característicos del Cenolítico inferior (de 14 000 a 9 000 a. P.): a: Punta Clovis. b: Punta Folsom. c: Punta acanalada. d: Punta Lerma. e: Punta Sandia. f: Raspador



Artefactos característicos del Cenolítico superior (de 9 000 a 7 000 a. P.): a: Punta Dalton. b: Punta Lerma. c: Punta Meserve. d: Punta pedunculada. e: Punta Midland. f: Punta Gypsum Cave. g: Punta lanceolada

cho mayor que la del anterior, lo que hace pensar en un aumento demográfico quizás debido a la mayor posibilidad de obtener subsistencias.

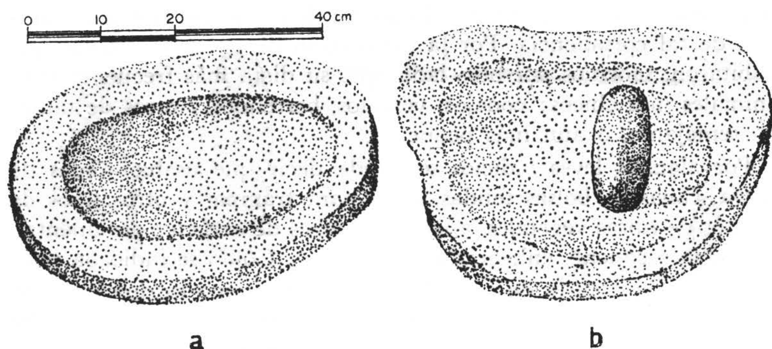
Para muchos autores ésta es la época de los "cazadores de mamutes", pero como otro dice, "posiblemente encontraron [los cazadores] un solo mamut en su vida y se pasaron el resto hablando de él, como algunos arqueólogos". Hay pruebas fehacientes de que remataron algunos que estaban impedidos, heridos o enfermos. Los restos que se han encontrado, concretamente en las riberas del lago de Texcoco, muestran que murieron empantanados: la mayoría tenía una o más patas profundamente metidas en el lodo, con lo cual estaba asegurada su inmovilidad. Así, no es extraño que los hayan arreado hasta lugares en los que su peso y el tipo de sus patas, cilíndricas, provocaran este empantanamiento y que allí, ya inmovilizados, los rematasen. Pero estos datos no son suficientes para sostener que la matanza de mamutes era su patrón económico. Desde luego, con las puntas de proyectil a su disposición y tan sólo

con dardos, es materialmente imposible herir de muerte a un animal de tal corpulencia. Por la excavación de covachas en las que habitaron, sabemos por otro lado, que su dieta más frecuente eran animales más chicos: conejos, venados, berrendos y otros de tamaño semejante, o aún más pequeños.

Por algunos leves indicios se puede decir que usaban redes de carga, canastas, bolsas tejidas, lazos para trampas y otros tipos de objetos de fibras vegetales, además de otros de carácter ornamental, de hueso o concha, enhebrados en cordeles. Como se indicaba para el caso de la cacería de animales por arreadas, no es descaminado pensar en una organización sociopolítica más complicada que las anteriores, aunque todavía reducida. La agrupación de familias en bandas era ya posible, inclusive de familias algo mayores que la nuclear o doméstica. Por ahora es imposible decir si las bandas llegaron a formar tribus, si había clanes o si existían mitades o fratrias.

En términos generales, en el Cenolítico parece haber existido una desviación hacia la economía cazadora, que llega a tener mayor importancia que la que hasta entonces había tenido. No por ello la recolección pasó a ser secundaria. Los productos de la recolección son mucho más diversos y abundantes que los que puede proporcionar la cacería, pues incluyen todo el reino vegetal y mucho del animal, ya que obtener insectos, o sus larvas, y caracoles, no es precisamente cacería, como tampoco lo es atrapar reptiles o roedores debajo de las piedras o de sus agujeros.

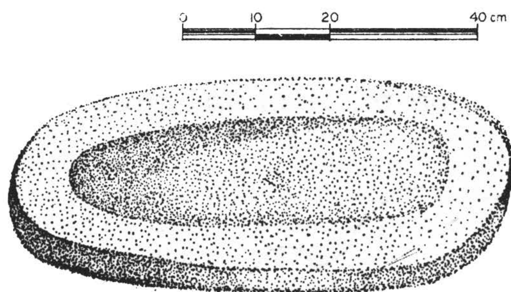
El fin del Cenolítico inferior coincide con un fenómeno muy marcado de extinción de grandes especies de mamíferos, elevación del nivel de los mares, tendencia al calor y aridez en algunas regiones. La desaparición de las grandes especies, o su retirada hacia otras latitudes, influyó seriamente en los grupos humanos más apegados a la cacería. Durante el Cenolítico superior se observa una proliferación fantástica de puntas de proyectil. Si esto se debe a que la cacería se había refinado hasta requerir proyectiles especiales para cada especie, o si se trataba de elementos culturales distintos en sentido étnico, no hay forma de definirlo. El hecho prevalece, y a pesar de que muchas de las que se han clasificado como puntas con toda seguridad son cuchillos, es indudable que se empezaban a diferenciar grupos humanos con patrones culturales específicos, que sólo nos es posible captar en estos aspectos formales. Las puntas de proyectil con aletas, de complicada elaboración



Artefactos característicos del Cenolítico superior (de 9 000 a 7 000 a. P.): a y b: Muelas ápodas

y más funcionales, son las más abundantes en el momento, ya que las acanaladas han desaparecido por completo. La técnica del retoque por presión permite afinar la forma, sin que esto quiera decir que desaparecieran una serie de artefactos simples que se venían empleando desde muy antiguo. Es importante señalar que ahora aparecen los implementos de molienda, muelas y morteros, con sus respectivas manos. Comienzan con simples lajas, irregulares de contorno, de origen natural, sencillas piedras planas con una de sus caras lo bastante lisa para poder triturar y moler en su superficie mediante el uso del elemento móvil, un canto de río oblongo. Son abiertas, aun cuando el uso les produce una concavidad central ovalada. Los morteros, más tardíos, se obtienen excavando un agujero del tamaño requerido en alguna piedra, casi siempre de textura granuda, más fácil de trabajar. Con el tiempo se les da un acabado externo, inclusive por abrasión, hasta alcanzar bastante simetría. Al mejorar la forma del mortero, también sufren alteraciones las manos, que al principio son cantos de río más o menos cilíndricos, para adaptarse mejor a la forma interna del instrumento. De esta etapa se tienen canastas de muy buena calidad, tan buena que no sería extraño que las hubieran empleado para hervir en ellas harinas de granos triturados. Esto de hervir agua en canasta es tan extraño que requiere explicación. Cuando se hace una canasta con el tejido bastante cerrado y grueso, puede recibir agua, con poca pérdida, pues el mismo material se hincha al humedecerse y obtura las fisuras mayores. Desde luego,

no se puede poner al fuego, pero sí es factible poner en el fuego piedras medianas hasta que se calientan al rojo; entonces se cogen con una especie de pinzas, hechas doblando una rama verde, y se ponen en la canasta con agua; el agua se va calentando con las piedras que al irse enfriando se retiran y se cambian por otras al rojo. De esta forma se llega a hacer hervir el agua y lo que tenga mezclado. La predigestión que significa el hervir las harinas acarrea un gran adelanto en la dieta y la posibilidad de ampliarla. A esta mejora en la alimentación siguen otras, todas ellas benéficas para el individuo y su grupo.



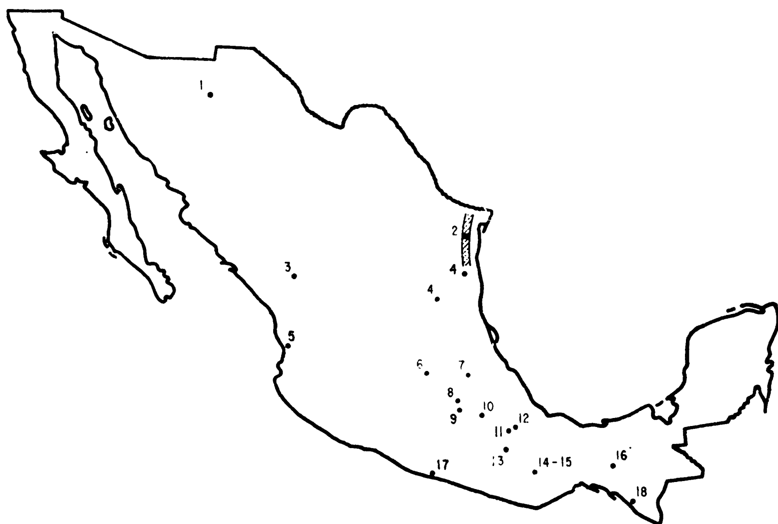
Artefacto característico del Cenolítico superior (de 9 000 a 7 000 a. P.): Muela ápoda

Al final del Cenolítico superior es ya claro el desarrollo de la especialización de la vida en la costa, de la explotación de recursos marítimos. En algunos lugares de las costas de México se han encontrado enormes amontonamientos de conchas marinas, y junto con ellas, huesos de animales y de pescados, además de hogares e instrumentos de piedra. Algunos grupos humanos supieron obtener su alimentación de una serie de productos marinos, aunque no se sabe si por todo el año o como recurso estacional. Sea lo que fuere, los deshechos de su alimentación son bien aparentes, ya que no es lo mismo comerse una o dos docenas de ostiones como parte de una comida, que alimentarse casi exclusivamente de ellos, para lo cual el consumo ha de ser de varias decenas, más bien cientos, por persona y por día. Este tipo de especialización perduró en algunos lugares y alcanzó hasta el siglo XVIII en otros, como en la Baja California. En ciertos sitios continuó como explotación estacional.

Estamos ya ante un nuevo Horizonte, el *Protoneolítico,* que está mejor representado, tanto por el número de sitios como por la riqueza de su contenido y la frecuencia de los casos que pudieron ser fechados (véase el mapa 4). Son 19, y de ellos el Complejo Repelo y el Valle del Guadiana no han sido aún excavados. Como participantes de este Horizonte sólo se deben tomar en cuenta los sitios donde existen pruebas inobjetables de que en ellos se consumieron plantas cultivadas o en proceso de domesticación. Es muy posible que la diversidad del medio ambiente mexicano, junto a los diferentes grados de desarrollo, hayan hecho de la agricultura un proceso no integralmente compartido, ni en sus inicios ni

Mapa 4

LOCALIDADES DEL HORIZONTE PROTONEOLÍTICO.
7 000 a 4 500 a. P.



1: Cueva de La Golondrina, Chih. 2: Complejo Repelo, Tamps. 3: Valle del Guadiana, Dgo. 4: Complejos Nogales, La Perra y Ocampo. Tamps. 5: Complejo Matanchén, Nay. 6: Cueva de San Nicolás, Qro. 7: Cueva del Tecolote, Hgo. 8: Chicolapan, Edo. de Méx. 9: Tlapacoya, Edo. de Méx. 10: Cueva del Texcal, Pue. 11: Cueva de Coxcatlán, Pue. 12: Cueva de Las Abejas, Pue. 13: Yanhuitlán, Oax. 14: Cueva Blanca, Oax. 15: Gheo-Shih, Oax. 16: Sta. Marta, Chis. 17: Puerto Marqués, Gro. 18: Chantuto, Chis. (4, 5, 9 a 14, 16 y 17 fechadas por C-14)

en su posterior desenvolvimiento. De algunos de los lugares excavados tenemos pruebas de que en las primeras etapas de los cazadores-recolectores ya se aprovechaban algunos productos vegetales. Desde luego, las condiciones de preservación de la materia orgánica no se dan con frecuencia; sin embargo, en el sur y suroeste de Tamaulipas y en el sureste del Estado de Puebla, se encontraron cuevas y covachas que, aun en sus estratos más profundos, habían conservado abundantes restos de vegetales. Sabemos también que en el Cenolítico se consumían el aguacate, las semillas de mezquite, la chupandilla, una especie de mijo (Setaria), el amaranto y la omnipresente tuna. En el Cenolítico superior, posiblemente debido a mejores condiciones de preservación y por haber transcurrido menos tiempo desde entonces hasta nuestros días, los numerosos hallazgos de material vegetal indican que la alimentación dependía también del chile, la calabaza, el frijol, la ciruela, el cosahuico, varias especies de acacias y muchas variedades de jugosos frutos de cactáceas, así como la penca del maguey, quizá en forma de mezcal. El consumo del maíz silvestre o del teosintle pudo haberse iniciado a fines de este Horizonte. Muchas plantas valían por sus tallos u hojas y otras por sus frutos. De entre ellas algunas se hicieron predilectas, sea por su mejor sabor, por ser más fácil conseguirlas, o porque ya se había advertido su mayor potencial energético. En el tamaño de las semillas de diversos frutos es aparente una selectividad hacia los más grandes.

El tránsito de la recolección al cultivo debió pasar por una etapa de simple cuidado de ciertas plantas silvestres, individualizándolas y quitándoles competidores vegetales, aparte de protegerlas de los depredadores —entre los que se podían incluir otros hombres—, hasta obtener un mayor conocimiento de la flora y fauna local, y plantar semillas en el terreno apropiado y en la época propicia. Este acontecimiento, único, de aprender a producir lo que se va a comer, ha sido llamado Revolución Neolítica, y marca uno de los momentos fundamentales de la historia humana.

En el Protoneolítico, desde sus inicios y con una abundancia muy grande, se encuentra el consumo del maíz silvestre. Desde la segunda mitad de este Horizonte aparece el que se ha considerado primer maíz cultivado, semejante en todo al silvestre, salvo su mayor tamaño; debe admitirse que bien pudiera tratarse de un caso de selección en la recolección, al buscar las mazorcas de mayor tamaño, aunque tampoco puede negarse que quizá sea un incipiente

cuidado de las plantas, con algo de escarda a su alrededor, para disminuirles los competidores; de una búsqueda de aquéllas que crecían en mejores terrenos. El campo de las conjeturas es amplio, pero se reduce con la presencia, al final del Horizonte, de una forma ancestral de dos de las razas del maíz que se ha llamado prehistórico, que todavía se cultiva en ciertas zonas de México: el Nal-tel, en sus dos tipos, A y B, y el Pre-chapalote. No es posible otra cosa sino aceptar el origen del cultivo del maíz para estas fechas.

También para entonces se cultivan los frijoles, tanto el común y corriente como el ayocote y el escomite, y el haba blanca (Canavalia). Las calabazas, en sus distintas variedades, fueron utilizadas desde muy temprano, al parecer para consumir sus semillas, que contienen bastante aceite, pero con su cultivo sin duda mejoró la parte carnosa, permitiendo comerla. También hay pruebas del consumo de zapotes blanco y negro, sin que esto quiera decir que la fruticultura se inicie también en estos tiempos. De modo semejante y desde fechas más remotas se empleaban los guajes, con toda seguridad para contener líquidos.

El instrumental para el aprovechamiento de productos vegetales, morteros y muelas (metates) aumenta con el mayor consumo de aquéllos, y además ahora se fabrican con mayor cuidado y mejoran su función. Los morteros, más antiguos, van cediendo el paso a las muelas, lisas o cóncavas, sin que los primeros lleguen a desaparecer. Hay que advertir que la presencia de instrumentos de molienda o de determinados objetos de piedra no nos asegura la presencia de la agricultura, máxime que existieron, hasta bien tardíamente, una serie de grupos de recolectores que utilizaron el mismo instrumental pero carecieron de cultivos. Aquí se tiene un caso de disyunción cultural, con muy serias consecuencias, que tan sólo es perceptible en la categoría de las plantas consumidas.

Pero el cultivo de algunas plantas sí requiere del instrumental de molienda. También surge la necesidad de asentamiento fijo, al menos por unos cuantos meses al año y de la mayor parte del grupo. Esto se debe no sólo a la necesaria atención que exigían los plantíos para evitar que fueran esquilmados por depredadores de todo género, sino también a la dificultad de moverse cargando la cosecha, que había que guardar para consumirla poco a poco. Éste es el momento en que tuvo que pensarse también en la forma de preservar semillas, no alimentándose con ellas, para asegurar

la siembra. Aunque el consumo de cultivos no desplazó las demás técnicas de adquisición de subsistencias, ni mucho menos, sí obligó a una serie de cambios en los sistemas sociales. Si no se ha alcanzado aún una vida precisamente sedentaria, al menos se ha llegado a una mayor estabilidad, con movimientos estacionales organizados. Cuando el territorio de que se dispone obliga a recorridos rítmicos, en tiempos que prescriben los cambios estacionales, se inicia el sentido de propiedad territorial, la posesión del área que la comunidad requiere para sobrevivir. Entonces puede haber conflictos por fuentes de aprovisionamiento, y también iniciarse sistemas de relación con otros grupos más o menos afines, con los cuales compartir, según ciertas normas, algunas de esas fuentes de producción cuando ésta es superior a la capacidad de consumo de un solo grupo.

Al coincidir por tácito acuerdo en alguna de estas zonas compartidas, sobreviene la relación social tan importante en el intercambio de productos, sean éstos materias primas o manufacturas. El encuentro con otras personas facilita la elección de parejas y no es dudoso que haya sido durante esta etapa cuando los grupos sociales hayan comenzado a encontrar afinidades entre sí, a establecer compromisos y entablar relaciones que condujeran a nexos familiares definitivos entre grupos que entonces ocupaban grandes territorios. Sobre esta base, es simple llegar al establecimiento de aldeas permanentes, al menos para una parte del grupo.

Las industrias líticas del Protoneolítico se caracterizan por una disminución de los tamaños y un retoque muy refinado, a la vez que funcional. Los objetos de piedra pulida, sobre todo los destinados a la molienda, incorporan un mejor acabado formal. La técnica de pulimento se aplica a diversos materiales y a numerosas piezas de las que formaban el ajuar de estos grupos. Conviene hacer hincapié en que la domesticación de plantas puede haber tenido lugar en muchos sitios, bien fuera por descubrimiento propio, como corolario de una larga experiencia en aprovecharlas, o como difusión de este fenómeno desde uno o varios de los lugares en que se había producido. No puede decirse qué tipo de plantas se cultivaban cuando no hay pruebas fehacientes de ellas, advertencia ésta contra la frecuente aberración de que "se cultivaban el maíz, el frijol, la calabaza y el chile", que se suele aplicar cada vez que se encuentran instrumentos de molienda o sus restos.

Con el inicio de la agricultura se cierra una etapa a la vez que

Mapa 5

LOCALIDADES DE LAS PRIMERAS CERÁMICAS.
4 500 a 3 500 a. P.



1: Altata, Sin. 2: San Nicolás, Qro. 3: Tlapacoya, Edo. de Méx. 4: Purrón, Pue. 5: Puerto Marqués, Gro. 6: Costa de Chiapas, Chis. 7: La Victoria y Salinas La Blanca, Guatemala. (3, 4, 5 y 7 fechadas por C-14)

se echan las bases de otra, que en sus inicios se percibe con otra transformación mayor: la aparición de la cerámica. Por lo que hasta ahora se sabe, parecen existir en México dos conjuntos claramente diferenciados de cerámicas antiguas, aunque los elementos que forman cada uno de ellos muestran ciertas diferencias entre sí, a todas luces normales si se toma en cuenta que se han encontrado a bastante distancia unos de otros y no hay razón alguna para pensar que estuvieron en comunicación directa o que compartían una misma provincia cerámica (véase el mapa 5). También es lógico que la cerámica, en sus inicios, tenga bastantes elementos en común, aunque tan sólo sea por su primitivismo, bien porque se ha aprendido de otro grupo o porque se trata de un desarrollo propio con base en patrones formales semejantes, pues se sale de una misma base cultural compartida, en la que los recipientes se copian con mucha frecuencia de los que ofrece la naturaleza.

El conjunto o complejo más antiguo es el que se conforma con los materiales cerámicos encontrados en el sitio de Puerto Marqués y los de la Fase Purrón. En ambos casos se trata de cerámica de pasta lisa, de formas subesféricas (tecomates), jarras con cuello apenas marcado y platos con bordes rectos y, más comúnmente, curvos. El segundo complejo cerámico, el Ocós, frecuente en Chiapas y Guatemala, se caracteriza por incluir un grupo de recipientes básicamente iguales a los del complejo previo, pero con ornamentación mucho más desarrollada y abundante, de motivos incisos o lineales, punteados, y de estampado hecho con el borde de una concha. Además de estas primeras cerámicas, algunas no tan primitivas, existen otras que podrían ser de gran antigüedad pero de las cuales no hay fechamientos directos ni indirectos. En un caso se trata de la que fue encontrada cerca de Altata, a la que se dio el nombre de "raspada", manifestación aislada, separada por completo de las cerámicas locales, aun de las más antiguas, y que se asocia siempre con lugares en los que se explotaban recursos marinos. La otra se encontró en la Cueva de San Nicolás, en Querétaro.

Sería caer en una posición teórica ya superada el sostener que existe un proceso continuo, regular y único de evolución. Hubo desde luego diferencias cualitativas en el transcurso de este desenvolvimiento que hemos relatado, diferencias que pudieron ser normadas por el hábitat o por el clima, pudiendo el segundo modificar al primero, aunque fuera a largo plazo. El hecho más demostrativo de estas diferencias cualitativas en simultaneidad temporal o en asincronía se da en una serie de grupos humanos que, conocidos en el siglo XVI y persistentes hasta bien tarde, se mantuvieron en el nivel cultural de la Etapa lítica. Antes de la llegada de los españoles, durante el tiempo de la alta cultura mesoamericana, también se habían mantenido marginados, coriáceos, resistentes a todo cambio. Constituyen un conjunto que puede llamarse Horizonte *Epilítico* para expresar un sentido de atemporalidad o situación epigonal independiente del factor tiempo.

Las causas por las que algunos grupos humanos se paralizaron primero y perpetuaron después en esa parálisis, pueden atribuirse a la imposibilidad de desarrollar dentro del hábitat en el que se encontraban fijados, el factor generador de las altas culturas: la agricultura.

Formación y desarrollo de Mesoamérica



Ignacio Bernal

Hasta el siglo pasado, la larga y suntuosa historia egipcia consistía, a los ojos del Occidente, en dos episodios. El instante en que Moisés ve las pirámides y el suicidio de Cleopatra. Moisés es la Biblia, antepasada del Occidente; Cleopatra es una señora griega que se complica la vida por un general romano. Así las historias de Moisés o de la Reina se refieren mucho más al mundo de Occidente que al antiguo Egipto. Herodoto, también un antepasado directo del Occidente, constituía una tela de fondo. En resumen Europa no veía en Egipto sino aquello que la atañía.

Caso similar ocurrió con el antiguo México. Salvo para algunos eruditos, su historia consistía en el episodio final del esplendor azteca, cuando Cortés da el golpe de gracia al imperio de Moteczuma. Las inmensas ruinas que siembran a México yacían incomprendidas porque el Occidente no había tenido intervención en ellas. Hasta bien entrado el siglo xx toda la información que se tenía sobre Mesoamérica era sincrónica o lo parecía, es decir, no tenía profundidad temporal. Fuentes españolas o indígenas del siglo xvi, códices pictográficos que no habían sido entendidos, monumentos y objetos, permanecían históricamente mudos. Sin estratigrafía resultaba imposible saber cuáles eran los más antiguos. Gracias a las excavaciones arqueológicas y a la ayuda de otras ciencias antropológicas, se ha podido colocar —por muchas dudas que haya— esos monumentos y los informes de esas fuentes en una secuencia temporal cada día más bien definida. Hemos podido avanzar en el entendimiento del largo proceso cultural de Mesoamérica descorriendo algo del misterioso pasado que se escondía tras la fachada azteca. Hay todavía tantos datos inciertos, tantas posibles interpretaciones a los mismos hechos y tantas teorías que tratan de explicar el nacimiento o el desarrollo de la civilización

indígena, que en un estudio tan breve como éste apenas podrá esbozarse una propia interpretación personal de Mesoamérica así como sus consecuencias sobre este México que es su heredero. Aunque el término Mesoamérica se definirá con mayor claridad en las siguientes páginas, cabe anticipar que se trata de una región que abarca desde la actual Sinaloa y el área limitada al norte por los ríos Lerma y Pánuco, hasta Costa Rica, con todo el territorio mexicano y centroamericano comprendido dentro de esas fronteras.

Limitados a la civilización mesoamericana, no discutiremos, por definición, esos largos milenios de culturas inferiores durante los cuales el hombre de estas regiones llega a ser un agricultor sedentario que cultiva el maíz, el frijol y varias otras plantas comestibles o útiles. Vive ya en aldeas, hace cerámica, teje telas y cestos, labra la piedra, entierra con ceremonias a sus muertos. Ha creado una organización tribal y una magia que aún no es religión. Estos milenios son un antecedente muy importante pero no el corazón de nuestro interés, que se inicia con la revolución urbana y las consecuencias que produjo. Cuando menos en algunas áreas hacia 1300 antes de Cristo ya el hombre vive todo el año en poblaciones permanentes que el arqueólogo puede recobrar, iniciando así hipótesis sobre el desarrollo sociopolítico, económico y religioso de estas comunidades que estaban en el alba de la civilización. A partir de este momento empieza a dibujarse el área cultural que es Mesoamérica, y nacen los elementos básicos que le permitirán elevarse al rango de civilización.

Así Mesoamérica —como todas las civilizaciones de primer cuño— pasa por un largo período durante el cual, con desesperante lentitud, los hombres fueron complicando su cultura, elevando su nivel de vida y acumulando conocimientos y nuevas formas de pensar, iniciadores de esa diferenciación regional que sirvió de chispa a la futura civilización. Habrá que señalar ejemplos de rasgos comunes a varias áreas, y como se suceden unos a otros en diversas épocas, esbozando así la unidad de Mesoamérica y su trayectoria histórica. Como las diferencias entre una y otra área son más aparentes que reales, las similitudes caracterizan a esta civilización. Las diferencias señalan la coexistencia de culturas diversas dentro del marco común cuyas interinfluencias son precisamente uno de los requisitos de todas las civilizaciones que han existido.

Una civilización deberá contener una serie de elementos desconocidos para el mundo primitivo anterior y de complejidad sólo

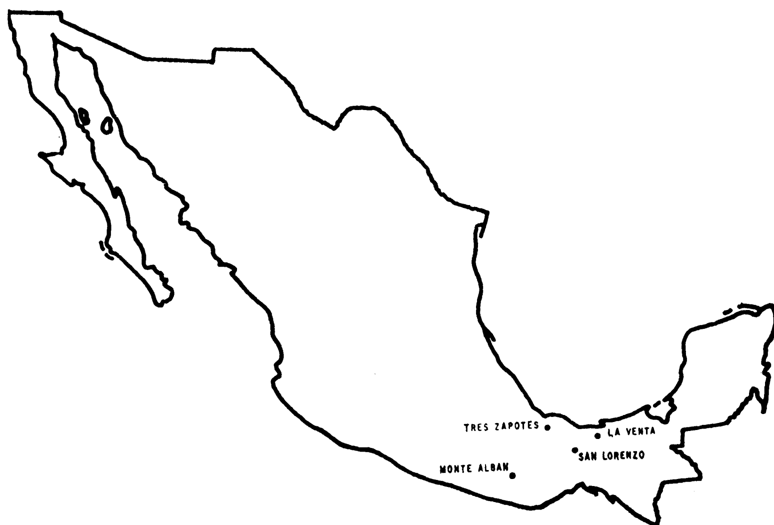
posible en un grupo que ha pasado a un estadio superior. Esto ocurre paulatinamente en la época que corresponde al florecimiento del mundo olmeca. Si carece de todas las condiciones de una civilización completa, indudablemente ya salió del patrón indiferenciado de los agricultores primitivos y de los grupos tribales.

El mundo Olmeca

A partir del siglo XIII antes de Cristo coexisten grupos muy disímbolos en cuanto al grado de civilización. Varios se conservaron dentro de los patrones antiguos y alcanzaron un estadio más alto en fechas tardías, por lo que no pertenecieron al mundo olmeca. Estaba éste formado por los olmecas mismos, habitantes de algunas regiones de la costa del Golfo (sur de Veracruz, norte de Tabasco y tierras circunvecinas). Formaban el área metropolitana que llevaba la delantera. A la vez, en Oaxaca, Chiapas y Guatemala, surgen culturas que pueden llamarse olmecoides, pues comparten rasgos olmecas con otros también muy avanzados pero de origen

Mapa 1

LOCALIDADES DE LA PRIMERA ÉPOCA



local. Esos rasgos locales marcan diferencias notables que distinguen a los olmecas de los olmecoides. Finalmente, se encuentran pueblos donde hubo colonización olmeca pero sobrepuesta a culturas locales que, por su retraso, absorbieron apenas aquellos aspectos más sencillos del mundo olmeca.

El área metropolitana olmeca comprende unos 18 000 km.², definidos por la cultura y por la geografía. Allí se desarrolla la historia de ese pueblo. Es una área bastante uniforme en elevación, con sólo un macizo montañoso que promedia 500 m. de altura, cruzada por grandes ríos perezosos que frecuentemente la inundan debido a la fuerte pluviosidad anual. La tierra sufre más bien por exceso que por escasez de agua, fenómeno único en Mesoamérica, que había de tener importantes consecuencias, no sólo económicas sino religiosas. Si la agricultura olmeca fue en general del tipo de roza, existía también una agricultura de humedad en las márgenes de los ríos y de los pantanos tan frecuentes en el área. Muchos centros de poblados están construidos en islas rodeadas de agua cuyo nivel baja y sube anualmente, lo que permite una irrigación natural y produce el fertilizante limo.

Aunque es imposible calcular con alguna precisión el número de habitantes de la región, puede pensarse en unos 350 000. Esta superior demografía, base de toda civilización, presenta problemas de organización y de sustento que imponen a la sociedad el hallar nuevos derroteros. Para alcanzarlos, necesita una base económica suficiente y un fuerte y complejo concepto político y religioso. Ignoramos la lengua que hablaban los olmecas, y, debido a la humedad del suelo, no se ha conservado un solo esqueleto humano que pudiera dar idea del tipo físico perteneciente al área metropolitana. Sólo puede imaginársele reconstruyéndolo por medio de las representaciones escultóricas, o aceptando que los habitantes actuales del área sean descendientes directos de los antiguos moradores y háyan preservado algunas de sus características raciales. De hecho, ambas posibilidades se complementan, y es probable que el tipo de las esculturas sea una idealización del hombre sureño mexicano: bajo de estatura, bien formado el cuerpo pero tendiente a la obesidad, braquitípico, la cabeza y la cara redondas, mofletudo, con nuca abultada, ojos oblicuos y abotagados con pliegue epicántico, nariz corta y ancha, boca de gruesos labios y comisuras hundidas, mandíbulas potentes y cuello corto. Junto a este tipo básico metropolitano olmeca, hay otro mucho menos frecuente-



Relieve de un altar de La Venta,
en que se representan figuras humanas

mente representado, que tiene nariz fina y labios delgados. Corresponde a individuos de mayor estatura y parece ser más reciente en el tiempo.

Entre los sitios olmecas explorados, La Venta resulta el de mayor importancia. Se levanta sobre una isla con superficie de 5 km.[2] o sea menos de la mitad de Tenochtitlan. En la parte central, los edificios ceremoniales presentan una arquitectura no de piedra, debido a que no la hay en la región, pero inconfundiblemente mesoamericana. Ya erigían pirámides o basamentos sólidos que soportan, elevándolos, templos o habitaciones. Ya existía el talud corto que con el tiempo se va haciendo más grande, pero no así el tablero, que parece ser un invento teotihuacano. Los edificios adosados olmecas fueron precursores de los teotihuacanos, pero no trascendieron a Monte Albán u otros sitios. En La Venta los edificios adosados parecen construidos al mismo tiempo que las pirámides, lo que no fue el caso teotihuacano. El patio ceremonial de La Venta tal vez fue originalmente un patio hundido, caso en el cual sería claro antecedente de los grandes patios hundidos posteriores, y haría pensar principalmente en Monte Albán. Asimismo se diría que la plataforma oriente tuvo una banca o banqueta en un costado, origen, tal vez, de un elemento que se volvería tan frecuente después. Grandes columnas naturales monolíticas de basalto, pentagonales unas y hexagonales otras, cuyo peso varía entre 700 y 1 000 kg. cada una, se usaron a manera de "empalizada" de

piedra circundando un patio ceremonial. Con iguales materiales se construyó la tumba A de La Venta. Resultó una arquitectura inmensamente costosa y con pocas posibilidades. No hizo fortuna y no se continuó en Mesoamérica. Probablemente derivó de una antigua tradición nacida del uso de polines de madera con los que edificaban los olmecas muros y techos y aun reforzaban el exterior de las plataformas. Los monumentos de La Venta están colocados de acuerdo con una planificación rigurosa, a todo lo largo de la línea central que forma el eje de la ciudad. No es una calle como en Teotihuacan, sino una línea de orientación. Ambas de norte a sur como ocurre también en Monte Albán, aunque allí pudo deberse a la forma natural del cerro. La importancia de esta línea central consiste no sólo en que indica una cuidadosa planificación sino que demuestra ya una orientación ceremonial nacida del conocimiento de los puntos cardinales. También la costumbre de colocar ofrendas en relación sistemática con edificios o con una línea central, o con un patio, había de perdurar a lo largo de toda la historia de Mesoamérica.

Otros sitios olmecas más o menos explorados, como San Lorenzo o Tres Zapotes, no demuestran tanto rigor en su planificación, ni podrían colocarse al mismo nivel cultural que La Venta, de no ser por los numerosos hallazgos de grandes esculturas similares a los de esta última. En San Lorenzo también se nota, aunque imprecisa, la idea de orientar los monumentos en dirección norte-sur.

La posibilidad de considerar al mundo olmeca como el inicio de la civilización se deriva principalmente de su extraordinaria escultura. Cabezas colosales, altares, estelas y otras numerosas piezas no sólo expresan una gran calidad estética, sino también un adelanto técnico sorprendente. Recuérdese que las piedras necesarias para esculpir estos monolitos no se encuentran en el área, lo que subraya el esfuerzo y el grado de organización necesarios para traerlos desde lejos, colocarlos y esculpirlos. Así, los olmecas iniciaron el interés por la escultura que, salvo en el mundo maya, y por cierto en plástica muy distinta, no ha de realizarse de manera tan espléndida sino más de dos milenios después en el mundo azteca. Paralelamente aparece entonces la talla preciosista de figurillas de jade que representan, ya hombres o mujeres, ya seres monstruosos u objetos. Están hechos en el mismo estilo de los grandes monumentos y en ocasiones fueron encontrados en asociación con ellos. Con fre-

cuencia presentan la combinación de rasgos felinos y humanos, así como una profusión de otras costumbres que continuarán a través de la historia mesoamericana: deformación craneana, séptum perforado, dientes mutilados, etc. Los monstruos, aunque menos frecuentes, seguirán representándose hasta muy tarde y en lugares lejanos inclusive en el Occidente de México, o sea en una área marginal. Todavía Moteczuma se rodeaba de enanos y corcovados, que en ocasiones eran considerados maléficos.

Los hallazgos arqueológicos demuestran la considerable difusión que alcanzó el estilo olmeca. Tal vez se debió a que el aumento paulatino de la población dentro del área ocasionó presión demográfica. Pero esta presión y esta difusión no son posibles sobre una simple economía agrícola, aun completada con la caza y la pesca. Se hace evidente la necesidad de otra base económica que va a ser característica en el futuro de toda Mesoamérica: el comercio exterior. Aunque sin pruebas directas, se conocen, en numerosos sitios lejanos de la zona metropolitana, objetos olmecas puros y la palpable influencia directa de este pueblo en los estilos olmecoides. Parece como si el comercio olmeca importara productos naturales que elaboraba localmente para exportarlos ya manufacturados. Sería lo que ocurre con las grandes piedras o con el jade, que no se hallaban en la región.

El comercio en Mesoamérica no era ciertamente el resultado de la paz, sino al contrario, el de la conquista violenta. Cuando menos en épocas posteriores, se sabe que sólo se atrevieron a traficar en gran escala aquellos pueblos cuyos ejércitos respaldaban su osadía. Era costumbre la conquista de una área o cuando menos la ocupación de algunos puntos claves para desde ellos establecer una red de transacciones comerciales y a la vez la imposición de tributos, que representaban una fuente segura de riqueza para la zona metropolitana.

De fijo, nada se sabe de los ejércitos olmecas o de sus posibles triunfos militares, pero puede imaginarse su función bélica. Comercio, guerra y tributo sugieren una organización tan avanzada que de hecho podría llamarse estatal. No por ello es necesario pensar en un estado olmeca, ya que pudo tratarse de varias ciudades-estado más o menos interdependientes. Las ligas o confederaciones de ciudades-estado parecen ser desde tiempos remotos una de las peculiaridades políticas de Mesoamérica, pudiendo haberse iniciado entre los olmecas, de donde pasaron al fin de la época a los dos

grandes grupos en que se habría de dividir Mesoamérica, el grupo maya por un lado y el "mexicano" por el otro.

Aunque debió existir desde siglos anteriores un calendario en el área metropolitana, no aparece inscrito en piedra hasta fines del gran período olmeca, y asociado ya a la escritura. No es un invento directo olmeca sino más bien de los grupos olmecoides de los altiplanos de Oaxaca y Guatemala.

Otro tanto ocurre con uno de los rasgos esenciales de la religión mesoamericana: los dioses antropomorfos. Hay divergencia de opi-



Representación en piedra de un hombre-jaguar

niones sobre si los olmecas metropolitanos esculpían estatuas de divinidades, pues hay duda de que los monolitos o las figuras en piedra representen propiamente un dios. Sea como fuere, el culto principal era el del jaguar; hasta los altares mismos son jaguares. En la escultura en piedra lo más frecuente es el jaguar humanizado, un hombre-jaguar o un niño-jaguar. No se trata del animal sino de un monstruo considerablemente alejado de la representación realista, al que se han añadido elementos peculiares al hombre y aun en ocasiones rasgos de otros animales. Así, las cejas suelen tener plumas de ave y la boca lengua bífida de serpiente. Todo ello gira

alrededor del concepto del nahual. El jaguar parece haber sido el nahual de los olmecas. Simboliza el terror y el misterio de la jungla, de la vida y del más allá. Este culto especial continuará en Mesoamérica. Aún en la época azteca el dios Tepeyolohtli, símbolo de las entrañas de la tierra y de lo profundo de la noche, no era sino el felino que amenazaba con comerse al mismo sol durante un eclipse. Habitaba las cuevas de las montañas y era el corazón de la tierra. Estaba asociado al jade, asociación originalmente olmeca, que habría de perdurar hasta el fin. Quizás sea esa la razón que daba al jade un valor simbólico más precioso aún que el oro.

El Valle de Oaxaca es tal vez el mejor ejemplo de los grupos olmecoides. Recientemente se han descubierto allí no menos de tres fases que comienzan hacia 1200 a.c. y muestran claramente el proceso de este desarrollo en que una cultura local, bastante sencilla, recibe el fermento de la aportación olmeca. Una fase final prepara el gran período Monte Albán I, que se inicia hacia 900 a.c. Es equiparable al mundo olmeca por su grado de desarrollo, y presenta una serie de rasgos descendientes directos de estos olmecas, junto a otros tan desconocidos, que resultan innovaciones para el mundo metropolitano. He aquí cuatro de los inventos más notables:

Primero, hay cuando menos intentos de una irrigación creada por el hombre, y ya no simplemente el aprovechamiento de las ricas márgenes de los ríos.

Poco después, como segundo invento, surge en Monte Albán la estupenda arquitectura que ya no es de tierra o de barro, como la del mundo metropolitano olmeca, sino de piedra, es decir, una verdadera arquitectura con ilimitadas posibilidades, sobre todo en relación a la limitación que podía ofrecer la Costa del Golfo, con sus troncos de árboles y sus barros húmedos.

En tercer lugar, hacia el fin de la Época I de Monte Albán, se encuentran representados en los jeroglíficos y en las estelas asociados al Edificio de los Danzantes, una escritura y un calendario bastante desarrollados. Si no fue ésta la aparición más antigua de la escritura y del calendario en Mesoamérica, puede seguramente considerarse entre las más tempranas. De tales inicios había de formarse un calendario más completo cuyos primeros vestigios se ven en Guatemala y en Chiapas y después en la Estela C de Tres Zapotes. Aparentemente sería el antecesor del muy elaborado que habría de llamarse el Calendario Maya. Comprende esencialmente,

para gloria suya, la Cuenta Larga, que supone el uso y, por lo tanto, el conocimiento del cero.

A diferencia del olmeca metropolitano, el habitante de Monte Albán I ya diferencia una serie de divinidades. Las famosas urnas, muestran algunas deidades que serán características de toda la evolución mesoamericana, como el dios de la lluvia. La magia tribal se está convirtiendo en una religión estatal. Así, el Valle de Oaxaca en estas primeras épocas —e igual ocurre en otros lugares, sobre todo en el área que más tarde será maya— no se conforma

Mapa 2

LOCALIDADES DE LA SEGUNDA ÉPOCA



con imitar más o menos acertadamente al mundo metropolitano olmeca, sino que parece tomar la avanzada cultural. Ya entra en juego ese rasgo característico de toda civilización en que diferentes regiones, con una base común, logran desarrollos locales cuyas cúspides se elevan más en un lugar que en otro. Se mezclan y por lo tanto fertilizan mutuamente.

El conjunto de todos estos pueblos y de todos estos adelantos es lo que forma esta primera importante etapa dentro de la historia de la civilización mesoamericana, que puede considerarse termi-

nada en el tercer siglo antes de la era cristiana. Gran parte de la Mesoamérica nuclear fue en diferentes grados marcada por esta cultura, con la excepción de la península yucateca.

Por analogía con lo ocurrido al finalizar la segunda gran época (como se verá más adelante), es posible que el ocaso del mundo olmeca se anunciara por convulsiones internas que denotan el primer quiebre en la línea ascendente de Mesoamérica. Desde luego, la zona metropolitana olmeca pierde para siempre su primacía, y la luz de ese gran foco de desarrollo se desplaza para iluminar otras regiones. Hay notables movimientos de habitantes en varias áreas debidos a cambios en los grupos dominantes, como sucedió en Oaxaca, o a influencias diversas que las afectaron, como aconteció en el altiplano central. Esta época de transición corresponde a los estados sucesores del mundo olmeca. Mil años más tarde, se verá cómo la gran época pan-teotihuacana terminará de igual manera, y tras otra etapa de confusión, surgirá una cultura nueva y final. Cuando decae el mundo olmeca estarán cimentadas las bases para el florecimiento del periodo siguiente.

La época clásica

La segunda gran época va desde el principio de nuestra era hasta el año 900, y marca el florecimiento máximo de Mesoamérica. Debemos dividirla cronológica y geográficamente. La primera etapa, hasta 650, está dominada por Teotihuacan; la segunda, por varios estados menos relacionados entre sí. La división geográfica se revela en la formación de dos grandes áreas surgidas de la primera época. Las diferencias, a veces considerables, no determinan, sin embargo, dos civilizaciones, ya que ambas áreas conservan una serie de rasgos derivados de su base común y siguen a todo lo largo de su desarrollo historias paralelas. Estas dos amplias áreas son la maya, al oriente, y la generalmente llamada mexicana, aunque tal vez fuera más apropiado llamarla teotihuacana, al occidente del Istmo de Tehuantepec. En esta sección de Mesoamérica, Teotihuacan, aunque circundada por ciudades rivales, pronto toma la delantera y se convierte en la indudable capital, tanto del Altiplano como de toda la región designada con su nombre. Aquí también es conveniente distinguir entre la zona metropolitana teotihuacana, relativamente pequeña, y el resto de Mesoamérica. La

distinción es bastante clara, ya que tanto en el Valle de México como en el de Puebla, en Tlaxcala o partes colindantes del actual estado de Hidalgo, que forman el área metropolitana, durante aquella época no hubo sino una cultura, la teotihuacana pura, sin mezcla de productos locales. En cambio en el resto de la Mesoamérica occidental, la emanación teotihuacana se ejercía sobre innumerables grupos que conservaban formas propias de cultura, o sea que, repitiendo lo ocurrido en el caso olmeca, encontramos el ascendiente teotihuacano asociado a las culturas locales, que por lo general mostraron un vigor y una personalidad considerables, que no habrían de perder en el curso del tiempo.

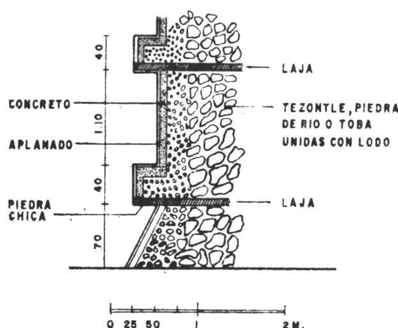
Teotihuacán es la ciudad por antonomasia del mundo mesoamericano. Manifiesta una verdadera cultura urbana, que es la marca más evidente de una civilización. No solamente su tamaño, sino su distribución interna, señalan la existencia de diversos estratos sociales bien definidos. Todo sugiere la presencia de un estado surgido de la anterior sociedad tribal, que se sirve de un ejército y de un comercio extendido a grandes distancias geográficas.

Las más recientes excavaciones indican que la ciudad estuvo densamente habitada en toda su extensión. Otros estudios, tan recientes que en parte están inéditos, muestran con la misma claridad una estratificación social avanzada, así como grupos profesionales y artesanales o talleres de ceramistas y de lapidarios. Consta el intenso movimiento de materias diversas de un lado para otro, es decir, la actividad comercial. Tal vez ello explique la existencia dentro de la ciudad de barrios de extranjeros que le dan carácter internacional. Cuando menos, se sabe del barrio oaxaqueño, porque se encontró una concentración de objetos provenientes de esa región. Hay también indicios de un barrio maya y de otros aún no identificados. Tendrían que pasar mil años más para que Tenochtitlán recreara una situación urbana similar, aunque sin alcanzar jamás la importancia teotihuacana.

Su extraordinaria planificación era digna de la vida urbana. Un prodigioso centro, dedicado exclusivamente al culto, a las ceremonias y a la habitación sacerdotal, arrancaba desde el río San Juan a lo largo de la Calle de los Muertos y seguía hasta la Plaza de la Luna. Al sur colindaba con lo que tal vez fuera el mercado mayor, situado frente al templo de Quetzalcoatl allí donde una avenida este-oeste cortaba en cruz la Calle de los Muertos, que corría de norte a sur, dividiendo la ciudad en cuatro sectores. La misma

idea será repetida en Tenochtitlan, donde el área ceremonial tuvo al centro su gran plaza, de la que salían cuatro calzadas en ángulo recto, mientras que el mercado estaba en Tlatelolco. Alrededor de la zona central teotihuacana se extendían los barrios de habitación. En algunos, verdaderos palacios, están congregados unos junto a otros, señalando la residencia de los altos personajes. Otros barrios corresponden a los artesanos, y más hacia las afueras, a los agricultores. Entonces, Teotihuacan, con sus probables 80 a 100 000 habitantes, representa no sólo un conglomerado urbano superior a cualquier otro habido en Mesoamérica en cualquier tiempo, sino la organizada división física y social de sus habitantes según el rango, la profesión o las ocupaciones.

Un ejemplo de la influencia teotihuacana se trasluce en la imposición de sus reglas arquitectónicas. El sistema de construir a



Sistema de construcción de un tablero típico de los edificios de Teotihuacan

base de taludes y tableros se generaliza por toda Mesoamérica y se conserva hasta el fin del mundo indígena, abandonando la estética de los muros casi verticales característicos del mundo olmeca. La nueva arquitectura, sobre todo en las etapas más tardías, hace gala de una proliferación extraordinaria de pinturas murales cada vez más elaboradas. En ninguna otra parte del mundo teotihuacano son éstas tan complejas y tan bellas como en la capital misma, pero fueron pintadas en otros muchos sitios. Este gusto por el color —que continuará hasta nuestros días no obstante la sobriedad española— se extiende a la cerámica, y hasta la escultura mayor, tallada en piedra, estaba toda policromada.

El comercio tenía un papel importante. No se piense en los modestos traficantes del mercado local, sino en los grandes mercaderes internacionales que los aztecas llamaron "pochteca". Pertenecían a la clase superior y traían y llevaban sus mercancías desde regiones alejadas a la zona metropolitana. En gran parte gracias a ellos la cultura teotihuacana llegó a Oaxaca, Guerrero, Veracruz y hasta a lugares tan distantes como el Altiplano de Guatemala y el Petén, donde se han hallado no sólo objetos sino edificios de corte teotihuacano.

Esta vasta expansión no pudo lograrse sin el apoyo militar. Es verdad que se desconoce su papel en Teotihuacan, donde está para el arqueólogo, escasamente representado, al grado de sugerir que se trataba de un mundo esencialmente teocrático. Esto parece exagerado. Independientemente de la regla universal que impidió a las antiguas teocracias lograr estados imperialistas, si seguimos el ejemplo azteca vemos que el militar y el comerciante actúan de concierto y sin perder de vista el ideal de la expansión religiosa. De hecho resulta arbitrario dividir a Mesoamérica según nuestros cartabones, ya que allí el sacerdote y el jefe militar eran frecuentemente una misma persona, como sin duda ocurría en el caso de los emperadores aztecas. No puede uno basarse ciegamente en situación tan posterior para llegar a una conclusión, pero el argumento tiene indudable validez.

En la época teotihuacana queda definida la religión mesoamericana, como que varios dioses son los mismos que los del mundo azteca. Se sabe poco de las ceremonias o de la organización sacerdotal con que se les veneraba; sólo podrían reconstruirse a base de lo que ocurrió en Tenochtitlan, lo que resulta peligroso, por mucho que se crea que los aztecas —sin saberlo— habían heredado numerosos rasgos de la civilización teotihuacana.

Aparte de sus atractivos comerciales y sociales, Teotihuacan fue sin duda un lugar de peregrinaciones adonde acudía gente desde lugares distantes para ofrendar a los dioses poderosos que lograron ese esplendor. Tal vez de ello nació la leyenda de los soles y la creencia de que los dioses habitaban el sitio o que fue construido por ellos. Si el prestigio civilizador y la grandiosidad teotihuacana quedaron imborrables, la huella más obvia para los destinos de México fue haber establecido por primera vez en este valle el centro del poder, de la cultura, de la religión y de la economía. Para ello necesitaron someter no sólo todo el valle de México, sino

también el de Puebla. Perder ese dominio fue la debilidad de toltecas y aztecas. Resultó catastrófico cuando Cortés se alió a Tlaxcala para así vencer a Tenochtitlan. La Colonia percibió esta situación, de donde provino el auge de Puebla como ciudad segunda del Virreinato.

Hay indicios de que Teotihuacan fue decayendo cuando el grupo dirigente se volvió cada vez menos creador y cada vez más opresor. Esto probablemente incitaría a revueltas o a escisiones internas que causaron un primer quiebre hacia el siglo IV y otro ya definitivo hacia 650 d.c., cuando la ciudad pierde su papel director en Mesoamérica. Tal vez la escisión interna propició la llegada de conquistadores venidos de fuera. La temprana caída de Teotihuacan, que tal vez confiaba demasiado en su grandeza realmente imperial y se había extendido en una llanura sin defensa posible, y el ocaso de Monte Albán pocos años después, causan hondas conmociones y cambios importantes. Producen la segunda etapa de esta gran época, pero no una nueva, ya que no suponen el fin del mundo teotihuacano, sino que, repitiendo la historia olmeca, una serie de otros estados continuaron viviendo y aun desarrollándose dentro de una cultura que podíamos llamar teotihuacana modificada, cultura que transmiten a la tercera gran época de Mesoamérica. En efecto, durante los años 650 a 900, cuando se inicia esta tercera gran época, esos estados, contemporáneos de Teotihuacan, le sobreviven. Se van alejando cada vez más del estilo puro que en parte los inspiró, elaborando formas importantes, pero cada vez más locales, que no tienen ya propiamente un sentido panmesoamericano. Así por ejemplo Xochicalco, el Tajín y los grandes centros del área maya, resisten a la honda conmoción dentro de un marco cultural que no es nuevo por muy modificado que esté. Igualmente el fin de la ciudad de Teotihuacan no supone la caída de toda la zona metropolitana, ya que Cholula, su segunda ciudad (México-Puebla de la Colonia), continúa floreciendo hasta la época azteca.

Deben ahora revisarse brevemente algunos de los acontecimientos en esos sitios fuera de Teotihuacan. En Oaxaca, el impacto teotihuacano aparece en forma avasalladora cerrando con ello la Época II de Monte Albán. Entonces se levantaron por primera vez los edificios de talud y tablero, se multiplicaron los murales polícromos —cuando menos en las tumbas— y Monte Albán adquirió predominio indiscutible sobre el valle de Oaxaca. Monte

Albán se convierte en la ciudad capital, y parece aún más religiosa de lo que fue Teotihuacan. Si ha de hablarse de una teocracia, Monte Albán sería un buen ejemplo. Toda su cultura está impregnada de una religión que se liga a un increíble espíritu necrofílico. De aquí la cantidad de tumbas, verdaderos edificios subterráneos, cuya usanza en todo el valle contrasta claramente con Teotihuacan, donde jamás hubo construcciones sepulcrales.

Tal vez por su excesiva religiosidad el Valle de Oaxaca no conoció propiamente el espíritu imperialista; por el contrario, los zapotecos se encerraron más y más dentro de sus fronteras naturales, de manera que al fin de la época habían erigido lo que pudiera llamarse una muralla cultural que los separaba de sus vecinos. El encierro oaxaqueño, que debió empobrecer sus posibilidades —y que nada característico es de las demás culturas mesoamericanas— combinado con la reacción producida por la caída de Teotihuacan, son quizás las causas primordiales del derrumbe de Monte Albán como capital, hacia el año 750.

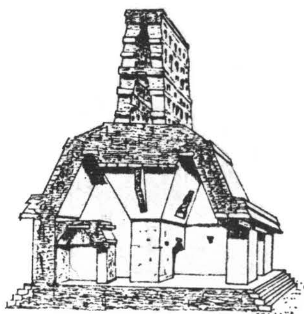
En cambio otros sitios, como El Tajín o Xochicalco, fecundados felizmente por aportes culturales foráneos, siguieron ricos y fuertes y pudieron resistir durante bastante más tiempo al derrumbe teotihuacano. Sólo pierden su preeminencia durante el mundo tolteca o después. Así, el esplendor extraordinario de la cultura de El Tajín o de la región morelense con Xochicalco a la cabeza, sólo se doblega ante los pueblos que habían de formar la tercera gran época, a quienes transmiten sus conocimientos.

El occidente de México, zona marginal, empieza por primera vez en la historia de Mesoamérica a jugar algún papel, y allí se encuentran pruebas de la presencia de la cultura teotihuacana. Es curioso observar que el influjo teotihuacano fue mayor allí donde la influencia olmeca había dejado su huella, creando una continuación cultural y demostrando una vez más que, a través de dos milenios, estamos en presencia de una civilización ininterrumpida en su curso.

En toda la zona oriental de Mesoamérica, que ya puede llamarse maya, el desarrollo en términos muy generales ocurre paralelamente —de no ser así, no podríamos pensar en Mesoamérica como una sola civilización. Al igual que en la zona teotihuacana, hay en la maya considerables diferencias ecológicas que la dividen en dos áreas, según su elevación. Los mayas de las tierras bajas abarcan una vasta extensión que va de Palenque a Copán e incluye

la península yucateca. En ellas florecen los centros más importantes, que en muchos sentidos, si bien no en todos, toman la delantera. Como en Teotihuacan, una brillante aristocracia lleva aquí la cultura hasta alturas antes desconocidas, pero a diferencia de Teotihuacan, no hay un foco principal de irradiación, sino un número considerable de lugares que se han denominado centros ceremoniales, en indudable relación unos con otros, y sin que alguno parezca haber dominado a los demás. Veamos en conjunto y brevemente sus mayores aportaciones a la civilización.

En primer lugar, no es frecuente el patrón urbano definido por Teotihuacan; de allí la dificultad de llamar propiamente ciudades a estos centros. Sin embargo es de creerse que, con algunas reservas, formaron ciudades, aun cuando, a la manera olmeca, eran más bien el centro político-religioso de la ciudad dispersa, es decir, de un número de barrios separados que se agrupaban a su alrededor. Estos barrios rara vez han sido excavados, pero se tienen abundantes datos de los centros. Los hay monumentales como Tikal o mucho menores —pero siempre profusamente elaborados— como Palenque. En ellos se desarrolla una impresionante arquitectura religiosa y civil mucho más decorada que la teotihuacana. En vez de techar los edificios con polines de madera, se utiliza un tipo de bóveda —no arco— muy resistente. Por otro lado, la planificación es menos rigurosa, de tal manera que no se forman conjuntos espectaculares como los de la Plaza de la Luna o la gran plaza de Monte Albán. La decoración de las fachadas mayas poco a poco


Corte del Templo de la Cruz de Palenque, mostrando la construcción de las bóvedas

va recargándose cada vez más hasta llegar a un verdadero barroco. La escultura pierde la monumentalidad olmeca y aunque frecuentemente de bulto redondo, parece concebida en su esencia como una superficie plana. La mayor parte de las estelas mayas son así. No por ello dejan de alcanzar una de las cimas del arte de



Estela 11 de Yaxchilán, Chiapas

Mesoamérica, sobre todo si se toman en cuenta sus inscripciones con fechas y datos históricos.

Es en efecto en el campo del calendario donde los mayas no tienen rival. Tal vez su constante preocupación por el tiempo los lleva a usar el sistema de cómputo general a Mesoamérica nuclear, así como a elaborar otro sistema heredado de los olmecas, que se conoce como la cuenta larga. Éste permite anotar cualquier número por elevado que sea y, por lo tanto, cualquier fecha por lejana que esté. Está basado en el viejo descubrimiento del cero sin el cual resulta imposible numerar por posición. Desde el punto de vista del cómputo del tiempo, el sistema consiste en partir de una fecha en el remoto pasado —más bien mítica que histórica—

y desde allí contar y anotar los días transcurridos hasta la fecha que se desea señalar. Así no se cae en la eterna confusión de los ciclos que se repiten cada 52 años, que tantos dolores de cabeza ha causado a los investigadores del centro de México. Junto a esto, la escritura jeroglífica permitió largas inscripciones que a veces tienen datos históricos. Su lectura aún no ha sido del todo descifrada, pero los considerables avances logrados permiten esperar que en un futuro próximo sea legible. Las inscripciones no sólo aparecen en las estelas, sino que acompañan a las pinturas murales y decoran numerosos objetos. Se conoce la existencia de muchos grandes frescos que se han perdido en su mayoría, pero los pocos restantes —como los de Bonampak— indican una maestría extraordinaria en el dibujo lineal y en la repartición de los colores.



Glifos mayas arcaicos. Placa Leyden

La base económica maya era, por supuesto, la agricultura, pero, cuando menos en las tierras bajas, las posibilidades eran menores. Se cree que, al igual que en el mundo teotihuacano, el comercio jugó parte preponderante, además de contribuir a las relaciones y tratos entre las distintas ciudades-estado, que posiblemente ya tendrían fronteras similares a las de época posterior. Es muy probable que rigiera la costumbre mesoamericana de un gobierno formado por sacerdotes jefes y por militares que combinaban sus

oficios civiles. El que no hubiese guerras en el área parece improbable, aunque el espíritu bélico en general era menor, por mucho que en los siglos finales la guerra existiera, tal vez con frecuencia, como lo atestiguan los frescos de Bonampak.

Al igual que el Tajín o Xochicalco, los centros mayas sobrevivieron cuando menos unos dos siglos después de la caída teotihuacana hasta que motivos muy similares (descontento interno y presión externa) los destruyeron en la zona boscosa. En Yucatán, transformados, continuaron hasta bien entrada la tercera gran época.

Mientras el mundo olmeca arrancó a Mesoamérica de la oscuridad primitiva, los siglos que le siguieron hasta el año 900 no sólo llevaron la civilización hasta su máximo desarrollo sino que cimentaron las bases que sólo habían de quebrarse con la conquista española. Ya habían ocupado el total del área mesoamericana, que peregrinos, soldados y mercaderes recorrían en todas direcciones. Esta combinación de religión, guerra y comercio es un aspecto peculiar de Mesoamérica que la distingue de otras civilizaciones antiguas. Pero el rasgo distintivo por excelencia es el ceremonialismo, ya plenamente desarrollado en Teotihuacan, que subsistió y aun aumentará. Ceremonialismo no exclusivamente religioso, sino relacionado con muchos aspectos de la vida. Casi todas las formas de convivencia son ceremoniales o se derivan de una idea ceremonial. Lo mismo hay ceremonia para plantar el maíz que para celebrar la fiesta del gran dios, y otro tanto acontece en la vida privada, en la política, en el comercio o en la guerra. La orientación de las ciudades, su planificación dividida en cuatro o en otros números mágicos, el calendario y la escritura, las ciencias y las artes, todo está enfocado y hecho dentro de esta premisa básica. Tal vez sea ésta la causa del tan débil desarrollo de la tecnología, que jamás pasó de un nivel primitivo.

Quizás la separación que se observa entre las varias áreas de Mesoamérica durante los últimos siglos de la época clásica, se deba indirectamente a la desaparición de Teotihuacan como gran foco de irradiación cultural. Al caer la aristocracia teotihuacana desaparecen aquellos comerciantes que formaban parte de ella, interrumpiéndose así el vaivén de mercaderías y el intercambio de ideas. En el área maya, como ha dicho Thompson,

> aceptando que la clase dirigente haya sido eliminada al fin del periodo clásico, debemos asumir que estos grandes mercaderes fueron

liquidados al mismo tiempo. Con su desaparición, la red de rutas de comercio a larga distancia caería en desuso. De todos modos, ya no había demanda para los productos de lujo que antes viajaban a lo largo de esos caminos. Los jefes de los pueblos ya no tendrían la riqueza para adquirir esos objetos de comercio internacional como jades finos o tocados de plumas de quetzal. De hecho pueden no haberlos deseado, ya que los revolucionarios que imitan las costumbres de los que han derrocado pierden a sus seguidores.

Cortada la intercomunicación continua, cada pueblo pierde contacto con los demás, hasta con sus vecinos más cercanos; se encierra en sí mismo, se vuelve autosuficiente y debilita así la posibilidad de progresar y aun la de conservar los adelantos logrados antaño. Agotada la vieja cultura que no recibe nuevas fuerzas ni nueva sangre, sólo la combinación de antiguos y nuevos pueblos volverá a levantarla y construir otra gran etapa.

La época mexicana

Así llega la época que para simplificar llamamos mexicana, aunque de ninguna manera son los mexicas sus creadores originales, sino sólo sus últimos y más famosos herederos. Este tercer periodo precolombino se caracteriza en el altiplano central por los estados tolteca y mexica; en Oaxaca por el mundo mixteco que da su estilo a toda la época posclásica, estilo que se extenderá hasta partes del área maya, como Belice y Quintana Roo, mientras en Yucatán dominaban los itzá o más bien esos escurridizos putún que fueron los grandes comerciantes rivales de los mexicas. Tal vez fueron los que impidieron que la expansión azteca llegara a la península o más allá del Soconusco. Las demás áreas estaban habitadas por los pueblos que encontrará Cortés en el siglo XVI, y donde aún permanecen sus descendientes.

En el altiplano central, después de un tiempo de confusión, los toltecas fundan un imperio con su capital en Tula. Lo forman grupos venidos de fuera del área central, y pueblos antiguos herederos de Teotihuacan. Así, aunque disminuida se continúa la tradición cultural de la desaparecida Teotihuacan, que se convierte en la mítica ciudad de los dioses, en contraste con la ciudad viva que es Tula. La mezcla de pueblos combina rasgos viejos y nuevos, desde luego arquitectónicos y escultóricos, que caracterizan el estilo tolteca. En estas fechas aparece la metalurgia, que en realidad

Mapa 3

LOCALIDADES DE LA TERCERA ÉPOCA



nunca jugó un gran papel y sirvió ante todo para crear maravillosos objetos suntuarios, por lo general de fino preciosismo, típico del estilo llamado mixteco. En él se hicieron los códices pictóricos del área poblana-mixteca, donde mayor número se ha conservado. Principalmente interesantes resultan esos libros que relatan la historia dinástica de la mixteca desde fines del siglo VII. Son ésos los únicos documentos americanos que han sobrevivido con datos históricos tan antiguos. No quiere decirse que por ser los únicos que poseemos sólo ellos existieran, ya que otra característica de la civilización mesoamericana es su interés por la historia y la importancia que se daba a su relato. Tanta, que por razones políticas los mexicas falsificaron datos para acomodarlos mejor a sus pretensiones hereditarias.

Tal vez los toltecas sean ante todo una fachada ilustrada por la figura insigne de Quetzalcoatl (Ce Acatl Topiltzin). El famoso imperio que los aztecas glorifican y desean heredar gobierna pocos territorios y, como dijimos atrás, ni siquiera domina el valle de Puebla. Pudiéramos considerar más bien que este conjunto de



El conquistador mixteco 8 venado captura a 4 viento.
Dibujo del Códice Nutall

diversos grupos con una cultura básica similar representó el primer acto de esta época cuyo estilo, repetimos, sería el de la Mixteca-Puebla. Tan importante es esta amalgama que a Cholula venían a coronarse los soberanos mixtecos.

Sea como sea, un grupo procedente de Tula —con o sin Quetzalcoatl— se instala en Yucatán, y portadores de cultura tolteca se encuentran regados en toda Mesoamérica. La caída de Tula en 1168 marca el fin político de este conglomerado que designamos como imperio tolteca, pero no el de su cultura, que continuará viva mucho tiempo. Tal vez más que nada porque Tula recogió la tradición teotihuacana de internacionalismo y supo acoger pueblos diversos que hablaban varias lenguas y enaltecían el ideal tolteca.

Tras muchos sucesos que llevan en lo político a la creación de los imperios chichimeca y tepaneca y que no cabrían en este estudio, Texcoco y Tenochtitlan logran la victoria en la dura guerra tepaneca (1428-1433). Obtienen la hegemonía sobre los valles centrales y un año después forman la Triple Alianza, asociando a Tacuba, representante de los vencidos. Tenochtitlan había de dominarla cada vez más. Aquí cabe hablar de un detalle importante porque caracteriza la posición mexica y diríase también la posición mesoamericana y la continuidad de su tradición cultural. En el momento de repartirse los títulos después de la victoria, el jefe

mexicano se da a sí mismo el de Culhuatecuhtli, señor de los culhuas, o sea el señor de los toltecas. Así reivindica en su favor la antigua herencia y transmite a su ciudad el prestigio pasado tolteca-teotihuacano. Esta insistencia en la sangre y en la historia es un rasgo típico mesoamericano.

El imperio mexica, que toma forma con Moteczuma I y dura hasta la conquista española, es en cierto modo la síntesis de Mesoamérica. Incluye elementos muy diversos heredados de sus lejanos y varios antecedentes, y como todo organismo vivo, los combina con otros rasgos provenientes de los pueblos contemporáneos que tiene subyugados. Así vemos cómo Tenochtitlan conserva restos de sociedad tribal (el calpulli), que es más bien rural (y la única que sorbevivirá al impacto de la conquista) supeditados a la sociedad imperial verdaderamente urbana. Sin embargo, tomando la civilización en su conjunto, es claro que palidece la división entre rural y urbano cuando se comprende que lo segundo no puede existir sin lo primero. Toda ciudad presupone un "tierra adentro" más o menos rural. Esta combinación forma la "región simbiótica", tan discutida hoy. Tenochtitlan continúa el mundo ceremonial y aristocrático uniendo la teocracia al militarismo por necesidades económicas, situación que parece remontarse hasta los lejanos días del pueblo olmeca. Desde entonces, una minoría muy reducida ha regido los destinos de Mesoamérica. Como los olmecas, Tenochtitlan logra una magnífica escultura monumental que pocos —tal vez los mayas clásicos— alcanzaron con brillo similar. El temperamento mexica combina un gran refinamiento con una brutalidad extrema cuando se trata de conquistar pueblos o de apaciguar con sacrificios a sus dioses.

No me detengo en esta última página de la historia indígena porque será estudiada en este libro con más detalle. Como es la etapa que mejor conocemos a la vez que la postrera, es también la que nos permite observar las conexiones con la Colonia española, que habría de seguirla, y también entre el antiguo México y el actual.

Mesoamérica y su civilización

Durante cerca de tres milenios, Mesoamérica estuvo formada por una zona nuclear superior y zonas marginales secundarias. En

éstas no hubo escritura, ni ciudades planificadas; faltaban la gran escultura, los frescos murales, la organización política imperial y la religión elaborada. Sólo el imperio tarasco hacia el siglo xv constituyó una excepción, ya que obtuvo propios y principales rasgos nucleares, aunque se hallara enclavado en una área que hasta entonces había sido marginal.

Sin tratar de precisar fronteras tan elásticas como dudosas puede decirse que el área nuclear está limitada al noreste por la desembocadura del Pánuco. De allí se inclina hacia el suroeste para unirse al río Lerma y continuar hacia el Balsas medio, siguiendo su curso hasta el Pacífico. Incluye así el Estado de Guerrero, pero no el de Michoacán. Por el sur la frontera se inicia en la desembocadura del río Ulúa en el Caribe, y va hacia el sur incluyendo al lago Yohoa hasta llegar al río Lempa. Fuera ya de la República Mexicana, comprende Belice, Guatemala, el oeste de Honduras y El Salvador. Por Mesoamérica marginal se entiende todo el resto del occidente de México, tal vez hasta el río Yaqui. La frontera desciende y recorre la Sierra Madre Occidental. Hacia la mitad del Estado de Durango, tuerce al este para alcanzar al río Pánuco. Al sur incluye algo menos de la mitad de Honduras y las Islas de la Bahía, el resto de El Salvador y el costado pacífico de Nicaragua, hasta la Península de Nicoya en Costa Rica.

No siempre en el tiempo tuvo Mesoamérica la misma extensión y a lo largo de tres mil años sus fronteras variaron considerablemente, sobre todo en las zonas marginales. Este ámbito geográfico forma la superárea donde nace y se desarrolla la civilización mesoamericana; pero sólo podemos delimitar sus fronteras y caracterizarla mediante una serie de rasgos culturales que, o bien son exclusivos de ella, o bien comparte con otras áreas, pero que en ninguna aparecen agrupados como aquí ocurre. No todos, aun en Mesoamérica nuclear, se encuentran por todas las áreas si bien los que se señalarán a continuación son frecuentes o básicos a la mayor parte de ellas. Por otro lado, hay rasgos sumamente antiguos que se iniciaron desde antes de la constitución de Mesoamérica aunque continuaron después, mientras que otros se van añadiendo con el tiempo. Los que señalan una cultura superior comienzan con la época olmeca y en las siguientes se les acumulan otros, o se modifican los antiguos.

Como no sería posible ni útil enumerar todos esos rasgos, habrá que señalar sólo aquellos más destacados o definibles así como algu-

nos que se advierten todavía en el México actual. La manutención se basó en la agricultura: maíz, frijol, calabaza, chile, cacao, muchos frutos y granos, como productos principales. La dieta se completa con algunos animales domésticos, perro cebado, patos, guajolotes y miel de abeja, aparte de productos naturales provenientes de la caza, la pesca y la recolección. La preparación de alimentos tiene refinamientos que deleitaban al paladar indígena. El maíz molido en el metate, cocido con ceniza y cal (mixtamal), logra las tortillas aún básicas en la dieta mexicana. Además hay tamales y varias otras formas de comerlo y aun beberlo. Característica es la chía, usada como bebida, y que también servía para dar lustre a las pinturas. Los hombres trabajaban el campo, siendo la coa el implemento general. Las técnicas agrícolas incluyen irrigación de varios tipos, uso de fertilizantes, chinampas, terrazas para cultivo, aprovechamiento de las riberas de los ríos y, a veces, siembras en pequeños agujeros excavados en la roca. También se plantaba maguey para obtener aguamiel y pulque, arrope y papel. Otros cultígenos de gran importancia son el algodón y el tabaco.

Los hombres vestían braguero de formas variadas y una manta o capa colgada del hombro. Desde el fin de la época olmeca había vestidos tejidos completos de una pieza. Llevaban sandalias, a veces con tacón. Las mujeres usaban falda enredada y una especie de blusa. Había gran variedad de telas y de técnicas y decoraciones, bordadas, coloreadas a veces, entretejidas con pelo de conejo o plumas. Para la cabeza, innumerables formas de tocados, incluyendo los turbantes, eran apreciadas desde el preclásico inferior. Rostros y cuerpos frecuentemente iban pintados o tatuados. Se adornaban con orejeras, collares, bezotes, narigueras, pulseras, anillos, pectorales, ajorcas de barro, de piedra, de jade y más tarde de metal. Varias deformaciones corporales eran admiradas, como la de los dientes y la cabeza.

Los alfareros produjeron millares de objetos de cerámica con técnicas y decoraciones variadísimas. Han resultado el mejor índice para que el arqueólogo distinga los periodos cronológicos. De cestería se tejían petates, canastas, etc., mientras de madera se fabricaba gran variedad de objetos de los que han sobrevivido tambores altos y con lengüetas, estatuas, canoas y remos, adornos, escudos y armas, mangos de cuchillo, etc., todo ello con frecuencia finamente tallado. El aprovechamiento de la obsidiana tuvo enorme distribución en América, pero la pulida, a veces con técnicas refi-

nadísimas, es exclusiva de Mesoamérica. El tallador de jade y otras piedras logró las piezas extraordinarias que admiramos en los museos, así como espejos de pirita (muy antiguos) y una increíble cantidad de cuentas y otros adornos. No es necesario seguir la enumeración de las artesanías para comprobar la variedad, abundancia y calidad de los objetos manufacturados por manos hábiles y bien entrenadas. Esto tendría considerables repercusiones en la formación de Nueva España.

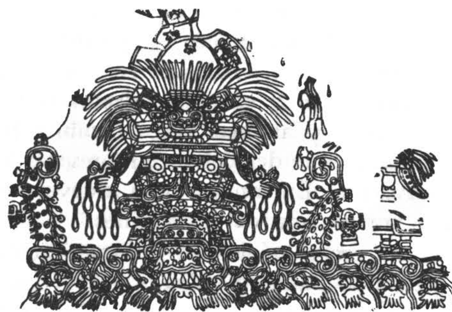
Si la arquitectura logró espaciosas casas que incluían hornos subterráneos y temazcales de piedra, rara vez llegaron a la magnificencia de los monumentos religiosos. Fueron característicos varios estilos estéticos que incluyen rasgos exclusivos de Mesoamérica. Particularmente notables son los basamentos piramidales construidos a base de talud y tablero, cuya aparición en el altiplano ya se mencionó y las cada vez más complicadas fachadas de admirable armonía del área maya con techo angular, aunque el arco no llega a completarse. Vastas superficies recubiertas de estuco son también exclusivas de la superárea. Pero si la arquitectura es espectacular y exclusiva, la planificación de ciudades o de conjuntos monumentales llega a alturas sin rival en América. Canchas para el juego de pelota se encuentran fuera de Mesoamérica, pero sólo aquí las hay con anillos de piedra y ninguna de las foráneas pueden compararseles en amplitud y esplendor. De varias ciudades se abrían calzadas de piedra que las conectaban con otras ciudades o pueblos. Puentes colgantes cruzaban ríos y barrancas.

La escultura fue sobre todo un adorno o complemento de la arquitectura, en fachadas, escaleras o el interior de los santuarios, formando parte del conjunto. Con frecuencia representaba alguna deidad allí venerada. Sólo las pequeñas esculturas de piedra pueden considerarse como obras aisladas. La pintura mural, por definición, cae en el mismo rubro. Utilizada en muchas áreas, aunque en profusión y calidades muy variables, decoraba los muros interiores de casas, templos, y algunas veces recubría hasta los exteriores de los edificios, lo que debió haber representado un continuo esfuerzo de conservación. En ambas artes, nuevamente Mesoamérica destacó muy por encima de sus vecinos.

La familia natural era el núcleo de la organización social agrupada en clanes del tipo llamado *calpulli*. Éste combinaba la descendencia física —es decir que sólo pertenecían a él los nacidos dentro de él— con la propiedad comunal de la tierra. Tal vez

desde La Venta, y seguramente desde Teotihuacán, la organización tribal había sido dominada por una organización estatal, muy probablemente de tipo imperial. Sostenida por considerable número de empleados públicos, suministraba las funciones necesarias al estado. La aristocracia imperial, prácticamente liberada de las reglas del *calpulli,* puesto que sus miembros poseían tierras individuales, estaba gobernada por los jefes políticos, militares y religiosos y los más poderosos comerciantes. Tenían esclavos y los llamados mayeques —teóricamente libres pero pertenecientes, más que asociados, a las tierras de los señores. Se trata, por tanto, de una sociedad clasista, aunque estaba abierta la posibilidad de subir de rango por medio del esfuerzo personal. En Tenochtitlan, el emperador era la cabeza de la pirámide humana; jefe supremo o sea "Tlacatecuhtli", a la vez que sumo sacerdote de Huitzilopochtli, el dios tribal. Los destinos de México estaban, ya desde entonces, en manos de un solo hombre, el eterno pero cambiante señor de los toltecas. Los privilegios de la nobleza, sobre todo los de la familia imperial, eran en parte compartidos por los sacerdotes superiores, los militares y los pochtecas. Estos últimos combinaban los papeles de grandes mercaderes, embajadores, a veces espías, mientras la mano militar acompañaba sus excursiones hasta remotas tierras. Los mercados donde se traficaba intensamente estaban subdivididos según las especialidades y todavía ahora se conserva en muchos lados la costumbre de verificarlos en días fijos de cada semana.

Este comercio a largas distancias —combinado con el cobro del



Pintura mural de Tepantitla, Teotihuacan

tributo impuesto a los pueblos conquistados— estaba protegido militarmente. Se conoce poco su estrategia, pero se sabe que seguían usando el viejo lanzadardos, aunque desde la época tolteca el arco y la flecha se habían convertido en el arma suprema. También empleaban el macahuitl, especie de espada de madera con cuchillos de obsidiana incrustados a ambos lados, y unas picas con puntas de metal. Para protegerse eficazmente, los aztecas usaban un peto forrado de algodón y llevaban escudos conocidos desde tiempos muy antiguos. Los que tienen dos manijas son exclusivos de Mesoamérica. En la época final se multiplicó la erección de fortalezas y aparecen ciudades amuralladas. En la guerra de conquista no se trataba de cubrir el territorio enemigo sino de apoderarse de puntos estratégicos, tomar la capital, incendiar el templo, y cambiar el gobierno local por otro sujeto a Tenochtitlan, que se encargaba de imponer un tributo. Este tipo de guerra daba por resultado un imperio diferente al romano, por ejemplo, ya que el mesoamericano no pretendía extenderse sobre todas las tierras conquistadas, sino que la sumisión se traducía en el pago del tributo y cierta ayuda obligada en casos especiales.

Altos jefes militares pertenecían a una de las dos órdenes militares (o a una tercera menos importante) de "caballeros águilas" y "caballeros tigres", que no se encuentran en otras culturas americanas y gozaban de privilegios y funciones especiales. Igualmente exclusiva de Mesoamérica es esa curiosa institución de la "guerra florida", cuyo objeto era obtener víctimas para el sacrificio. Estaba por tanto estrechamente ligada a la religión.

Porque por mucha importancia que el imperio azteca diera a asuntos temporales y fomentara sus bases económicas y sus ejércitos, seguía imperando la religión como antes, y constituía la base del *ethos* mesoamericano. Prueba de ello es que a ella estaba ligada la inmensa mayoría de los elementos culturales. Se conocen sus fundamentos principales, creencias, sacerdocio y ritual, de modo que no es necesario insistir en detalles. Sólo se mencionarán aquellas ideas o prácticas que fueron básicas a Mesoamérica, o no compartidas por otras áreas americanas. Entre las creencias cosmogónicas está la de un dios principal (Ipalmenohuani entre los mexicas) relacionado con el sol, que es también la pareja creadora, la dualidad femenina y masculina, el cielo y la tierra que engendra a hijos gemelos (los cuatro Tezcatlipocas o la pareja Quetzalcoatl-Xolotl por ejemplo). Se cree que la idea del gemelo

y de la dualidad es muy antigua y también incluye muerte-vida. Según ella, el mundo estaba dividido en cuatro regiones (de aquí la importancia del cuatro), además del punto central, lo que hacía del cinco otro número mágico. Pero como hay un cielo y un infierno con cuatro regiones cada uno (la línea central es la misma a todos), se llega a 5 + 4 + 4 = 13, otro número esencial. Además, cada uno de los cuatro puntos cardinales y el centro tenían un color que los representaba. La idea de creaciones múltiples al fin de cada una de las cuales todo moría para ser recreado formaba los cuatro soles (épocas) pasados y el quinto que todavía alumbraba a los aztecas. La historia estaba vista dentro de conceptos similares, es decir ciclos que se repetían, aunque cada creación o ciclo representaba un avance para la humanidad. Así se combinaba una idea simplemente cíclica y en cierto modo estática con la idea evolucionista o de movimiento, como ahora se entiende la historia.

Había múltiples deidades de importancia distinta, pero algunas, como Tlaloc —y tal vez el Huitzilopochtli azteca estaba alcanzando el rango sobresaliente de Ipalmenohuani— habían adquirido una personalidad propia, con atributos y culto especiales, y se representaban en imagen inconfundible. Muy importante fue el planeta Venus por la forma tan peculiar de su visibilidad para los hombres y por los peligros que supuestamente acarreaba su presencia a ciertas personas.

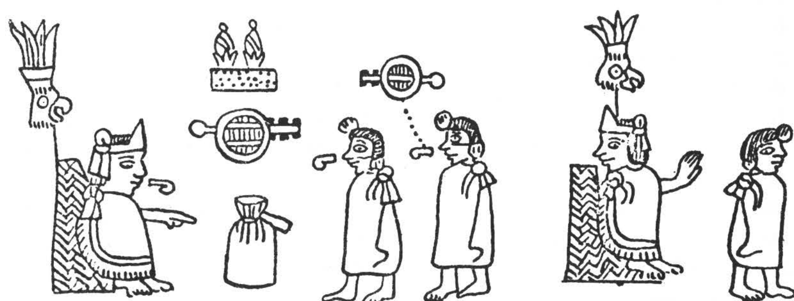


Escena de un sacrificio. Disco H del cenote de Chichén Itzá

En casi todas las religiones la sangre humana o animal tuvo valor ritual. De allí la frecuencia de los sacrificios en que se hacía correr. En Mesoamérica, mediante el sacrificio de sangre, el hombre se vuelve colaborador de los dioses, en el problema para ellos eterno de mantener en vida por medio de ese líquido vivo no sólo al sol sino al universo. Algunas formas de sacrificio son exclusivas de Mesoamérica, como la de quemar hombres vivos o aquella en honor a Xipe en que el sacerdote bailaba revestido de la piel del hombre desollado. Recordemos que la víctima representaba al dios, y como los sacerdotes tenían la costumbre de vestirse imitando la imagen divina, se ataviaba a la víctima también con similares vestiduras. En ocasiones se sacrificaban codornices, y los devotos hacían penitencia voluntaria sangrándose las orejas, la lengua, el pene o las piernas. Otras costumbres exclusivas con el uso ritual del papel, la celebración de fiestas al concluir algunos periodos fijos de tiempo y los días de buen o mal agüero. Dar a los niños el nombre del día de su nacimiento, el canibalismo ritual y la creencia en varios ultramundos tras un viaje difícil para alcanzarlos así como el célebre palo volador, todavía existente, tienen todos la misma exclusividad. Aunque aún con fuertes resabios de magia tribal desde la segunda gran época, creó Mesoamérica una religión politeísta formal, con creencias y dioses ordenados, un ritual fijo y un sacerdocio profesional, dividido en distintos grados, en contraste al viejo *shaman* de la tribu.

Pero el rasgo que coloca a Mesoamérica dentro de las civilizaciones universales es el de la escritura, por limitada que haya sido. No se difundió fuera del área nuclear, aun cuando sus inicios correspondan por lo menos al siglo v a.C. Los "documentos" más antiguos que se conocen consisten todos en inscripciones incisas en piedra, que en sus albores probablemente tallaran en madera. Después hay escritura en pinturas murales y otros objetos. Durante la tercera gran época aparecen (o cuando menos sólo desde entonces se han conservado) en verdaderos libros. Los monumentos antiguos, y sobre todo las espléndidas inscripciones del área maya, utilizan jeroglíficos, mientras los correspondientes al área mixteca-mexicana son de estilo representativo y por tanto más fáciles de descifrar, aunque más limitados en su expresión. Estos libros, que genéricamente llamamos códices, fueron pintados sobre largas tiras de papel de amate dobladas a manera de biombo. Los hay de varios tamaños y de diferentes temas: religiosos,

históricos, geográficos, calendáricos y económicos. Las vicisitudes nos han conservado apenas una pequeña parte de los muchos que existieron, pero bastan para formar un cuerpo de documentos único en el continente e inagotable para la investigación. Probablemente gracias a esta posibilidad de escribir —y debido también a notables conocimientos astronómicos y matemáticos— se desarrolló un calendario muy preciso basado en la cuenta de días agrupados en 18 meses de 20 días cada uno más cinco adicionales para formar el año solar (los mayas lograron la corrección del bisiesto) a la vez que usaban otro calendario para el ritual religioso, de 260 días,



Detalle de un manuscrito pictórico azteca

cada uno con su nombre especial formado por la combinación de 13 números y 20 nombres. La combinación de ambos cómputos formaba el "siglo" de 18 980 días, equivalentes a 52 años. Los mayas añadieron el sistema llamado de la cuenta larga, descrito antes, para señalar cifras infinitas gracias a la utilización —descubrimiento asombroso para el tiempo— del cero y, por tanto, la posibilidad de numerar por posición. Recordemos que no solamente fue ignorado por todas las civilizaciones de primera generación, sino que tampoco lo conoció la sociedad helénica.

A pesar de peculiaridades y variantes, la unidad de Mesoamérica y su historia paralela no sólo quedan demostradas por el arqueólogo, sino por los datos que proporcionan la etnografía, la antropología física y la lingüística. Las numerosas lenguas habladas en el México antiguo han sido en gran parte estudiadas y asignadas a grupos de idiomas, pero representan una clasificación relativa en cuanto a que las fronteras entre los grupos y las len-

guas mismas sólo pueden reconocerse por las divergencias mayores o menores entre ellas. Las familias lingüísticas de Mesoamérica nuclear pertenecen a tres grupos: Macro-Mixteca, Macro-Maya y Macro-Nahua. Salvo en el caso de esta última, casi todos sus habitantes quedaban dentro de las fronteras mesoamericanas, y así han permanecido durante numerosos siglos. El nahua tiene muchos parientes en el Occidente y el Noroeste, con lo que demuestra haber llegado después. En el Occidente, además, hay varios idiomas distintos, algunos aún no clasificados y otros independientes de los grupos antes mencionados. Por ejemplo, el tarasco señala otra prueba de la diferencia en historia y cultura entre la Mesoamérica marginal y la Mesoamérica nuclear.

El antiguo México formó una de las rarísimas civilizaciones casi independientes en su origen y desarrollo. Y se dice casi porque es posible que existieran mayores relaciones con la civilización andina de las que ahora conocemos. Por otro lado, las muy discutidas influencias transpacíficas o trasatlánticas, o bien son meras conjeturas, o bien son de una importancia menor en el desarrollo mesoamericano. Hay indudables paralelismos sumamente curiosos con Asia sobre todo en el campo de las ideas filosóficas y religiosas. Este viejo tema, que por motivos muy distintos se origina con la conquista española, ha hecho correr mucha tinta desde entonces y no parece haber llegado el momento definitivo de decidirse por alguna de tantas tesis. Consideramos que, cuando menos en sus líneas principales, la civilización mesoamericana se desarrolló por sus propias fuerzas y a lo largo de líneas *sui generis*. Al filósofo de la historia o al que busca un concepto de historia universal, esta independencia americana ofrece luces extraordinarias para el estudio del hombre.

Más importante que las posibles influencias mencionadas son las necesarias relaciones —voluntarias o no— entre Mesoamérica y sus vecinos de cultura inferior, así como la herencia milenaria que vino arrastrando desde la época previa a la formación de la superárea. De hecho, varios antiquísimos rasgos culturales aparecen todavía en el siglo XVI entre esos pueblos de cultura inferior, al norte de Mesoamérica. Ninguna civilización obviamente vive en un total aislamiento cultural, por mucho que sea tan frecuente —y no sólo en este caso— el concepto de "nosotros" y los "otros", "nosotros los hombres", en el sentido tan conocido de nosotros los griegos *vs.* los *barbaroi*. *Nosotros* es siempre el centro del mundo,

el Anáhuac azteca. Con todo y este sentimiento de superioridad respecto de sus vecinos, éstos existen y no pueden olvidarse ya que afectan el curso de "nuestra" historia.

No es posible aceptar la versión simplificada de las "invasiones bárbaras" venidas del norte destruyendo los sucesivos imperios centrales. Como se ha tratado de mostrar, éstos se debilitaron antes por acción corrosiva interna, y así facilitaron el ascendiente e influencia que en muchos aspectos recibían de los "bárbaros". Éstos se alineaban —en distintos niveles culturales— a lo largo de la frontera norte de Mesoamérica. Son pueblos que no se estudian aquí, pero es evidente que en diferentes momentos ideas y objetos mesoamericanos se esparcieron entre ellos y aun alcanzaron indirectamente regiones que hoy son parte de los Estados Unidos. Por otro lado, colaboraron mucho en la historia de Mesoamérica al enviar en distintos momentos huestes empeñadas en la destrucción de los estados centrales, y dejaron rasgos culturales como el arco y la flecha. Este incesante ir y venir a través de fronteras mal delimitadas produjo la creación de ese "proletariado externo" que en la filosofía toynbeana tanta parte tiene en el fin de las civilizaciones.

No cabe duda de que hay que colocar a Mesoamérica entre las civilizaciones de primer cuño o de primera generación, es decir, que no descienden de otras sino arrancan de una matriz primitiva. Por tanto, sus triunfos o sus derrotas sólo pueden compararse con los triunfos o las derrotas de civilizaciones del mismo tipo, como las que florecieron en Egipto, China, Sumeria-Babilonia, India o la minoica y la andina. Salvo la última, las demás tuvieron contactos más o menos estrechos entre sí como lo demuestran algunos rasgos que comparten. De donde se deriva que comparar las civilizaciones del Viejo Mundo con la andina o la mesoamericana, no es enteramente válido. Además, no debe olvidarse que las dos civilizaciones americanas empiezan su carrera cuando ya estaba agotándose el aliento de las asiáticas antiguas. Sin embargo, en todas encontramos, por definición, una serie de adelantos comunes. Se ha tratado de indicar con ejemplos lo más característico de Mesoamérica, lo que no necesariamente supone siempre que sea privativo de ella. Es evidente que en algunos aspectos llegó bastante lejos mientras en otros se quedó muy atrás.

Supervivencias del mundo prehispánico

La conquista española termina propiamente la historia de Mesoamérica; sin embargo, la máxima expansión de algunas ideas mesoamericanas y de su lengua franca —el náhuatl— ocurren en el siglo XVI como consecuencia de la propia conquista. Para el fin del mismo siglo, la civilización mesoamericana sucumbió totalmente. Toda ella había estado en manos de una minoría aristocrática que regía sus destinos y su fin fue el de su civilización. Esto, unido a otras causas, produjo una disrupción profunda en la economía, debida también a la aparición de nuevos productos europeos y nuevos métodos de producción, y al gran cambio en el interés hacia numerosas mercancías —sobre todo las de lujo y las relacionadas al ceremonial indígena— que perdieron su significado. Dejaron de ser llevadas de un sitio a otro y los pochteca desaparecieron como profesión. Pero no sólo desaparecieron por la falta de interés en el comercio de sus peculiares mercancías, sino porque, como miembros de la antigua aristocracia, desaparecieron con ella. Esta disrupción recuerda la ocurrida al fin de la época clásica, cuando la muerte de la clase superior teotihuacana produjo un aislamiento entre las diferentes áreas de Mesoamérica, aislamiento particularmente notable en el valle de Oaxaca. La conquista española produjo también el aislamiento de numerosas comunidades indígenas sobrevivientes no sólo durante la Colonia, sino hasta nuestros días. Al desmoronarse la organización de los antiguos estados, las poblaciones revierten a una situación tribal de infinitos corpúsculos prácticamente independientes y con poca conexión real de los unos con los otros. Lo que queda hoy de vida indígena refleja la cultura rural antigua más o menos diluida, pero los rasgos de cultura superior murieron al advenimiento de la nueva civilización llegada de España. Ésta era, a su vez, bien compleja. La España renacentista de la Reina Católica, a diferencia de otras naciones europeas, acarreaba, además de los viejos pueblos aborígenes, la herencia romana, un cristianismo exacerbado y fuertes dosis de cultura islámica y judía. Era una verdadera caldera que todavía la distingue del resto de Europa —como también distinguía a Mesoamérica del resto de América. Y estas diferentes herencias, si bien en grados diversos, habían de marcar a la Nueva España y al México que le sigue.

Sin pretender entrar aquí en detalles, hay que recordar bre-

vemente cómo las causas y formas de la Conquista habrían de continuar afectando a la naciente Colonia. La aparentemente imposible facilidad con que Cortés domina al imperio de Moteczuma se vuelve más inteligible si se piensa en sus numerosos aliados indígenas, aquellas naciones que se rebelan, no en favor de Cortés sino contra el imperialismo mexica. Ven en Cortés el libertador de un yugo ya insufrible. Los conquistadores buscan no sólo oro, sino varias indudables ventajas materiales y también implantar el cristianismo. Para ello aprovechan, aún más que los recursos naturales, la mano civilizada del indígena, capaz de construir las iglesias platerescas o de sembrar la tierra según las nuevas técnicas. El indígena aprende el pastoreo de animales hasta entonces desconocidos para él, sufre en el trabajo de explotación de un nuevo tipo de minas, y, a mediados del siglo, muere en espantosas epidemias causadas por enfermedades que no podía soportar. Poco a poco se van formando áreas españolas y mestizas, mientras los indígenas cada vez más alejados de ellas se encierran en parajes fuera de las rutas comerciales. Éste es el origen de los grupos indígenas aún sobrevivientes que, como se ha dicho, apenas conservan la cultura rural de sus antepasados.

De la cvilización, los rasgos superiores son los que pronto desaparecen, ya sea por acción voluntaria de la Colonia, ya porque su función fue suplantada por otros rasgos que vinieron de España. Por razones obvias, la religión y todo el mundo ceremonial ligado a ella y que formaban la esencia de Mesoamérica, son los primeros en sucumbir. En cambio, algunas formas del imperio no sólo continúan a través de la Colonia, sino hasta nuestros días. Moteczuma revive en el virrey, y los presidentes del México independiente continúan esa imagen de caudillos personales más que institucionales. El gobierno es una persona, de poderes omnímodos y casi mágicos. Todavía, como ya se ha dicho, hay el amigo máximo rodeado de un círculo estrecho de amigos y favoritos que recuerda el círculo estrecho del Tlacatecuhtli. Los extraños al grupo son en cierto modo aliados y hasta enemigos, tal vez porque antiguamente formaban los pueblos conquistados por los aztecas y por ende realmente sus enemigos.

Y así el México moderno ha heredado muchos rasgos prehispánicos que realzan su individualidad. No se trata de caracterizar a México o al mexicano sino indicar algunos de los muchos rasgos que se consideran típicos de la cultura nacional y que derivan

directamente o tienen una marcada influencia de la antigua Mesoamérica. No se hablará aquí de singularidades locales, de supervivencias en lugares aislados o superficialidades folklóricas, ya que nada de esto es mexicano en el sentido de no pertenecer a la mayoría de los mexicanos de hoy.

Nuestra lengua, para empezar, no sólo utiliza muchas palabras indígenas más o menos castellanizadas sino que ha transformado el sentido de palabras enteramente españolas. Basta hojear el enorme diccionario de mexicanismos para observar la cantidad de palabras y giros diferentes de los españoles. La semántica y aun la prosodia han sido alteradas, sin hablar del acento tan distinto que tenemos. Nuestra manera de expresarnos en diminutivos se deriva de otra característica indígena relacionada con las costumbres de cortesía ceremonial. Afectan nuestros modales la excesiva amabilidad indígena "pase usted . . . , ésta es su casa . . . , mande . . .", que recuerdan más la cortesía blanda del indígena que la rudeza clara del español. Pero esta cortesía indígena-mexicana encubre una violencia frecuentemente sangrienta que nos recuerda al azteca "hombre de piedra" que llevaba flores en las manos. Ello conduce hoy a un valor físico temerario y a un desinterés o desprecio por la muerte y a su presencia continua en numerosos aspectos ceremoniales y de la vida diaria, al no temerla y a la exacerbación del día de los muertos. Tal vez con esto se relacione nuestra costumbre de apodar de acuerdo con características físicas: el gordo, el güero, el manco, la chata . . . Parece ser parte de la seriedad o la solemnidad y aun la melancolía tan aparente en muchos actos públicos y privados. Hay una humildad, en realidad un orgullo, escondidos tras de la dignidad que contrasta con la altanería hispánica.

Nuestros gustos culinarios están ligados al antiguo paladar indígena. Tortilla, chile, frijol, guajolote, chocolate, tamales, aguas frescas, frutas locales y la manera de preparar muchos platos o de combinar sus ingredientes, recuerdan al México prehispánico. Asimismo objetos de uso doméstico diario, como metate, comales, bateas o jícaras laqueadas, baúles o equipales, tienen una obvia ascendencia indígena. Igual ocurre con la forma de vender muchos de estos productos en mercados separados en grupos de especialidades, práctica asociada a la celebración de fiestas o peregrinaciones en días fijos.

Se ha mencionado ya la extraordinaria importancia de Teoti-

huacán como la cultura básica del área que gobernará el resto, en lo político, cultural, religioso y económico. Desde entonces los valles centrales se vuelven el eje. Tal vez sean muy antiguos aspectos básicos como el del ejido, que recuerda al antiguo calpulli, o el de las mayordomías y otras agrupaciones con funciones político-religiosas que han logrado un sincretismo cuya manifestación más evidente está en el culto nacional a la virgen de Guadalupe. Aun con tantas diferencias hubo desde el principio semejanzas entre la civilización española y la indígena. Por ejemplo, la intensa religiosidad, la cultura verbalista o las casas construidas con habitaciones alrededor de un patio central con el mínimo de aberturas al exterior.

A todo lo dicho mucho más podría añadirse como demostración de que la cultura nacional mexicana es la fusión de sus dos herencias ancestrales. Éste ha sido uno de los problemas fundamentales del país, pero también lo que le ha dado su individualidad, su cultura propia y, por tanto, sus mayores posibilidades de sobrevivencia independiente. El descender de dos auténticas civilizaciones ha sido un peso enorme, pero también su mayor timbre de gloria. Finalmente, es importante pensar que más allá de las viejas fronteras, Mesoamérica contribuyó con aportaciones muy concretas y valiosas a la cultura universal. Maíz, frijol, cacao o sea chocolate, jitomate, varias especies de chiles, frutos como el aguacate que, ahora, Europa importa de Israel, y el guajolote de las fiestas navideñas. Chicle y hule, fibras como el henequén, pita, ixtle y raíz de zacatón, así como ciertos colorantes, se han vuelto de uso universal. Y no olvidemos el tabaco, deleite y drama. Fuera de esta incompleta lista de productos naturales, el arte del México antiguo influye sobre el arte contemporáneo occidental, contribuyendo así a la gran corriente estética que marca los destinos de nuestra época.

La sociedad mexicana antes de la Conquista



Pedro Carrasco

Los capítulos anteriores han presentado una visión general del desarrollo de la civilización mesoamericana según se puede colegir de los restos arqueológicos. Han definido asimismo el área cultural ocupada por los pueblos civilizados que los antropólogos han nombrado Mesoamérica. Los documentos que pudieran servir de base a una historia en el sentido estricto de la palabra están limitados por el carácter rudimentario de los procedimientos que usaron los pueblos mesoamericanos para registrar información. Los pueblos del centro de México usaron sobre todo pictografías, pinturas de los hechos que se quieren registrar con sólo un uso limitado de ideogramas o símbolos que expresan ideas y de signos con valor fonético. La civilización maya es la única que desarrolló un sistema más elaborado que por desgracia todavía no se ha descifrado más que en parte, principalmente los datos calendáricos.

Los documentos pictóricos indígenas de contenido histórico que han sobrevivido provienen del centro de México y de la Mixteca y, junto con las interpretaciones de algunos de ellos y con otras tradiciones escritas en alfabeto latino después de la Conquista, permiten hablar ya de historia en el pleno sentido de la palabra para los dos o tres siglos anteriores a la Conquista, si bien la densidad de información y la profundidad cronológica varían mucho de región a región según la cantidad de fuentes históricas disponibles. Se ha dicho ya que la cultura mexica se puede considerar como una síntesis de la civilización mesoamericana. Los mexica de México-Tenochtitlan se habían convertido en el grupo político dominante de todo el centro y sur de México al oeste del Istmo, e incluso se habían adentrado al Soconusco; de modo que el sistema político que ellos organizaron y la cultura de los

pueblos sujetos a su influencia, constituyen el antecedente inmediato anterior a la Conquista y explican tanto el curso de la guerra misma de Conquista como la manera en que el régimen colonial habría de usar las instituciones sociales aborígenes.

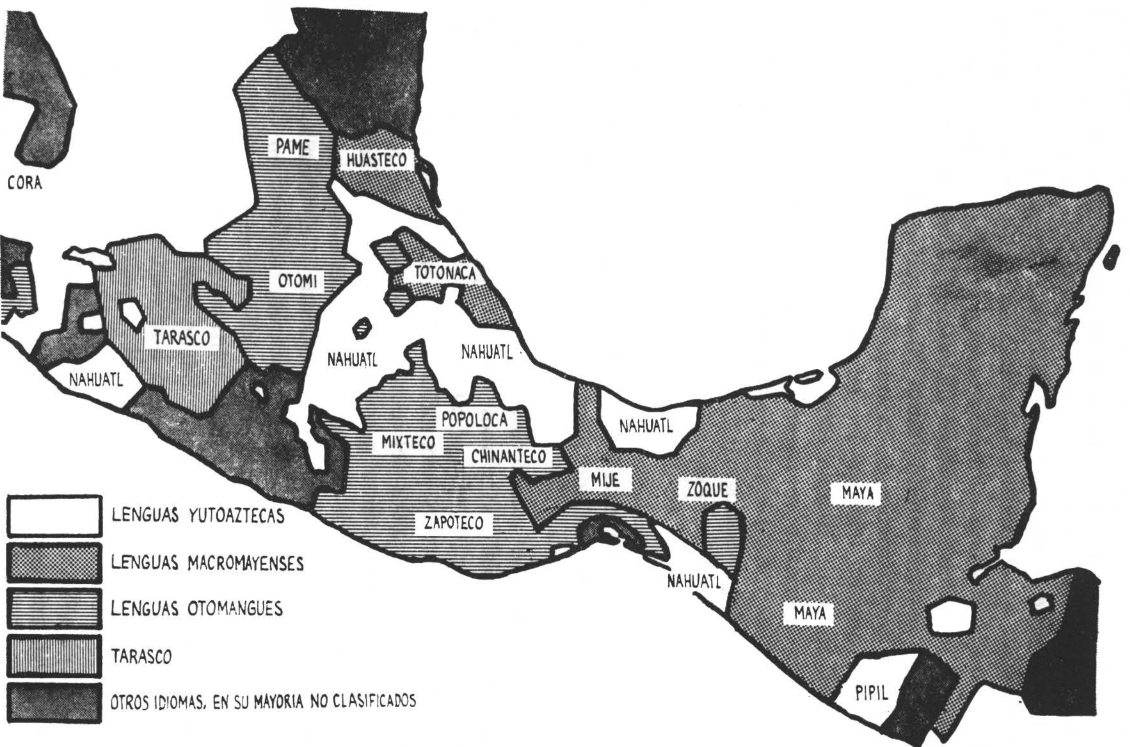
Este capítulo, por lo tanto, dará primero una visión somera de la complejidad de pueblos y culturas que existía a la llegada de los españoles en el territorio del México moderno, para concentrarse después en la sociedad y cultura del centro de México tal como era en la época del predominio mexica.

La complejidad de Mesoamérica

A la llegada de los españoles había una gran diversidad social y cultural en los territorios que habrían de constituir el México actual. La distinción fundamental era la que separaba a los pueblos civilizados de la zona cultural que llamamos Mesoamérica, de los pueblos cazadores y recolectores de la mayor parte del Bajío y el Norte de México. Esos recolectores desaparecieron poco después de la Conquista, aunque en las regiones más remotas del Norte la expansión de la Nueva España fue tardía. Estas sociedades aborígenes contribuyeron poco o nada a la formación de la moderna nación mexicana, si bien la existencia de una muy baja densidad de población en las regiones que ocupaban fue un factor importante para determinar el tipo de sociedad que se formó en ellas al desarrollarse nuevos recursos como la minería y la ganadería. La zona mesoamericana fue la que atrajo la conquista y la colonización españolas y por lo tanto constituye el antecedente indígena primordial para la formación de esa nacionalidad. Estaba poblada por sociedades que, mediante un largo proceso de desarrollo, habían alcanzado desde unos dos mil años antes de la Conquista el nivel llamado generalmente civilización, es decir, un tipo de cultura caracterizado por un sistema de producción con cultivos intensivos y artesanías desarrolladas, capaz de mantener un población numerosa en la que existía una división del trabajo que incluía la distinción entre ciudad y campo, entre un grupo de trabajadores dedicados principalmente a la producción de bienes materiales y otros dedicados a la distribución y el gobierno; una sociedad que podía producir refinamientos culturales como un sistema de mantener registros, si bien no fuera

escritura albafética, un calendario sumamente elaborado, edificios monumentales, artes primorosas y una religión muy compleja que demandaba la participación de sacerdotes especializados. Esta civilización comprendía una zona central, al sur de los ríos Pánuco y Lerma, que se extendía hasta la república de El Salvador. En esta región se encontraban los máximos refinamientos culturales de la tradición mesoamericana, como grandes construcciones, esculturas en piedra y códices pictóricos. Hacia el noroeste, hasta Sinaloa, y hacia el sureste, hasta Nicaragua y la península de Nicoya, había extensiones de la tradición mesoamericana, pero más sencillas, que no incluían los refinamientos culturales y la complejidad social de la zona central. Este nivel más sencillo de cultura mesoamericana se encontraba también en algunos enclaves dentro de la zona central, en lugares que por su aislamiento y menor potencial ecológico no constituían centros de desarrollo cultural. Eran regiones de refugio para pueblos que participaban de manera marginal en el desarrollo de los principales centros de cultura mesoamericana; zonas como la costa de Michoacán o algunas partes montañosas de Oaxaca, mismas que hasta hoy han estado al margen de los principales cambios sociales y culturales del país.

Mesoamérica se caracterizaba —la actual población indígena todavía manifiesta los mismos rasgos— por una gran diversidad lingüística y por la fragmentación de unidades sociopolíticas de reducida extensión geográfica. La complejidad lingüística es una de las más grandes del mundo: no solamente había un gran número de idiomas sino que pertenecían a familias lingüísticas muy disímiles. Una de las más importantes era la yutoazteca, que comprendía varios idiomas del occidente y el idioma nahuatl o azteca, con sus dialectos pipil y nicarao, hablados en Centroamérica. Esta familia incluye también idiomas de grupos lejanos en el suroeste de Estados Unidos. Otras en cambio, comprendían idiomas hablados casi exclusivamente por pueblos mesoamericanos. El maya de Yucatán con el huaxteco y con los idiomas de los altos de Chiapas y de Guatemala formaban la familia mayense, a su vez conectada con el totonaco y con el mixe y el zoque de la región ístmica, para formar un tronco lingüístico mayor, llamado macromayense. En el centro de México el otomí con el mazahua y el matlatzinca formaban una familia, que los lingüistas han denominado otomangue, junto con dos idiomas más



Pueblos y lenguas de Mesoamérica

remotos, el chiapaneco de la región de Chiapa de Corzo y el mangue de Nicaragua. Esta familia está relacionada a su vez con varias otras que comprenden la mayor parte de los idiomas de Oaxaca, principalmente el mixteco y el zapoteco, y forman todas un tronco denominado macrootomangue. Otro idioma importante era el tarasco de Michoacán, sin parientes lingüísticos cercanos. De menor relieve, hablados por pueblos marginales, eran el cuitlateco y el tlapaneco de Guerrero, y el chontal de Oaxaca, éstos dos últimos relacionados con los idiomas hokanos de Norteamérica. Además, había muchos otros idiomas de distribución geográfica reducida que se dejaron de hablar, remplazados generalmente por el nahuatl, durante la Colonia, y de los cuales no se sabe sino su nombre. Dentro de esta complejidad lingüística había unos pocos idiomas que dominaban las zonas de mayor importancia cultural y social: el tarasco, el mixteco, el zapoteco, el maya y sobre todo el nahuatl, idioma materno de la mayor parte de la población de los valles centrales, y lengua franca de muchas otras regiones. Junto con la gran diversidad lingüística las unidades sociopolíticas básicas eran de extensión restringida. Las unidades políticas de mayor extensión estaban poco centralizadas e incluían poblaciones de distintas filiaciones culturales y aun lingüísticas. Sin embargo, había una red compleja de relaciones entre las distintas entidades políticas definidas mediante alianzas militares, comercio, peregrinaciones religiosas e incluso la manera de hacer la guerra, que convertían la mayor parte de Mesoamérica en un sistema social efectivo a pesar de no tener unidad política.

Dentro de esta gran diversidad regional, en la época de la Conquista había una clara relación entre el potencial ecológico de las distintas regiones y el desarrollo demográfico, cultural y político alcanzado por cada una de ellas. La zona de cultivo de roza de Yucatán y el Petén, donde en periodos anteriores floreció la civilización maya, estaba en decadencia demográfica y cultural. Dividíase la península de Yucatán en varios señoríos independientes, en guerra los unos con los otros, donde no se construía ya nada que rivalizara con los monumentos de épocas anteriores. El centro cultural, político y militar de Mesoamérica estaba sin duda en los valles centrales del altiplano mexicano, y esta localización estaba claramente ligada a los mejores recursos naturales: en lo fundamental los cultivos de tipo permanente con riego; sobre

todo las terracerías y chinampas del Valle de México, pero también las zonas de riego de Morelos y Cholula. Ésta era la zona de concentración urbana donde estaban situados los centros políticos y militares que aliados formaban el imperio azteca.

Pueblos y tradiciones históricas

Las tradiciones históricas sobre las épocas más antiguas se refieren principalmente a los toltecas, un pueblo que alcanzó un gran florecimiento en la ciudad de Tula, seguido por su decadencia y dispersión. Con ellos se relacionaban de una u otra manera la mayor parte de los pueblos de Mesoamérica que encontraron los españoles. Aunque estas tradiciones están mezcladas con la mitología y hay problemas en la localización de los lugares mencionados y la cronología de los sucesos narrados en las crónicas, es indudable que en torno a los toltecas ya es posible coordinar los datos de la historia con los de la arqueología. La Tula, capital tolteca, se puede identificar con la ciudad arqueológica de Tula en el Estado de Hidalgo, y las tradiciones históricas de los pueblos mayenses de Yucatán y Guatemala, que hablan de influencias de pueblos y de elementos culturales del centro de México, se confirman claramente en las semejanzas que ha revelado la arqueología entre Chichén Itzá y Tula.

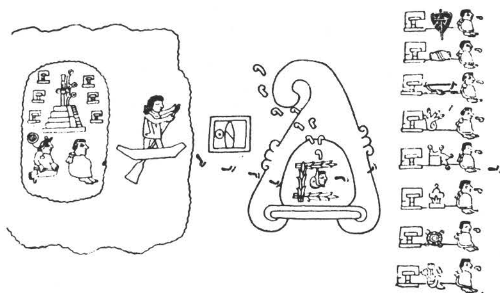
Las tradiciones indígenas describen pueblos de distintos antecedentes culturales cuyas migraciones y transformaciones culturales constituyen el proceso principal en la historia social y cultural del centro de México. Los pueblos más antiguos mencionados en las crónicas reciben entre otros el nombre de olmecas y representan una tradición cultural de raigambre netamente mesoamericana. Se mencionan pueblos de este tipo como la población original de Cholula y Chalco, de donde fueron desplazados por pobladores más tardíos, pero no hay crónicas detalladas de sus historias. Probablemente son los mismos que según una tradición recogida por Sahagún poblaron el altiplano mexicano procedentes de Pánuco, adonde habían llegado por mar. También según esta tradición de Sahagún los pueblos nahuas del centro de México se extendieron hacia el norte para fundar Tula y alcanzar territorios de los pueblos cazadores y recolectores, a los cuales influyeron culturalmente y han de haber incluido en las

unidades políticas que establecieron. Esta expansión de los pueblos mesoamericanos hacia el norte se comprueba con el material arqueológico que indica que durante el posclásico la cultura mesomericana abarcaba el Bajío, y su extensión era por tanto mayor que la que tenía en la época de la Conquista.

Por razones que ni la arqueología ni las tradiciones históricas permiten analizar, hubo un retraimiento de la frontera mesoamericana hacia el sur iniciado poco más de tres siglos antes de la Conquista, que provocó la vuelta hacia los valles centrales, y aun a regiones más meridionales, de los pueblos que habían ido a poblar las zonas norteñas de Mesoamérica. Junto con ellos, o inmediatamente después, entraron también a los valles centrales grupos de raigambre cazadora, si bien ya influidos por los mesoamericanos. Estos distintos tipos de pueblos fueron los principales actores en la historia de México tal como se conocía en el siglo XVI. Fundamentalmente las historias indígenas tratan de las migraciones de estos pueblos, su asentamiento definitivo en nuevas regiones de los valles de México y Puebla, la interacción cultural y social entre los pueblos de distintas tradiciones culturales, y el crecimiento de nuevas unidades políticas más estables que culminaron con la formación del imperio azteca.

Con los términos tolteca y chichimeca se suelen describir los distintos pobladores. La palabra tolteca define primordialmente a la gente de Tula, pero también se aplica a todos los pueblos de tipo cultural semejante, probablemente partícipes en un posible imperio encabezado por Tula; es decir, a los pueblos de antecedentes mesoamericanos antes establecidos en la extensión norteña de Mesoamérica donde se habían mezclado con la población local de cultura menos compleja. El término chichimeca se aplica a los pueblos de cultura cazadora en contraste con los toltecas mesoamericanos; pero también se puede aplicar, en contraste con la población más antigua como los olmecas antes mencionados, a los mismos toltecas que se habían relacionado con los chichimecas y de cuyo territorio se desplazaron hacia el sur. De este modo, Ixtlilxochitl clasifica a los pobladores del Valle de México como toltecas que habían permanecido en la región después de la decadencia de Tula, o como inmigrantes de ascendente tolteca, o como chichimecas de cultura cazadora. Las tradiciones históricas de Cholula hablan de una población original a la que llaman olmeca, a cuyo territorio llegan desde Tula los tolteca-chichi-

mecas de cultura mesoamericana que más tarde llaman en su ayuda, como auxiliares guerreros, a los genuinos chichimecas de cultura cazadora. Aunque los grupos de cultura chichimeca acabaron convirtiéndose a la cultura mesoamericana, continuaron llamándose chichimecas, nombre prestigioso por denotar el origen de los conquistadores que establecieron varios de los linajes reinantes en los señoríos del altiplano. De todos estos pueblos inmigrantes, tal vez los más importantes sean los colhuas, que se establecieron en Colhuacan, donde representan la continuidad de la tradición tolteca, y los



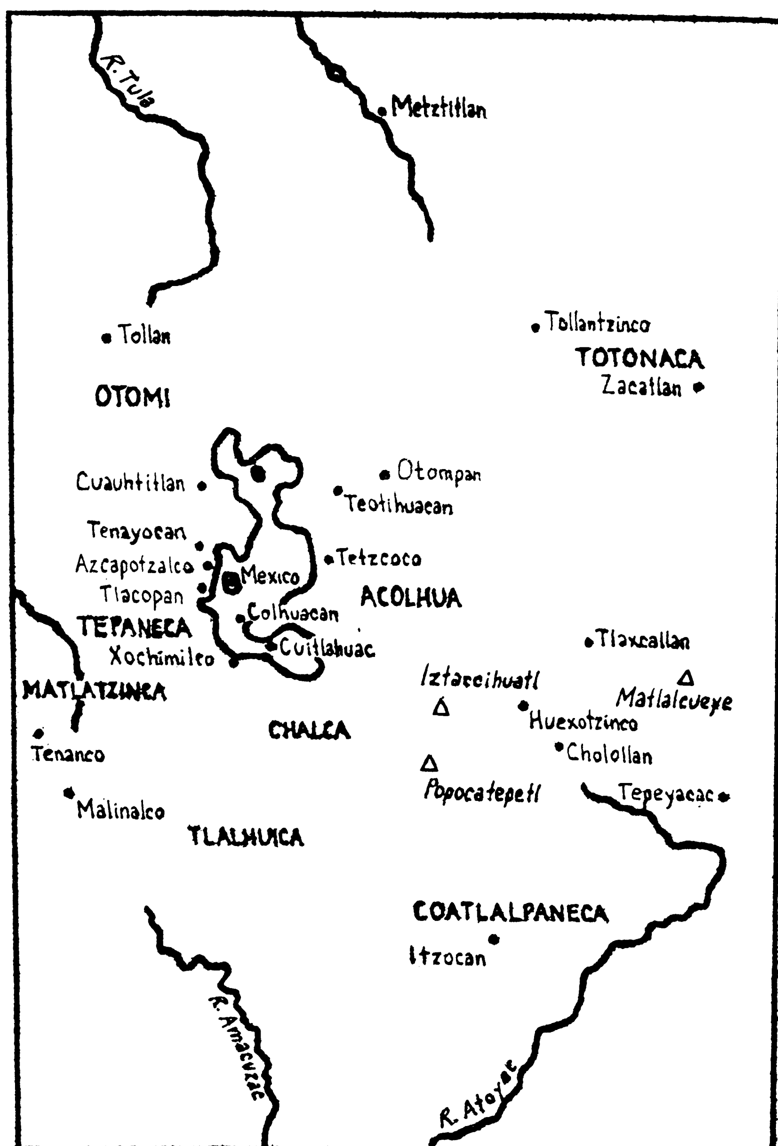
Viaje de Aztlan a Tecolhuacan. *Tira de la peregrinación*

recién mencionados tolteca-chichimecas, asentados en Cholula. Otros de origen también tolteca o tolteca mezclado con chichimeca son los tepanecas que poblaron el suroeste del Valle en Azcapotzalco, los otomíes que fundaron un reino en Xaltocan, los acolhuas que ocuparon Coatlichan y el este del valle, y muy especialmente los mexica, de importancia menor al principio pero que se impusieron finalmente como el pueblo dominante.

En el Valle de México, los pobladores chichimecas más importantes fueron los chichimecas de Xolotl, llamados así según el nombre del caudillo que los guió a poblar en la parte central y oriental del Valle; en la zona de Chalco se establecieron los totolimpaneca. En la región de Puebla, los chichimecas traídos por los tolteca-chichimecas de Cholula dieron origen a los linajes dominantes de todos los señoríos de los alrededores de Cholula: Totomihuacan, Cuauhtinchan, Tlaxcala y Huexotzinco. Todos estos pueblos chichimecas se establecieron como grupos políticamen-

te importantes debido a sus actividades militares. Ha intrigado a varios investigadores cómo pueblos de base material y demográfica tan endeble como la que depende de la caza y la recolección pudieron conquistar, según pretenden algunas crónicas e historiadores modernos, grandes extensiones de pueblos más numerosos y avanzados. Según se verá después, en el antiguo México distintos grupos étnicos se especializaban en el desempeño de funciones distintas dentro de la organización política. Es probable que el reino o reinos toltecas de la periferia mesoamericana hubieran tenido auxiliares militares chichimecas de la misma manera que más tarde los tuvieron los tarascos en la región de Acámbaro, o que los tlaxcaltecas tenían en sus fronteras a otomíes encargados de la defensa contra los aztecas. Estos chichimecas especializados en dar servicio militar a grupos toltecas bien pueden haber entrado a Mesoamérica al mismo tiempo que los toltecas de la dispersión y haber logrado establecerse como los linajes conquistadores en las regiones ocupadas. Por eso es especialmente importante la tradición cholulteca que claramente explica la llegada de chichimecas como auxiliares militares traídos por los tolteca-chichimecas. Sabemos que en todos los señoríos que fueron gobernados por linajes chichimecas también había otros pobladores de cultura más avanzada, y nada hace suponer que la mayoría de la población fuera chichimeca; al contrario, debió ser el resto de la población conquistada más antigua o pobladores más tardíos de cultura tolteca.

Las principales unidades políticas establecidas a consecuencia de estos movimientos de pueblos fueron al principio Colhuacan, que parece haber dominado gran parte de la región meridional del Valle; Azcapotzalco, cabeza de los tepanecas en el oeste y Coatlichan, capital de los acolhuas en el este. Estos tres reinos estuvieron en cierto tiempo aliados en forma que puede haber constituido un antecedente del imperio azteca. Los mexicas llegaron a formar parte de este sistema como uno de los señoríos dependientes, primero de Colhuacan y después de Azcapotzalco. Esta última ciudad se convirtió en la más importante del Valle durante el reinado de Tezozomoc a fines del siglo XIV y principios del XV, mientras que Colhuacan perdió su importancia convirtiéndose en una dependencia de México, cuyo linaje reinante se derivó de los soberanos colhuas. Gran parte de la población de Colhuacan se dispersó y fue a reforzar la población de tipo tolteca en los reinos estable-



Localidades y grupos étnicos del México central

cidos por los chichimecas en Tetzcoco y Cuauhtitlan. A la muerte de Tezozómoc de Azcapotzalco logró el dominio entre los tepanecas su hijo Maxtla, rey de Coyoacán, el cual trató de someter a su dominio directo a los mexicanos. Éstos, junto con los tetzcocanos, que habían sido sojuzgados durante el reinado de Tezozomoc, de-



Dos etapas de la migración de los mexica. *Tira de la peregrinación*

rrotaron a los tepanecas y formaron hacia 1428 la alianza que se llama *imperio azteca,* en la cual las partes principales fueron México y Tetzcoco, con los tepanecas reducidos a un papel menor, ahora bajo el rey de Tlacopan. En la región poblana, la principal entidad política fue la de los tolteca-chichimecas en Cholula, que parece haber ejercido cierta supremacía sobre los señoríos chichimecas establecidos en su contorno. Éstos, sin embargo, cobraron mayor importancia, sobre todo Huexotzinco, que en cierto momento estuvo aliado con Tezozomoc de Azcapotzalco. Al formarse el imperio azteca la región poblana le resistió más tiempo que otras partes del centro de México. Huexotzinco fue sometido pocos años antes de la llegada de los españoles y Tlaxcala siempre mantuvo su independencia. Entonces, a la llegada de Cortés, el centro de México incluía una gran diversidad de pueblos con distintos antecedentes culturales y que no habían logrado su unificación política ni cultural. Sin embargo, los componentes de la población de cada uno de los señoríos eran básicamente semejantes y la región en su totalidad se puede tomar como una unidad desde el punto de vista de sus componentes culturales y sus instituciones sociales.

Al describir la sociedad del México antiguo se toma el centro de

México en su conjunto y se hace abstracción de las transformaciones sociales ocurridas en el periodo que aquí se abarca. Ha sido frecuente realzar la magnitud de la transformación social de los mexicanos presentándola como una evolución de tribu a estado imperial; pero esta interpretación es en lo fundamental falsa. Si se considera toda la región del centro, o incluso únicamente el Valle, el rasgo principal a través de todos los tiempos es la convivencia de grupos étnicos y políticos diferentes, que formaban una unidad social a pesar de sus distinciones culturales y la fragmentación política. En todo tiempo hubo reinos y ciudades, así como aldeas campesinas y grupos étnicos sometidos sin linajes reales propios. Los mexicanos aparecen en sus comienzos según las tradiciones históricas como un pueblo de poca importancia política aunque con cultura de tipo mesoamericano; pero en el mismo tiempo había otros pueblos que dominaban los centros de complejidad social y de mayor integración política. La ciudad de México no existió como una gran capital de un imperio sino en el último siglo antes de la Conquista española; pero antes habían existido otras ciudades como Colhuacan y Azcapotzalco, que si bien pueden no haber alcanzado la magnitud de México-Tenochtitlan, representaban el mismo tipo de organización. El análisis de las transformaciones sociales del pueblo mexica se puede comprender únicamente relacionándolo con las transformaciones de todos los demás pueblos del Valle, empresa que no cabe dentro de los límites de este libro. Aquí se presenta un cuadro de la antigua sociedad mexicana que muestra la integración y la interdependencia de sus instituciones, dando menor importancia a los conflictos y a los cambios sociales a través de su historia. Esto no quiere decir que no hubiera conflictos, pero ha parecido conveniente concentrarse en los rasgos generales que marcaron la existencia de la sociedad mesoamericana por varios siglos, aparentemente sin cambios fundamentales en su organización. Los conflictos que registra la historia social de Mesoamérica parecen ser principalmente entre regiones y grupos étnicos distintos, cada uno con tipos de organización diferentes pero mutuamente adaptados a la convivencia. Sólo en pequeña medida se puede pensar en conflictos del tipo "lucha de clases" que apuntaran a una transformación radical de la sociedad.

La cultura y la sociedad del centro de México es típica de Mesoamérica en general; es la mejor conocida de todas y era además la que había logrado abarcar en grados variables de dominio la

mayor parte del territorio que hoy es la mitad sur de la República Mexicana. La Conquista española se efectuó logrando la captura de los centros claves del imperio azteca, y la Colonia comenzó mediante la integración al imperio español de pueblos que bajo el imperio azteca ya estaban organizados bajo formas de dominio y tributación que los nuevos conquistadores pudieron utilizar.

La agricultura

La base material de la civilización mesoamericana era principalmente la agricultura. Los animales domésticos —el guajolote y el perro— fueron de importancia sumamente limitada, pero había, en cambio, una inmensa variedad de plantas cultivadas que satisfacían diversas necesidades alimenticias y proporcionaban materias primas para las artesanías.

De las plantas más importantes —maíz, frijol y chile— se cultivaba un buen número de variedades adaptadas a las distintas condiciones ambientales, de modo que prácticamente todas las regiones podían producir los alimentos básicos. El conjunto de estas tres plantas proporciona una dieta equilibrada. Otras plantas de cultivo, más exigentes, como cacao, algodón y varios frutales, tenían una distribución más apegada a condiciones ambientales determinadas, de manera que también había una especialización bien definida de distintas regiones en el cultivo de las plantas más apropiadas al ambiente local. Las técnicas de cultivo también eran muy diversas y adaptadas a los distintos ambientes, desde las rozas de las regiones boscosas —tanto en la selva tropical como en los montes fríos de las sierras— hasta el cultivo permanente con riego en los llanos o en las terrazas de las laderas, y las chinampas de las ciénegas y orillas de los lagos. Otra planta importante que se suele mencionar entre las fundamentales en todos los sistemas agrícolas americanos es la calabaza, de la cual hay distintas variedades; además de aportar como alimento la pulpa, las semillas y la flor, se puede utilizar para hacer vasijas. El chayote suministra tanto el fruto como la raíz. Como verduras se cultivaban, además, el jitomate, el miltomate, el huauhzontli y varias hierbas como el epazote. Entre las semillas era muy importante el huauhtli o alegría, especialmente en las tierras frías; se usaba para hacer una masa, el tzoalli, que como la del maíz se preparaba en forma de tamales

y atoles. La chía, a más de prepararse como harina (chianpinolli), daba un aceite usado para los pigmentos. Como tubérculos y raíces se cultivaban el camote, el guacamote (mandioca dulce) y la jícama. Había también gran cantidad de frutales: aguacate, chirimoya, mamey, distintos tipos de zapotes, capulín, tejocote, jocote (también llamado ciruela o jobo), guayaba, nanche, y las vainas de varios árboles: guamúchil, guaje (leucaena) y cuajiniquil. Una planta de uso típicamente mesoamericano era el cacao, de cultivo restringido geográficamente a zonas calientes y húmedas, pero que antiguamente tenía una difusión mucho mayor que hoy debido al uso de riego en regiones áridas como la cuenca del Balsas. La vainilla para perfumar la bebida de cacao es el fruto de una orquídea cultivada en la selva tropical. Conocidas, aunque de importancia limitada, eran dos plantas mucho más comunes hoy en México: el cacahuate (tlalcacauatl) y la piña (matzatli).

Entre las plantas de uso industrial, además de la fibra del maguey, era muy importante el cultivo del algodón, generalmente a base de riego, en las tierras templadas. Entre los colorantes sobresalían el xiuhquilitl o añil y el achiote, este último usado también como condimento. Para hacer vasijas se usaban además del calabazo (cucurbita), los frutos del guaje (lagenaria) y el jícaro (crescentia).

Característicos de Mesoamérica, especialmente del altiplano central, son el maguey y el nopal. Cultivaban distintas variedades de maguey para extraer el aguamiel, que fermentado se convierte en pulque y cocido adquiere la consistencia más espesa de la miel. El corazón, tallo (quiote) y pencas, asados bajo tierra dan un alimento dulce, el mezcal, que después de la conquista se empezó a usar como base de la bebida destilada del mismo nombre. Además la fibra del maguey, el ichtli, tenía un valor importantísimo para la cordelería y para hacer telas de vestir en regiones frías donde no se podía cultivar el algodón. Los quiotes y pencas servían también para la construcción de chozas, y las espinas como agujas. Del nopal se usaban las pencas tiernas como verdura y las tunas como fruta. Además en el nopal crece la cochinilla, que da un colorante de importancia. El maguey y el nopal se cultivaban cuidadosamente para su explotación más intensiva. También se plantaban como cercas que limitaban bancales y campos de cultivo o los patios de las moradas familiares. Igualmente se usaba para cercados otra cactácea, la pitahaya, que da un fruto semejante a la tuna. Además

se usaban los productos de plantas silvestres semejantes. También se utilizaban árboles como el amate, de cuya corteza se hacía papel, los ahuejotes, que se plantaban para consolidar los bordes de las chinampas, y la madre del cacao, que se plantaba para dar la sombra necesaria al cultivo del cacao.

Mención aparte merecen las plantas estimulantes y alucinantes de uso medicinal y religioso. El tabaco, la más importante, se utilizaba para fumar o mezclado con cal. Para provocar visiones se usaba el ololiuhqui, así como plantas silvestres: el peyote y los hongos alucinantes (teonanacatl).

La recolección de plantas silvestres, la caza y la pesca también tenían importancia, y aportaban recursos distintos en diferentes regiones. De mayor valía era la caza de aves como patos y codornices, de conejos y de venados, y la recolección de tunas, pitahayas, y mezquite en las regiones más secas. Se recogía la miel silvestre; se extraía la resina de pino en los montes fríos; el copal, goma aromática de ciertos árboles, en las tierras secas templadas; el hule y el chicle (tzictli) en la selva tropical. La pesca se practicaba en los ríos y en las lagunas de la cuenca de México. Las plumas de aves se usaban en tocados y para adornar telas y cestos; especialmente valiosas eran las de quetzal traídas de Guatemala y Chiapas. El pelo de conejo (tochomite) se usaba también en tejidos. La piel de venado era la más abundante; la de tigre se usaba en atavíos de lujo.

Los animales domésticos de Mesoamérica usados como alimentos eran el guajolote y el perro. Criaban también una variedad de pato cuyas plumas se usaban en el arte plumaria. Se pueden considerar también como domésticos cierto tipo de abejas importantes en regiones cálidas y la ya mencionada cochinilla.

Si como domesticador de plantas el hombre mesoamericano alcanzó logros comparables a los de cualquier gran civilización, otros aspectos de la tecnología mesoamericana estaban menos desarrollados que los correspondientes del Viejo Mundo. No había grandes cuadrúpedos domésticos, de modo que no se podía contar con la aportación que estos animales dan al cultivo como bestias de tiro para el arado y como fuente de abono. Había animales domésticos —guajolote y perro— que suministraban carne, pero ninguno que pudiera dar leche o pieles en abundancia. Otro recurso técnico que faltaba era la rueda, con sus variados usos en el transporte y en máquinas como poleas, tornos, molinos o ruecas. Igualmente los me-

tales conocidos —oro, plata y cobre— se usaban principalmente para hacer adornos. El útil de metal más importante era el hacha de cobre para el desmonte y el trabajo de la madera. Las técnicas mesoamericanas hacían uso todavía fundamental de la piedra —pedernal y obsidiana— para instrumentos y armas cortantes. La coa (huictli), una combinación de pala y bastón sembrador, era generalmente de madera; como instrumentos perforantes se usaban agujas de espina de maguey y punzones de hueso.

Esta simplicidad técnica por más que haga resaltar la magnitud de los adelantos agrícolas, no dejaba de presentar problemas debidos a la carencia de fuentes de energía distintas al trabajo humano y de máquinas para la multiplicación y transmisión de la energía. El sistema productivo mesoamericano empleaba el trabajo humano en masa: la cooperación simple de gran número de trabajadores en todas las obras de construcción y transporte que requerían gran cantidad de energía. Por otra parte, usaban el trabajo muy calificado en las líneas más especializadas de la producción agrícola y artesanal. Los mayores logros de la agricultura se basan en el trabajo tanto calificado como intensivo de los cultivos, especialmente en los de riego y chinampa. Es general la selección cuidadosa de la semilla y la preparación de la misma, "curándola" para protegerla de los bichos e incluso haciéndola germinar antes de sembrarla; la siembra en hoyos abiertos separadamente para cada pequeño número de semillas; la resiembra de los campos de cultivo si después de las primeras aguas no nacía suficiente número de plantas; el cuidado individual de cada mata de maíz aporcándola y escardándola cuidadosamente para conservarle la humedad y protegerla contra los hierbajos. En cultivos más intensivos se usaban además almácigos para la germinación, trasplantados después a los campos de cultivo permanente —uso general en el cultivo del chile y el cacao. Como fertilizantes se usaban el limo del agua de riego y el lodo del fondo de las acequias que rodeaban las chinampas. El rastrojo, inútil como forraje dada la falta de ganado, se quemaba para abonar los campos.

El trabajo de las tejedoras y de los artesanos especializados en la talla de piedra y madera, el arte plumario y la orfebrería requería también mano de obra muy especializada y diestra en el uso de un instrumental sencillo. Las grandes obras arquitectónicas, pirámides y templos, logros imperecederos de esta civilización, muestran la combinación típica de la técnica mesoamericana: la fuerza

bruta para la acumulación de los materiales de las pirámides mediante la cooperación simple de masas de trabajadores, aunada a la técnica muy refinida de especialistas calificados que esculpían la piedra, tallaban la madera y pintaban los murales, sin olvidar el trabajo igualmente calificado necesario para la planeción, tanto en los aspectos técnicos de la arquitectura como en la coordinación de los recursos humanos, las masas de trabajadores y artesanos que aportaban cada uno su parte a la obra total.

El predominio del centro de México en los aspectos políticos y militares se basaba en la mayor concentración de recursos naturales y en su aprovechamiento. Las buenas extensiones llanas de la Mesa Central con tierras de más potencial para el cultivo permanente que los suelos de las tierras bajas del trópico, eran la base natural para el cultivo de riego y chinampa. Los centros culturales de la Mesa Central estaban en las regiones de mayor productividad agrícola. La zona más importante de riego en el valle poblano era sede de la metrópoli religiosa, artesanal y comercial de Cholula. Las regiones más importantes de Morelos, como las llamadas Amilpas, literalmente "milpas de riego", se basaban en el cultivo intensivo, y producían grandes cantidades de algodón para las tierras más altas de la cuenca de México, donde el clima frío no permitía ese cultivo. En la cuenca de México se localizaba la mayor, si no única, extensión de cultivo de chinampas, el cultivo más intensivo de todas las técnicas mesoamericanas. Las chinampas, que todavía existen en la región de Xochimilco, son campos de cultivo obtenidos de terrenos pantanosos en los que se abren acequias extrayendo lodo que se acumula para formar las chinampas, que quedan a suficiente altura sobre el nivel del agua para estar en seco y permitir el cultivo. La humedad del subsuelo o el riego a mano hacen posible el cultivo constante aun en temporada de secas. La fertilidad de las chinampas se mantiene permanente con el uso de fertilizantes como el lodo y la vegetación de las acequias, cuya extracción es además necesaria para mantenerlas como vías de navegación. Las chinampas se consolidan plantando árboles en sus bordes, los ahuejotes, cuyas raíces afirman el subsuelo. Las lagunas de la cuenca de México ofrecían además a las ciudades y huertas asentadas a sus orillas un medio de fácil comunicación por canoa, especialmente importante ya que el único otro medio de transporte era a lomo de hombre. A la mayor productividad local y concentración de población en la cuenca se añadía así esta

comunicación que facilitaba el intercambio y la concentración de productos en las ciudades.

Pero las lagunas también presentaban problemas a los grupos que trataban de explotar sus recursos. La cuenca no tenía desagüe al mar; el nivel de los lagos estaba sujeto a fluctuaciones estacionales que en años muy lluviosos provocaban extensas inundaciones, dada la poca profundidad de las lagunas. Además, el lago más bajo, el de Tetzcoco, que era de agua salobre, al subir de nivel podía rebosar sus aguas hacia la zona chinampera de la laguna de México. Todo esto demandaba la construcción de obras protectoras contra las inundaciones. La zona en que se asentó México Tenochtitlan, al oeste del lago de Tetzcoco, se desarrolló como zona chinampera y de gran población merced a calzadas, con puentes para permitir el paso de canoas, que servían como vías de comunicación a pie, y a las albarradas que la protegían contra las inundaciones del agua salobre de Tetzcoco. La obra más importante desde este punto de vista fue el llamado albarradón de Nezahualcoyotl, que desde la orilla norte de la laguna al pie de la sierra de Guadalupe hasta la meridional un poco al oriente de Iztapalapa, separaba la laguna de México con sus ciudades y chinampas de las aguas salobres del lago de Tetzcoco. La ciudad de México, asentada dentro de la laguna, necesitaba además acueductos que trajeran agua potable desde los manantiales de la tierra firme. El gran potencial productivo de esta zona chinampera y la concentración de población en ciudades lacustres también se logró con la combinación del trabajo experto de los planeadores de obras hidráulicas y la necesidad constante de grandes masas de trabajadores. La magnitud y extensión de las obras requería una organización central que coordinara el trabajo, controlara todas las regiones afectadas por las obras y dispusiera del poder para reclutar masas de trabajadores. No es casualidad que las construcciones más ambiciosas fueran realizadas como empresas organizadas por el estado en los tiempos de centralización y poderío de Tenochtitlan y que las obras fueran dirigidas por altos personajes del imperio.

A base de todo esto se ha aplicado a Mesoamérica el modelo del "modo de producción asiático", sugerido por Marx como uno de los modos de producción precapitalistas, y que ha sido desarrollado por Wittfogel, quien también le aplica el nombre de sociedad hidráulica. Es típico de este modo de producción que la eco-

nomía está dirigida por el estado que organiza y controla la producción y que se apropia el excedente económico determinando políticamente las líneas fundamentales de la distribución. Su rasgo característico en los medios materiales de producción es la existencia de grandes obras hidráulicas realizables sólo por el estado y que ponen a éste necesariamente en control de un recurso clave para la producción. Indudablemente el riego era esencial para la agricultura intensiva de las zonas claves de la Mesa Central. Explica la gran productividad agrícola y la existencia de la civilización. También está claro que Tenochtitlan, la ciudad que logró mayor centralización interna y mayor extensión en sus dominios, estaba situada en la zona donde se realizaron las obras hidráulicas más avanzadas. Todavía no se conoce en detalle la historia de las obras hidráulicas en la cuenca de México. Parece que las zonas norte y sur de la cuenca desde donde fluyen las aguas a la laguna de Tetzcoco fueron explotadas mediante sistemas de riego y de chinampas regionales desde antes de las construcciones más extensas del periodo mexica y que no requerían la existencia de obras más allá del ámbito regional. Al desarrollarse, con la hegemonía de México, las obras en la parte occidental y de más bajo nivel de la laguna central, se ganó para el cultivo una gran extensión y se creó la necesidad de obras de mayor envergadura como el albarradón de Nezahualcoyotl. La localización de México en la parte más baja de la cuenca expuso a los mexicanos al peligro de las aguas que bajaban de los lagos del norte y del sur. Los mexica controlaban políticamente las entradas a la laguna central por su dominio del reino de Ecatepec, en el lugar donde entra al lago de Tetzcoco el desagüe de la parte norte de la cuenca, y los de Huitzilopochco, Mexicaltzinco, Colhuacan e Itztapalapan, situados en el paso de la laguna de Xochimilco a la de México, pero no está claro si habían llegado a construir obras que controlaran efectivamente las aguas de estas otras lagunas combinando todo el sistema lacustre en un complejo único regulado artificialmente por una autoridad central. Desde luego los dominios de los mexicanos y sus aliados tenían una extensión más amplia que la de cualquier zona de riego, y el control económico y político era bastante fragmentario. Por esto Wittfogel define las obras hidráulicas del México antiguo como de tipo disperso, caracterizado por la existencia de varias zonas de riego inconexas y geográficamente separadas, incluyendo además la zona agrícola regiones con cultivos de tem-

poral. Las obras de riego y de control hidráulico son elementos de la técnica que contribuyen a explicar la gran productividad agrícola y el control político de la economía, rasgo que, como se verá, es básico en la estructura social; pero claro está que no se pueden tomar como determinante único en el análisis de la organización económica y política del México antiguo.

Los datos arqueológicos demuestran que en lo fundamental la tecnología recién esbozada había ya caracterizado la cultura mesoamericana desde sus periodos constituyentes. En épocas posteriores hubo sólo cambios relativamente pequeños, como el comienzo del uso de metales, que data del periodo posclásico o tolteca, y probablemente la intensificación de las técnicas de cultivo intensivo, chinampas y obras de defensa contra las inundaciones lacustres que confirmaron a la cuenca de México como la región más importante de la Mesa Central.

La organización social

La organización social del México antiguo se caracteriza por varios rasgos fundamentales que atañen simultáneamente a diferentes aspectos de la sociedad, que conviene hacer resaltar de antemano porque habrá que considerarlos a lo largo de la exposición y porque constituyen en cierto modo una justificación del orden en que se presentan los datos. Hase visto que la base tecnológica en tiempos de la Conquista era una continuación de la alcanzada desde mucho tiempo atrás. Es de pensar, por lo tanto, que la naturaleza de la sociedad tal como la conocemos del periodo propiamente histórico, para el cual hay ya informes directos acerca de las instituciones sociales y la ideología, era también en sus rasgos generales la característica de los horizontes anteriores en el desarrollo de Mesoamérica.

La base material era ampliamente suficiente para sostener una sociedad populosa y compleja, con una división social del trabajo que incluía tanto especialización en distintas actividades productivas como estratificación social; es decir, una distribución desigual del poder económico y político entre los distintos sectores sociales, que establecía una diferenciación en cuanto a los derechos a los medios de producción y al control de los órganos de gobierno. Sin embargo, la división social del trabajo presenta varios rasgos de

tipo relativamente primitivo y característicos de las altas culturas arcaicas en las primeras etapas del desarrollo de la civilización.

La especialización en distintas ramas de la producción estaba relativamente poco desarrollada. La familia campesina producía no únicamente sus alimentos mediante el cultivo, sino que también atendía a sus necesidades con otras actividades, como el tejido a cargo de las mujeres, y la construcción de la casa familiar. Las actividades más especializadas se concentraban en la producción de artículos de lujo para los sectores superiores de la sociedad. La división del trabajo en gran parte era parcial y temporera: la especialización comprendía únicamente parte de las actividades del especialista, y las distintas actividades se ejercían en tiempos distintos. En lo económico, esto quiere decir que parte de los artesanos eran al mismo tiempo labradores que dedicaban sólo parte de su tiempo a la actividad artesanal. En lo político había una especialización temporal en las actividades militares, ceremoniales y gubernamentales. Los funcionarios menores, por ejemplo, se turnaban en el desempeño de sus funciones como mandones de los solteros del común o de los sacerdotes que cuidaban los templos; los funcionarios superiores desempeñaban además actividades militares y religiosas.

A pesar de la existencia de mercados y de bienes, como cacaos y mantas, que se usaban como medios generalizados de pago, la economía del México antiguo era básicamente una economía natural, es decir, se fundaba en el sistema de dar pagos en especie o en trabajo. Se encuentra este procedimiento en el trueque que se practicaba en los mercados, pero lo de mayor importancia era el sistema de prestaciones en especie y trabajo como parte de la relación entre los distintos estamentos. El productor plebeyo contribuía su excedente en forma de productos y de servicios personales. Los señores del estamento dominante cumplían con sus responsabilidades dando pagos en especie y en fuentes de productos, es decir, tierra y trabajadores. Dada la existencia de una economía natural, la acumulación de excedentes requiere organizar separadamente la colección de las prestaciones de cada tipo de producto y la organización de los servicios personales para cada una de las actividades productivas en que se van a emplear. La falta de animales domésticos para el trabajo y de máquinas basadas en la rueda obligaba al uso directo de la energía humana: el sistema productivo requería el trabajo conjunto de masas de trabajadores

dedicados a una misma obra —la cooperación simple— como la única manera de realizar trabajos que exigían el uso de grandes cantidades de energía, muy especialmente en las obras de construcción y en el transporte. Los excedentes de los trabajadores individuales y de los hogares campesinos eran de cantidad limitada y de naturaleza variable. Para acumular grandes excedentes era necesario juntar los pequeños excedentes de un gran número de productores.

Todos estos rasgos requerían el control de grandes masas de productores, bien fuera para extraer los excedentes en especie o para organizar la cooperación para las obras públicas. El hecho de que la especialización fuera de tipo temporal requería también una organización del tiempo: las distintas actividades se tenían que realizar cada una a su tiempo y las variadas tandas de trabajadores necesitaban cada una su tiempo en que prestar su trabajo.

Parte del carácter limitado de la división social del trabajo es lo que puede llamarse "fusión institucional", característica de sociedades primitivas y arcaicas, en las que aparecen combinadas actividades que en sociedades más complejas se desdoblan en instituciones claramente separadas. Las actividades económicas, políticas, militares y ceremoniales estaban íntimamente conectadas en cuanto a las instituciones y el personal que las emprendía. La economía estaba dirigida por el estado; las relaciones económicas en la producción y distribución de bienes se basaban en las relaciones políticas de sujeción y dominio. Parte fundamental del excedente económico se destinaba a obras públicas y a los gastos ceremoniales de las instituciones políticas y religiosas. El militarismo y el ceremonial religioso estaban íntimamente relacionados con el culto guerrero. Los altos personajes del gobierno se dedicaban a actividades tanto civiles como militares y religiosas y dentro de cada uno de estos campos se combinaban los aspectos legislativos y judiciales.

El control político de los medios de producción en condiciones de economía natural se manifestaba de manera muy principal en la asignación, por el soberano, de tierras y de tributarios a instituciones o individuos. El soberano sólo en parte hacía sus pagos en especie con los bienes que obtenía como tributo, o de sus tierras y artesanos. La norma era asignar las fuentes mismas que habían de producir esos bienes, o sea tierra y tributarios, lo cual significaba una cesión de autoridad sobre la gente y una seg-

mentación del territorio, es decir, una descentralización política.

Todas las entidades políticas estaban formadas mediante la integración de distintos segmentos sociales o territoriales. Esto era en parte consecuencia del sistema de asignación de tierras y tributarios que producía nuevos señoríos o parcialidades dentro de una entidad anterior más uniforme. Era asimismo el resultado de la unión parcial de pueblos y territorios originalmente separados, del establecimiento de colonias en nuevas regiones, del poblamiento de grupos extranjeros acogidos para constituir nuevos segmentos, y de la dominación de señoríos extranjeros en distinto grado de sometimiento político y con distintas exigencias para el pago de tributos. Las unidades políticas mayores, como el llamado imperio azteca, eran alianzas fluctuantes, con funciones limitadas, de unidades políticas autónomas y más perdurables, las cuales estaban a su vez subdivididas en segmentos que eran sobre todo señoríos territoriales, aunque también podían estar ligados a poblaciones de origen étnico particular y al desempeño dentro de la organización política de funciones especiales. A base de esta especialización de funciones o de su origen étnico, un grupo dado podía tener lazos especiales con elementos semejantes de otros señoríos, de modo que había un entrecruzamiento de las fronteras étnicas, políticas y económicas que integraba en un conjunto mayor regiones geográficas más amplias que las definidas por las fronteras políticas de un señorío particular. Aunque no hubiera unidad política en la zona nahuatl, como en Mesoamérica por lo general, sí había lo que se podría llamar un derecho internacional con usos bien definidos de cómo mantener relaciones económicas, ceremoniales, y aun de cómo hacer la guerra que establecía una unidad sociocultural más duradera que las unidades políticas formales.

Los segmentos político-territoriales que constituían un señorío estaban conectados con el sistema de estratificación social en tanto que unos grupos podían incluir las familias nobles políticamente dominantes mientras que otros se componían de modo total o preponderante de plebeyos. Pero los segmentos solían estar internamente diferenciados entre nobles y plebeyos de modo que el estamento dominador tomaba la forma de un grupo de jefes que eran los señores naturales de sus súbditos con los cuales estaban ligados mediante lazos étnicos e incluso de parentesco. Las divisiones estamentales estaban en unas ocasiones reforzadas por distincio-

nes étnicas, como en los lugares donde la gente común era otomí y la nobleza de origen nahuatl o nahuatizada; pero los lazos étnicos cortaban a través de las distinciones estamentales, incluso dentro de un mismo señorío, el cual puede aparecer entonces como un concierto de grupos distintos cada uno con sus propios señores. Estos segmentos político-territoriales, con población a menudo de origen étnico particular, son los que se denominan en nahuatl calpulli (plural, calpultin) a veces castellanizado en calpul. Se ha debatido mucho la naturaleza del calpul sobre todo si era o no un clan. De hecho, en nahuatl el término calpulli se aplicaba a los segmentos en que se subdividía la sociedad en sus distintos niveles de organización territorial. Se usa para designar desde las llamadas a veces en español tribus nahuatlacas (mexica, tepaneca, xochimilca, etc.) hasta barrios o aldeas que comprendían un pequeño número de familias. La importancia del factor étnico o de parentesco para definir la pertenencia al grupo era distinta en estos varios casos. Más importante que determinar si la pertenencia al calpul se reglamentaba mediante el parentesco, es determinar la función del calpul dentro de la estructura social. Los calpules eran subdivisiones político-territoriales que funcionaban como unidades corporativas en distintos aspectos —económicos, administrativos, militares y ceremoniales— de la organización social. El aspecto corporativo se manifiesta muy principalmente en los derechos colectivos a la tierra y en la obligación colectiva de desempeñar ciertas funciones sociales.

Los segmentos corporativos —llámense calpules o de otro modo— participaban en la división social del trabajo de diferentes maneras. Podían ser grupos dedicados a actividades diferentes, como distintas artesanías, o el culto de diversos dioses; bien fuera actuando todos al mismo tiempo, cada uno en su tarea como en las artesanías, o bien turnándose para que cada grupo asumiera la responsabilidad de sus distintas actividades cada una a su debido tiempo, como era en parte el uso en la organización del culto a los varios dioses, cada uno de los cuales se celebraba en fechas distintas y por distintos grupos de fieles. El principio de turnos era también muy importante cuando grupos distintos se encargaban de las mismas actividades, asumiendo cada uno la responsabilidad durante una temporada distinta. En la época colonial, cuando se continuó usando el mismo procedimiento en la prestación de servicios, se usaba la expresión "por su rueda y tanda", es decir, los

trabajadores se agrupaban en tandas que se iban rotando de modo que un grupo dado trabajaba nada más un tiempo limitado sin que nunca dejara de haber alguno trabajando. En la sociedad prehispánica este principio se usó intensamente no sólo en la organización económica, como en las obras públicas, en la rotación de servicios domésticos y bienes de consumo diario que los renteros daban a su señor, o en el turno de distintas provincias para abastecer cada una por temporadas los palacios reales o los templos, sino que también se turnaban los nobles y los mayordomos que daban sus servicios administrativos en palacio, los jóvenes de las casas de solteros que acudían a la casa de cantos, o los sacerdotes que se turnaban en el servicio de los templos. Las tandas de trabajadores formaban cuadrillas, con una organización semejante a la militar, puestas a las órdenes de sus mandones o capitanes encargados de reclutarlos y dirigirlos. Los mayordomos y otros funcionarios estaban organizados de manera semejante. El sistema de turnos supone la coordinación de distintos grupos de gentes, generalmente cada uno con su territorio, que se dedican a actividades determinadas en periodos definidos de tiempo. La organización social se ve como un conjunto de grupos estructurados según principios ordenadores que relacionan espacio, tiempo, gente y actividad. La visión mesoamericana de lo sobrenatural se basaba en estos principios y proporcionaba modelos ideológicos para la organización social. Esta visión estructuralista, como hoy se diría, de la sociedad mesoamericana tiene su base bien marcada en la división social del trabajo.

Para examinar el tipo de estratificación social que existía en Mesoamérica no es el mejor modelo el tipo de clase social que existe en las sociedades modernas, donde rige la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y la posibilidad teórica de alcanzar libremente las distintas posiciones sociales. Es más adecuado utilizar el concepto de estamento, como categoría jurídica que combina todo un conjunto de funciones económicas, políticas y sociales, distintas para cada estamento. Todo individuo pertenece por necesidad a un estamento dado y, por lo tanto, tiene los derechos y obligaciones de ese estamento. En lugar de libertad de acción e igualdad ante la ley, el individuo actúa según su adscripción a un estamento determinado. La organización estamental constituye otro ejemplo de la fusión institucional de los distintos aspectos de la organización social. Los derechos de propiedad, a menudo

considerados como condición previa a la formación de clases sociales, son de naturaleza diferente para cada estamento y están vinculados a las distintas posiciones sociales políticamente definidas. Las posibilidades de movilidad social están circunscritas dentro de un estamento dado, o bien toman la forma de cambiar de estamento, todo ello según cauces predeterminados en la estructura formal de la sociedad. En el México antiguo, la masa campesina y artesana que formaba el estamento plebeyo estaba agrupada en unidades corporativas, los calpules, organizadas colectivamente para el desempeño de sus funciones sociales. Los miembros de los rangos más elevados en el sistema estamental formaban los consejos superiores de la jerarquía política y ceremonial que funcionaban como cuerpos colegiados encargados colectivamente de las distintas esferas de gobierno. Incluso en las funciones no desempeñadas por consejos numerosos, eran frecuentes equipos de cuatro a dos funcionarios. En estos casos, como en los consejos, cada uno de los funcionarios podía representar una división territorial, o estrato social, o bien tener distintas asociaciones ceremoniales. Si bien se ha tratado de presentar los rasgos sobresalientes de la estructura social mesoamericana fundamentándolos en sus raíces tecnológicas y sus consecuencias en la división social del trabajo, la descripción de las instituciones sociales tal como estaban estructuradas en la sociedad mexicana requiere examinar desde luego la organización estamental.

El estamento dominante en el centro de México incluía tres rangos fundamentales designados cada uno mediante una palabra náhuatl de uso general. El rango más elevado era el del rey o tlatoani (en plural tlatoque o tlatoanime), que literalmente significaba hablador, mandón o gobernante. Era el soberano de una ciudad o señorío. Casi todas las unidades políticas estaban subdivididas en parcialidades político-territoriales. Era entonces frecuente que en una ciudad hubiera varios señores con título de rey, cada uno el soberano de una parcialidad o cabecera. También era normal que bajo la autoridad suprema del tlatoani de una ciudad como México o Tetzcoco hubiera varios otros señores del mismo título, jefes de ciudades dependientes. Esta distinción se marcaba llamando huey tlatoani o gran señor al de mayor autoridad, como lo era Moteczuma en relación con los señores

de otras ciudades dependientes directamente de Tenochtitlan: Colhuacan, Itztapalapa, Ecatepec, etc. El tlatoani era la autoridad suprema de su señorío y combinaba funciones civiles, militares y religiosas, judiciales y legislativas. Era también el centro rector de la organización económica: recibía tributos y servicios de la gente común, así como los productos de ciertas tierras, tlatocamilli o "milpas del rey", especialmente asignadas a su sustento, que se rentaban o se cultivaban con los servicios del común. Podía además asignar recursos de tierras o tributos a otros señores, a guerreros distinguidos, a los templos o a los barrios de la gente común. El tlatoani era generalmente noble de nacimiento, miembro de una casa noble o teccalli, y como tal disponía además de tierras patrimoniales aparte de las que tenía como rey. Un tlatoani gobernaba por vida y por lo general le sucedía un pariente. El sistema de sucesión variaba. En algunos lugares, como Tetzcoco y otros señoríos chichimecas, prevalecía la sucesión de padre a hijo. En otros, y éste era el caso de Tenochtitlan, sucedía un colateral, hermano, primo o sobrino del antecesor. En todo caso, pero sobre todo en el sistema tenochca, el sucesor debía haberse distinguido en la jerarquía político-militar alcanzando puestos que lo señalaban como candidato a la realeza, y la selección se efectuaba en una asamblea de notables que incluía prácticamente a todos los miembros del estrato dominante.

El segundo rango era el de señor, teuctli (o tecuhtli, en plural teteuctin o tetecuhtin). Estos eran títulos de estatus variable, que podían haber sido creados por un tlatoani y que en todo caso requerían su aprobación. El mismo tlatoani tenía también título de teuctli. El rey de México, por ejemplo, era el Colhuateuctli, "Señor de los colhuas"; el de Tetzcoco, Chichimecateuctli, "Señor de los chichimecas". El teuctli era jefe de una casa señorial, teccalli, dotada con tierras y gentes del común llamadas teccalleque (gente de la casa señorial), que rendían sus tributos y servicios al teuctli en vez de darlos directamente al tlatoani. Un teuctli estaba a cargo de la administración de esta gente y además acupaba puestos de la organización política bajo el poder supremo del rey. El título de teuctli con sus atribuciones y sus bienes podía ser el resultado de una decisión política del rey, como sucedió en Tenochtitlan después de la derrota de Azcapotzalco, cuando el rey Itzcoatl creó varios títulos de teuctli que distribuyó entre los miembros de su linaje. Por lo común, estos títulos se

transmitían mediante herencia siguiendo reglas semejantes a la sucesión a la realeza, si bien era necesaria la sanción del rey. Algunas fuentes dicen que el rey escogía al sucesor de entre los herederos del teuctli; otras, simplemente que el rey aprobaba la sucesión. De Huexotzinco se dice que a la muerte de un teuctli todos los nobles de la casa señorial se reunían para escoger al sucesor, de manera semejante a como se escogía en Tenochtitlan a un nuevo rey, en asamblea de sus parientes. En algunos lugares las distintas casas señoriales y sus jefes representaban linajes distintos, a veces de diferente origen étnico; el caso de Chalco es el mejor documentado. En otros casos, miembros de un mismo linaje ostentaban varios títulos de teuctli. Así era en Tenochtitlan donde todos los señores parecen haber sido miembros del linaje reinante y descendientes del primer rey, Acamapichtli.

El tercer grado en el estrato superior es el de noble o pilli (en plural pipiltin). Literalmente quiere decir "hijo", y se entiende este uso como el de infante o hijodalgo en castellano, porque era el rango de todos los hijos de un teuctli o tlatoani. De este modo, pipiltin es un término general para todo el estrato superior, puesto que reyes y señores eran también nobles de nacimiento; pero en sentido limitado, también se usa para los nobles que no han alcanzado rango de rey o señor. Como parientes de un señor, estaban relacionados con la casa señorial de uno de cuyos señores descendían, y tenían derecho a recibir sustento de los bienes de esa casa, bien fuera en especie o en forma de tierra. La de un noble se llamaba pillalli, "tierra del noble", y la trabajaban renteros que en nahuatl recibían el nombre de mayeque (en singular maye), literalmente "braceros". Además, los nobles tenían la obligación de prestar servicios a sus señores y al rey. Se les empleaba en los puestos inferiores de la organización civil y militar, y los más distinguidos y más cercanos parientes de un señor lograban subir hasta alcanzar el título de teuctli. Había diferentes rangos entre los pipiltin según el de sus padres. El hijo de un rey recibía el nombre de tlatocapilli, "hijo de rey"; el de un señor, tecpilli, "hijo de señor"; además se distinguía el hijo legítimo habido en una mujer de rango al que se llamaba tlazopilli, "hijo precioso", del habido de una concubina llamado simplemente calpampilli, "hijo de la casa". El rey podía castigar a un noble degradándolo al rango de plebeyo.

A pesar de la distinción tan marcada entre la nobleza de abolengo y la gente común, era posible que ésta alcanzara una posi-

ción privilegiada constituyendo un sector especial de la nobleza. De hecho, algunos puestos en la organización política estaban reservados a gente de origen plebeyo. La manera de ascender desde el común a la nobleza era mediante méritos militares. Los españoles compararon estos nobles de origen plebeyo a los caballeros pardos o caballeros villanos de la Castilla medieval; el nombre nahuatl era quauhpilli, literalmente "hijo de águila" (o "noble águila") expresión en que águila es también metáfora de guerra o guerrero. El ascenso social y militar se describe adelante en conexión con la casa de solteros (telpochcalli). El guerrero ennoblecido estaba libre de pagar tributo, recibía tierras y pasaba a formar parte del grupo de funcionarios. Sin embargo, estaban sujetos a algunas restricciones como la de no poder usar en sus atavíos militares ciertos plumajes reservados a la nobleza de abolengo. Los descendientes de estos meritorios también nacían con rango de noble o pilli, pero se les reputaba como de menor prestigio.

Se ve, pues, que los tres distintos rangos del estrato dominante, reyes, señores y nobles, no son niveles separados sino que están conectados entre sí mediante el parentesco y que es posible subir de un nivel a otro. El rey es el señor o teuctli de la casa señorial que ejerce el poder supremo. Los pipiltin son los descendientes de un señor. Entonces, una casa señorial es un linaje, encabezado por el teuctli, sucesor de los jefes anteriores, y que incluye a todos los que descienden de un señor de esa casa. Ser noble supone ser descendiente de una casa u otra, de la cual se obtiene rango, bienes y estatus político. El rango social se gradúa según la distancia al teuctli antecesor; un hijo de señor tiene mayor rango que un simple nieto. No está enteramente claro si este proceso de perder rango conforme a la lejanía del señor antecesor, llevaba a los parientes más remotos hasta el punto de ser considerados como gente común. Es de importancia notar que se atribuye a Moteczuma el Viejo haber aconsejado a sus numerosos hijos que, como no todos podían alcanzar la realeza, se dedicaran a otras ocupaciones como las artesanías. También sabemos que en Tlaxcala el señor de un teccalli daba tierras a sus "soldados, amigos y parientes", quienes estaban obligados a servirle en su palacio como "continos" y dar en reconocimiento aves, caza y flores. Éstos recibían el nombre de teixhuihuan, literalmente "nietos", lo cual indica que eran parientes remotos de sus señores. En todo caso,

puede decirse que las casas señoriales eran linajes internamente diferenciados entre el señor y los nobles de distintos niveles, y que formaban grupos corporativos dentro de la organización económica y política. Desde el punto de vista del parentesco, sin embargo, un linaje dado podía controlar varias casas señoriales. Datos de Chalco muestran que un señor podía reunir varios títulos, los cuales podía después separar de nuevo trasmitiéndolos a sucesores diferentes. También se sabe que había casas nobles de distinto nombre y de distinta importancia. Por ejemplo, en Tlaxcalla y en Huexotzinco se distingue entre teccalli, "casa señorial", pilcalli, "casa noble", huehuecalli, "casa antigua", y yaotequihuacacalli, "casa de capitán". Algunas de estas últimas casas de menor rango pueden haber estado asignadas a miembros de un linaje señorial; en otros casos tal vez se trate de los títulos y bienes concedidos a guerreros distinguidos del común.

El rango de un noble dependía del estatus del padre y de la madre. En el México antiguo se practicaba la poliginia; un hombre podía tener varias mujeres. En el caso de la nobleza hay datos detallados que muestran cómo las distintas mujeres tenían estatus diferentes relacionados con el rango de sus padres, su lugar de origen y la manera en que se concertaba el casamiento. El rango y los privilegios de los hijos dependían de todos estos factores. La manera más estimada y más ceremoniosa de realizar un matrimonio suponía una negociación entre los padres de los contrayentes mediante el uso de casamenteras. Por este motivo la mujer así obtenida se llamaba cihuatlantli, literalmente "mujer pedida", que a veces se traduce como mujer legítima. Las mujeres de alto rango, de las que se esperaba que nacieran los hijos que ocuparían altos puestos y sucederían al padre, se casaban siempre de esta manera. Además, un señor podía tomar, sin el mismo ceremonial, mujeres de nivel social más bajo, las cuales tenían la categoría de mecatl, en general traducido por concubina. Los hijos de estas mujeres, los calpampilli, alcanzaban altos puestos sólo en casos excepcionales. La regulación del matrimonio también entra en el problema tan debatido por los antropólogos de si en el México antiguo existían la exogamia o la endogamia, es decir, reglas de casarse fuera o dentro del linaje. Los casos bien conocidos de las principales dinastías del Valle de México muestran que todos tipos de casamientos entre parientes eran posibles excepto entre padres e hijos y entre hermanos. El motivo

principal para escoger mujer eran razones de estado: el deseo de concertar alianzas con otros señoríos y el de afianzar la posición política del contrayente.

En el linaje reinante de Tenochtitlan durante el periodo de su preponderancia imperial predominan los casamientos dentro del mismo linaje. Esto parece guardar relación con el sistema de sucesión colateral cuando un señor se casa con la hija de su antecesor. También se estila que un príncipe del linaje tenochca se entronice en un lugar que antes tenía dinastía propia; entonces el nuevo señor se casa con una hija del que remplaza, relacionándose así con la dinastía local. Otro uso es que si un rey tiene varias mujeres, el hijo de cada una de ellas se destina al señorío de sus ascendientes maternos. Todos estos tipos de matrimonios y sucesión pueden estar combinados. Véanse unos ejemplos. Moteczuma Xocoyotzin sucedió a su tío Ahuitzotl y se casó con la hija de éste, que era, por lo tanto, su prima paterna; al llegar los españoles el tlacatecatl y presunto sucesor de Moteczuma era Atlixcatzin, hijo de Ahuitzotl, que se había casado con Tecuichpotzin hija de Moteczuma, quien después recibió el nombre de doña Isabel de Montezuma. Un lugar donde se había entronizado un príncipe tenochca, era Itztapalapa, donde Itzcoatl estableció como rey a su hijo Huehue Cuitlahuatzin. Una hija de éste casó con el rey de México Axayacatl y un hijo de esta unión, Cuitlahuac, fue otra vez rey de Itztapalapa. Moteczuma Xocoyotzin también tomó por mujer a una princesa de Tula, hija de un medio hermano que había ido de señor a Tula; de ellos nació don Pedro Tlacahuepantzin, que recibió los derechos al señorío de Tula. También se encuentran en otras dinastías algunos de estos usos. Sin embargo, cuando predomina la sucesión lineal de padre a hijo no se practica el matrimonio con una agnada, es decir mujer del mismo linaje, sino que se establece una alianza con una princesa de otro señorío de rango igual o superior. De este modo se ve que los señores de los inmigrantes chichimecas siempre obtienen mujeres de los señores de estirpe tolteca, logrando así la ascendencia más preciada en el antiguo México. Más adelante los reyes chichimecas de Tetzcoco tomaron mujeres tenochcas, mientras que los señores de Teotihuacan, los más importantes de los sujetos a Tetzcoco, se casaban con hijas de su superior el gran rey de Tetzcoco.

Es claro que, hasta donde alcanzan los datos, tenía mayor

importancia la conexión por vía de varón; pero también se obtenían derechos por la ascendencia materna. También se ve que no se puede hablar de exogamia de linaje patrilineal, sino que, al contrario, en ciertos casos se prefiere el matrimonio con una agnada. En los casos de Tetzcoco y Teotihuacan predomina el casamiento con una no parienta o con mujer del linaje de la madre, pero también hay matrimonios entre agnados. En términos antropológicos parece ser entonces que los linajes nobles del antiguo México eran ambilineales, aunque con mayor importancia de la línea masculina y que no eran parte de la regulación del matrimonio sino que había distintos tipos de casamiento y se prefería uno u otro según las circunstancias políticas y las reglas de sucesión. El sistema tenochca de casamientos entre agnados y sucesión colateral parece estar relacionado con el hecho de que este linaje ejercía el poder supremo. Las reglas de sucesión colateral y las alianzas matrimoniales descritas permitían mantener como señores en varios puestos del reino a los parientes más allegados del rey de México, evitando la formación de linajes separados en otros señoríos que pudieran desarrollar intereses locales opuestos a los del rey tenochca.

El común del pueblo recibía el nombre de macehualtin (singular macehualli), del que proviene en la época colonial el término macegual. Los maceguales eran los gobernados y tenían la obligación de pagar tributos y servicios personales. Estaban organizados en las unidades territoriales llamadas calpules, barrios que poseían la tierra en común y que eran también unidades para la recolección de tributos y servicios. Dentro del común había cierta diferenciación social. Aunque los miembros del calpul tenían derecho a obtener parcelas para el uso familiar, no todos lograban igual cantidad de tierra, y los que no la tenían de suficiente extensión o calidad a veces la rentaban de otros miembros del calpul o de gente de otros calpules mejor dotados de tierras. Además, había la diferenciación basada en las distintas ocupaciones; los mercaderes y artesanos pagaban tributo en los productos de su oficio o daban servicios especializados y estaban organizados por este motivo en grupos de tributarios aparte de los de la generalidad de los labradores. Además tenían también cultos particulares con su organización propia. Una diferenciación importante se debía

a la naturaleza de la persona a la cual se destinaba el tributo de los maceguales. La generalidad de éstos debían sus tributos y servicios al rey o tlatoani; pero grupos de ellos, bien fuera barrios enteros o sólo fracciones, estaban asignados a los señores o teteuctin y recibían el nombre de teccaleque, gente del teccalli o casa señorial. Por otra parte, los nobles o pipiltin tenían renteros llamados tlalmaitl, "mano de la tierra", o mayeque, "braceros", que pagaban al noble parte de su cosecha, o bien le cultivaban otra parte de sus tierras, además de dar servicio doméstico. Los mayeques no tenían que pagar tributos y servicios al rey puesto que los daban al noble y trasmitían las tierras que ocupaban a sus herederos con las mismas obligaciones, pero sí debían servicio militar al soberano. Resulta difícil precisar en detalle las distinciones entre mayeques y otros grupos de maceguales, tal vez porque después de la Conquista se confundieron algunas de las categorías de la población dependiente, y porque había diferencias regionales todavía no bien estudiadas. También hay dudas de hasta qué punto estaban los mayeques fuera de la organización comunitaria de los calpules. Los maceguales estaban también organizados en cuadrillas de veinte hombres para la recolección de tributos y servicios; cada veintena tenía su cabecilla y varias de ellas estaban agrupadas en equipos más grandes, generalmente de cien hombres (5 veintenas) a las órdenes de otro mandón de mayor importancia. Los barrios más pequeños a veces coincidían con una de estas veintenas, pero las grandes divisiones territoriales incluían varias. Los mandones solían trasmitir su puesto por herencia. Cuando un macegual alcanzaba los 52 años de edad, duración de un ciclo calendárico, quedaba libre de tributo y servicios. Los "viejos del barrio" (calpulhuehuetque) ocupaban una posición importante en el ceremonial religioso y además el jefe del barrio les consultaba en todos los asuntos de importancia.

Los individuos llamados en nahuatl tlacotin (singular tlacotli) se suelen designar en español con el nombre de esclavos. Realmente la categoría nahuatl incluía diferentes grados de servidumbre. El caso más general era el de individuos que se vendían a sí mismos o a sus hijos a cambio de ciertos bienes, lo cual significaba simplemente la obligación de servir. En lo demás el tlacotli conservaba su libertad individual, podía tener bienes propios y aun esclavos. Se podía casar libremente y sus hijos no heredaban la condición de esclavo. A veces una familia podía obligarse a pro-

porcionar permanentemente un esclavo, el cual era un miembro de la familia, que podía cambiar a través del tiempo; sólo entonces se puede hablar de trasmisión hereditaria de la servidumbre; es lo que en náhuatl se llamaba huehuetlacolli, "servidumbre antigua". Por lo general los esclavos prestaban servicio doméstico, las mujeres en moler y tejer, los hombres en el transporte, traer leña y además el cultivo. Parece ser que gran parte de estos esclavos formaban parte del hogar de sus amos; era posible que un hombre se casara con su esclava e incluso que una viuda se casara con un esclavo de la casa. Cuando un esclavo no se portaba bien, su amo lo regañaba públicamente, y de reincidir le ponía una collera y lo podía vender en el mercado. Un esclavo que había sido vendido así cuatro veces podía ser ofrendado en sacrificio. También había esclavos condenados a la servidumbre por ciertos crímenes; en algunos casos se trataba simplemente de la obligación de restituir mediante la servidumbre el valor de un robo, pero en otros parece que se les podía sacrificar.

Se tienen menos detalles de los usos matrimoniales entre los maceguales que entre la nobleza. Predominaban los casamientos dentro del estamento macegual, y la poliginia, si bien posible entre los maceguales, parece haber sido poco frecuente, aunque en algunas regiones era usual. En cambio, se dice que entre algunos grupos no nahuatl los maceguales tenían una sola mujer. A semejanza de la nobleza, la forma más prestigiosa de tomar mujer era la petición por las casamenteras; pero era muy frecuente el comenzar una unión juntándose libremente, lo que con el tiempo se convertía en un matrimonio formal. Entre los nahuatl no hay referencias a impedimentos para el matrimonio más que la prohibición de la unión entre padres e hijos y entre hermanos. En cambio, las reglas parecen haber sido distintas entre otros pueblos del centro de México, como los otomíes, que al parecer debían casar con una mujer "remota y no parienta", pero se ignoran los detalles. El barrio o calpul parece que no entraba en las prohibiciones matrimoniales. Una fuente antigua dice claramente que un joven se podía casar con una mujer "agora fuera de las de su barrio agora de otro" y el análisis de los libros parroquiales más antiguos después de la Conquista lo confirma.

La familia era una unidad económica en la producción y en el sistema tributario. El concepto nahuatl de familia se refiere a la residencia común en un grupo doméstico. Cencaltin quiere decir

"los de una casa", y varias casas relacionadas por el parentesco de sus miembros y la cooperación económica podían formar una unidad mayor llamada cemithualtin, "los de un patio", refiriéndose al hecho de que ocupaban un solar, con frecuencia cercado, con un patio común. Había bastantes diferencias regionales en el tamaño y la organización de la familia. Era frecuente que varios parientes casados vivieran juntos en la misma casa o patio, pero también había lugares donde este uso era menos frecuente y estaba casi limitado a casos en que un hombre casado seguía viviendo en la casa paterna. Estas diferencias estaban relacionadas con distintos sistemas de herencia y de tributación. Un buen informe sobre este asunto dice que en algunos lugares el hijo mayor heredaba toda la hacienda del padre y matenía en ella a todos sus hermanos y sobrinos, expediente al que recurrían para evitar la división de la propiedad. El heredero y jefe de la familia pagaba los tributos de la familia entera conforme al uso local, bien fuera a base de la tierra o por cabezas. En otros lugares, al contrario, heredaban todos los hijos, repartiéndose entre sí la hacienda y pagando cada uno su tributo separadamente.

La familia campesina podía también incluir criados y esclavos. En el caso de un hombre que moría dejando hijos menores, su hermano cuidaba de los sobrinos hasta su mayoría de edad y conectado con esto se practicaba el levirato, es decir, que el hermano del difunto tomaba a la viuda como mujer adicional. Las niñas se criaban recatadamente bajo la autoridad materna; pero se pensaba que los muchachos se harían afeminados si crecieran en el seno de la familia, y antes de la pubertad entraban a las casas de solteros, donde residían aprendiendo las actividades varoniles en las obras públicas y en la guerra. De estas casas salían a edad variable para casarse, aunque podían tener mancebas antes de salir definitivamente. La edad del casamiento parece que variaba en distintas regiones; de los otomíes, por ejemplo, se dice que casaban muy jóvenes, mientras que en algunos lugares de habla nahuatl lo hacían de treinta y más años. Después del casamiento, la pareja se establecía en casa de los padres del novio donde prevalecía el uso ya mencionado de la primogenitura y la familia conjunta; en los otros, esta residencia en casa del padre del novio parece haber tenido lugar por un periodo de tiempo nada más y sería permanente sólo cuando el hijo heredaba la casa paterna.

La movilidad social era un proceso de suma importancia. Dentro del estamento superior consistía en el paso de uno a otro de los rangos de la nobleza y el logro de los puestos políticos. Igualmente, entre la gente común había posibilidades de subir de categoría y alcanzar puestos de dirigentes dentro de las organizaciones de plebeyos, como los barrios, y aun de obtener puestos públicos reservados a gente de origen común y llegar a constituir el inicio de nuevas familias nobles. Este proceso de ascenso social se efectuaba mediante hazañas militares y ceremoniales y en menor grado el comercio. Estaba además institucionalizado en dos tipos de residencias de varones, las llamadas telpochcalli, "casa de solteros", y calmecac, literalmente "hilera de casas", residencia de sacerdotes.

Las casas de solteros estaban destinadas a los muchachos del común y muchas de ellas se encontraban repartidas por los distintos barrios. Los muchachos entraban a la casa de solteros pocos años antes de la pubertad y allí recibían su educación para las obras públicas y la guerra. Entraban como muchachos (telpochtoton) y se ocupaban en tareas serviles como acarrear leña y barrer la casa. Al llegar a la pubertad pasaban a ser "jóvenes" (telpopochtin), y se les llevaba al campo de batalla como escuderos de guerreros experimentados hasta que ellos mismos empezaban a pelear. El futuro del joven dependía de sus éxitos militares. El que lograba cautivar un guerrero enemigo recibía el título de "cautivador" (yaqui, tlamani) lo cual se marcaba mediante un nuevo corte de pelo y el derecho a llevar ciertas insignias. El renombre de un cautivador dependía del número de cautivos y aun del origen nacional de ellos, pues la captura de los enemigos más valientes, como los tlaxcaltecas, confería mayor prestigio que la de gente menospreciada como los huaxtecos. De entre los cautivadores se escogían los teachcahuan, mayorales de los equipos en que estaban organizados los jóvenes, y los telpochtlatoque, literalmente "mandones de solteros", jefes de los telpochcalli. La captura de un guerrero enemigo no era puramente una hazaña militar; el cautivador ofrendaba su prisionero para el sacrificio en una de las grandes ceremonias religiosas del año; para esto, pasaba un periodo de abstinencias y participaba en el ceremonial entregando su víctima a los sacerdotes sacrificadores. Después recibía el cuerpo de la víctima para un banquete caníbal que celebraba en su casa, al

que invitaba parientes y amigos, si bien el mismo cautivador no podía comer de la carne de su preso. Los jóvenes agrupados en sus cuadrillas se turnaban para el trabajo en las obras públicas y para participar en las danzas que se celebraban todas las noches en la "casa de cantos" (cuicacalli) del centro ceremonial de la ciudad. Hacia los veinte años de edad los jóvenes salían de la casa de solteros para casarse y establecerse como jefes de familia. Se les apuntaba entonces en los padrones de tributarios y pasaban a las órdenes de los cuadrilleros de los barrios. La masa de los plebeyos que no hubiera avanzado en la jerarquía se retiraría de hecho de la vida del guerrero, aunque seguía sujeta al servicio militar.

La residencia sacerdotal, o calmecac, era para los hijos de la nobleza, si bien parece que algunos plebeyos destinados por sus padres al sacerdocio también podían ingresar. La educación del calmecac, mucho más que la del telpochcalli, se dedicaba al sacerdocio, pero también al adiestramiento en las artes como la pintura de libros, el trabajo de la pluma o los conocimientos históricos y calendáricos relativos a la religión y practicados por la nobleza misma o por los elementos inferiores de ella. Además, los sacerdotes del calmecac, o un sector de ellos, iban también a la guerra y por eso podían ascender en la jerarquía militar. Cuando un guerrero, fuera noble o macegual, había cautivado cuatro enemigos, recibía el título de tequihua (literalmente, "el que tiene un trabajo"), tlamacaztequihua si era además sacerdote. De estos tequihua se escogían los altos funcionarios. Los más participaban en el consejo de guerra del rey y se les describe como capitanes de la guerra. Algunos, que debían ser de origen plebeyo, recibían el puesto de ejecutores (achcacauhtin), encargados de llevar embajadas y aplicar las sentencias del rey. Otros puestos más elevados, ocupados unos por nobles y otros por plebeyos, eran los llamados generales tlacatecatl y tlacochcalcatl. En México el sucesor de un rey siempre tenía uno de estos títulos. También se daba a los gobernadores de ciudades sometidas. Los puestos más altos eran los de los jueces o tecutlatoque, que formaban parte de los consejos supremos, el tlacxitlan y el teccalco; estos señores tenían el rango de tlatoque o de teteuctin.

Un grupo especial era el de los guerreros valerosos que habiendo capturado prisioneros, formaban un grupo selecto semejante a las tropas de choque. Éstos hacían voto de nunca retroceder en el

combate y tenían insignias especiales; recibían los nombres de quachic ("rapado") u otomí. Se les consideraba grandes luchadores, pero alocados e inhábiles para asuntos de gobierno. Los guerreros viejos, veteranos, recibían el título de cuauhuehuetque, es decir, "águilas viejas"; en castellano se les describe como maeses de campo, y además oficiaban en los funerales de los guerreros muertos en el campo de batalla.

Más adelante se verá la organización sacerdotal. Notemos aquí simplemente que la jerarquía de los ingresados al calmecac se organizaba en cuatro grados principales más o menos paralelos al de los guerreros. Los muchachos recién ingresados eran "sacerdotillos", tlamacaztoton, que trabajaban en la limpieza y mantenimiento de los templos. Subían después a ser jóvenes sacerdotes, tlamacazque, y más adelante ascendían a "dadores de fuego", tlenamacacque. De estos últimos se elegían dos sacerdotes supremos llamados "serpientes emplumadas", quequetzalcoa.

Las posibilidades de ascenso social existían también en los grupos más restringidos de mercaderes y artesanos. Los datos sobre los mercaderes son los más completos: eran miembros de ciertos calpules, estaban organizados como la generalidad de la gente en cuadrillas con sus mandones, e iban en expediciones comerciales al servicio de mercaderes experimentados. Cuando en el curso de sus expediciones tenían que pelear, se les presentaba la oportunidad de adquirir rangos militares a base del número de guerreros cautivados; pero en general el mercader ascendía en la escala social mediante la acumulación de riqueza que destinaba al patrocinio de ceremonias religiosas. En contraste con el guerrero que cautivaba a su víctima para el sacrificio, el mercader compraba un esclavo para la ofrenda; recibía entonces el nombre de "bañador" (tealtiani) debido a que el baño ritual de la víctima era antecedente obligado del sacrificio. Los mercaderes más encumbrados eran los pochtecatlatoque, "señores mercaderes", que formaban un consejo para el gobierno del mercado. Los "mercaderes viejos" (pochtecahuehuetque) gozaban de gran prestigio y participaban en las ceremonias de los mercaderes, de modo comparable a los viejos del barrio (calpulhuehuetque) y los soldados viejos (cuauhuehuetque). En el caso de los artesanos la información es muy fragmentaria; pero se sabe que también entre ellos se practicaba el patrocinio de ceremonias ofrendando esclavos para el sacrificio. En cuanto a los cazadores, se usaban los títulos de amiztequihua-

que y amiztlatoque, "capitanes y señores cazadores" paralelos a los títulos usados en la escala jerárquica de otras actividades.

La organización política

La organización política del México antiguo presenta varios niveles de integración político-territorial difíciles de analizar por lo incompleto de los datos y por la complejidad misma de una situación caracterizada por el entreveramiento de distintos señoríos y la variabilidad de las relaciones de dependencia política. En el idioma nahuatl, como en la realidad política de aquel tiempo, no existe un término que corresponda al concepto de estado nacional. La idea de nación como grupo étnico, pero sin suponer ningún tipo de organización política, se expresa simplemente con la palabra tlaca, "gente". La idea de un grupo de gente organizado en un territorio se designa con altepetl, pueblo o ciudad, literalmente "agua y cerro". El concepto de estado se puede expresar con la palabra tlatocayotl —derivada de tlatoani, rey—, que se entiende por lo tanto como realeza, reino o señorío y que se aplica a unidades de distinta naturaleza. Para distinguir niveles de organización o grados de poderío se dice simplemente huey altepetl, huey tlatoani, huey tlatocayotl, "gran ciudad" o capital, "gran rey", "gran reino".

El nivel más amplio de integración político-territorial es el imperio azteca. El uso ha sancionado lo de imperio y se puede conservar el término para dar a entender que se trata de los organismos políticos de mayor amplitud en los que bajo el gran rey (o reyes) cabeza del imperio, había otros reyes subordinados de menor categoría. No se debe pensar que hubiera una administración uniforme ni centralizada de todas las partes del imperio; era fundamentalmente una alianza de tres grandes reinos, México, Tetzcoco y Tlacopan, con objetivos limitados. El segundo nivel es el representado por las tres partes constituyentes del imperio azteca. Cada una de ellas estaba encabezada por un gran rey (huey tlatoani) soberano de la ciudad capital del reino, el cual comprendía también varias otras ciudades con sus respectivos tlatoani, los cuales eran generalmente parientes del gran rey y formaban consejos que eran los órganos supremos de gobierno. El tercer nivel es el de los reinos o señoríos que formaban parte de lo que hemos llamado gran reino.

La ciudad-estado gobernada por un rey (tlatoani) se puede tomar como la unidad política fundamental, bien fuera la capital de un reino o uno de sus señoríos componentes. Comprendía una zona central que incluía los edificios públicos (palacios de gobierno y templos) rodeados de una zona de densa población de carácter urbano tanto por la densidad de las construcciones como por la ocupación de los habitantes, que eran los gobernantes con sus servidores, artesanos y comerciantes que debían de sustentarse de los productos agrícolas traídos desde fuera. Además incluía también zonas rurales de población campesina. Dentro de este tipo general había muchas diferencias locales. En primer lugar, la importancia relativa de la población urbana en comparación a la rural. Se ha estimado que la población de México podía haber llegado a las 300 mil almas, aunque es más probable una cifra menor y gran parte de esta población era de tipo urbano, concentrada en la isla donde estaba edificada la ciudad. Los señoríos de baja categoría tenían una proporción menor de gobernantes y especialistas, pero con sus centros de carácter urbano. También había diferencias en la forma física del poblado. Aunque había algunos templos y palacios fuera del centro ceremonial, era característico de Tenochtitlan y Tetzcoco que los palacios y los templos principales de los distintos grupos que componían la ciudad estuvieran agrupados en un recinto central. En el caso de Tetzcoco, había la tradición de que en una época anterior los distintos templos habían estado repartidos por el territorio del señorío y que fueron concentrados en una época de centralización política. Entonces las zonas puramente rurales estaban bastante apartadas de la zona urbana. En Tenochtitlan comprendían algunos islotes de chinampas cercanas a la ciudad y sobre todo colonias o estancias agrícolas en distintas partes de la tierra firme en las orillas norte, oeste y sur de la laguna. Una ciudad comprendía siempre varios calpules como unidades territoriales y administrativas. En Tenochtitlan, estos calpules estaban definidos territorialmente en la ciudad central, y por lo menos algunas estancias no eran calpules separados, sino colonias que comprendían gentes de distintos barrios de la ciudad.

Los datos que existen sobre la organización política de un señorío se refieren a ciudades como Tenochtitlan y Tetzcoco, que eran capitales de reinos; las ciudades dependientes por lo que sugieren los pocos datos disponibles debían tener una organización semejante aunque más sencilla. A veces, en lugar de un tlatoani here-

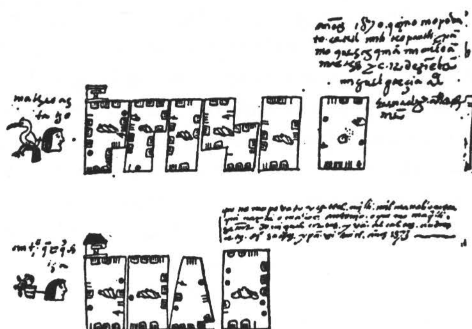
ditario, tenían gobernadores militares nombrados por el soberano, llamados en nahuatl cuauhtlato, "gobernante águila" o "gobernante guerrero".

Los barrios o calpules, además de ser subdivisiones territoriales, tenían multitud de funciones en la organización social, y se ha discutido también hasta qué punto podrían ser unidades basadas en el parentesco. El problema principal es que la misma palabra calpulli se podía aplicar a las distintas partes en que se subdividía la sociedad según sus distintos grados de organización territorial. La palabra parcialidad, a menudo usada en las fuentes, es, por lo tanto, un equivalente adecuado, precisamente por su vaguedad. Es como si en el México moderno usáramos una misma palabra para designar estado, distrito, municipio, pueblo y barrio. Los textos nahuatl usan la palabra calpulli como sinónimo del más frecuente altepetl (pueblo) para designar las que se han llamado en español tribus nahuatlacas (mexica, tepaneca, xochimilca, etc.). También la usan para las cuatro partes en que se dividía la ciudad de Tenochtitlan, y para subdivisiones menores, incluso barrios o aldeas integradas por un pequeño número de familias. Algunas otras palabras usadas para grupos llamados también calpulli, tienen un significado más definido. Tratándose de los pueblos nahuatlacas, el nombre altepetl, pueblo o ciudad, es algo más preciso. En cuanto a las subdivisiones mayores dentro de la organización política de la ciudad, lo que en español se llamaban a veces cabeceras, se usa tlayacatl, derivado de yacatl, "nariz" o "punta", y que se entiende como guía o delantera de algo. Por otra parte, las palabras tlaxilacalli y chinamitl ("cercado") también se usan como sinónimo de calpulli, pero se suelen referir a unidades más pequeñas y de menos categoría política.

El calpul era una subdivisión social que generalmente coincidía con una zona residencial o barrio y que controlaba ciertas tierras para el uso común o individual de sus miembros. Funcionaba como una unidad corporativa en distintas esferas de la organización social. Económicamente, no sólo poseía la tierra, sino que era también la unidad responsable colectivamente por el pago de tributos y servicios personales. En la división del trabajo había la tendencia a que los distintos grupos de artesanos tuvieran sus barrios particulares. Los escuadrones del ejército se componían de gente de un mismo barrio y llevaban sus banderas distintivas. En la organización judicial, los jefes de los calpules representaban a su gente ante

los tribunales. De las casas de solteros se dice que las había en los distintos barrios y las residencias sacerdotales o calmecac de la ciudad de México muestran cierta correspondencia con los calpules originales según las leyendas históricas. Cada barrio tenía sus dioses patrones y sus templos, y funcionaba como una unidad tanto para el culto de ellos como para organizar la participación en los cultos generales.

Los calpules eran comunidades en posesión de la tierra desde el tiempo en que la habían ocupado cuando se establecieron en el país. Los campesinos miembros del calpul gozaban en usufructo de parcelas familiares que podían trasmitir por herencia a sus sucesores. Esta posesión, sin embargo, estaba condicionada por el cultivo efectivo de la tierra y por el pago de tributos y servicios personales. Si un campesino abandonaba su tierra para irse a otra comunidad, o si la dejaba de cultivar durante dos años, perdía sus derechos y las autoridades del calpul la podían asignar a otro miembro. Igualmente, si un campesino moría sin herederos, su tierra volvía al fondo común del calpul. Los enfermos y los menores de edad podían seguir en posesión de la tierra aunque no la cultivasen ellos mismos o miembros de su familia; se las podía cultivar otra persona hasta que ellos estuvieran en condiciones de hacerlo. No todos los calpules estaban igualmente dotados de tierras. En relación con la toma de posesión original, se decía que algunos habían llegado primero y ocupado grandes extensiones; otros, llegados más tarde, no encontraron tierras suficientes. Los calpules con más tierras las defendían celosamente de los extraños guardándolas para asignarlas a miembros del calpul en caso de necesidad, y para atender a las necesidades del común. Podían alquilar parte de ellas a miembros necesitados de calpules más pobres y usar las rentas para los gastos de la comunidad. Para atender a todas las distintas funciones del calpul había jefes que administraban las tierras y organizaban las distintas actividades. Algunos informes los consideran como un sector de la nobleza, el de los calpuleque (jefes del calpul), en tanto que formaban parte de los funcionarios y recibían servicios de los macegüales del barrio. Es preferible considerarlos como intermediarios en la estratificación social con un estatus doble: agentes inferiores de la jerarquía administrativa y representantes de sus comunidades. El jefe del calpul tenía pinturas de todas las tierras y de sus ocupantes. Decidía los cambios de posesión en consulta con los ancianos del calpul.



Fragmento de un catastro de tierras levantado pocos años después de la Conquista. *Códice de Santa María Asunción*

Tenía su tierra familiar y se la cultivaban los miembros del calpul, quienes también le daban otros servicios personales. Con esta ayuda podía festejar a los miembros del calpul cuando se reunían en su casa varias veces al año a discutir los asuntos de la comunidad.

Todas las funciones sociales del calpul y la solidaridad interna de sus miembros estaban reforzadas por el hecho de que solían ser gente de origen étnico y cultural distintivo. En el antiguo México, la población de cualquier unidad política era un mosaico de elementos pobladores que habían llegado al país en épocas distintas y con culturas diferentes, a veces incluso de idiomas separados. Por este motivo se puede decir, citando la obra del oidor Zorita, que es la principal fuente sobre el tema, que el calpul es "barrio de gente conocida o linaje antiguo, que tiene de muy antiguo sus tierras y términos conocidos, que son de aquella cepa, barrio o linaje". Zorita, desgraciadamente, no aporta ejemplos concretos, pero las tradiciones históricas de las crónicas indígenas los dan muy claros. En la región de Tetzcoco, una de las mejor conocidas, sabemos que se estableció gente chichimeca —cazadores y guerreros de origen— que llegó a constituir el linaje reinante. Encontraron restos de población sedentaria más antigua de raigambre tolteca no descrita en detalle. Poco después el señor chichimeca Xolotl acogió a tres grupos llegados desde el oeste, tepanecas, otomíes y acolhuas; estos últimos se establecieron en Coatlichan y dieron su nombre al Acolhuacan, región cuya capital fue después Tetzcoco. Más tarde, en tiempos de Quinatzin, el bisnieto de Xolotl, llegaron dos grupos de gente que había estado en la Mixteca

y en Chalco: los tlailotlaque, cuyo dios era Tezcatlipoca, expertos en pintar historias, y los chimalpanecas, de origen chichimeca pero ya aculturados. Después, cuando se dispersó la gente de Colhuacan, el rey Techotlalatzin, hijo del anterior, acogió a otros cuatro pueblos de cultura tolteca que traían el culto de Huitzilopochtli y Tlaloc: los mexicas, tepanecas, colhuas y huitznahuas, cuyos nombres indican claramente sus conexiones con los otros pueblos civilizados del Valle. A base de estos distintos pobladores se explica la organización en barrios de las ciudades del reino tetzcocano, que siempre tenían barrios separados para grupos étnicos distintos.

La organización política de un reino se basaba parcialmente en la especialización de estos distintos grupos étnicos o calpules en distintas actividades de gobierno. Del recién mencionado Techotlalatzin del Acolhuacan, nos dice Torquemada que, después de aceptar los nuevos grupos de pobladores, organizó su reino nombrando cuatro oficiales principales entre sus deudos más cercanos. Uno fue capitán general y consejero de las guerras, y le dio por sus "acompañados" a los señores acolhuas; nombró a otro como embajador mayor encargado de recibir las embajadas de otros reinos, dándole como acompañados a los señores colhuas. Otro oficial fue su mayordomo mayor, dándole de acompañados a los señores metzotecas, otomíes o chichimecas. El cuarto funcionario fue su camarero, que tenía cuenta de todo lo interior de su palacio y que recibió como acompañados a los señores tepanecas. Continuación de la misma política es sin duda la organización de tiempos de su nieto Nezahualcoyotl, quien según se sabe, nombró a su hijo Acapipioltzin presidente del consejo de guerra con el cargo de huey tlacochcalcatl, mientras que el rey de Teotihuacan, uno de los señoríos de Acolhuacan, tenía el título de tlacochcalcatl. Techotlalatzin también decidió que los distintos grupos étnicos estuvieran representados en cada pueblo de su reino y ordenó cambios de población para lograrlo. Por ejemplo, si en un pueblo tepaneca había seis mil vecinos, sacaba dos mil y los pasaba a un pueblo metzoteca, y de éste sacaba otros tantos para llevarlos al pueblo tepaneca, haciendo lo mismo con los colhua y los acolhua. De este modo, como dice Torquemada, los señores de estos grupos no tenían todos sus súbditos en una misma parte, sino mezclados con otros grupos étnicos, para que si pensaban rebelarse, no hallaran apoyo en los otros. Esta descripción de Torquema-

da resulta especialmente clara y sistemática por presentárnosla como política consciente de Techotlalatzin, pero se encuentran situaciones comparables en otros lugares. En Chalco los distintos grupos étnicos parecen haber estado menos entreverados que en el Acolhuacan, de modo que cada señor étnico tenía mejor definido su territorio. En Tenochtitlan no hay datos acerca de una pluralidad étnica tan marcada como en Chalco o el Acolhuacan; pero los calpules originales pueden haber participado en una división del trabajo administrativo del mismo modo que estaban avocados al culto de los distintos dioses, y los diversos calpules estaban representados en las estancias rurales de Tenochtitlan en la tierra firme del Valle. En el norte del Valle de México la situación era más semejante a la del Acolhuacan, y en la zona poblana también había barrios étnicos, unos de origen tolteca, otros chichimeca.

Las conquistas militares también contribuían a este entreveramiento de grupos étnicos y unidades políticas. Como parte de sus conquistas, los señores de la triple alianza establecieron colonias en las regiones dominadas, donde los distintos grupos del Valle formaron barrios separados. Algunos de los pueblos derrotados huían a regiones lejanas en que eran acogidos como refugiados políticos, contribuyendo así también al desarrollo del mosaico étnico-geográfico. Por ejemplo, matlatzincas y otomíes de Toluca fueron como refugiados a Michoacán, mientras que otros otomíes de varias regiones fueron encargados de guarniciones fronterizas por los tlaxcaltecas. En casos como éstos los nuevos pobladores formaban calpules donde el origen étnico distintivo contribuía a reforzar la personalidad corporativa del grupo. Se ve entonces que las unidades políticas comprendían elementos étnicos distintos y que éstos participaban en la división administrativa y ceremonial del trabajo. Un elemento étnico dado podía estar representado en casi todas las unidades políticas, si bien era el grupo dominante en sólo algunas de ellas.

Mucho se ha discutido si el calpul era un clan, es decir, un grupo de parientes descendientes de un antecesor común. Los primeros antropólogos que discutieron el problema habían descubierto la importancia del clan en la organización social de los pueblos primitivos, y pensaron que también debía existir en México. De hecho, en lo que a los pueblos nahuatl del centro de México se refiere, no hay ninguna prueba. Es notable, sin embargo, que los

escritores españoles del siglo xvi hayan sabido describir clanes patrilineales exogámicos entre los pueblos mayenses de Yucatán y Guatemala, mientras que para los nahuas del centro de México, de los que se escribió mucho más, sus datos más bien militan en contra de que los calpules fueran clanes. Se puede hablar de linaje entre los nobles, aunque no había exogamia patrilineal, sino que, al contrario, en algunos casos se prefería el casamiento dentro del linaje. Del mismo modo, a pesar de dominar la conexión por vía de varón, se tomaba también en cuenta la filiación materna. Para pensar que el calpul era un clan, los indicios que deben considerarse son los del oidor Zorita quien dice que los calpules tenían cada uno su origen separado, los llama linajes y los compara con las tribus de Israel. Todo esto se puede aplicar al hecho de que los calpules en muchas regiones eran gentes de origen étnico distinto, lo cual es suficiente para explicar las afirmaciones de Zorita pero no indica la existencia de grupos que técnicamente se puedan denominar clanes. Zorita compara a los jefes de los calpules con los parientes mayores del norte de España. La expresión ha sugerido que se trataba del jefe de un grupo de parientes, pero realmente el término español se aplicaba a los jefes de linajes nobles, sin suponer que fueran también parientes de sus villanos. El mejor paralelo con la situación española medieval sería el de considerar parientes mayores a los jefes de los linajes nobles que habría dentro de las divisiones territoriales o calpules principales. La cosa es todavía más complicada porque el término calpul se aplicaba a subdivisiones sociales de distinto tamaño, desde una aldea o barrio de unas pocas familias a las llamadas a veces "tribus" nahuatlacas como los mexica, chalca, etc., y Zorita nunca dice de qué tipo de grupo hablaba.

Los tres reinos que conformaban el imperio azteca eran cada uno un conjunto de señoríos, encabezados por el más importante de ellos, cuyo rey era el soberano del reino en su conjunto. Los reyes de los otros señoríos eran por lo común miembros del mismo linaje, o de linajes emparentados, y además podían estar relacionados mediante alianzas matrimoniales.

México Tenochtitlan alcanzó la categoría de reino cuando Acamapichtli tomó el título de rey al formar un señorío sujeto a Azcapotzalco. Al constituirse el imperio azteca, el reino de México

abarcaba la región sur del Valle de México que comprendía la antigua región de dominio colhua. México había remplazado a Colhuacan como ciudad principal, y su rey se convirtió en cabeza de reino mientras que Colhuacan pasó a ser una ciudad secundaria con un rey dependiente del de México. Por ese motivo el reino mexicano se consideraba una continuación del de Colhuacan, de vieja raigambre tolteca, y el gran rey de México se titulaba colhuateuctli, señor colhua. Los reyes de las ciudades que formaban parte de este reino colhua-mexica eran parientes cercanos del rey de México, y parece que no se seguía entre ellos un orden fijo de sucesión de padre a hijo, sino que podían ser sucedidos por un colateral, pariente más cercano del rey de México. Los principales señoríos eran los llamados "cuatro señores" (nauhteuctin) de Huitzilopochco (Churubusco), Mexicaltzinco, Itztapalapa y Colhuacan, así como los señoríos de Xochimilco, Ecatepec, Tenayuca y otros lugares.

El rey de Tetzcoco tenía el título de chichimecateuctli, señor chichimeca, y era descendiente de Xolotl, el caudillo chichimeca que ocupó partes del norte y este del Valle en el siglo XIII. La región que controlaba era el oriente del Valle y recibía el nombre de Acolhuacan, de los acolhua, el pueblo que ocupó esa región en tiempos de Xolotl estableciendo su capital en Coatlinchan, al principio la ciudad más importante de esa parte del Valle, remplazada después por Tetzcoco. Comprendía también regiones al oriente del Valle hasta los límites con Tlaxcala, e incluía Tollantzinco, Cuauchinanco y Xicotepec. El reino de Tlacopan ocupaba la parte occidental y norte del Valle, con extensiones al oeste hacia Xilotepec y Toluca. El soberano tenía el título de tepanecateuctli, señor tepaneca, nombre del pueblo que pobló en tiempos de Xolotl la región oeste del Valle con su capital en Azcapotzalco. Antes de formarse el imperio azteca, los tepanecas eran el grupo más poderoso del Valle; al ser derrotados, ocuparon un lugar secundario al de los mexicanos y tetzcocanos y la capital tepaneca pasó a Tlacopan.

La región de Chalco, originalmente fuera del imperio, formaba otro gran reino, con un buen número de reyes de títulos distintos que aludían a los varios grupos étnicos que poblaban la región. Fuera del Valle también se pueden considerar como reinos de categoría comparable, aunque de extensión menor, a Tlaxcala, formada por las llamadas cuatro cabeceras, gobernada cada una por

un rey, y a Cholula, dividida en seis cabeceras. Huexotzinco era otra unidad comparable, aunque se sabe todavía menos sobre su organización política prehispánica.

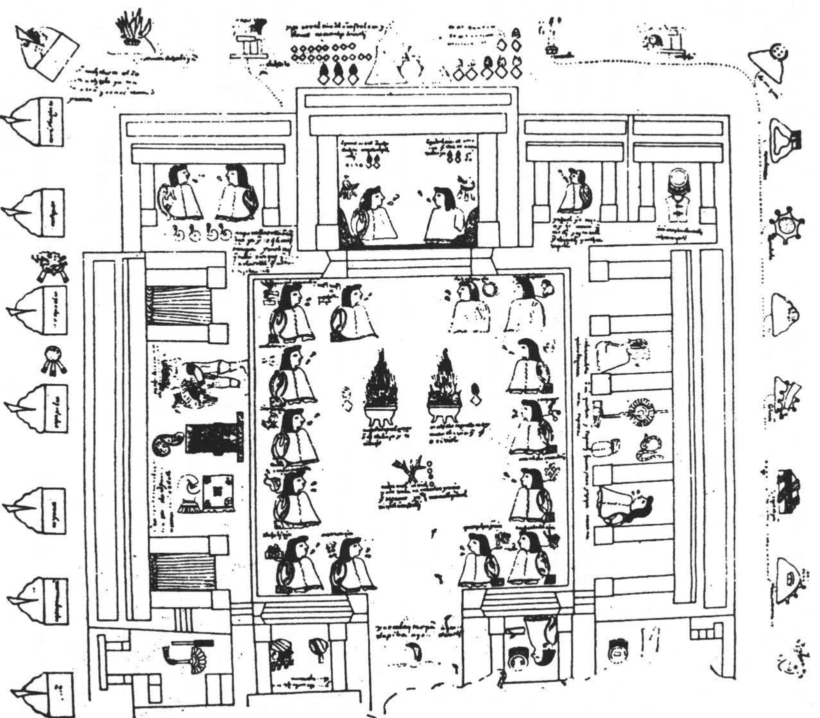
Los mejores datos sobre el gobierno de un reino son los referentes a la ciudad de México y a Tetzcoco. Se trata de las ciudades capitales, y los informes con que se cuenta se refieren tanto al gobierno de la ciudad en sí como al gobierno de todo el reino. Los datos sobre las ciudades que formaban señoríos dependientes dentro de uno de los reinos son muy limitados, pero puede decirse que seguían en líneas generales, si bien más simples, las formas de gobierno que se conocen de México y Tetzcoco. La autoridad suprema de un reino era el huey tlatoani o gran rey, quien combinaba funciones civiles y militares, judiciales y legislativas. El rey de Tenochtitlan era un miembro del linaje de Acamapichtli, el primero que tuvo el título de rey en el siglo XIV, bajo el dominio de Tezozomoc, el rey tepaneca de Azcapotzalco. Los primeros tres reyes sucedieron de padre a hijo, pero cuando Chimalpopoca fue muerto por órdenes de los tepanecas, comenzó la guerra contra el dominio de éstos y el nuevo rey fue Itzcoatl, tío de su antecesor. A partir de este rey los tenochcas siguieron la costumbre de elegir un nuevo rey de entre los príncipes del linaje de Acamapichtli, de modo que el sucesor nunca fue un hijo del difunto rey, sino un pariente colateral. Al mismo tiempo que elegían soberano nombraban otros cuatro funcionarios de entre los cuales se escogía generalmente el próximo rey; los más importantes eran el tlacochcalcatl y el tlacatecatl, descritos como generales. Estos puestos, como el mismo de tlatoani, no se heredaban de padre a hijo, sino que también pasaban a un colateral cercano. Sí se formó una línea de sucesión distinta en el caso del cihuacoatl, literalmente "culebra hembra", título de un segundo o adjunto del rey que tuvo gran influencia cuando ocupó el puesto el célebre Tlacaelel desde el tiempo de Itzcoatl hasta el de Ahuitzotl. La dualidad tlatoani-cihuacóatl parece tener una base religiosa en la que el rey representa al dios nacional Huitzilopochtli y el cihuacoatl a la diosa del mismo nombre, patrona de los colhua. Se ha discutido mucho las funciones y la importancia del cihuacoatl y quedan muchas dudas al respecto. Los reyes de Tetzcoco y de Tlacopan, en contraste con los de México Tenochtitlan, se sucedían por línea directa de padre a hijo.

Para la ciudad de México tenemos listas de los señores de rango

de teuctli, cada uno con título distintivo, que fueron creados inicialmente por el rey Itzcoatl cuando estableció la supremacía mexica después de la guerra de Azcapotzalco. Entonces confirió los títulos a varios miembros del linaje de Acamapichtli, y aunque esos títulos se repiten después en el curso de la historia mexica, no hay datos suficientes para determinar cómo se trasmitían, excepto en los casos del cihuacoatl, el tlacatecatl y el tlacochcalcatl. Estos dos últimos se describen como generales; es difícil determinar si había funciones bien definidas encargadas a los otros títulos. Los nombres sugieren a veces una actividad ritual o una conexión con un lugar o un templo. Las descripciones en las crónicas de cómo los reyes encomendaban varios asuntos a los distintos señores con título de teuctli, sugieren más bien que no había una división precisa de funciones y que el rey podía escoger para una misma actividad señores de título distinto. Por otra parte se ve que dominaba la costumbre de encargar las principales actividades a grupos de funcionarios responsables conjuntamente en el desempeño de su cometido. Para Tetzcoco no hay listas de señores (teteuctin) comparables a las de Tenochtitlan. Sí sabemos que había funcionarios equivalentes. Nezahualcoyotl nombró a sus hijos presidentes de sus consejos, pero hay tal falta de proporción en los datos, que resulta difícil decidir si había en este punto diferencias importantes entre Tetzcoco y México.

Uno de los mejores cuadros que se pueden obtener de la organización política, vista desde el centro de gobierno en la ciudad de México, es el de Sahagún, cuando describe los palacios de Moteczuma. Los datos sobre Tetzcoco que proporciona Ixtlilxochitl y el códice pictórico llamado Mapa Quinatzin presentan grandes semejanzas. Cada una de las salas de palacio era la sede de un consejo o ramo de la administración, de modo que la lista de estas salas constituye una enumeración de los principales órganos de gobierno.

Bajo la autoridad del rey había dos grandes consejos que sesionaban cada uno en una sala cercana a la residencia del gran rey. El consejo más importante se llamaba en Tenochtitlan el tlacxitlan que quiere decir "a los pies". No se tiene la lista exacta de sus miembros, pero se sabe que eran reyes y príncipes (tlatoque tlazopipiltin). El consejo correspondiente en Tetzcoco estaba integrado por los reyes de las ciudades del Acolhuacan dependientes de Tetzcoco y puede suponerse que el de Tenochtitlan incluía a los reyes



Palacio de Tetzcoco. *Mapa Quinatzin*

del señorío colhua-mexica antes mencionados. Este consejo trataba de los crímenes de los señores, y parece un tribunal de apelación superior para los maceguales. El segundo consejo se llamaba teccalco, casa de los señores, y como su nombre lo indica, lo formaban jueces de rango de señor (teuctli), aunque, por lo menos en Tetzcoco, también los había de origen plebeyo. Se describe este consejo como audiencia de causas civiles a la cual llevaban sus asuntos los plebeyos. Otra sala de palacio se llamaba tecpilcalli, o "casa de los nobles, hijos de señores" (tecpilli), experimentados en la guerra. El texto de Sahagún no describe la actividad de estos nobles, pues apenas dice que Moteczuma condenaba a los que cometían adulterio. Probablemente son estos nobles los que otras fuentes dicen que estaban en palacio a las órdenes del señor, quien los escogía para distintos asuntos que se le ofrecían, y que acudían en turnos. La sala del consejo de guerra se llamaba tequihuacacalli "casa de capitanes" o cuauhcalli, "casa del águila". Asistían en ella los generales (tlacateca y tlacochcalca) y los capitanes (tequihua) para discutir todo lo referente a la guerra. A la achcauhcalli, "casa de los mayores", acudían los achcacauhtin, funcionarios de origen plebeyo que actuaban como mensajeros y ejecutaban las sentencias de muerte. En la "casa del canto", cuicacalli, se juntaban los mandones de los solteros (telpochtlatoque) para ver en qué obras públicas los mandaban a trabajar. Además, se juntaban grupos de jóvenes todas las noches a bailar hasta la media noche y era el lugar donde se reunían en algunas de las ceremonias de los meses. El México calmecac, "hilera de casas", era la residencia principal de los sacerdotes, donde el rey se informaba de sus obligaciones y castigaba a los que se emborrachaban o amancebaban. Una parte muy importante del palacio eran los almacenes de todos los tributos que llegaban a la ciudad. Se llamaba petlacalco, "casa de los cofres", y el encargado de ella era el petlacalcatl. Los mayordomos o recolectores de tributos (calpixque, "guardacasas") se reunían en la calpixcacalli, "casa de mayordomos", también llamada texancalli o texomulco. Allí recibían del rey las órdenes acerca de los tributos que se debían de traer para atender a las necesidades del palacio. También allí se organizaban las obras públicas. En otro edificio, "la casa de cautivos", malcalli, había mayordomos que cuidaban de los guerreros prisioneros. La llamada "casa de los pájaros", totocalli, debía su nombre a que en ella había pájaros de toda suerte, así como otros animales silvestres,

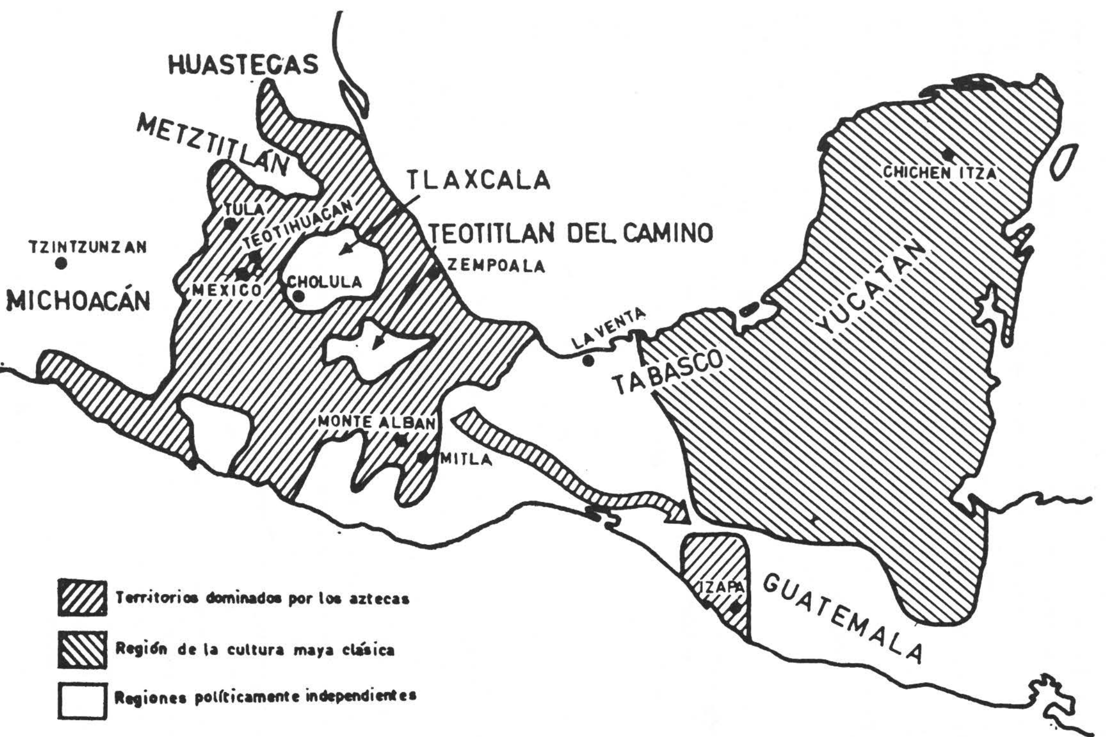
una especie de jardín zoológico. Comprendía además los talleres donde trabajaban los artesanos de palacio, orfebres, cobreros, plumajeros, pintores, lapidarios y entalladores en madera. La coacalli, "casa de los convidados", era donde se alojaban los señores aliados a los cuales siempre se colmaba de regalos.

Esta descripción de las casas reales sugiere varios principios de organización política. Los principales órganos de gobierno guardaban relación con los principales estatus sociales descritos al tratar de la estratificación social. Los reyes (tlatoques), los señores (teteuctin), los nobles (tecpipiltin), los capitanes, los mandones de las casas de solteros, formaban consejos que trataban sobre las actividades inherentes a cada rango. Todos ellos estaban a las órdenes del rey y en la enumeración de casi todas las salas se dice que Moteczuma castigaba a los funcionarios allí congregados mandándoles matar en caso de mal ejercicio de sus deberes. Parece que cada consejo combinaba funciones legislativas, ejecutivas y judiciales dentro de su esfera de actividad. En el caso de los consejos supremos, sus miembros parecen incluir la totalidad de personajes de su rango; los reyes y señores. Los consejos de nobles, guerreros, solteros y sacerdotes, estaban organizados en tandas que se turnaban al desempeñar sus funciones, a las órdenes de sus cabecillas.

La alianza de México, Tetzcoco y Tlacopan que constituía el imperio azteca tenía funciones limitadas y bien definidas. Fundamentalmente era una alianza para hacer la guerra y cobrar tributo de los lugares conquistados. El rey de México tenía la función de general de los ejércitos aliados y esto le daba dentro de la alianza una preponderancia que creció con el tiempo. Por otra parte, se describe al rey de Tetzcoco, Nezahualcoyotl, como legislador, poeta y constructor, lo cual puede ser no únicamente una caracterización personal, sino una especialización funcional de los tetzcocanos dentro de la alianza. Cada una de las partes aliadas podía hacer sus propias conquistas y tener sus propios tributarios, pero había también pueblos sometidos por la alianza que se repartían en lo particular entre los aliados o que tributaban conjuntamente a los tres, repartiéndose el tributo de manera variable, la fórmula más mencionada es la de dos partes a México, dos a Tetzcoco y una a Tlacopan. La alianza también se manifestaba en la organización del comercio a gran distancia con las regiones en los límites del imperio. Los mercaderes de varias ciudades en las tres par-

tes del imperio tenían una organización común, con establecimientos en Tochtepec (hoy Tuxtepec, Oax.), base del comercio más distante. La autoridad suprema del imperio era el consejo formado por los soberanos de los tres reinos. Cada ochenta días se reunían por turno en las tres capitales. También estaban conectados por alianzas matrimoniales, y aunque algunos datos son contradictorios, parece que los hijos de princesas tenochcas sucedían a sus padres en Tlacopan y Tetzcoco, mientras que en México los reyes tenían madres de su propio linaje. La elección o confirmación de los soberanos de los tres reinos se hacía con la participación de los otros dos soberanos. El equilibrio del poder entre los tres reinos cambió en el curso de la historia con la tendencia al crecimiento del poder de los mexicanos, quienes en vísperas de la conquista española habían impuesto en Tetzcoco a su candidato Cacama como sucesor de Nezahualpilli. Los mexicanos también habían establecido señores dependientes directamente de ellos en lugares antes pertenecientes a los otros dos reinos. El imperio azteca alcanzó el mayor grado de extensión de todas las unidades políticas conocidas de las tradiciones históricas, sin tomar en cuenta la posible extensión de un probable imperio tolteca acerca del cual los datos históricos son sumamente nebulosos. El antecedente inmediato y modelo directo del imperio azteca fue el que tuvo como centro Azcapotzalco en tiempos del rey Tezozomoc. El reino tepaneca de Azcapotzalco comprendía una gran zona al oeste del Valle de México y regiones más occidentales, básicamente la región que después formó el reino de Tlacopan. Además, Azcapotzalco estuvo aliado con Colhuacan en el sur del Valle y Coatlichan en el este, formando de esta manera una unidad semejante a la del imperio azteca, si bien no llegó a lograr conquistas tan distantes como éste.

En territorios más apartados los mexicanos, solos o con sus aliados, exigían tributo de los señoríos sometidos. Lo recogían los calpixque o mayordomos de las distintas regiones, pero generalmente no cambiaban la organización interna de los señoríos dominados, aunque a veces forzaban cambios en el personal reinante introduciendo señores más manejables y concertando alianzas matrimoniales. En algunos lugares estratégicos establecieron colonias de pobladores llevados desde Tenochtitlan y otras ciudades del Valle que estaban gobernadas directamente por generales (tlacateca, tlacochcalca) mandados desde la ciudad de México. Algunas de las más importantes de estas colonias se asentaron en la región



Extensión del imperio azteca

de Toluca, en Oztuma cerca de la frontera con los tarascos y en Huaxyacac (hoy ciudad de Oaxaca). Para solventar asuntos en las regiones lejanas del imperio se mandaban desde México comisiones de funcionarios del rango de teuctli que actuaban como jueces visitadores.

La vida económica

La descripción de los palacios de Moteczuma señala algunos rasgos importantes de la organización económica. En el palacio del rey se congregaba la totalidad del estrato dominante en su aspecto de funcionarios públicos; también trabajaban allí los artesanos de obra fina y las mujeres del rey, y todos ellos recibían sus mantenimientos. En los almacenes reales se acumulaban los tributos de todas las provincias, y con ellos se atendía las necesidades de todos los funcionarios y trabajadores de palacio. La economía doméstica de éste abarcaba en cierta medida la economía del reino entero. El organizar la hacienda pública a base de la economía doméstica del soberano es un rasgo de las sociedades estratificadas arcaicas, como lo es también el predominio de transacciones económicas en trabajo y especie, dada la falta del uso general del dinero. Igualmente se advierte la íntima ligazón de puestos y de actividades políticas con las económicas. En términos generales se puede decir que la economía del México antiguo era una economía política en el sentido literal de la palabra; el cuerpo político organizaba directamente los rasgos fundamentales de la economía. El gobierno controlaba los recursos fundamentales, la tierra y el trabajo; reglamentaba, e incluso participaba de modo inmediato en el proceso de producción, y decidía las líneas generales de la distribución de la riqueza.

Se ha dicho ya que cada uno de los rangos sociales tenía sus atribuciones económicas: derechos a cierto tipo de tierra o a sus productos, o bien, derechos a recibir prestaciones de cierta gente; y todos, de manera diferente según su estado, tenían obligación de dar bienes y servicios al organismo político. Usando la terminología moderna puede decirse que el sector público predominaba con mucho sobre el sector privado. Se puede hablar de la economía privada de la familia del labrador plebeyo que cultivaba la tierra y practicaba algunas artesanías para su pro-

pio consumo o para cambios en el mercado; pero debe subrayarse que la familia campesina recibía su parcela de las tierras comunales del calpul, el cual basaba su posesión en la ocupación original mediante conquista o donación de un señor. Las trasmisiones de tierra fuera de la herencia eran decisiones administrativas y no transacciones privadas, que requerían la sanción de las autoridades del calpul. El campesino, a cambio del uso de la tierra, tenía que pagar tributo y dar servicios personales, tanto para trabajos de su comunidad como para las autoridades superiores. La producción artesanal también se hacía dentro de la familia y en parte se basaba en la división sexual del trabajo, que entre otras cosas asignaba a la mujer el tejido. Las prestaciones exigidas de un campesino podían incluir tejidos o trabajo doméstico que aportaban las mujeres de la familia. Los artesanos tenían también la obligación de dar tributo y servicios en cosas de su oficio.

El mercado era un mecanismo importante para la distribución de los productos de la actividad familiar, pero su importancia resultaba limitada para proveer a los grupos dominantes. Los señores y nobles contaban entre sus dependientes labradores y artesanos que proveían sus necesidades básicas.

De este modo la producción hogareña de labradores y artesanos atendía a las necesidades propias directamente o mediante cambios en el mercado. La producción y la distribución a niveles mayores se basaba sobre todo en la organización, políticamente dirigida, para la extracción de tributos y la producción mediante los servicios personales de los plebeyos en las tierras y con las materias primas controladas por el organismo político. Se trata del tipo de organización económica que Karl Polanyi ha llamado redistribución; a base de una estructura social centralizada, hay una acumulación de bienes en el centro, seguida por una redistribución desde el mismo centro, de los bienes acumulados. Es preciso insistir, sin embargo, que lo fundamental es la acumulación en el centro, no tan sólo de productos, sino de recursos, o sea tierra y trabajo, que el centro "acumula" apropiándose los derechos sobre ellos y que "redistribuye" asignándolos a distintas unidades productoras. De este modo el concepto de Polanyi se debe aplicar tanto a la producción como a la distribución, y sólo puede decirse que una economía se basa en la redistribución cuando este mecanismo se usa para organizar la

producción. El carácter político de la economía es uno de los rasgos que han llevado a caracterizar el México antiguo como un despotismo oriental o sociedad hidráulica en la que el dominio político de la economía se basaba en el control de las obras hidráulicas del Valle de México. Cierto que las grandes obras públicas para el riego y la construcción de diques y calzadas revelan que las autoridades políticas dominaban un recurso fundamental, pero el control político de la economía es también parte de lo que llamamos "fusión institucional", y se encuentra asimismo en partes de Mesoamérica donde las obras hidráulicas importaban poco.

La tierra era el medio de producción fundamental en el antiguo México por tratarse de una civilización agrícola. Todos los informes sobre la tenencia de la tierra indican que existían distintos tipos de tierras asignadas para el uso de los varios estamentos sociales. De hecho, cada uno se define según la entidad a quien se le concedía y la función social que el goce de esa tierra comportaba. La misma terminología nahuatl que usa de formas descriptivas define claramente la situación: el rey tenía las "tierras reales" (tlatocamilli); los señores, las "casas señoriales" (teccalli) o tierras de palacio ("tecpantlalli"); los nobles, las "tierras de los nobles" (pillalli); los maceguales de los pueblos, las "tierras del pueblo" (altepetlalli); v cada barrio en particular, las "tierras del barrio" (calpullalli). Otras tierras, productoras de tributos, se conocían según el uso a que se destinaban esos tributos. De este modo había tierras para la guerra (milchimalli, literalmente "rodela de sementeras") y "tierras de los templos" (teopantlalli). Algunos autores distinguen entre tierras del dominio público y tierras del dominio privado. De hecho ésta es una distinción del derecho romano que no se aplica bien a la situación mesoamericana. Las tierras que se han dicho de propiedad privada, las tierras de los nobles y de los maceguales, suponen el desempeño de una función pública: los maceguales han de dar tributos y trabajo, y los nobles deben prestar servicios a su señor o al rey en la guerra y en la administración, para eso se les da la tierra. Puede establecerse una distinción entre las tierras (pillalli) que todo noble tiene como miembro de una casa señorial que no escapan a la obligación general de servir en la cosa

pública, en contraste con las tierras asignadas a un puesto público determinado, cuyos productos gozaba el que lo desempeñara en un momento dado. De este modo se nos dice que había tierras señaladas a los jueces (presumimos que del teccalco), los cuales tendrían además las tierras que les correspondieran a base de sus estatus. Igualmente se habla de dos tipos de tierra bajo el dominio de los reyes de México: las adscritas al puesto de tlatoani y las llamadas en castellano patrimoniales que heredaban, antes de ser reyes, como nobles del linaje real. Estas últimas, como las parcelas de los maceguales, se podían enajenar únicamente dentro de un mismo estamento con aprobación de las autoridades y sin ignorar las obligaciones políticas del terrateniente. En todo caso las formas fundamentales de trasmitir la tierra parecen haber sido la herencia y las medidas administrativas del soberano, quien repartía tierras después de una conquista, las daba como premio a sus servidores, las quitaba como castigo a los delincuentes o las reasignaba para atender a las necesidades del momento.

La división sexual del trabajo establecía la base para la cooperación de los miembros del grupo doméstico como unidad de producción y consumo. Tocaban al hombre el cultivo y casi todas las artesanías. La mujer, además de los niños y la cocina (y el moler era una tarea muy laboriosa), tenía a su cargo el hilado y el tejido. De este modo la producción textil para el consumo de la familia plebeya se hacía dentro del hogar. Es difícil saber hasta qué punto las actividades especializadas ocupaban el tiempo completo de los artesanos; lo más probable es que una buena parte de los especialistas combinaran una artesanía con el cultivo, y que de este modo produjeran parte de los alimentos necesarios para su propio consumo. Sin embargo, en los principales centros urbanos había artesanos dedicados fundamentalmente a sus oficios, en particular los que trabajaban para el palacio. Las principales especializaciones incluían actividades extractivas en la caza, la pesca y recolección de productos forestales como resina, ocote o miel silvestre. Había especialistas de la construcción: los carpinteros iban al monte a cortar la madera y labraban las vigas para los edificios; los canteros sacaban piedra de la cantera y ellos mismos, o grupos más especializados,

la labraban para la construcción y trabajaban como albañiles. Las manufacturas más importantes eran las de alfareros, petateros, canasteros, curtidores y huaracheros, que producían objetos de uso bastante general. De distribución más limitada, y en los lugares donde abundaba la materia prima, eran los artesanos dedicados a trabajar la obsidiana, hacer sal, papel, o construir canoas. Las artesanías de lujo que se producían en palacio eran el arte plumaria de los amanteca, el trabajo en metal de orfebres y cobreros, la lapidaria de los que hacían cuentas y otras cosas de piedras finas, la talla de la madera, y el arte de los pintores o escribanos que hacían libros históricos, religiosos y administrativos. Otro grupo importante, cuyos productos usaba principalmente el estrato dominante, eran los floristas, que hacían ramilletes y adornos de flores, y los tabaqueros que preparaban los carrizos con tabaco para fumar. Se distinguía entre los "artesanos caseros" (calla amanteca) que trabajaban en sus hogares, y los "artesanos de palacio" (tecpan amanteca), que trabajaban en el palacio. Puede suponerse que algunos artesanos caseros podían cultivar parte de sus mantenimientos, y que además participaban en los cambios del mercado. Los artesanos de palacio trabajaban con materia prima que les suministraba el señor, y recibían alimentos en el palacio. Algunas de las artesanías se enseñaban en el calmecac y eran practicadas por hijos de señores. Es probable que los artesanos de obra prima fueran parientes lejanos de los señores y que también de este modo hallaran cabida en el personal de palacio.

En los casos de mayor especialización, como en los grandes centros urbanos, se tendía a que los artesanos de un oficio vivieran en barrios propios; en otros casos se encontraban los artesanos de un oficio dado distribuidos por muchos barrios, si bien había mayor cantidad de ellos en los lugares mejor dotados de materia prima. Independientemente de poder residir en barrios determinados, los artesanos se organizaban en cuadrillas con mandones propios para la prestación de sus tributos y servicios en cosas de su oficio. De este modo se les reclutaba, en especial a canteros y carpinteros para las obras públicas. La cooperación, y aun cierta división del trabajo, dentro de uno de estos grandes equipos de trabajo, se realizaría a base de la organización tributaria de las cuadrillas y sus mandones. Los principales artesanos, como lapidarios, plumajeros, orfebres, petateros, pescadores y

otros (sobre algunos no hay datos) tenían dioses patrones cuyo culto particular contribuía a la organización corporativa y a la solidaridad del grupo. De algunos artesanos sabemos también que tenían un origen regional o étnico particular, como los lapidarios de Tenochtitlan llegados de Xochimilco.

Si bien la plebeya, mujer de su casa, que tejía, era parte de la economía hogareña de consumo, había también tejedoras especializadas que producían para el mercado, y algunas de ellas se alquilaban para ir a tejer a la casa donde las contrataban. La producción textil de mejor calidad y la congregación de grupos de trabajadoras se daba en los palacios de los señores. Se basaba en la técnica superior de las señoras, relacionada seguramente con el hecho de que estaban libres de las actividades domésticas más onerosas como la molienda, y en que los señores podían tener varias mujeres y buen número de criadas. Sahagún da una lista de las ocupaciones de las señoras en trabajos textiles de calidad. Desde el punto de vista económico esta producción textil de las señoras se equipara a la de los artesanos de palacio; como ellos, trabajaban la materia prima llegada como tributo, y comían asimismo de la cocina de palacio.

Las unidades de producción eran, por una parte, el hogar del macegual; por otra, unidades políticamente integradas, que combinaban los derechos recibidos del soberano sobre la tierra y los servicios de los maceguales. Los reyes y los señores (teteuctin) tenían mayordomos para organizar a los maceguales en el cultivo de las tierras dominicales. Ya se dijo que en el palacio de Moteczuma trabajaban artesanos para las necesidades de palacio, elaborando la materia prima que llegaba como tributo. Para años posteriores a la Conquista, hay informes más detallados acerca de la administración de los bienes de un teuctli o señor, cuyos maceguales terrazgueros recibían parcelas de uso familiar. De éstos los labradores trabajaban la tierra del señor, le daban servicio doméstico, y algunos artículos de consumo como leña y guajolotes. Además, las mujeres hilaban para el señor; los artesanos le daban productos de sus distintos oficios o iban a trabajar en su casa, o bien le daban terrazgo en cacaos, lo cual supone que debían de haber vendido sus productos en el mercado para conseguir el cacao. También eran unidades productivas organizadas políticamente, entidades como las casas de solteros cuyos miembros cultivaban en común tierras destinadas a su mantenimiento,

y los barrios o calpules, que cooperaban para cultivar la tierra de sus jefes.

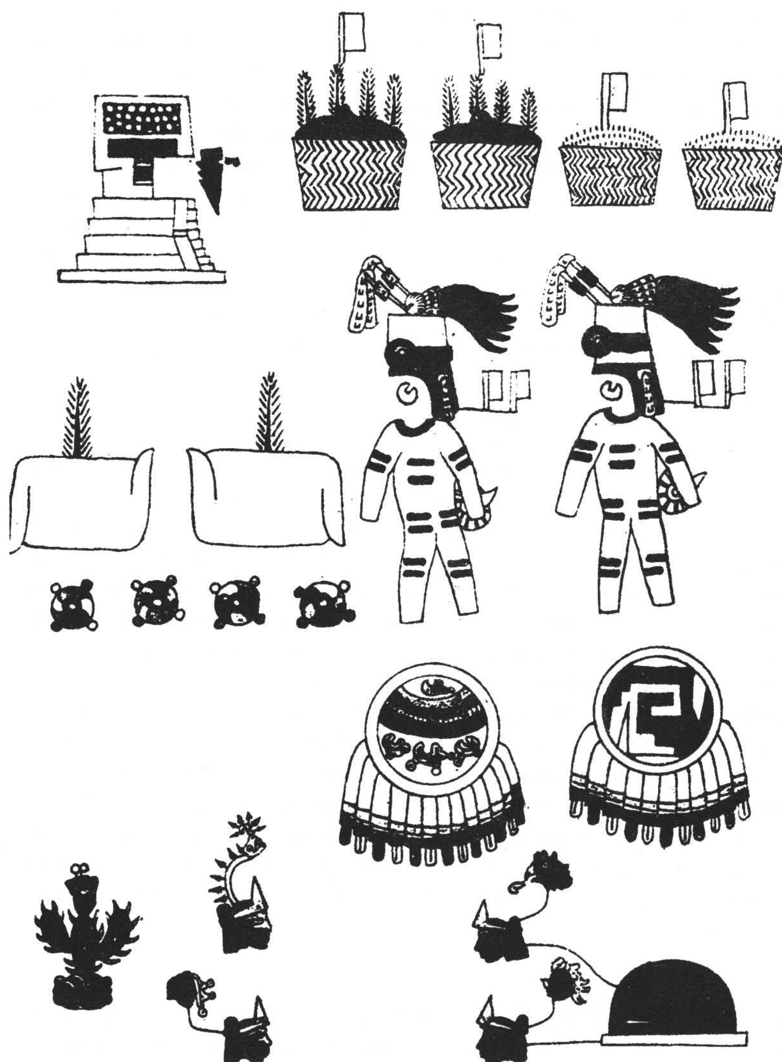
Las obras públicas representaban otro ramo importante de la producción organizado por los mayordomos del señor mediante el trabajo y el tributo de los maceguales. De este modo se construían palacios y templos en los centros urbanos, y en la zona lacustre de la cuenca de México las calzadas, albarradones, canales y acueductos. Para estas obras que exigían gran cantidad de trabajadores y de materiales de construcción, se explica la organización de los maceguales en cuadrillas según sus oficios, de manera que cada uno extraía y aportaba las materias primas de su oficio, como madera y piedra en la construcción, además de dar su trabajo para la elaboración final. Las distintas cuadrillas de tributarios se turnaban en acudir a los trabajos siempre a las órdenes de sus mandones. Esta organización de los tributarios que han de prestar servicios en grupos que se turnaban "por su rueda y tanda", se encuentra en toda suerte de actividades y niveles sociales y en grupos de magnitud variable. De este modo los terrazgueros de un señor se turnaban para dar el servicio doméstico; los maceguales de los distintos barrios y pueblos se turnaban para trabajar en las obras públicas. Parte del mismo principio es que distintos pueblos o provincias se turnaban en proveer de todos los productos necesarios a los palacios o los templos.

El macegual tenía la obligación de pagar tributos y servicios personales. Tanto el uno como los otros se llaman en náhuatl tequitl, que corresponde además en castellano a trabajo, empleo u oficio. Se aplicaba también al trabajo desempeñado por los funcionarios del gobierno, los guerreros en la batalla o los sacerdotes en sus ceremonias. Desde el rey al macegual todos daban su tequitl, es decir, su contribución a la sociedad. La función específica de los maceguales era sostener el aparato estatal y ceremonial. La base para tasar sus prestaciones variaba en las distintas regiones, pero en la náhuatl del centro parece haberse basado en la cantidad de tierra que poseía el tributario. También era variable la importancia relativa de pagos en especie y en trabajo; los labradores pagaban a veces en especie, otras en trabajo agrícola aplicado a las tierras destinadas al tributo. Todas las

clases de maceguales estaban sujetas a servicios personales, en particular los exigidos por el soberano. Cuando se pagaba en especie, se dice que el tributo alcanzaba a la tercera parte del producto; en casos ya posteriores a la Conquista el terrazguero de un indio noble en Huexotzinco le debía cultivar una porción de tierra equivalente a una cuarta parte de la que recibía para su sustento. No había tasación fija de los servicios personales para las obras públicas y el servicio militar, sino que estaban al arbitrio del soberano quien los exigía conforme a las necesidades.

El pago en especie parece haber predominado cuando se trataba de mercaderes y artesanos, si bien no totalmente, así como el de labradores de las tierras más intensamente cultivadas en regiones de riego. Sin embargo, parece haber sido fundamental el pago en trabajo agrícola; se encuentra en todos los niveles de la organización económica: en los servicios usados para cultivar las tierras del rey, o para la tierra de un teuctli; y en el sistema de que un noble (pilli) podía dar parcelas de uso familiar a sus mayeques a cambio de la cual le cultivaban la que se reservaba para él mismo; igualmente, los miembros de los calpules cultivaban las tierras del jefe del calpul. Este sistema se relaciona claramente con la división de las tierras, en parcelas de uso familiar del macegual por un lado, y por otro en campos donde se cultivaban los productos para el señor de la tierra, el soberano mismo u otra persona que la recibía de él por su posición social. Resalta igualmente el hecho de que el recipiente de mercedes reales recibía no tan sólo tierra, sino también gente cuyos servicios usaba para cultivarlas. El procedimiento general del soberano para descargar sus obligaciones económicas, compensar o premiar a sus servidores, era asignar no tanto bienes en especie cuanto tierra y trabajo.

Un rey o un señor importante tenía sus dominios en lugares distintos, todos los cuales contribuían a la hacienda del señor, bien fuera atendiendo a sus necesidades locales o enviando los productos a su palacio. La Matrícula de Tributos ha conservado la lista de todos los productos que se pagaban a México como tributo y que se guardaban en los almacenes reales. Incluye grandes cantidades de productos agrícolas, principalmente maíz, frijol, huauhtli, chía, chiles y cacao; otros mantenimientos como miel y sal; materias primas, como cal, algodón, cochinilla, madera de construcción y plumas; otros productos tal leña, papel,



Una lámina del *Códice Mendocino*

copal, asientos, petates, jícaras y carrizos de tabaco para fumar. Hay además enormes cantidades de ropa, trajes y divisas militares y armas. También objetos de gran valor: oro en polvo o en tejuelos o ya hecho en adornos, cuentas de chalchihuite, pieles de jaguar; cascabeles y hachuelas de cobre. El origen de los distintos productos está claramente relacionado con las posibilidades locales de producción: ropa de henequén y huauhtli de las tierras frías, papel de amate y algodón de la tierra templada. Los mantenimientos más pesados y voluminosos llegaban desde las provincias cercanas, mientras que las provincias remotas mandaban productos exóticos de gran valor, como pieles de jaguar, chalchihuites y plumas de quetzal. Todos los bienes acumulados en forma de tributo servían para satisfacer las necesidades del rey y de palacio. La cocina alimentaba no únicamente al rey, sus mujeres y criados, sino a toda la capa dominante de la ciudad que acudía al desempeño de sus funciones: los señores de los consejos, los nobles, los ejecutores, los mayordomos y los recolectores de tributos, los jefes de los solteros, a más de los artesanos que trabajaban en palacio. Los almacenes reales surtían también las necesidades de alimentos, ropas y adornos distribuidos por el rey en las ceremonias, los regalos dados a señores extranjeros que acudían a las celebraciones, las divisas y adornos dados a los guerreros distinguidos, y comida distribuida al pueblo en algunas de las ceremonias de los meses. Los almacenes guardaban también productos para proveer las necesidades de las campañas militares. Algunos de los atavíos se prestaban para las ceremonias a los personajes que en ellas participaban, quienes los devolvían para ser usados la próxima vez. Se esperaba también del rey que en caso de hambre y escasez abriera sus almacenes para alimentar a la población en general, y se dice que Moteczuma, después de un hambre, rescató a todos los que se habían tenido que vender como esclavos para obtener mantenimientos de la tierra caliente.

El mercado de Tlatelolco en la ciudad de México asombró a los españoles por el sinnúmero de concurrentes y la inmensa variedad de mercancías que compraban y vendían. Todo señorío tenía su mercado; algunos también de gran tamaño que surtía una extensa región, como el de Cholula, otros de menor monta. Gru-

pos importantes de mercaderes profesionales (pochteca) existían también en todos los señoríos de importancia; habitaban barrios especiales, tenían su propia organización ceremonial y participaban de manera prominente en la vida económica, política, ceremonial y militar. Los mercados se celebraban generalmente cada cinco días, si bien los más importantes como el de Tlatelolco eran diarios, y todas las transacciones mercantiles se tenían que efectuar en el mercado, pues estaba prohibido hacerlo fuera. Los cambios se hacían a base de trueque, pero algunas mercancías se habían generalizado como medio de pago, funcionando en cierto modo como moneda: los cacaos se usaban como moneda de poco valor, ciertos tipos de mantas (quachtli), para pagos más considerables, y el oro en polvo o las plumas para los de valor excepcional. Gran parte de los concurrentes al mercado eran los mismos productores que llevaban a vender sus propias mercancías. Los artesanos de cada oficio con sus productos acudían en grupos a las órdenes de sus mandones. Además, había regatones que compraban a los productores para llevar los productos al mercado. Allí había siempre un grupo de jueces, los señores de los mercaderes (pochteca tlatoque), que juzgaban rápidamente todos los asuntos referentes al mercado. Las actividades mercantiles estaban sujetas a impuestos que pagaban todos los que llevaban productos al mercado.

Los mercaderes profesionales tenían una organización corporativa propia; sus barrios, en la ciudad de México y en otras ciudades del Valle, estaban relacionados entre sí para las grandes expediciones comerciales. Los pochteca estaban internamente estratificados; había entre ellos linajes nobles con sus teteuctin y pipiltin, de la misma manera que entre el resto de la población. Se ha sugerido que los pochteca tenían un origen étnico especial y se ve que predominaban entre ellos ciertos cultos particulares y que usaban determinados nombres de lugar para sus barrios y títulos para sus señores. Por ejemplo, tanto en Chalco como en Huexotzinco, la parcialidad de los mercaderes se llamaba Acxotla, y el título del señor principal era tecuachcauhtli, "el mayor señor". Es de notar, sin embargo, que la existencia de dioses patrones con cultos particulares es propia de todos los segmentos sociales, sobre todo de los artesanos; los pochteca participaban también muy activamente en las ceremonias de los dioses nacionales: el culto de Huitzilopochtli en México y el de Quetzalcoatl

en Cholula. Un rasgo especial de la estratificación social de los mercaderes es la posibilidad de ascender en la escala social mediante el gasto de riquezas en las ceremonias, invirtiéndolas en la compra de esclavos para el sacrificio, que equivalían a los cautivos apresados por los guerreros. Los pochteca tenían además sus casas de varones particulares, con la categoría de calmecac o residencias sacerdotales, y tenían sus propios mandones y señores (tlatoque). De este modo la estratificación interna era semejante a la de los nobles y maceguales, basada en la combinación de herencia y hazañas militares. La diferencia era que entre los mercaderes el avance en los negocios y la inversión de las ganancias en ceremonias sustituían a las hazañas militares, si bien no exclusivamente, pues también los mercaderes en sus expediciones podían pelear y alcanzar los mismos grados militares que la generalidad de la población. Lo importante aquí es que los grados sociales desde mancebo hasta señor mercader parecen haber servido de base para organizar las expediciones mercantiles. Los jóvenes comenzaban a salir en viajes a las órdenes de mercaderes experimentados, en forma paralela a la iniciación militar de los solteros no pochteca, e iban adquiriendo la posibilidad de organizar sus propios viajes y obtener ganancias al ascender en la escala ceremonial. Los mercaderes que iban en expediciones a las fronteras del imperio recibían bienes del rey para comerciar con ellos en país extranjero. Entonces actuaban como agentes comerciales del rey o como sus embajadores si iban a intercambiar presentes con señores extranjeros. En otros casos iban aparentemente como mercaderes privados, pero se dedicaban también a tantear el terreno y preparar las expediciones de conquista. Cuando los señores extranjeros los maltrataban o los mataban, el hecho constituía un "casus belli" que igualmente contribuía a la expansión militar y política de la triple alianza.

El auge de las expediciones mercantiles a larga distancia se relaciona en las tradiciones indígenas con la expansión del imperio que llevó sus puestos avanzados hasta las regiones cálidas del istmo y la frontera de los pueblos mayas, donde había productos exóticos y de lujo que codiciaban los señores del altiplano. En este comercio distante los mercaderes actuaban como agentes económicos y políticos de sus señores, mientras que en las regiones conquistadas, el tributo remplazaba al comercio como medio de obtener los productos locales. Todo parece indicar por

lo tanto que la importancia de los mercados y de los mercaderes no impide definir la antigua economía mesoamericana como una economía políticamente dirigida. La masa de la población que acudía a los mercados serían maceguales productores que cambiaban sus productos entre sí. Los señores obtenían la mayor parte de productos que necesitaban de los tributos. El gran comercio no era una actividad privada sino que lo dominaban los reyes de las ciudades de donde salían los mercaderes, quienes complementaban los ingresos basados en la tributación adquiriendo para los reyes materias primas o productos de lujo exóticos. Los bienes recibidos como tributos o manufacturados por los artesanos de palacio constituían el capital mercantil manejado por los pochtecas, agentes del rey. Por desgracia no hay datos concretos detallados acerca de las transacciones en los mercados para determinar hasta qué punto había libertad de mercado y qué determinaba el precio de las mercancías. Todo sugiere un fuerte control político de los cambios. Se ha mencionado ya la obligación de comerciar únicamente en los mercados; se dice, además, que las autoridades fijaban los precios, y, como se vio, los productores iban al mercado a las órdenes de sus mandones y todas las disputas se resolvían por los señores del mercado. Es también importante notar la ética económica manifiesta en el uso que hacían los mercaderes de su riqueza invirtiéndola en el patrocinio de ceremonias y en convites que les hacía subir en la escala social. Esto había de restringir el capital disponible entre los mercaderes privados para la reinversión, limitando sus posibilidades de acumular riquezas. Cuando esto no era suficiente, se dice que si Moteczuma veía que un mercader andaba muy ensoberbecido encontraba manera de incriminarlo para hacerlo matar y confiscar sus bienes.

Los convites que daban los mercaderes al patrocinar ceremonias que enaltecieran su rango no ilustran costumbres exclusivas de su gremio. Al contrario, constituyen un caso de tantos en la antigua sociedad mexicana, donde un uso semejante de la riqueza dominaba en todos los niveles sociales. El patrocinio de funciones sociales y la distribución de riqueza entre los participantes en las ceremonias, es uno de los rasgos típicos de las economías en que la redistribución desempeña un papel preponderante. Los principales sucesos de la vida de un individuo y las actividades públicas

de un funcionario, se acompañan de festejos para los que se junta gran cantidad de bienes que se gastan en la celebración y en regalos a los participantes, llegando a extremos de despilfarro. Cuando el celebrante ocupaba una posición de privilegio fijada por la herencia, el puesto estaba dotado de recursos económicos que hacían posible la acumulación y derroche de riquezas. Tal el caso de los reyes y señores, que organizaban grandes repartos de riqueza a base de los bienes acumulados por sus dependientes. La filosofía económica que dominaba era la del señor, liberal con sus riquezas, que debe atender a las necesidades del común y asombrar a sus rivales con convites y regalos. La manera de alcanzar rangos elevados de la sociedad, si estaban abiertos a la competencia individual, era acumular las riquezas necesarias para patrocinar una ceremonia y el derroche de regalos necesarios al asumir un puesto o título. También en este caso dominaba la filosofía económica de la liberalidad y el derroche. Ambos procedimientos existían en el antiguo México y se manifestaban en las ceremonias que marcaban el ascenso social, tanto de los privilegiados que así validaban sus derechos, como de los enriquecidos que al gastar sus bienes alcanzaban posiciones de privilegio. El caso tal vez más importante es el de los gastos y ceremonias para asumir el título de teuctli, por tratarse de un rango clave en la estructura social del México antiguo. La documentación de Motolinía se aplica a los señoríos de la región poblana donde se usaba un sistema de sucesión a los títulos de teuctli igual al de los reyes tenochca, es decir, que los nobles (pipiltin) de una casa señorial escogían entre ellos al futuro señor. Los parientes del futuro teuctli empezaban a juntar los bienes necesarios tres años antes de las ceremonias, que duraban todo un año durante el cual el candidato pasaba largos periodos de ayuno y se acababan de acumular los bienes para los festejos. A la fiesta final en que el candidato asumía el título, invitaban a sus amigos, parientes y todos los demás señores (teteuctin) y delante de cada uno de ellos y de acuerdo con su rango, amontonaban cantidad de regalos. Cada señor recibía mantas, capas y bragueros, sandalias, plumajes, orejeras y bezotes de oro o piedras preciosas. A los nobles y mandones de baja categoría les daban regalos de menor valor. Otro día distribuían ropa a los criados y artesanos. La comida era igualmente cuantiosa y se amontonaba también delante de cada invitado. Se dice que repartían de 1 200 a 1 600 guajo-

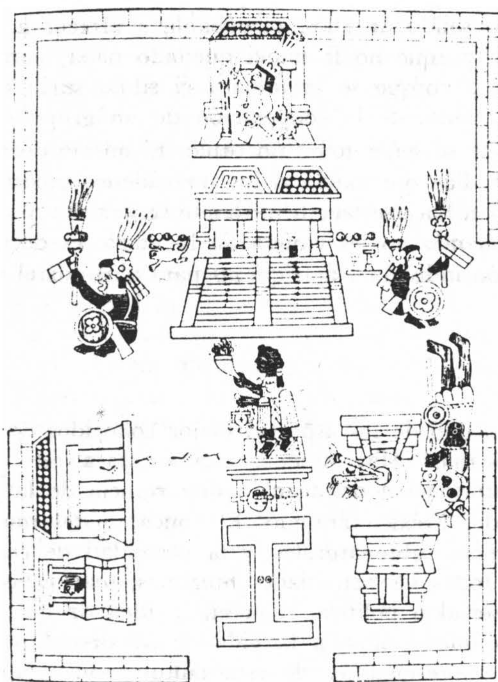
lotes y gran cantidad de perros cebados y de caza, especialmente codornices, conejos y venados. Además, una enorme cantidad de tortillas y tanto pulque que, dice el informe, eran menester más tinajas que las del mercado de Zamora. También distribuían bebida de cacao, chiles, frutas, sartales de flores y carrizos de tabaco. Otro informe dice que acabada la celebración en que el teuctli había asumido el título, "venían los cuitados de los parientes suyos y sus maceguales y sobre que todo lo que había dado y gastado había salido de ellos, tornábanle a ofrecer a él de todo lo que tenían porque no le había quedado nada, porque habían piedad de él y porque se lo tomara él si no se lo dieran". Se trata, por lo tanto, de la cooperación de un grupo entero para la fiesta en que su señor toma un título. El mismo documento, sin embargo, nos dice que también los mercaderes, especialmente en Cholula, podían hacerse teuctli mediante ceremonias y gastos semejantes, aun cuando no les viniera de herencia, es decir mediante la acumulación individual de riquezas para alcanzar el título.

La religión

La religión es uno de los aspectos mejor conocidos de la antigua cultura mexicana.* Hay muchas razones para esto. Todas las fuentes de información destacan la importancia de la religión en la sociedad del México antiguo. El concepto del mundo dominado por fuerzas sobrenaturales, y la necesidad de celebrar ritos religiosos en todas las actividades humanas, sean éstas de índole tecnológica, social o política, sugieren la idea de que la religión era la fuerza que dominaba la vida de México. Los restos materiales más impresionantes de esta cultura son templos, ídolos, pinturas murales de dioses o ceremonias, y libros de temas mitológicos o rituales. Las tradiciones históricas indígenas, escritas después de la conquista española, mezclan mito e historia al hablar de los tiempos más remotos, explican el desarrollo histórico por causas sobrenaturales, y presentan la ideología religiosa como

* Al describir la religión del México antiguo se usan palabras como dios, ídolo, alma, cielo, infierno, etc., más o menos consagradas por el uso. Como es natural, no deben aceptarse las connotaciones que puedan tener estos términos desde el punto de vista partidista de cualquier otra religión.

motivo fundamental de las actividades sociales. Los cronistas españoles también se concentraron en describir la religión. Los conquistadores encontraron actividades religiosas —ídolos y santuarios embarrados en sangre, sacrificios humanos y canibalismo ritual— que al par que les asombraron por su esplendor, les convencieron de que habían encontrado una gente que vivía en las garras del demonio.



Recinto del Templo Mayor de México,
de un manuscrito de Sahagún

La política de conversión al cristianismo motivó la destrucción de templos y libros pictóricos, además de la prohibición de las prácticas religiosas indígenas, pero también creó el interés en la religión indígena y la necesidad de llegar a conocerla para lograr mejor la conversión y desarraigar toda sobrevivencia de idolatría.

Pueden escogerse dos rasgos como características principales de

la religión mesoamericana. Primero, era politeísta. Una muchedumbre de dioses, desde los etéreos o invisibles a los de forma material, humana o animal, explica la existencia del mundo, su creación y la naturaleza de sus distintas manifestaciones. Los dioses aparecen entre los hombres; hombres vivos personifican a los dioses en la tierra, y los muertos se suman a uno u otro de los mundos sobrenaturales. El hombre mesoamericano no creía únicamente en sus dioses; sino que los esculpía y pintaba, los personificaba en sus ritos, los mantenía dándoles de comer con sus ofrendas, y los mataba en el sacrificio de sus representantes en la tierra, al mismo tiempo que los recreaba y reforzaba enviándoles los sacrificios destinados a sumarse al mundo de lo sobrenatural. Y todo esto constituye el segundo rasgo de la religión mesoamericana, el desarrollo exuberante de una infinidad de ceremonias que relacionan al hombre con los dioses. Apenas existe actividad humana que no requiera su ritual correspondiente; la compleja serie de ceremonias que exige la participación de grupos numerosos de gente y el empleo de recursos materiales considerables no sólo relaciona a los hombres con los dioses, sino que constituye una parte importante del sistema de relaciones sociales que liga a los hombres entre sí. La visión antropomórfica de los dioses, las creencias de que los muertos se unían al mundo de los dioses, y el desarrollo exorbitante de las ceremonias que relacionaban a hombres y dioses, permiten concebir una estructura y una organización sociales más amplias, que incluyen en un sistema único tanto a los hombres como a los dioses. En torno a los dos aspectos de politeísmo y ceremonialismo se verán los elementos fundamentales de la religión mexicana antigua.

Los dioses de la religión mexicana antigua aparecen en un cuadro semejante al de otros sistemas politeístas como el de la antigüedad clásica, el antiguo Cercano Oriente o el hinduismo. El culto a los santos dentro del catolicismo también ofrece un buen número de semejanzas. En este sistema politeísta los dioses representan los diferentes elementos de la naturaleza y los diversos grupos o actividades humanas. De este modo, hay dioses de distintos astros como el sol, la luna, Venus, las estrellas o la vía láctea; dioses de la tierra; dioses de la lluvia, del viento, del agua, del fuego; dioses de plantas y alimentos importantes para el hombre, como el maíz, el

maguey, la sal, el pulque y varias yerbas medicinales. Algunos de los eruditos más prominentes, como Eduard Seler y sus discípulos, usaron el simbolismo astral como clave para la comprensión del panteón, los mitos y las ceremonias. Aunque a veces exageraron, no hay duda que ese género de ideas era parte esencial de la mentalidad religiosa mexicana. Pero es aún más importante ver que los dioses corresponden también a actividades humanas y a grupos sociales. El panteón mexicano es una imagen de la sociedad mexicana en el cual la división del trabajo, los estratos sociales y las unidades políticas y étnicas tienen sus contrapartes divinas. Se encuentran dioses patrones de todas las unidades nacionales o políticas: de los mexicas, de los xochimilcas, de los tepanecas, tlaxcaltecas, otomíes, etc. Hay además dioses patrones de ciudades, de barrios, de sacerdotes, de guerreros, de la gente de palacio, de las casas de solteros. Y hay asimismo dioses patrones de las distintas actividades humanas, bien sean naturales como el parto, las enfermedades y la lujuria, o culturales como la caza, la guerra, el comercio, el tejido, la orfebrería y demás artes. A menudo se combinan las distintas maneras en que existe esta división divina del trabajo. Por ejemplo, un dios que es patrón de una artesanía, lo es también del gremio, barrio o ciudad que la cultiva. O el dios de una artesanía está relacionado con un elemento natural que provee la materia prima; por ejemplo, entre las deidades del agua se encuentran los dioses patrones de aguadores, pescadores y salineros, así como de los petateros que usan los tules que crecen en terrenos pantanosos. También se cree que el dios de una actividad dada fue el primero que la practicó, o su inventor. Por ejemplo, la diosa del parto fue la primera mujer que dio a luz; la diosa de los mantenimientos fue la primera mujer que hizo tortillas; el dios de los pescadores inventó las redes y la fisga, etc. Los dioses nacionales aparecen a veces como caudillos ancestrales, como el de los dioses guerreros patrones de los mexicas, tlaxcaltecas y tepanecas. La mayor parte de los dioses tienen forma y personalidad humanas. Algunos tienen forma animal, como el dios de la tierra, que es una especie de dragón mítico, o la serpiente emplumada, una deidad compleja de muchos atributos y formas. Pero en general son de forma humana y las formas animales son manifestaciones especiales o el disfraz (nahualli) del dios.

De la misma manera que en la sociedad mexicana cada rango social u ocupación tenía ropas y adornos distintivos, entre los dio-

ses cada uno de ellos tiene también una indumentaria característica: mantas o bragueros con decoraciones especiales, pintura facial, peinados, bezotes, etc. Todo esto da lugar a un sistema complicado de representar e identificar las deidades en forma de ídolos y pinturas, o en los atavíos de víctimas o sacerdotes que las personifican. Varios dioses se suelen representar con instrumentos o armas distintivas de las ocupaciones o grupos de que son patrones. Por ejemplo, el dios de los mercaderes se representa con el báculo que éstos llevaban en sus marchas, y la diosa de las tejedoras con un copo de algodón en su tocado. Los dioses aparecen a menudo como parejas de hombre y mujer, o se piensa que unos son hijos de otros, o son grupos de hermanos. Sin embargo, hasta donde alcanzan nuestros datos, no parece que haya existido un esquema genealógico bien definido que relacione a todos los dioses entre sí, como en los sistemas politeístas de la antigua Grecia o de Polinesia.

Otros rasgos de la sociedad mexicana también aparecen duplicados en la visión del mundo divino. De la misma manera que entre los hombres hay señores que gobiernan un lugar y tienen grupos de súbditos y criados, entre los dioses hay también señores de diferentes regiones divinas y de diferentes actividades llamados igualmente teuctli, que tienen a sus órdenes grupos de dioses menores que los ayudan en sus actividades. Los casos mejor conocidos son el del señor del infierno que reina sobre los muertos; el de la lluvia, señor del Tlalocan, a cuyas órdenes hay una multitud de diosecillos de la lluvia; y el del sol, a quien ayudan en su ascenso diurno las almas de los guerreros muertos. Pero hay otros casos semejantes. En general se puede decir que los servidores de los dioses son las almas de los hombres que mueren de una manera particular que los señala como servidores del dios a cuya corte se suman. De este modo los muertos son a la vez hombres y dioses. El paso de la existencia mundana a las distintas moradas sobrenaturales es semejante al paso a través de distintos grados sociales, que es parte tan importante de la organización social mesoamericana. Entre las diosas, como entre las mujeres, la principal división del trabajo se relaciona con la edad. Xochiquetzal es la diosa joven y hermosa; Tlazolteotl, diosa de la carnalidad, se asocia a las actividades de la mujer madura, y la diosa vieja Toci es la patrona de las médicas y comadronas. Es frecuente también que haya equipos de dioses, descritos a veces como grupos de hermanos, cada

uno de los cuales puede tener sus secuaces; o bien se piensa en cuadrillas de dioses. Estos dioses o grupos de dioses pueden estar asociados a las direcciones cardinales y a periodos calendáricos, de manera que rigen distintas partes del mundo y diversos periodos de tiempo. De este modo se duplican los principios de la división del trabajo en la sociedad mexicana, donde hemos visto equipos de funcionarios que gobiernan conjuntamente o que se turnan en periodos sucesivos para el ejercicio de sus funciones.

Se desprende entonces que un dios puede tener una multitud de aspectos y funciones. Tanto es así, que a veces no es claro si se trata de un dios único o de un grupo de deidades relacionadas. En algunos mitos el sol, la luna o la tierra son ellos mismos las deidades; el astro es la forma que tiene o adquiere la deidad; pero en otros la deidad aparece más bien como el espíritu que habita un objeto, por ejemplo, el dios del cerro Tepeyolotl, cuyo mismo nombre nos dice que es el corazón o espíritu del cerro. En otros casos la fuerza natural es el producto de la actividad de los sobrenaturales. El dios del viento tiene una máscara picuda por la que sopla para hacer viento, o bien las ráfagas que preceden a la lluvia son el movimiento del aire que hacen una muchedumbre de diosecillos que van barriendo con escobas para abrir el paso a los dioses del agua que la vierten en forma de lluvia. Los dioses se representan en forma de ídolos; sus sacerdotes y las víctimas que se les sacrifica toman también su forma, y se les trata como al dios mismo. Pero ¿son el dios? En algunos casos puede pensarse que se trata de una relación tal entre un ser y su símbolo, que se presta a tratar a uno como al otro e incluso a confundirlos. O, forzando una interpretación sociológica, podría decirse que el dios es algo así como un puesto ocupado sucesivamente por una serie de funcionarios. En el caso de las víctimas sacrificadas que representan una deidad, está claro que se les considera como seres escogidos para sumarse mediante el sacrificio a la deidad o grupo de deidades a las que se les sacrifica. Los sacrificados al dios de la lluvia Tlaloc se convierten en los diosecillos de la lluvia, y los guerreros sacrificados van a servir al sol.

Los aspectos diferentes de una deidad se pueden relacionar con actividades diferentes o con periodos distintos de su existencia. Huitzilopochtli, el dios de los mexicanos, se menciona como uno de los cuatro dioses creadores hijos de la suprema pareja de dioses, pero generalmente aparece como dios nacional que protege y

guía a su pueblo. Quetzalcoatl es también uno de los cuatro dioses creadores y dios del viento; además, es el sacerdote rey de la legendaria Tula y patrón de los sacerdotes y artesanos. Es posible que en el curso de la historia un dios determinado haya adquirido nuevas funciones y características en conexión, por ejemplo, con cambios en las actividades de los pueblos de quienes eran patrones. De este modo se puede sugerir que los dioses creadores Huitzilopochtli y Quetzalcoatl adquirieron nueva personalidad a consecuencia de su identificación con las actividades de su pueblo: Quetzalcoatl como patrón de las artesanías que florecieron en Tula, y Hitzilopochtli como patrón de los conquistadores mexica. Pero también se ha sugerido que Huitzilopochtli fue originalmente un dios nacional de poca importancia y que los mexicanos lo ensalzaron como uno de los cuatro creadores, después de obtener su preeminencia política y como forma de aumentar la importancia de su dios nacional. A falta de datos históricos detallados es difícil trazar las vicisitudes de las distintas deidades, aunque es evidente que la multiplicidad de aspectos de todas ellas facilita la transformación de sus atributos y funciones a través del tiempo.

Dioses creadores y mitos cosmogónicos

El panteón mexicano puede describirse en relación con las ideas acerca de la creación del mundo y de su forma. Los mitos cosmogónicos nombran a los dioses principales en su papel de creadores o creados, y mencionan su residencia y sus actividades, dando, por lo tanto, la base para una clasificación de las numerosas deidades según los propios conceptos de los antiguos mexicanos. Desgraciadamente, los mitos cosmogónicos conservados son pocos. Casi todas las versiones existentes son sumamente fragmentarias y varias de ellas muestran la influencia de algunas interpretaciones de los misioneros. Lo que existe es suficiente para ver que aunque casi todos los datos provienen de la zona del Valle de México y de Puebla, había un buen número de diferencias que no es posible armonizar en una versión unificada. Indudablemente distintos grupos étnicos tenían versiones diferentes de varios mitos, si bien los rasgos generales eran comunes a todos ellos.

El punto de arranque en la mitología era una pareja de dioses creadores que residían en el cielo superior, o treceno cielo, de cuyo

principio y creación no se sabía nada. Se llamaban Tonacateuctli, "Señor de Nuestra Carne (o Mantenimiento)" y Tonacacihuatl, "Mujer de Nuestra Carne"; o también Ometeuctli, "Señor Dos" y Omecihuatl, "Mujer Dos". Su cielo se llamaba el Omeyocan, el "Lugar del Dos". Esta pareja tuvo o creó cuatro hijos. El mayor se llamó Tlatlauhqui Tezcatlipoca, "Humo de Espejo Colorado"; el segundo fue Yayauhqui Tezcatlipoca, "Humo de Espejo Negro"; el tercero, Quetzalcoatl, "Serpiente Quetzal". El cuarto y más pequeño fue Huitzilopochtli, "Zurdo Colibrí", dios patrón de los mexicanos. Estos cuatro dioses se cuentan entre los de forma



Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. *Códice borbónico*

más compleja en todo el panteón mexicano. En formas derivadas aparecen también en leyendas históricas y son caudillos guerreros o patrones de los pueblos más importantes.

Tezcatlipoca el Negro, dice la *Historia de los mexicanos por sus pinturas,* "fue el mayor y peor y el que más mandó y pudo que los otros tres, porque nació en medio de todos... Era el que sabía todos los pensamientos y estaba en todo lugar y conocía los corazones y por esto le llamaban Moyocoyani, que quiere decir que es todopoderoso o que hace todas las cosas sin que nadie le vaya a la mano". Además de ser un importante dios creador, era el patrón de los guerreros jóvenes, y como tal se le daban los nombres de Yaotl, "Guerrero" y Telpochtli, "El Joven". En las leyendas históricas aparece como uno de los causantes de la caída de Tula y más tarde era el patrón de los de Tetzcoco. Tezcatlipoca el Rojo se identifica también con Xipe Totec "Nuestro Señor Empellejado", celebrado en el mes Tlacaxipehualiztli, una de las ceremo-

nias en que se sacrificaba mayor número de cautivos. Con el nombre de Tezcatlipoca el Rojo se le menciona como patrón de uno de los grupos más importantes de Chalco, los nonoalcas tlacochcalcas. Se le identifica también con el dios Mixcoatl o Camaxtli, patrón de los chichimecas del sureste del Valle de México y más especialmente de los tlaxcaltecas y huexotzincas. Quetzalcoatl parece ser una combinación de deidades originalmente distintas. Una, el dios creador mencionado y otra el Viento (Ehecatl), de nombre calendárico Chicnahui Ehecatl "9 Viento". Por ser patrón de los sacerdotes era también título del señor de Tula, Ce Acatl Topiltzin, y en las tradiciones históricas es el patrón de los toltecas. de los artesanos y de la ciudad de Cholula, donde se establecieron sus secuaces después de la caída de Tula. Huitzilopochtli, en el mito de la creación, recibe el nombre de Omiteuctli, "Señor Hueso", y Maquizcoatl, "Serpiente de Dos Cabezas". En las tradiciones históricas es el patrón de los mexicanos a los cuales habla durante su migración anunciándoles su destino. Según el mito nació en Coatepec cerca de Tula. Su madre, Coatlicue "Naguas de Culebra", lo concibió al guardarse en el seno una bola de pluma que encontró cuando barría. Nació todo armado y derrotó a los 400 huitznahua, sus hermanos, que querían matar a su madre por haberse empreñado a hurto.

La creación del resto del mundo y de los demás dioses fue obra de estos cuatro, si bien a veces se dice que comisionaron a dos de ellos, Quetzalcoatl y Huitzilopochtli, y en otras ocasiones se menciona también a la pareja suprema. Crearon una serie de nueve o trece cielos y una serie de nueve inframundos; la tierra se suele mencionar como el primero de los cielos o de los inframundos. Crearon también los dioses o seres que rigen en cada nivel y, según una versión, todo "fue hecho y criado sin que en ello pongan cuenta de año sino que fue junto y sin diferencia de tiempo". Crearon el agua y en ella un animal, Cipactli, a veces comparado con un caimán, otras con un pez espada, del cual se hizo la tierra. Ésta tiene el nombre de Tlalteuctli, "Señor o Señora Tierra", o Tonan Tlalteuctli, "Nuestra Madre Señora Tierra", y tiene la forma del monstruo del que se la formó. También se la personifica en forma de diosas relacionadas con la fertilidad que se mencionan más adelante. Crearon, además, los distintos cielos por debajo del treceno y sobre esto hay versiones distintas. Unas dicen que había trece cielos, otras que nueve y hay desacuerdo acerca de su

naturaleza y de los seres que habitaban en cada uno. Crearon el fuego, cuyo nombre como dios es Xiuhteuctli, "Señor del Año", o "Señor Turquesa". El fuego se concebía a veces como perteneciente a la región celeste. Hay un cielo llamado Ilhuicac Mamalhuazocan, "Cielo del Taladrafuegos", nombre de una constelación; y en el cielo existían las xiuhcoatl o culebras de fuego. Pero el fuego reside además en el centro de la tierra en Tlalxicco, "Ombligo de la Tierra". Otros de sus nombres son Huehueteotl, "Dios Viejo", Ixcozauhqui, "Cariamarillo" y Cuezaltzin, "Llama". Del fuego, los dioses hicieron un medio sol, "el cual, por no ser entero, no relumbraba mucho sino poco".

Otro de los cielos es el Tlalocan, el lugar de los dioses del agua, para regir a los cuales crearon a Tlaloc, el dios de la lluvia y a su mujer Chalchiuhtlicue, "Naguas de Jade", diosa del agua. Los dioses crearon también el primer hombre y la primera mujer, llamados Cipactonal, "Día del Cipactli", y Oxomoco, nombre sin traducción, probablemente de origen no náhuatl. A él le encomendaron que trabajase la tierra y a ella que tejiese. Igualmente le dieron a ella granos de maíz para usar en las adivinanzas, y además crearon el calendario. Para reinar en el más bajo de los inframundos, el infierno, en mexicano Mictlan, "lugar de los muertos", crearon a Mictlanteuctli, "Señor del Infierno" y a su mujer Mictecacihuatl, "Mujer Infernal". Del primer hombre y la primera mujer nació un hijo Piltzinteuctli, "Señor Niño", y para que se pudiera casar, los dioses crearon, con los cabellos de la diosa suprema, una mujer, Xochiquetzal, "Quetzal Flor", nombre que se aplica tanto a esta mujer de Piltzinteuctli, como, a veces, a la diosa creadora.

Viendo que el medio sol que habían creado alumbraba poco, los dioses decidieron crear otro para que alumbrase toda la tierra. Refiriéndose a este momento, hay varias versiones, bastante diferentes entre sí, de lo que es uno de los rasgos generales de las mitologías mesoamericanas, la creencia en una serie de distintos soles, cada uno de los cuales rige una etapa distinta del mundo, que son creados y destruidos uno tras otro por la acción de los varios dioses. Una de las versiones más completas cuenta que Tezcatlipoca se hizo sol y los dioses crearon a los quinametin o gigantes, tan grandes y de tantas fuerzas que arrancaban árboles con las manos y comían bellotas. A estos gigantes se atribuye en algunos mitos la construcción de algunos lugares arqueológicos como Teotihuacan o la pirámide de Cholula.

Pasado cierto tiempo Quetzalcoatl pegó al sol con un bastón y lo derribó al agua. El sol Tezcatlipoca entonces se convirtió en un tigre (ocelotl) y mató a los gigantes. Esto sucedió en un día 4 tigre, que da nombre a este sol y la era correspondiente. Quetzalcoatl entonces se hizo sol y rigió durante un periodo en el que los hombres comían piñones. Le vino el fin cuando Tezcatlipoca, en forma de tigre, lo derrumbó de un zarpazo. Se levantó un vendaval que destruyó a todos los hombres, menos algunos que se convirtieron en monos. Esto sucedió en un día 4 viento. El próximo sol fue Tlaloc, dios de la lluvia, en cuyo tiempo los hombres comían la semilla de una planta acuática el acicintli, "maíz del agua". Acabó esta era cuando Quetzalcoatl hizo llover fuego del



Destrucción del segundo sol. *Códice Vaticano-Ríos*

cielo en un día 4 lluvia. Los hombres de esta era se convirtieron en pájaros. Como nuevo sol Quetzalcoatl puso a Chalchiuhtlicue, la mujer de Tlaloc. Durante esta era vivieron hombres que se alimentaban de teocentli, "maíz divino", un maíz silvestre. Acabaron convertidos en peces a consecuencia de un diluvio, tan fuerte que se cayeron los cielos, y que puso fin a esta era en un día 4 agua.

A partir de este momento hay un mayor número de mitos acerca de la reconstrucción del mundo, la creación del sol que alumbra el periodo histórico, y la creación de una nueva raza de hombres. Después de la caída del cielo los cuatro dioses creadores decidieron hacer cuatro caminos por el centro de la tierra para entrar por ellos y alzar de nuevo el cielo. Para que los ayudasen crearon cuatro seres, y Tezcatlipoca y Quetzalcoatl se hicieron árboles para ayudar a levantar y sostener el cielo.

Algunos hombres se salvaron del diluvio embarcándose en una canoa por consejo de Tezcatlipoca. Al acabar el diluvio salieron a tierra y viendo tanto pescado hicieron un fuego para asarlo. Tezcatlipoca castigó al que había hecho fuego sin su permiso convirtiéndolo en perro; es Chantico, "En la Morada", deidad del fuego del hogar. Según otro mito, Mixcoatl, nombre que tomó Tezcatlipoca, creó el fuego usando el mamalhuaztli o taladrafuego. En otro mito el hombre fue creado de nuevo por Quetzalcoatl, quien bajó a los infiernos por los huesos del hombre. En su viaje de regreso a la tierra le asustó el vuelo de una bandada de codornices y se le cayeron los huesos que se hicieron añicos. Fue preciso molerlos y amasarlos con la sangre que los dioses ofrecieron de su cuerpo para dar nueva forma al hombre. Hay también varios mitos sobre la creación o hallazgo del maíz. Uno, que de distintas partes del dragón Cipactli del que se hizo la tierra, se crearon las varias plantas que sustentan al hombre. En otro mito el dios del maíz Cinteotl nació después del diluvio y era hijo de Piltzinteuctli, hijo de los primeros hombres, y de su mujer Xochiquetzal. Según otros, el maíz estaba oculto en el Tonacatepetl, "Cerro de Nuestra Carne", o "Cerro de los Mantenimientos", y fue descubierto por una hormiga o una tuza y traído a los hombres por Quetzalcoatl.

El mundo estaba entonces alumbrado únicamente por los fuegos que se hacían y los cuatro dioses acordaron que se hiciese "un sol para que alumbrase la tierra, y éste comiese corazones y bebiese sangre, y para ello hicieron la guerra de donde pudiesen haberse corazones y sangres". La creación del sol y de la luna es probablemente el más conocido de todos los mitos del México antiguo. Según la versión de Sahagún, la más extensa, se juntaron todos los dioses en Teotihuacan y pidieron candidatos que aspiraran a convertirse en sol. Sólo se presentó el dios Tecciztecatl, "El del Lugar del Caracol Marino", y para tener otro candidato escogieron los dioses a Nanahuatzin, "El Buboso". Como preparación para la ceremonia encendieron un gran fuego y los candidatos pasaron cuatro días de ayuno y ofrendas. Tecciztecatl, que era rico, ofrendaba espinas hechas de piedras preciosas y de coral, ramos de plumas de quetzal, bolas de oro y copal. Nanahuatzin, pobre, ofrecía ramos de cañas verdes, bolas de heno (pachtli), espinas de maguey untadas de su propia sangre y en lugar de copal las costras de sus bubas. Para cada uno de los ofrendantes edificaron "una torre como monte", las pirámides de Teotihuacan. Acabadas las peni-

tencias vistieron a los candidatos y los llevaron ante el fuego. El primer turno le tocó a Tecciztecatl, a quien los dioses ordenaron arrojarse al fuego. Cuatro veces lo intentó sin atreverse a dar el salto, y los dioses hablaron entonces a Nanahuatzin, quien cerrando los ojos se lanzó al fuego. Viéndolo, Tecciztecatl se decidió por fin y se arrojó también al fuego. De este modo Nanahuatzin se convirtió en sol y Tecciztecatl en luna. La menor luz de la luna se explica porque uno de los dioses le dio con un conejo en la cara ofuscándole el resplandor. Según otras versiones, se debe a que cayó en el fuego cuando ya estaba medio consumido, y por eso adquirió la luz cenicienta. Un detalle importante que añade otra versión es que el dios que se convirtió en sol era hijo de Quetzalcoatl y el dios luna era hijo de Tlaloc y de Chalchiuhtlicue. Hay también varias historias sobre el momento de la primera salida del sol y la manera en que comenzaron a moverse el sol y la luna. Los dioses decidieron morirse para ayudar a salir al sol; los mató Ehecatl, "El Viento", quien tuvo que perseguir a uno de ellos, Xolotl, "El Paje", dios de las cosas dobles, que se escondió disfrazado de maíz o maguey doble hasta que lo alcanzó a matar cuando se metió en el agua bajo forma de axolotl (ajolote).

Éste es el sol histórico que existía en el momento de la Conquista. Había, sin embargo, la creencia de que también había de llegar a un fin en un día 4 movimiento al producirse grandes temblores que lo destruirían y bajarían al mundo las estrellas (tzitzimime) hechas monstruos para devorar a los hombres. Después de la creación del sol histórico hay varias leyendas acerca de dioses que crean nuevos hombres, o tienen descendientes en la tierra cuyas aventuras se enlazan directamente con los antecedentes históricos de los pueblos y linajes reinantes del momento de la Conquista. Es un periodo en el que se pasa del mito a la historia, combinándose ambos de manera claramente comprensible desde el punto de vista de la cosmovisión mesoamericana, que no distingue entre lo sobrenatural y lo humano con que el historiador moderno pretende separar los hechos históricos reales del mito con que se han fundido. En algunos casos un mismo suceso aparece en una tradición como acontecimiento puramente humano, en otra como acción de los dioses.

Las moradas de los muertos y sus dioses

El destino de los muertos y demás ideas relativas a las cualidades sobrenaturales del ser humano son fundamentales para la comprensión del politeísmo y del ceremonial del México antiguo. Los seres humanos se originaban en el Omeyocan, donde los creaba la pareja de dioses supremos que los mandaba a nacer a la tierra. Al tiempo de su nacimiento todo individuo adquiría un tonalli, palabra que designa a la vez el concepto de día y el de suerte o sino. El tonalli tenía el mismo nombre que el día del nacimiento o el día en que se celebraba un rito con el recién nacido. Este signo determinaba la personalidad del individuo y su destino. Era algo así como un atributo espiritual, separable del individuo mismo, al que se podía rezar y que se podía perder, por lo menos en el caso de los niños, lo cual producía enfermedades que sólo se curaban mediante ritos que devolvían el sino a la criatura. La fuerza vital, los sentidos, la inteligencia, lo que generalmente entendemos por alma, pensaban que residía en el corazón; de hecho la palabra yolotl traduce tanto corazón como alma o espíritu. Aparece en nombres de dioses como Tepeyolotl, "Corazón del Cerro" y Tlalli Iyollo, "Corazón de la Tierra".

Los muertos iban a diferentes moradas según las circunstancias de la muerte. Cada una de estas moradas estaba conectada con dioses propios y la manera en que mueren los distintos individuos se puede entender como el medio con que estos dioses los incorporan a su séquito. Los hombres que sufrían una muerte normal, a consecuencia de la vejez o de enfermedades ordinarias, iban al Mictlan o infierno, literalmente el "lugar de los muertos", regido por los dioses Mictlanteuctli, y su mujer Mictecacihuatl. El infierno se asociaba por un lado con el norte —Mictlan es uno de los nombres del norte— y por otro se le consideraba como una serie de inframundos dispuestos en nueve niveles en el más bajo de los cuales residían los dioses del infierno y los muertos. El cuerpo de estos muertos se cremaba y con los restos se preparaba un bulto que enterraban en la casa del muerto. Junto enterraban varias ofrendas y objetos necesarios para que el muerto llegara a su destino en el infierno. El muerto tenía que cruzar un río, el Chicnahuapan, "Nueve Aguas", que corría por debajo de la tierra de occidente a oriente y conectaba las aguas del mar sobre el que estaba la tierra. Para el cruce era necesaria la ayuda de un perro que sacrificaban

para enterrarlo con el muerto. Cuando éste llegaba al río le estaba esperando su perro para pasarlo a la otra orilla cargándolo en el lomo. El muerto debía también cruzar los vientos de obsidiana, Itzehecayan, donde soplaban vientos helados que cortaban como navajas de obsidiana; para esto se le enterraba con ropas de papel que lo cobijaran. Además, se enterraban con el muerto provisiones para su viaje y ofrendas para que las diera a su llegada a los dioses del infierno. Los muertos vivían en el infierno de manera semejante a como habían vivido en la tierra. Se les enterraba también con sus utensilios de trabajo y con las reliquias de las víctimas que habían ofrecido en sacrificio. En el caso de los señores, se sacrificaban además esclavos que les sirvieran en el otro mundo.

El viaje al infierno duraba cuatro años, durante los cuales sus parientes enterraban nuevas ofrendas a los ochenta días de la muerte y, después, en cada aniversario. Llegados al infierno, volvían a la tierra una vez al año durante el mes dedicado a los difuntos (Huey Miccailhuitl) cuando sus parientes subían a las azoteas de sus casas a dirigirles oraciones mirando hacia el norte. Los últimos tres días de este mes ayunaban los vivos por los muertos y salían a jugar al campo. Como se verá, una de las diosas de la tierra, Cihuacoatl, "Culebra Mujer", tiene aspecto de diosa infernal. Hay varias otras deidades que se describen como dioses del infierno. Un informe habla de cuatro parejas de dios y diosa, probablemente relacionadas con los cuatro puntos cardinales. Uno de los dioses del infierno era Yacateuctli, "Señor Guía", patrón de los mercaderes.

Otros muertos iban a la morada del dios de la lluvia, el Tlalocan. Eran éstos los que morían ahogados, matados por un rayo, o por enfermedades como la lepra, o la hidropesía que creían causadas por los dioses del agua y de la lluvia. Las víctimas sacrificadas a estos dioses también iban al Tlalocan como se desprende claramente de los ritos y el simbolismo de su sacrificio. No cremaban a los muertos destinados al Tlalocan, sino que los enterraban con semillas de bledos (huauhtli) en las caras, con un bastón en la mano y con los adornos de papel típicos de los dioses de la lluvia. El Tlalocan estaba situado en el primero de los cielos por encima de la superficie de la tierra, donde también estaba la luna. Pero, además, el Tlalocan se identificaba con el oriente. Asimismo creían que los dioses de la lluvia estaban en lo alto de las montañas, donde se juntan las nubes, o en el interior de ellas que creían lleno de agua. Varias montañas se identificaban con dioses locales de la

lluvia; el cerro entre Coatlichan y Huexotzinco al norte de Río Frío, era el mismo Tlaloc; el Popocatepetl, la Iztaccihuatl, la Matlalcueye (Malinche) y varios otros cerros eran igualmente deidades de la lluvia y el agua. El Tlalocan fue comparado por los misioneros españoles con el paraíso terrenal; era como un jardín abundoso de aguas y lleno de toda suerte de flores y mantenimientos. Una tradición cuenta que un rey de Chalco mandó encerrar a uno de sus jorobados en una cueva del Popocatepetl; cuando la fueron a abrir al cabo de un tiempo, encontraron al jorobado que describió cómo había llegado hasta el palacio de Tlaloc. Era éste un grupo de cuatro edificios orientados alrededor de un patio central. En cada uno había barreños llenos de distinta clase de agua. Aunque el informe no lo especifica, todas estarían relacionadas con una de las cuatro direcciones cardinales. Había un agua que hacía crecer las plantas y producía buenas cosechas; otra producía heladas; la tercera causaba demasiada humedad y podría o añublaba las plantas; la última producía sequía. El dios de la lluvia tenía una hueste de pequeños ministros o diosecillos de la lluvia, los tlaloque, a los cuales mandaba a regar de estas aguas por el mundo; cada uno llevaba en las manos un jarro con agua y un palo; cuando golpeaban el jarro con el palo producían el trueno y si se rompía el jarro, pegaba el rayo donde caía un pedazo. Estos tlaloque recibían también el nombre de "dueños del agua" (auaque) o "lluvias" (quiquiyauhtin). No eran los únicos diosecillos conectados con el tiempo; había además los "vientecillos" (ehecatotontin) o "culebras" (cocoa), servidores del dios del viento (Ehecatl). De éste se dice que era el caudillo y barrendero de los dioses de la lluvia porque les iba abriendo el camino.

Hay muchos dioses conectados con Tlaloc, el dios de la lluvia. La diosa del agua, Chalchiuhtlicue, "Naguas de Jade", era su mujer, según unas fuentes y según otras, su hermana. Hermana de los tlaloque era Huixtocihuatl, la diosa del agua salada y de la sal. También se cuentan entre los tlaloque, Nappateuctli el dios de los petateros y Opochtli, "El Zurdo", o "El Suriano", dios de los pescadores, además de los cerros antes mencionados. Como se vio, había la creencia de que la luna estaba en el cielo del Tlalocan. Con esto va de acuerdo el hecho de que el dios que se convirtió en luna era hijo de Tlaloc y Chalchiuhtlicue. Muy conectados con la luna están los centzon totochtin, los "cuatrocientos conejos", o innumerables dioses del pulque, de los cuales se conocen varios con

su nombre individual y que se identifican con lugares, generalmente cerros, del Valle de México, Morelos o Puebla, como Tepoztecatl, Cuatlapanqui o Totoltecatl. Mayahuel, la diosa del maguey, también pertenece a este grupo de dioses del pulque. Según una leyenda era una mujer con cuatrocientos pechos a la que los dioses transformaron en maguey; otra tradición dice simplemente que era la mujer que primero agujeró los magueyes para sacar el aguamiel. Estos dioses conejos estaban relacionados con el sur. Como dioses de cerros, eran también dioses del agua, así como de los bosques y del desmonte, y se les representaba con un hacha en la mano.

Los niños que morían en la infancia iban al Tonacacuauhtitlan, "Árbol de los Mantenimientos", situado en el cielo de la pareja creadora, el Señor y la Mujer de los Mantenimientos. Era un lugar donde abundaba toda manera de árboles y frutos, y las almas de los niños andaban allá en forma de colibríes chupando flores. La relación de los niños con los mantenimientos se ve también en el hecho de que se les enterraba junto a la troje del maíz. En el mismo treceno cielo de los dioses creadores, según otra tradición, estaba el Chichihualcuahuitl, "Árbol de la Mamazón", que destilaba leche para alimentar a los niños que morían sin uso de razón. Probablemente se puede asimilar también a lo que la tradición tlaxcalteca describe como el noveno cielo, residencia de la diosa Xochiquetzal, "Quetzal Flor". Como vimos, algunas tradiciones contaban únicamente nueve cielos en lugar de trece. Xochiquetzal es sobre todo la diosa joven del amor y de las tejedoras. Se la identifica a veces con la "Mujer de los Mantenimientos" (Tonacacihuatl) de cuyos cabellos se creó a la mujer del primer hombre Piltzinteuctli, llamada también Xochiquetzal. En la tradición tlaxcalteca fue mujer de Tlaloc y diosa del agua, pero la raptó Tezcatlipoca quien la llevó al noveno cielo. Vivía en un lugar muy deleitable donde abundaban fuentes, ríos y flores, servida de muchas otras mujeres y de enanos y chocarreros que la entretenían con músicas y danzas mientras ella se ocupaba de hilar y tejer. El patrón de estos músicos y danzantes era el dios Xochipilli, "Príncipe Flor". Se llamaba este lugar Tamoanchan Xochitlicacan, "Donde se yerguen las flores" y se localizaba tal vez en el oeste a diferencia de la localización oriental del Tlalocan. Tamoanchan fue también el lugar del nacimiento del Cinteotl, "Dios del Maíz". Otras deidades del maíz son Xilonen, "Madre

Espiga" y Chicomecoatl, "Siete Culebras", diosa del maíz, frijol, chía y demás semillas. Éstas se relacionan con el Tamoanchan pero también con el Tlalocan. Sahagún dice que Chicomecoatl era hermana de los tlaloques, y el canto de su fiesta se refiere al hecho de que se va a su morada el Tlalocan. Según Seler, el Tlalocan es la morada del maíz tierno y de la germinación de las plantas mientras que el Tamoanchan es la morada del maíz maduro.

Hay otras diosas que se asemejan a Xochiquetzal, pero que realzan otros aspectos de las actividades mujeriles. A veces aparecen como deidades claramente separadas con forma y con atavíos diferentes y rigen ceremonias distintas, pero en algunos relatos se las identifica. La diosa del amor carnal, o diosas, porque también se dice que eran cuatro hermanas, era Tlazolteotl, "Diosa de la Basura", también llamada Tlaelcuani, "Comedora de Suciedad", o Ixcuina, y a ella se confesaban los pecados sexuales. Se ha pensado que Tlazolteotl era originalmente una forma regional, tal vez huaxteca, de la diosa de la fertilidad y de la tierra. Como vieja, esta diosa de la fertilidad recibía el nombre de Toci, "Nuestra Abuela", Teteo Inan, "Madre de los Dioses", o Tlalli Iyolo, "Corazón de la Tierra". Se dice de ella, como de Xochiquetzal, que era la madre del maíz. Como patrona de médicas y parteras se la llamaba Temazcalteci, "Abuela del Temazcal" y Yohualticitl, "Médica de la Noche". Además era la patrona de los que vendían cal, ingrediente usado por las mujeres para cocer el maíz. También lo era de los tonalpouhque o "cuentadías", expertos en el calendario ritual que recibían las confesiones de los pecados sexuales dirigidas a Tlazolteotl. De este modo se ve la identidad de Toci con Oxomoco, la primera mujer que usó la cuenta de los días para adivinar y con Tlazolteotl.

Algunos informes fragmentarios y probablemente ya contaminados por ideas cristianas, comparan el Tamoanchan Xochitlicacan con el paraíso terrenal, y colocan en él una pareja que equiparan a Adán y Eva. Los nombres de esta primera pareja no son Cipactonal y Oxomoco, o Piltzintecuhtli y Xochiquetzal, como en otros relatos, sino Huehuecoyotl, "Coyote Viejo", del que se dice que fue "el engañado o el que se dejó engañar", e Ixnextli, "Caricenicienta", que es "la que pecó en cortar las rosas". A consecuencia de este pecado fueron arrojados del Tamoanchan. De otros dioses Ixquimil Itztlacoliuhqui, "Ojos Vendados Torcido de Obsidiana" e Itzpapalotl, "Mariposa de Obsidiana", se dice

que eran como Adán y Eva después de pecar y que anteriormente se habían llamado Cipactonal y Oxomoco. De Piltzintecuhtli, el primer hombre según otros mitos, se sabe que fue al infierno y que murió en el juego de pelota. Seguramente había todo un ciclo de mitos acerca de los primeros hombres o héroes, de los cuales no han quedado sino alusiones dispersas, y que eran probablemente semejantes a los mitos quichés del Popol Vuh.

Otro de los cielos era el ocupado por el sol. En él residían también los guerreros que morían en el campo de batalla o sacrificados, y las mujeres que morían de parto. Los guerreros estaban en la parte oriental de este cielo. Todas las mañanas recibían al sol que llegaba del occidente habiendo navegado durante la noche en el río del infierno. Lo saludaban con gritos de guerra y golpeando sus rodelas, y lo conducían hasta el centro del cielo. Los guerreros pasaban cuatro años de esta manera, al cabo de los cuales se convertían en colibríes y mariposas, forma en que andaban chupando las flores del cielo y de la tierra. Los mercaderes que morían en el curso de sus expediciones se equiparaban a los guerreros, y se creía que también iban al sol. No se les cremaba como a los que iban al infierno, sino que se les colocaba en una armazón expuesta en la copa de un árbol.

En el centro del cielo los guerreros entregaban al sol al cuidado de las muertas en la guerra y las muertas en parto quienes lo conducían hasta el horizonte occidental donde entraba al inframundo para reanudar su viaje al oriente por el río del infierno. Las muertas en la guerra eran las soldaderas, mujeres de vida airada que acompañaban a los guerreros a las batallas; su patrona era Xochiquetzal de la que se decía que había sido la primera mujer que murió en la guerra. Los antiguos mexicanos consideraban a la parturienta como equivalente al guerrero, comparando el dar a luz a la criatura con la captura de un prisionero. Las muertas de parto eran entonces equiparadas a los guerreros que morían en el campo de batalla; recibían el nombre de cihuateteo, "diosas" o cihuapipiltin, "princesas". Algunos días del calendario eran especialmente peligrosos porque en ellos, después de dejar al sol en el horizonte, descendían estas diosas a vagar de noche por la tierra, donde se les temía por causar enfermedades a los niños. Estas diosas se encontraban principalmente en las encrucijadas de los caminos y por ese motivo se les construía sus santuarios en esos lugares. Tampoco cremaban

a las muertas de parto, sino que las enterraban en el patio de los templos a ellas dedicados. El esposo de la muerta y sus amigos tenían que ir armados al entierro y hacer guardia ante la tumba durante cuatro noches para evitar que fueran desenterradas por los buscadores de amuletos. Debido a la conexión de estas mujeres con la guerra, los guerreros jóvenes trataban de obtener reliquias de sus cabellos o el dedo mediano de su mano izquierda que creían les daría suerte en la guerra. Los brujos trataban de hacerse del brazo izquierdo de una de estas muertas con el cual podían entrar en las casas para robar y abusar de las mujeres mientras sus víctimas quedaban mudas y paralizadas por la virtud del amuleto.

Como en el caso de las diosas de la fertilidad del Tamoanchan, también aquí se asocia un grupo de diosas con el occidente. Por eso el nombre náhuatl del oeste es cihuatlampan, el "lugar de las mujeres". Las diosas cihuateteo eran semejantes a la diosa Cihuacoatl, "Culebra Mujer", o Cihuacoatl Quilaztli, de la que se dice que fue la primera en dar a luz, también llamada Ilamateuctli, "Señora Vieja". Esta diosa tenía forma de mujer, pero con garras de animal y cabeza de calavera. Era patrona de Colhuacan y se la describe también como mujer del dios del infierno. Es la diosa que expresaba la asociación de la tierra con la guerra y la muerte, en contraste con Xochiquetzal-Tlazolteotl que expresaba la sexualidad y la fertilidad.

Al llegar el sol al horizonte occidental, entraba en la tierra; durante la noche viajaba a lo largo del río del infierno guiado por el dios Xolotl, "El Paje", que actuaba como el perro que ayuda a los muertos a pasar el río. Durante su recorrido por el infierno, el sol recibía el nombre de Tlalchitonatiuh, "Sol de Abajo", y alumbraba el mundo de los muertos hasta que llegaba de nuevo al horizonte oriental, donde los recibían los guerreros que lo acompañaban en su subida al cielo.

Los sacrificios humanos

Los sacrificios humanos, uno de los rasgos sobresalientes del ritual mexicano, se hacen comprensibles a base de las ideas sobre el destino de los muertos. Todos los muertos se convierten en dioses (teteo), según la concepción nahuatl. El nombre teteo se

aplica a los muertos que van al Mictlan o infierno; las mujeres muertas en parto son las "diosas" (cihuateteo), y el cautivo sacrificado es el "dios cautivo" (malteotl). La manera de tratar durante las ceremonias a la futura víctima del sacrificio y la manera de darle muerte indican claramente que se la identifica con la deidad a la cual se la sacrifica, o que se va a sumar a la hueste de dioses menores dependientes de esa deidad. Las futuras víctimas del sacrificio se visten como los dioses a quienes se les ofrenda, y reciben su nombre. Durante un tiempo, que puede ser un año o tan sólo el día de la ceremonia, se les trata como al dios que representan, se les da el respeto debido al dios, se les festeja y se les pide favores. Su muerte en el sacrificio y la manera como se dispone de sus despojos simbolizan su destino de sumarse a la deidad. A los cautivos sacrificados en el mes Xocotlhuetzi los arrojaban a una hoguera de donde los sacaban luego para extraerles el corazón, sacrificio que recuerda la inmolación de Nanahuatzin para convertirse en el sol. A la víctima sacrificada al dios del infierno, Mictlanteuctli, la encerraban en una cueva, como si la metieran en el inframundo. A la esclava que representaba a Xilonen, la diosa del maíz tierno, la sacrificaban cortándole la cabeza de la misma manera que se corta la mazorca del maíz. El rito general de extraer el corazón de la víctima se entiende porque el corazón era el alma. El sacrificador que arrancaba el corazón del cautivo destinado al sol lo alzaba en sus manos dirigiéndolo al astro; los corazones de los sacrificados a los dioses de la lluvia y del agua se arrojaban a un remolino de la laguna para desaparecer rápidamente.

También se relaciona el sacrificio humano con la idea de que las víctimas alimentan a la deidad, sobre todo el corazón y la sangre. Los misioneros españoles repitieron a menudo esta idea de que los dioses, a quienes veían como demonios, comían corazones humanos. Sin embargo, no debe tomarse esto únicamente en su sentido literal o biológico. Se trata de un revigoramiento y renovación de la deidad a la que se incorpora la víctima que se convierte, ella misma, en parte de la deidad o de su séquito. Y si los dioses comían las víctimas a ellos ofrendadas, también las comían los hombres. El canibalismo es otro rito relacionado con el de los sacrificios humanos; pero también aquí debe verse que se trata de un rito religioso en el que los hombres consumen el cuerpo hecho dios del sacrificado. En realidad se trata de

ideas semejantes a la de la comunión cristiana, con la diferencia de que los mexicanos consumían de hecho la carne del dios, representado por la víctima del sacrificio. En otros casos comulgaban con la imagen del dios hecha de semillas de bledos (tzoalli). En otros ritos la comunión con la deidad se realizaba vistiéndose la piel de la víctima desollada. Es el rito típico del dios Xipe Totec, "Nuestro Señor Empellejado", y de las diosas de la fertilidad.

Los sacrificios humanos estaban también ligados íntimamente con rasgos importantes de la organización social. Las víctimas ofrendadas eran prisioneros de guerra; los proporcionaban los mayordomos del palacio (calpixque) o guerreros que patrocinaban la ceremonia. Como ejemplo de víctima suministrada por los calpixques, está el caso del joven que durante un año personificaba a Tezcatlipoca hasta el día de su sacrificio en el mes Toxcatl. Tanto él como otros prisioneros que le servían de cortejo debían tener un cuerpo sin tacha. Los escogían los calpixques de entre los presos en la batalla, cambiándolos por esclavos que los guerreros apresores ofrendaban individualmente. Las víctimas que personificaban al dios Mixcoatl en el mes Quecholli y la diosa Ilamateuctli en el mes Tititl eran también proporcionadas por los calpixques.

Los numerosos cautivos ofrendados al sol en las ceremonias de Tlacaxipehualiztli y Xocotlhuetzi eran ofrendados por los guerreros que los habían hecho prisioneros. Se advirtió ya la importancia de cautivar enemigos como medio de ascenso social de los guerreros. El hecho se publicaba en estas ceremonias en las que el cautivador ofrecía su esclavo en sacrificio. En el mes Tlacaxipehualiztli el guerrero velaba con su prisionero antes del sacrificio y después usaba la carne de la víctima para un banquete en el que agasajaba a sus parientes y amigos, si bien él no podía comer la carne de su ofrenda. Al acabar la celebración erigía en el patio de su casa, como muestra de su hazaña un poste en lo alto del cual colocaban envuelta en papel de amate la canilla del sacrificado.

Si los guerreros ofrendaban cautivos, las demás personas compraban esclavos para el sacrificio. El caso mejor conocido es el de los mercaderes, cuya vida ceremonial está bastante bien documentada, pero sabemos de muchos otros casos. La práctica general era que los practicantes de un oficio comprasen un esclavo

que personificara a su dios patrón al cual se le ofrendaba. De este modo, los petateros adquirían esclavos para su dios Nappateuctli; los aguadores y canoeros ofrecían esclavos a la diosa del agua, Chalchiuhtlicue; las médicas y parteras, la esclava que personificaba a la diosa Toci; los pulqueros, esclavos para Izquitecatl y Tlamatzincatl, dioses del pulque. Los amanteca o plumajeros tenían como patrón a Coyotlinahual. En este caso se sabe que a veces había un plumajero que personalmente patrocinaba la fiesta del dios comprando el esclavo para el sacrificio; en otras ocasiones, cuando no había un individuo que costeara todo el gasto, cooperaban todos los plumajeros para juntar el precio del esclavo. Aunque no hay datos sobre otros grupos de artesanos, puede suponerse que las víctimas se obtenían mediante estos dos procedimientos de patrocinio individual o de cooperación del grupo.

El sacrificio de prisioneros alcanzó su máximo desarrollo entre los mexicanos en los tiempos de su apogeo político y militar. Durante las grandes celebraciones del Tlacaxipehualiztli o la inauguración de nuevos templos, los reyes mexicanos invitaban a señores extranjeros, incluso a los enemigos, y el espectáculo de los sacrificios en masa ha de haber sido prueba evidente del poderío mexicano y medio de propagar su expansión.

El calendario

El sistema calendárico de Mesoamérica es distintivo de esta civilización y uno de sus grandes logros intelectuales, nunca igualado por pueblos de semejante progreso tecnológico. El calendario mesoamericano regulaba toda clase de actividades económicas y sociales, pero era de especial importancia en la ordenación del ceremonial religioso, y los conceptos básicos del calendario estaban estrechamente ligados a la visión del mundo sobrenatural. Aunque hay algunas diferencias entre los calendarios de los distintos grupos mesoamericanos, todos ellos tienen una base común, bien ejemplificada en el calendario mexicano, si bien éste no tenía algunos de los refinamientos, como la cuenta larga, especialmente desarrollados en la civilización maya.

El antiguo calendario mexicano consta de dos cuentas distintas: la "cuenta de los días" (tonalpohualli) y el año (xihuitl). El

año tiene 365 días reunidos en 18 grupos de 20 días cada uno, más cinco días extras (nemontemi) añadidos al fin del año. Las veintenas se denominan en nahuatl con la misma palabra que también significa luna, metztli, lo cual justifica el aplicarles en español, como se hace a menudo, el nombre de mes. Aunque todavía se discute la cuestión, al parecer nunca se usó el bisiesto, de modo que todos los años y sus meses son de la misma duración y el número de días extras siempre fue cinco. Esto quiere decir que el año mexicano no podía estar bien coordinado con el año solar por un periodo largo de tiempo, retrasándose un día cada cuatro años.

La cuenta de los días, como nuestra semana, es un periodo que da nombre a los días consecutivamente sin referencia alguna a las estaciones del año. Todo día recibe un nombre que consta de dos elementos: un numeral, y un signo. Los numerales usados van del 1 al 13; los signos, que son nombres de animales u objetos, son veinte. Si un día tiene el numeral 1 y el primer signo, le seguirá el día de numeral 2 y segundo signo, etc.; al llegar el día 13 con el treceno signo, comienza de nuevo el uso de los numerales con el 1 junto al signo catorceno hasta que se llega al último signo con el numeral 7. Sigue entonces numeral 8 con una nueva tanda de los signos y así sucesivamente hasta agotar todas las combinaciones posibles de 13 y 20 o sea 260. Este periodo de 260 días estaba subdividido en veinte trecenas, cada una de las cuales comprende los trece días que tienen los numerales de 1 al 13. Cada signo tiene un dios patrón y está asociado a un punto cardinal. El cuadro 1 da la lista de ellos y el cuadro 2 todas las combinaciones de signo y numeral indicando el comienzo y fin de cada trecena.

Las dos cuentas, de los días y del año, se combinan en el sistema de dar nombres a los años. Cada año lleva un nombre que es el de un día determinado del año; los expertos no están de acuerdo sobre si este día que daba nombre al año es el primer día del año, como en el calendario maya, o si es el último día del último mes. De todas maneras, dada la duración del año y del tonalpohualli, el día que da nombre al año cambia de nombre al pasar de un año a otro. El numeral avanza *una* unidad, puesto que 365 (los días del año) dividido por 13 da 28 más un resto de uno; el signo avanza *cinco* lugares en la serie de veinte signos puesto que 365 dividido por 20 da 18 más un resto de cinco. Al

Cuadro 1

Los signos de los días y sus dioses patrones

Signo	*Significado*	*Punto cardinal asociado*	*Dios patrón*
Cipactli	Lagarto o espadarte, el animal mítico del que se formó la tierra.	E	Tonacateuctli, "Señor de Nuestra Carne", el dios supremo.
Ehecatl	Viento	N	Quetzalcoatl, "Serpiente Emplumada", uno de los cuatro dioses creadores.
Calli	Casa	O	Tepeyolotl, "Corazón o Espíritu del Cerro", dios del eco y dueño de los animales silvestres.
Cuetzpalin	Lagartija	S	Huehuecoyotl, "Coyote Viejo", el primer hombre.
Coatl	Culebra	E	Chalchiuhtlicue, "Naguas de Jade", diosa del agua.
Miquiztli	Muerte	N	Tecciztecatl, "El del Caracol Marino", dios que se hizo luna.
Mazatl	Venado	O	Tlaloc, dios de la lluvia.
Tochtli	Conejo	S	Mayahuel, diosa del maguey.
Atl	Agua	E	Xiuhteuctli, "Señor del Año", dios del fuego.
Itzcuintli	Perro	N	Mictlanteuctli, "Señor del Infierno".
Ozomatli	Mono	O	Xochipilli, "Príncipe de las Flores", dios de los palaciegos.
Malinalli	Cordel torcido	S	Patecatl, "El de la Yerba", dios del pulque.

continuación del cuadro 1

Signo	*Significado*	*Punto cardinal asociado*	*Dios patrón*
Acatl	Caña	E	Itztlacoliuhqui, "Torcido de Obsidiana", dios del frío, o Tezcatlipoca, "Humo de Espejo", uno de los cuatro dioses creadores.
Ocelotl	Tigre	N	Tlazolteotl, "Diosa de la Basura", diosa del amor carnal.
Cuauhtli	Águila	O	Xipe Totec, "Nuestro Señor Empellejado", uno de los cuatro dioses creadores.
Cozcacuauhtli	Zopilote	S	Itzpapalotl, "Mariposa de Obsidiana", diosa chichimeca.
Olin	Movimiento	E	Xolotl, "El Paje", dios de los gemelos y de los deformes.
Tecpatl	Pedernal	N	Chalchiuhtotolin, "Guajolote de Jade", o Tezcatlipoca.
Quiahuitl	Lluvia	O	Chantico, "En la Morada", diosa del fuego del hogar o Tonatiuh, "El Sol".
Xóchitl	Flor	S	Xochiquetzal, "Quetzal de Flores", diosa del amor.

Cuadro 2

La cuenta de los días

Cipactli	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Ehecatl	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Calli	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Cuetzpalin	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Cóatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Miquiztli	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Mazatl	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Tochtli	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1
Atl	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2
Itzcuintli	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3
Ozomatli	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4
Malinalli	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5
Acatl	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Ocelotl	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Cuauhtli	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Cozcacuauhtli	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Olin	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Tecpatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Quiahuitl	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Xóchitl	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13

cambiar de cinco en cinco los signos dentro de la serie de veinte, no se usan más que cuatro de ellos que son calli (casa), tochtli (conejo), acatl (caña) y tecpatl (pedernal). En cambio, al avanzar los numerales de uno en uno se usarán todos los trece. De este modo el total de los nombres de años es el de las combinaciones de 4 y 13 o sea 52. Este periodo de 52 años se llamaba en náhuatl xiuhmolpilli, "gavilla de años". El cuadro 3 da los nombres de los 52 años del ciclo. Una vez en cada ciclo, en un año 2 caña, se pensaba que podría llegar el fin del mundo. Había entonces una gran ceremonia durante el mes Quecholli o en Panquetzaliztli cuando se sacaba fuego nuevo, y más tarde, al llegar el mes Tititl, se enterraba una gavilla de varas que representaba el ciclo. Un grupo de dos ciclos constituía un huehuetiliztli o vejez, pero era un periodo muy poco usado; se le consideraba como la edad mayor que podía alcanzar un viejo y de ahí su nombre. Los ciclos de 52 años se repetían uno tras otro, pero no había manera fija de identificarlos, de modo que es como si nosotros nombráramos un año según sus decenas y unidades pero sin indicar el siglo. Por este motivo es difícil determinar con precisión las fechas en que se colocan muchos acontecimientos en las tradiciones históricas.

El año solar indudablemente constituye la base natural del año mesoamericano, si bien la falta del bisiesto adelantaba al año mesoamericano respecto al solar. Eran de esperarse las divisiones en

Cuadro 3

Los 52 años del ciclo

1. Tochtli	1. Acatl	1. Tecpatl	1. Calli
2. Acatl	2. Tecpatl	2. Calli	2. Tochtli
3. Tecpatl	3. Calli	3. Tochtli	3. Acatl
4. Calli	4. Tochtli	4. Acatl	4. Tecpatl
5. Tochtli	5. Acatl	5. Tecpatl	5. Calli
6. Acatl	6. Tecpatl	6. Calli	6. Tochtli
7. Tecpatl	7. Calli	7. Tochtli	7. Acatl
8. Calli	8. Tochtli	8. Acatl	8. Tecpatl
9. Tochtli	9. Acatl	9. Tecpatl	9. Calli
10. Acatl	10. Tecpatl	10. Calli	10. Tochtli
11. Tecpatl	11. Calli	11. Tochtli	11. Acatl
12. Calli	12. Tochtli	12. Acatl	12. Tecpatl
13. Tochtli	13. Acatl	13. Tecpatl	13. Calli

periodos de veinte días en Mesoamérica puesto que todos los idiomas de la región tienen un sistema vigesimal, es decir, cuentan por veintenas y no por decenas. En nahuatl 365 es "quinceitrés (es decir 18) veintes y cinco", por lo tanto es lo "natural" que los 365 días del año se agrupen en 18 veintenas. La cuenta de los días, en cambio, no parece corresponder a ningún periodo natural.

El principio del año no era el mismo para los distintos pueblos del centro de México. Los relatos más detallados de la secuencia de meses como Sahagún y Durán ponen el comienzo en el mes Atlcahualo, pero el Códice Borbónico, que se supone pintado en la ciudad de México, lo hace comenzar un mes antes, en Izcalli (v. cuadro 9). Otros informes ponen el comienzo un mes después de Atlcahualo en Tlacaxipehualiztli, y además hay datos menos precisos que indican otros comienzos del año en meses más apartados. Está bien probado que el calendario mixteca comenzaba en el mes Atemoztli. Al empezar el año en meses distintos también se añadían los cinco días extras en distintas posiciones del año. Esto quiere decir que los calendarios de pueblos que comenzaran el año en fechas distintas no estaban perfectamente correlacionados uno con otro, sino que había durante parte del año una diferencia de cinco días. Como el año se llamaba según el nombre de un día determinado, resulta que el mismo año podía recibir un nombre distinto en cada uno de los calendarios con un mes inicial diferente. Todo esto ha complicado el problema de la correlación de los distintos calendarios indígenas entre sí y con el cristiano, así como la interpretación de las fechas de las tradiciones históricas. El cuadro 9 presenta la correlación establecida por Alfonso Caso para el calendario del Códice Borbónico hecho en la ciudad de México pero enumerando los meses según el orden más frecuente que los hace comenzar en Atlcahualo.

La cuenta de los días recuerda la astrología occidental. Cada día y cada una de las subdivisiones del tonalpohualli se consideraba favorable o desfavorable, en general o para ciertas actividades específicas. De este modo se usaba para adivinar y determinar el día preciso en que debiera emprenderse toda suerte de actividades. El día de nacimiento de una persona definía además su suerte o signo, y la predisponía a cierta personalidad y determinado

destino. Estas características de cada día o periodo de tiempo están determinadas por un dios conectado con él. Cada signo, cada numeral, cada día, trecena, etc. está asociado a una deidad que rige los acontecimientos que suceden en su tiempo. Es como si los dioses se turnaran para gobernar el mundo de la misma manera que los grupos humanos se turnaban para desempeñar las funciones públicas. En el México antiguo, según sus cuentas calendáricas, había un tiempo para cada cosa, y todo se debía hacer a su tiempo. La cuenta de los días se representaba en libros llamados tonalamatl, "libro de los días", que usaban los adivinos llamados tonalpouhque, "cuentadías", para determinar la suerte de una persona o de un suceso, y decidir las actividades propias de cada periodo. Los pronósticos se hacían mediante conceptos variados que se combinan para producir variedad de interpretaciones.

Cada signo tenía cierta característica relacionada con el objeto que le daba nombre. Por ejemplo, las personas que nacían en los signos venado y conejo, serían tímidas como esos animales y aficionadas a las cosas del monte; las que nacían bajo el signo casa gustaban de encerrarse sin salir de su lugar mientras que los nacidos en viento serían mudables y amigos de viajar. Además, cada signo tenía un dios patrón (v. cuadro 2). Los numerales que forman parte del nombre de los días también tenían su naturaleza, buena, mala o indiferente, y un dios asociado, uno de los señores de los días, de los cuales damos la lista en el cuadro 4. Junto a cada uno de éstos existía también un ave. Había además una serie de nueve señores de las noches que se iban turnando uno tras otro repitiendo la serie dentro de la cuenta de 260 días. El último día de la cuenta tenía dos señores de la noche; de este modo cada día del tonalpohualli conservaba siempre el mismo señor de la noche, puesto que la serie de nueve señores cabe 28 veces en 260 con un resto de ocho que se completa en nueve añadiendo uno más al último día del tonalpohualli, para comenzar otra vez la serie desde el comienzo. El cuadro 5 da la lista de estos señores de las noches. Parece ser que un día estaba regido por el señor del día desde media noche a medio día, mientras que de medio día a media noche regía el señor de la noche.

El tonalpohualli se divide en veinte periodos de trece días que se denominan según el primer día que comienza por 1. Cada una de estas trecenas tenía uno o dos dioses patrones que daban ciertas características a la trecena en su conjunto, si bien cada día

tenía sus calidades particulares y definía ciertos acontecimientos. El cuadro 6 da la lista de trecenas según el primer día de ellas junto con los patrones de cada una y las fiestas más importantes celebradas en días de cada trecena. El tonalamatl, o libro de los días usado por los adivinos, incluía las figuras de los dioses patrones de la trecena y las figuras de cada uno de los días consistentes en el numeral con su signo. Además, para cada día se solía pintar el señor del día conectado con el numeral, el señor de la noche y el ave. El pronóstico de cada día estaba entonces relacionado con varios elementos. Todo recién nacido pasaba por una ceremonia, un baño ritual ante el fuego del hogar. El día de la ceremonia se determinaba según la cuenta de los días; si el

Cuadro 4

Los trece señores de los días*

1. Xiuhteuctli	"Señor del Año", dios del fuego.
2. Tlalteuctli	"Señor de la Tierra".
3. Chalchiuhtlicue	"Naguas de Jade", diosa del agua.
4. Tonatiuh	"El Sol".
5. Tlazolteotl	"Diosa de la Basura", diosa de la carnalidad (o los Macuiltonaleque, dioses sureños con el numeral 5).
6. Mictlanteuctli	"Señor del Infierno".
7. Cinteotl	"Dios del Maíz" (o Tonacateuctli, "Señor de Nuestra Carne").
8. Tlaloc	Dios de la lluvia.
9. Quetzalcoatl	"Serpiente Emplumada".
10. Tezcatlipoca	"Humo de Espejo".
11. Chalmecateuctli	"Señor Chalmeca", un dios del infierno (o Yohualteuctli, "Señor de la Noche").
12. Tlahuizcalpanteuctli	"Señor del Alba".
13. Citlalinicue	"Naguas de Estrella", diosa creadora (u Ometeuctli, "Señor del Dos", dios supremo).

* En el tonalamatl del Códice Borbónico según Paso y Troncoso (variantes, entre paréntesis, según la *Histoire du Mechique*).

Cuadro 5

LOS NUEVE SEÑORES DE LAS NOCHES*

1. Xiuhteuctli	"Señor del Año".
2. Tecpatl	"Pedernal" o Itztli, "Obsidiana" (o Tlahuizcalpanteuctli, "Señor del Alba").
3. Piltzinteuctli	"Señor Niño".
4. Centeotl	"Dios del Maíz".
5. Mictlanteuctli	"Señor del Infierno".
6. Chalchiuhtlicue	"Naguas de Jadé".
7. Tlazolteotl	"Diosa de la Basura".
8. Tepeyolotl	"Corazón del Cerro".
9. Tlaloc o Quiyauhteuctli	"Señor de la Lluvia".

* Según Serna, Códice del Museo de América y Códices del grupo Borgia.

día del nacimiento era favorable, lavaban a la criatura en ese mismo día, de lo contrario se posponía hasta un día adecuado. Los días con el numeral 4, por ejemplo, eran malos, pero los del numeral 7 o 13 eran siempre favorables. El nombre de cada día podía ser el nombre de un dios que determinaba la naturaleza de ese día y además solía ser la ocasión para hacerle una fiesta. Por ejemplo, el día 2 conejo era el nombre calendárico de los dioses del pulque; los nacidos en ese día serían borrachos. El día 1 flor es de la diosa Xochiquetzal, patrona de las tejedoras y del amor; las nacidas en ese día serían buenas tejedoras y liberales de su cuerpo.

En las características de distintos días se ve claramente la conjunción de varios de los elementos determinantes. Por ejemplo, Chicomecoatl, "7 culebra", es el nombre calendárico de la diosa del maíz. Este día 7 coatl cae dentro de la séptima trecena de 1 quiahuitl, que en su conjunto tiene como patrones a Tlaloc y a Chicomecoatl (v. cuadro 6). Además, el numeral 7 está regido por el dios del maíz, Cinteotl, y en ese día 7 coatl, el señor de la noche es también Cinteotl. El numeral 7 aparece también en los nombres rituales del calabazo (7 ocelotl), de la pepita de calabaza (7 cuauhtli) y de las semillas que comían los hombres en edades de soles anteriores (7 malinalli durante el sol tigre y 7 tecpatl durante el sol lluvia). Otro ejemplo: Nueve es el numeral relacionado con Quetzalcoatl, dios del viento. 9 ehecatl es

Cuadro 6

LAS TRECENAS DEL TONALPOHUALLI

Trecena	*Asociación cardinal*	*Dioses patronos principales*	*Fiestas más importantes*
1. 1 cipactli	E	Tonacateuctli y Tonacacihuatl	
2. 1 ocelotl	N	Quetzalcoatl	Fiesta al Sol en 4 Olin. En 7 xochitl fiesta de los pintores a 7 xochitl y a Xochiquetzal.
3. 1 mazatl	O	Tepeyolotl	En 2 tochtli fiesta a Izquitecatl, dios del pulque.
4. 1 xochitl	S	Huehuecoyotl e Ixnextli	En 1 xochitl sacrificio de Chantico. Regalos de los señores a los cantores y gente de palacio.
5. 1 acatl	E	Chalchiuhtlicue y Tlazolteotl	En 1 acatl fiesta a Quetzalcoatl de Tula, patrón del Calmecac.
6. 1 miquiztli	N	Tonatiuh y Tecciztecatl	En 1 miquiztli fiesta de Tezcatlipoca.
7. 1 quiahuitl	O	Tlaloc y Chicomecoatl	
8. 1 malinalli	S	Mayahuel	En 2 acatl fiesta a Tezcatlipoca Ome Acatl, dios de los banquetes.
9. 1 coatl	E	Tlahuizcalpanteuctli.	
10. 1 tecpatl	N	Tonatiuh y Mictlanteuctli	En 1 tecpatl fiesta de Huitzilopochtli
11. 1 ozomatli	O	Patecatl	
12. 1 cuetzpalin	S	Itztlacoliuhqui	

continuación del cuadro 6

Trecena	*Asociación cardinal*	*Dioses patronos principales*	*Fiestas más importantes*
13. 1 olin	E	Ixcuina	En 5 cipactli fiesta al dios suriano Macuilcipactli.
14. 1 itzcuintli	N	Xipe Totec	En 1 itzcuintli fiesta a Xiuhteuctli.
15. 1 calli	O	Itzpapalotl	
16. 1 cozcacuauhtli	S	Xolotl	
17. 1 atl	E	Chalchiuhtotolin	En 1 atl fiesta a Chalchiuhtlicue
18. 1 ehecatl	N	Chantico	En 9 itzcuintli fiesta de los lapidarios a Chantico.
19. 1 cuauhtli	O	Xochiquetzal	
20. 1 tochtli	S	Itztapaltotec	

el nombre del mismo Quetzalcoatl, Ehecatl, y este día cae en la segunda trecena regida en su conjunto por Quetzalcoatl. Por otra parte, Quetzalcoatl era el patrón de los hechiceros; los días apropiados para hechizar eran 9 miquiztli, 9 malinalli y 9 itzcuintli. Como en este último ejemplo, la cuenta de los días definía aquellos en que debían realizarse ciertas actividades. Por ejemplo, el día 1 coatl era el favorable para que los mercaderes salieran de viaje; el día 1 itzcuintli para instalar un nuevo rey. Los días exactos de actividades agrícolas, como la siembra o la cosecha, también se escogían de acuerdo con el tonalpohualli.

Los meses o veintenas regulaban actividades de toda suerte relacionadas con el ciclo natural del año. Definían, más que el tonalpohualli, el ciclo del culto público y servían para fijar las fechas de actividades sociales como el pago de tributos y las juntas de algunos consejos políticos. Las celebraciones del año solar esta-

ban relacionadas con las estaciones ajustándose a los fenómenos astronómicos y al ciclo agrícola. Además se asimilaba el ciclo anual de las estaciones al curso diario del sol y, a base de la posición del sol en las estaciones y en las partes del día, se relacionaban unas y otras con los rumbos cardinales, lo cual constituye uno de los principios ordenadores fundamentales en el pensamiento mesoamericano. La división del año en cuatro rumbos se relaciona, a su vez, con la costumbre de hacer cosas cuatro veces al año, bien fuera el pago de tributos o las ceremonias de ciertas deidades.

Al examinar la asociación de los meses mexicanos con las estaciones, es necesario tener en cuenta que, debido a la falta de bisiesto, no se puede fijar con valor permanente la fecha de equinoccios y solsticios en el año mexica, sino que se iban adelantando un día cada cuatro años respecto al día del mes mexicano en que caían. Por otra parte, hay también el problema de que la correlación entre los calendarios mexicano y cristiano todavía presenta ciertas dificultades. Como correlación, por lo menos aproximada, se puede tomar la establecida por Alfonso Caso que es la que se incluye en el cuadro 9 con el año juliano 1519. Ha de tomarse en cuenta que el calendario juliano en esa época tenía diez días de desajuste respecto al año solar, lo cual fue razón para la reforma gregoriana de unos sesenta años después. Los solsticios y equinoccios caían en fechas diez días anteriores a las que hoy se consideran normales. Por otra parte, la mayor duración del año solar respecto al año mexicano quiere decir que durante el siglo anterior a la Conquista, que es la época de predominio azteca, los solsticios y equinoccios habrían ido cayendo a lo largo de un periodo de 25 días en fechas del año mexicano anteriores a las vigentes en el momento de la Conquista. La íntima conexión entre las ceremonias de los meses y los fenómenos solares sugiere la existencia de algún medio de ajustar el año mexicano con el solar. Ninguna de las soluciones propuestas es satisfactoria pero es posible que hubiera algún procedimiento que no se ha logrado descubrir. También es importante tener en cuenta la posición del sol a medio día. En la latitud de la ciudad de México, el sol pasa a esa hora por el cenit el 18 de mayo y el 25 de julio (o diez fechas antes en el calendario juliano). Entre esas dos fechas, el sol a medio día está al norte del cenit. Las observaciones astronómicas se harían fijándose a lo largo del año

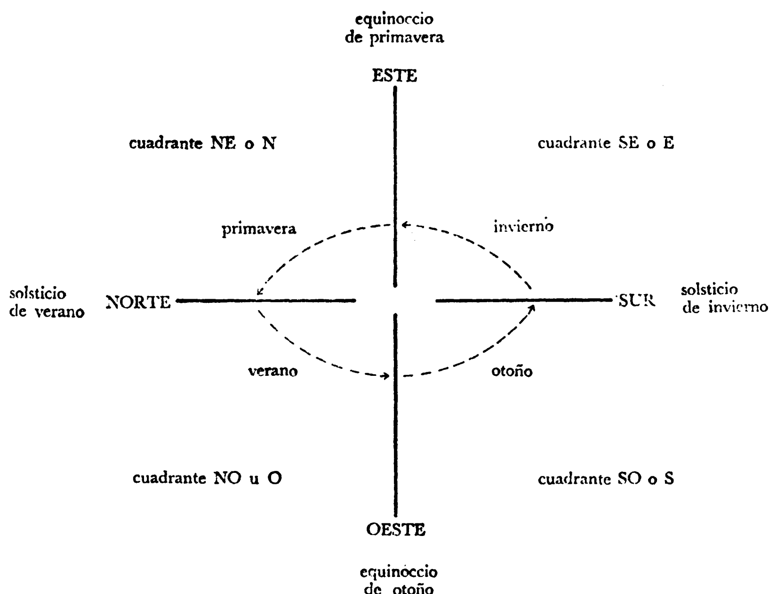
en los puntos de salida y puesta del sol y en la longitud y dirección de la sombra en el curso del día. Algunas fuentes y restos arqueológicos indican la existencia de este tipo de observaciones. Por ejemplo, se dice que la fiesta de Tlacaxipehualiztli caía en el equinoccio estando el sol en medio del templo de Huitzilopochtli y que "porque estaba un poco tuerto lo quería derrocar Moteuczoma y enderezarlo".

El cuadro 7 indica la asociación de las estaciones del año con los puntos cardinales. El norte se asocia con el solsticio de verano, el día en que el sol sale por el punto más septentrional y en que alcanza al medio día la posición más al norte del cenit, mientras que el sur se asocia al solsticio de invierno, el día en que el sol sale en el punto más meridional y está más bajo y hacia el sur al medio día. Los equinoccios de primavera y otoño se relacionan entonces con los puntos este y oeste. Las estaciones del año se definen a base de los cambios graduales en el punto de la salida del sol. Después del solsticio de invierno, cuando el sol sale por el punto más meridional, el sol va saliendo cada vez más al norte hasta llegar al punto intermedio o equinoccial. Durante la primavera el sol continúa saliendo cada vez más hacia el norte hasta llegar al solsticio de verano. Desde ese momento, durante el verano, el sol retrocede en su salida hacia el equinoccio. A partir del equinoccio de otoño, su salida sigue cada vez más al sur hasta llegar a la posición más meridional en el solsticio de invierno. En el esquema mexicano cada estación se asocia al punto cardinal en que acaba con un solsticio o un equinoccio, ordenándose los puntos cardinales en dirección contraria al reloj (E-N-O-S). De este modo la primavera se asocia con el cuadrante NE y el N, punto en que culmina durante el solsticio de verano; el verano con el NO y el O; el otoño con el SO y el S; y el invierno con el SE y el E.

Las asociaciones rituales de los meses muestran también que el ciclo anual se equiparaba al curso diario del sol. El equinoccio de primavera se relaciona al este y la mañana. Los meses antes y después del solsticio de verano cuando el sol está más alto sobre el horizonte corresponden al medio día. La tarde equivale al otoño cuando empieza a disminuir la extensión del día. Los meses cercanos al solsticio de invierno son la época del año en que el sol a medio día está más bajo sobre el horizonte y cuando las noches duran más que los días; corresponde por lo tanto a la

Cuadro 7

ESQUEMA DE LAS ESTACIONES Y ASOCIACIONES CARDINALES



noche. Nótese que esta asociación, natural en la zona tropical, es la contraria a la europea que identifica el medio día con el sur.

El cuadro 8 coloca la secuencia de los meses mexicanos dispuestos en un círculo y a contrarreloj para que se pueda comparar con el esquema del cuadro 7. El cuadro 9 da la lista de los meses con los fenómenos solares que definen las estaciones y con las asociaciones cardinales, así como las fiestas más importantes que tenían lugar en cada uno. Los cuatro cuadrantes, asociados a las direcciones cardinales, comprenden sea cuatro o sea cinco meses de a veinte días cada uno; es decir que son periodos de ochenta o de cien días.

Se pueden identificar tres ciclos principales en las fiestas del año mexicano. Primero, el referente a los dioses celestes: los cuatro Tezcatlipocas creadores, junto con el sol y su séquito de guerreros y mujeres. Otro, el de las deidades del Tlalocan representantes del agua, la lluvia y los mantenimientos. En tercer lugar, el

de los dioses del inframundo que incluye a los muertos y Mictlanteuctli así como a Cihuacoatl-Ilamateuctli, al dios de los mercaderes Yacateuctli y al dios del fuego. Cada uno de estos ciclos tiene un grupo de fiestas principales en cada una de las cuatro partes del año.

Las fiestas más importantes de los dioses creadores tenían lugar en la época asociada con la dirección cardinal de cada dios. La fiesta del Tezcatlipoca Negro del norte se celebraba en el mes Toxcatl, poco antes del solsticio de verano, durante el cual



Fiesta del mes Xocotlhuetzi. *Códice borbónico*

el sol pasa por el cenit y empieza a estar al norte a medio día. La fiesta principal de Huitzilopochtli, el dios del sur, en el mes Panquetzaliztli coincidía con el solsticio de invierno. El Tezcatlipoca Rojo del este o Xipe se celebraba en el mes Tlacaxipehualiztli en el equinoccio de primavera. En una de las fiestas de la estación occidental encontramos otro dios conectado con los guerreros muertos y el sacrificio de presos de guerra, Otonteuctli o Xocotl, patrón de los pueblos del oeste, tepanecas, otomíes y mazahuas, que se celebraba en el mes Xocotlhuetzi. Tal vez se le pueda relacionar con un Tezcatlipoca Blanco del oeste. Las festividades del este y del oeste eran las que pedían el mayor número de sacrificios de guerreros cautivados, lo cual se relacio-

Cuadro 8

Meses del año mexicano, estaciones y asociaciones cardinales

Cuadrante NO u O
verano

solsticio de verano
NORTE

Cuadrante NE o N
primavera

Huey Tecuilhuitl
Tecuilhuitontli
Tlaxochimaco
Xocotlhuetzi
Ochpaniztli

Etzalcualiztli
Toxcatl
Huey Tozoztli
Tozoztontli

OESTE
equinoccio de otoño

equinoccio de primavera
ESTE

Teotleco
Tepeilhuitl
Quecholli
Panquetzaliztli

Tlacaxipehualiztli
Atlcahualo
Izcalli
Tititl
Atemoztli

Cuadrante SO o S
otoño

SUR
solsticio de invierno

Cuadrante SE o E
invierno

na con las ideas ya descritas acerca del destino de las almas de los guerreros como ayudantes del sol en su curso diurno.

Las ceremonias dedicadas a los dioses del agua y de los cultivos también estaban conectadas claramente con las estaciones y los puntos cardinales. Los dioses del agua, como vimos, residían en el Tlalocan, lugar que es uno de los nombres del este. Toda la mitad este del año (cuadrantes NE y SE) era la época de las principales celebraciones a los tlaloque, en las que se pedía agua, generalmente mediante sacrificios de niños. Comenzaban en Atemoztli, en el invierno, y se reanudaban después en Izcalli, continuando hasta culminar en los sacrificios al mismo dios Tlaloc

Cuadro 9

CEREMONIAS DE LOS MESES

Mes mexicano	*Correlación con el año juliano 1519 (Según Caso)*	*Asociación cardinal*	*Fenómenos solares*	*Fiestas de los 4 dioses creadores, del Sol y de los guerreros*	*Fiestas de los dioses del Tlalocan y del Tamoanchan*	*Fiestas de los dioses de la Tierra, el Fuego y el Infierno*
16. Atemoztli Bajada del agua	11 diciembre a 30 diciembre 1518	SE o E	1 de Atemoztli Solsticio de invierno	Sacrificio de perros al Sol.	Imágenes de cerros hechas de tzoalli	
17. Tititl	31 diciembre 1518 a 19 enero 1519 nemontemi 20-24 enero 1519	SE o E				Sacrificio de Ilamateuctli de Mictlanteuctli y de Yacateuctli. Ofrendas a los muertos.
18. Izcalli Crecimiento	25 enero a 13 febrero	SE o E			Sacrificio de niños a Tlaloc y Matlalcueye.	Fiesta de Xiuhteuctli. Cada cuatro años sacrificios en el fuego.

1. Atlcahualo Cesan las aguas	14 febrero a 5 marzo	SE o E			Sacrificio de niños en los cerros.
2. Tlacaxipehua-liztli Desollamiento de Hombres	6 marzo a 25 marzo	SE o E	Equinoccio de Primavera 6 de Tlacaxipehua-liztli	Fiesta de Xipe Totec: Sacrificio de cautivos a Huitzilopochtli y Xipe. Desollamiento de las víctimas. Sacrificio gladiatorio.	Sacrificio de niños en los cerros.
3. Tozoztontli Pequeña Velación	26 marzo a 14 abril	NE o N			Sacrificio de niños en los cerros. Sacrificio de Chalchiuhtlicue.
4. Huey Tozoztli Gran Velación	15 abril a 4 mayo	NE o N			Sacrificio de niños a Tlaloc. Fiesta de Chicomecoatl. Primicias del Maíz.

continuación del cuadro 9

Mes mexicano	*Correlación con el año juliano 1519 (Según Caso)*	*Asociación cardinal*	*Fenómenos solares*	*Fiestas de los 4 dioses creadores, del Sol y de los guerreros*	*Fiestas de los dioses del Tlalocan y del Tamoanchan*	*Fiestas de los dioses de la Tierra, el Fuego y el Infierno*
5. Toxcatl Sequedad	5 mayo a 24 mayo	NE o N	Paso del Sol por el cenit 4 de Toxcatl	Sacrificio de Tezcatlipoca y de Tlacahuepan. Imagen de Huitzilopochtli hecha de tzoalli.		Ofrenda a los muertos. Nacimiento de Yacateuctli.
6. Etzalcualiztli Comida de Maíz y Frijoles	25 mayo a 13 junio	NE o N	Solsticio de verano 18 de Etzalcualiztli		Sacrificio de Chalchihuhtlicue y 9 ehecatl. Sacrificios a Tlaloc. Ayunos y baños de los sacerdotes de Tlaloc.	
7. Tecuilhuitontli Fiestecita de los Señores	14 junio a 3 julio	NO u O			Sacrificio de Huixtocihuatl Sacrificio de Xochipilli.	

					Convites de los señores al pueblo.	
8. Huey Tecuilhuilt Gran Fiesta de los Señores	4 julio a 23 julio	NO u O	Paso del Sol por el cenit 12 de Huey Tecuilhuitl		Sacrificio de Xilonen. Convites de los señores al pueblo.	Sacrificio de Cihuacoatl en el fuego.
9. Miccailhuitontli Fiestecita de los Muertos o Tlaxochimaco Ofrenda de Flores	24 julio a 12 agosto	NO u O				Ofrendas a los muertos. Sacrificios de Mictlanteuctli.
10. Huey Miccailhuitl Gran Fiesta de los Muertos o Xocotlhuetzi Xocotl Cae	13 agosto a 1 septiembre	NO u O		Imagen de Xocotl hecha de tzoalli. Sacrificio de cautivos en el fuego.		Xocotl también dios del fuego. Sacrificios a Yacateuctli.

continuación del cuadro 9

Mes mexicano	*Correlación con el año juliano 1519 (Según Caso)*	*Asociación cardinal*	*Fenómenos solares*	*Fiestas de los 4 dioses creadores, del Sol y de los guerreros*	*Fiestas de los dioses del Tlalocan y del Tamoanchan*	*Fiestas de los dioses de la Tierra, el Fuego y el Infierno*
11. Ochpaniztli Barrimiento	2 septiembre a 21 septiembre	NO u O	Equinoccio de otoño 11 de Ochpaniztli		Sacrificio de Toci y otras diosas. Fiesta del nacimiento de Cinteotl.	
12. Pachtontli Pequeño Heno o Teotleco Llega Dios	22 septiembre a 11 octubre	SO o S			Sacrificios a Ometochtli. Sacrificio de Xochiquetzal.	Llegada de todos los dioses. Sacrificios en el fuego a Xiuhteuctli y Yacateuctli.
13. Huey Pachtli Gran Heno o Tepeilhuitl Fiesta de los Cerros	12 octubre a 31 octubre	SO o S			Ofrendas a imágenes de diosecitos (tepictoton), culebras (cocoa) y vientecillos (ehecatotontin). Sacrificios de va-	

					rios dioses tlaloques y del pulque.	
14. Quecholli Flamenco	1 noviembre a 20 noviembre	SO o S		Fiesta de Mixcoatl como dios de la cacería. Fabricación de armas en el templo. Batida de caza.	Sacrificio de los pulqueros a Izquitécatl.	Celebración de los dioses del infierno.
15. Panquetzaliztli Alzamiento de Banderas	21 noviembre a 10 diciembre	SO o S	Solsticio de invierno 1 de Atemoztli	Fiesta del nacimiento de Huitzilopochtli. Consumo de su imagen hecha de tzoalli. Sacrificio de los huitznahua.	Sacrificio de dioses del pulque.	Sacrificios a Yacateuctli y otros dioses de los mercaderes.

durante Huey Tozoztli en el cerro que lleva el nombre del dios, y acabando en las celebraciones de Etzalcualiztli cuando los principales participantes eran los sacerdotes de Tlaloc en el calmecac. En lo referente al ciclo agrícola, la primavera es la estación de los cultivos de riego o de humedad, todavía llamados tonamil, "milpas de la estación seca". Por eso el mes Atlcahualo se llamaba también Xilomanaliztli, "Ofrenda de Jilotes", y se celebraban las primicias del maíz con el sacrificio a Chicomecoatl en Huey Tozoztli. La estación de verano asociada al oeste cae en la temporada de lluvias y corresponde al ciclo agrícola de temporal. Predominaban entonces las ceremonias dedicadas a las diosas del maíz y de la tierra conectadas con el Tamoanchan y con el occidente, llamado en nahuatl cihuatlampan, "lugar de las mujeres". Culminaba esta estación en el mes de Ochpaniztli, celebrado hacia el equinoccio de otoño, en el que además del dios del maíz, se celebraba a Toci, diosa de la tierra y madre del maíz, patrona también de las médicas y parteras. El otoño, asociado al cuadrante SO y su punto final el sur, era la estación en que se celebraba un grupo de dioses del agua que son también dioses del pulque. En este tiempo, cuando ha terminado la temporada de lluvias, se castran los magueyes que empiezan a rendir aguamiel para la elaboración del pulque. El mes Pachtontli era el apropiado para trasplantar magueyes. Los dioses del pulque recibían colectivamente el nombre centzontotochtin, "cuatrocientos conejos", que se refiere al signo calendárico tochtli, conejo, asociado al sur. Los dioses del pulque son además dioses de los montes; todos ellos se representan con un hacha en la mano. Se les debe considerar también dioses del desmonte y su celebración en la estación seca coincide con el tiempo de hacer las rozas. Uno de ellos, Tepoztecatl, lleva en la mano el hacha de cobre de los carpinteros; se dice que la madera para construcción se cortaba y labraba en los meses de Pachtontli y Huey Pachtli. También en esta estación tenía lugar la fiesta de los cazadores que se celebraba con una batida de caza.

Los meses en que acababa cada una de las cuatro partes del año, Tlacaxipehualiztli, Etzcalcualiztli, Ochpaniztli y Panquetzaliztli, eran también los usuales para el pago de tributos. Dos de éstos coincidían con periodos de cosechas, Etzalcualiztli en el ciclo de tonamil y Panquetzaliztli en el de temporal. En conexión con las fechas de tributación, el rey de Tenochtitlan repartía divisas

y regalos durante las ceremonias de Tlacaxipehualiztli y Ochpaniztli. Las fiestas de los señores, Tecuilhuitontli y Huey Tecuilhuitl, en que distribuían regalos al pueblo tenían lugar después de Etzalcualiztli cuando llegaban los tributos.

El culto a los dioses del infierno, del fuego y de la tierra también se concentraba en cuatro periodos del año. Recuérdese que el nombre del infierno, Mictlan que significa literalmente "lugar de los muertos", es uno de los nombres del norte. En Toxcatl el sol pasa a estar al norte del cenit, es decir, entra al Mictlan. Entonces se hacía ofrenda a los muertos y se celebraba el nacimiento de Yacateuctli. Al acabar el periodo durante el cual el sol pasa por el norte del cenit, se celebraban los meses Miccailhuitontli, "Pequeña Fiesta de los Muertos" y Huey Miccailhuitl, "Gran Fiesta de los Muertos". Se creía que entonces los muertos venían a este mundo desde su morada a visitar a sus parientes vivos y se hacían otra vez sacrificios a Mictlanteuctli y a Yacateuctli. En los meses correspondientes a los cuadrantes sur y este, las fiestas a los dioses de este grupo tenían lugar en Quecholli, Tititl e Izcalli, el periodo del año cuando el sol está más bajo sobre el horizonte y cuando las noches son más largas que los días, es decir cuando en el concepto mexicano el sol pasa la mayor parte del día en el inframundo. Por eso se celebraría entonces el culto del sol en su paso por el río del infierno. En el mes Atemoztli se sacrificaban perros al sol; los perros eran el sacrificio obligado para ayudar a los muertos a pasar el río del infierno. El mismo nombre del mes, Atemoztli, se puede entender también como "Bajada al Agua", es decir, bajada del sol al agua del infierno.

La organización ceremonial

La organización ceremonial era sumamente compleja y ligada estrechamente a la organización política y a la jerarquía social en general. Las grandes ceremonias religiosas requerían la participación de todos los distintos niveles de la sociedad. Había ceremonias en las que el mismo rey actuaba como el sacerdote sacrificador que extraía el corazón de la víctima para ofrecerlo a los dioses. En varias ceremonias había bailes y desfiles en que participaban grupos de nobles, de señoras, de los mancebos de la casa de solteros, o de los jóvenes sacerdotes del calmecac. En

otras ocasiones se requería la participación de grupos profesionales como guerreros, mercaderes, médicas, etc. Y al mismo tiempo que en los templos se celebraban las grandes ceremonias públicas, podía haber celebraciones privadas en cada hogar, dedicadas a los dioses del altar familiar. De este modo la organización de la vida ceremonial se basaba sólo parcialmente en la existencia de un grupo de sacerdotes especializados. Era igualmente fundamental la participación de gente que desempeñaba toda suerte de funciones sociales, sobre todo políticas y militares, las cuales requerían actividades rituales bien fuera por ser parte integrante de esa función o porque la participación en el ritual y la actividad sacerdotal fueran etapas necesarias para el ascenso social del funcionario a través de una escala que combinaba puestos políticos y religiosos.

La preparación de los sacerdotes y la participación en las ceremonias de individuos que asumían temporalmente el papel de sacerdote se conectaba con las casas de varones, en particular con las residencias sacerdotales o calmecac. Ingresaban al calmecac los hijos de los nobles, si bien parece que algunos maceguales también entraban si sus padres habían hecho el voto de dedicarlos al sacerdocio. Las casas de solteros incluían asimismo actividades rituales, en especial las referentes al culto del dios patrón del telpochcalli, Tezcatlipoca, en su advocación de Yaotl Telpochtli, "El Joven Guerrero". Además, los jóvenes del telpochcalli podían pasar a la "casa de sacerdotes", tlamacazcalli. De hecho, desde el punto de vista ceremonial, tanto el calmecac como el telpochcalli tenían actividades rituales y sus miembros actuaban como sacerdotes, si bien en cultos distintos. Sabemos de la existencia en Tenochtitlán de siete calmecac cuyos nombres y dioses patrones se pueden relacionar con los siete calpules originales, según las tradiciones de la migración mexica. Además, había otras dos residencias de sacerdotes dedicadas a los dioses de los mercaderes.

Los miembros del calmecac pasaban por una serie de cuatro rangos que constituía una escala paralela a la de los grados de la jerarquía militar de los ingresados a la casa de solteros. Los muchachos recién entrados eran los "sacerdotillos" (tlamacazton) que se ocupaban de limpiar los templos y allegar las cosas necesarias para el culto. Los sacerdotes jóvenes se llamaban tlamacazque, término que también se aplica al sacerdote en general. Estaban organizados en tandas que se turnaban en velar y tocar

las horas con el tambor durante la noche. Como grupos participaban asimismo en algunas de las grandes ceremonias de los meses, especialmente la de Etzalcualiztli, que era la fiesta de los sacerdotes jóvenes de Tlaloc, dios de la lluvia. Los jóvenes sacerdotes también podían ir a la guerra y alcanzar grados militares según el número de prisioneros que hacían. Algunos sacerdotes, sin embargo, se dedicaban tan sólo a actividades religiosas y recibían el nombre de cuicanime, "cantores". Estos sacerdotes mancebos tenían grados de preeminencia, y de cinco en cinco años subían a ellos conforme más o menos hubieran aventajado en su ministerio. No está claro si estos grados eran los cuatro rangos fundamentales antes descritos, o subdivisiones de ellos. De todos modos, el grado superior al de los tlamacazque era el de los tlenamacac (pl. tlenamacacque), "dadores de fuego", de los cuales parece que había varios dedicados al culto de dioses individuales. El nombre se refiere al acto de incensar los ídolos con copal, que se quemaba en unos braseros de mango largo llamados tlemaitl, "mano de fuego". De entre los tlenamacacque se escogían los dos sacerdotes supremos, los quequetzalcoa o "serpientes emplumadas": el Quetzalcoatl Totec Tlamacazqui, "Serpiente Emplumada Nuestro Señor Sacerdote", al servicio del dios nacional Huitzilopochtli, y el Quetzalcoatl Tlaloc Tlamacazqui, "Serpiente Emplumada Tlaloc Sacerdote", dedicado al dios de la lluvia. Otro grado sacerdotal era el cuacuilli (pl. cuacuacuiltin); había varios títulos sacerdotales conectados con distintos dioses que incluían esta forma, pero como término general parece que se trataba de los sacerdotes viejos. El algunos cultos se habla también de los "viejos" (ihuehueyohuan) de un dios o de los "viejos del calpul" (calpulhuehuetque) con papeles bien definidos en las ceremonias.

Es de suponer que todos los títulos del número considerable de sacerdotes entraran en uno u otro de los grados mencionados; pero por desgracia no se dispone de informes suficientes. Lo que sí describen claramente varias fuentes es que los sacerdotes estaban organizados en tandas que se turnaban en el ejercicio de sus deberes, y que un turno de servicio sacerdotal en el templo alternaba con periodos de residencia en sus moradas privadas. De modo que podían estar casados y vivir con sus familias, pero acudían al templo durante periodos en que, además de las ceremonias, se les exigían ayunos, velaciones y castidad. Uno de los misioneros mejor informados, fray Diego Durán, habla de los "sacerdotes de

remuda" que había siempre en Tlillan Calmecac de la diosa Cihuacoatl. Un término más frecuente en varias descripciones es el de semaneros, porque se turnaban por semanas, si bien esas "semanas" eran, al parecer, al menos en algunos casos, los periodos de veinte días. El nombre nahuatl es tequipane, "el que tiene el oficio". Los que habían cumplido su servicio sacerdotal recibían altos puestos políticos. Esto se describe a veces como un paso más allá del sacerdocio, cuando a los sacerdotes viejos "los jubilaban y ponían en cargo de regimiento u otros oficios honrosos en la república"; otras veces se describe un periodo de servicio preparatorio en el templo antes de asumir un puesto político. De cualquier modo, se trata de una escala de actividades que combina puestos y deberes tanto políticos como religiosos. Esto no quiere decir, sin embargo, que hubiera una escala jerárquica única para todos los segmentos de la población. Las distinciones entre nobles y plebeyos, o entre las actividades civiles y militares, la existencia de varios calpules, distintas profesiones y cultos a los distintos dioses patrones creaban también una especialización de distintos grupos sociales en distintos tipos de culto con diversas organizaciones y jerarquías. Por ejemplo, dedicado especialmente al culto de Huitzilopochtli había un grupo de mancebos que hacían voto de recogerse por un año en la residencia sacerdotal del templo del dios; no habían de ser más de cincuenta y debían ser de sólo seis barrios de la ciudad. Debido a las penitencias a que estaban sometidos, recibían el nombre de "ayunadores de un año", mocexiuhzauhque. Conectado con el mismo culto había un grupo semejante de mujeres recogidas llamadas hermanas de Huitzilopochtli. Los guerreros nobles avocados al progreso en la jerarquía militar mediante la captura de prisioneros, formaban un grupo ceremonial dedicado al culto del sol dedicándole prisioneros el día 4 olin, nombre calendárico del sol; pero los guerreros también ofrecían sus cautivos en otras fiestas más generales, Tlacaxipehualiztli y Xocotlhuetzi. Los mercaderes celebraban fiestas según iban acumulando riquezas; además participaban de modo destacado en las ceremonias de Panquetzaliztli, el mes dedicado a Huitzilopochtli. Las médicas eran de las principales participantes en la fiesta del mes Ochpaniztli dedicado a la diosa Toci, y de la misma manera muchos otros grupos profesionales tenían sus cultos particulares o desempeñaban actividades especiales en las ceremonias generales.

Los calpules eran divisiones ceremoniales que de manera se-

mejante entraban en la organización del ceremonial; de hecho, las tradiciones históricas de los mexicanos explican la existencia de calpules como grupos dedicados cada uno al culto de un dios distinto. Otro rasgo importante de la organización ceremonial, ya mencionado, es el de individuos que hacían votos o promesas de asumir cierta función en una ceremonia. Ejemplos adicionales son los de los enfermos de la piel que hacían voto de vestirse los pellejos de los sacrificados a Xipe, o el de las mujeres que hacían voto de preparar la comida en la fiesta de Tezcatlipoca en el mes Toxcatl.

Los aspectos económicos de la organización ceremonial también muestran la diversidad de los grupos participantes. Los almacenes reales proveían los bienes que se distribuían en algunas ceremonias, los atavíos que usaban quienes tomaban parte en ellas, y esclavos como víctimas para algunos sacrificios. Los templos podían disfrutar de tierras asignadas para producir lo necesario al culto. En otros casos un grupo de gente se cotizaba para obtener lo necesario; por ejemplo, se dice de los plumajeros que cuando no había un patrocinador de la fiesta, todos ellos se repartían el gasto, contribuyendo cada uno con una manta de algodón (quachtli) para comprar un esclavo que representara a su dios en el sacrificio. El patrocinio individual de una ceremonia con la riqueza propia era una manera muy importante de sostener el culto. En algunos casos, el patrocinador tenía bienes adscritos a su posición social que proveían lo necesario, como es el caso de los gastos para las ceremonias de los que asumían el título de teuctli. En otros casos el patrocinador acumulaba bienes antes de poder costear la ceremonia, como ocurría con los mercaderes y artesanos que compraban esclavos para el sacrificio. A veces la participación en la vida ceremonial exigía gastos que mermaban seriamente la hacienda del participante. De los ayunadores que entraban un año al servicio de Huitzilopochtli se dice que debían pagar varias cantidades de comida y de mantas con que comprar tea, tanto, que a veces tenían que vender sus tierras, o las perdían por no poder pagar el tributo.

Además de la organización esbozada que se conecta con las grandes ceremonias públicas, existían varios tipos de adivinos y curanderos cuyas actividades a veces se relacionaban con el culto público, como el de las médicas en el mes Ochpaniztli; pero que actuaban principalmente en las ceremonias familiares conectadas

con episodios del ciclo de la vida. El grupo más importante era el de los médicos (ticitl), quienes adquirían sus conocimientos en una visión, interpretada como muerte transitoria o viaje al otro mundo, durante la cual la diosa Toci les daba instrucciones y los objetos que usaban en su oficio. Como la diosa, el mayor número de estos médicos eran mujeres viejas. Esta parte de la religión prehispánica es la que más sobrevivió después de la Conquista, y de hecho nuestros mejores informes se refieren a las prácticas que todavía prevalecían durante el siglo diecisiete.

Mesoamérica ante la Conquista

La naturaleza de la sociedad mexicana prehispánica y su distribución geográfica forma un antecedente fundamental para explicar el proceso de Conquista y colonización españolas.

La España del siglo XVI, como los demás países europeos en los comienzos de su expansión ultramarina, no iba en busca de tierras vírgenes donde establecer su población excedente. Buscaba países ricos en los que se pudiera comerciar, y de ser posible saquear y conquistar. Las zonas de poca población aborigen del norte de México, como California, o la Pampa, que también fueron descubiertas muy temprano, no atrajeron para nada a los descubridores. Fueron regiones como Mesoamérica, y poco después Perú, con su numerosa población civilizada, las que fueron metas de la Conquista y se convirtieron en los centros del imperio español en las Indias. La población mesoamericana había acumulado ya una riqueza sobre todo en forma de metales preciosos en los tesoros de sus soberanos, joyas de sus dirigentes, objetos de culto y adornos de los templos que pudieron ser apropiados directamente en la guerra de Conquista. La población mesoamericana era lo suficientemente numerosa y técnicamente avanzada para ser explotada después de la Conquista, utilizando el mismo sistema de producción de la civilización aborigen y apropiándose el excedente en forma de tributo. Más aún, la población indígena podía suministrar la mano de obra necesaria para las nuevas empresas económicas de los españoles, primero mediante varias formas de trabajo forzado y pronto también como asalariados libres. Y las nuevas masas sometidas avivaron asimismo el celo misionero de los españoles que santificaron su Conquista incorporándolas a la grey cristiana.

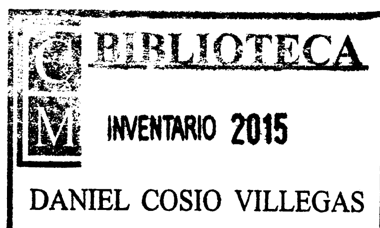
Facilitaron la guerra de Conquista algunos rasgos de la organización política prehispánica. Los pueblos indígenas vivían en sociedades estratificadas que tenían diferencias bien marcadas entre gobernantes y gobernados; las masas campesinas estaban acostumbradas a obedecer y pagar tributo, y las unidades políticas prehispánicas habían desarrollado organismos administrativos de dominación. Mesoamérica no estaba políticamente unificada; había gran número de unidades y formas graduales de reconocer el dominio de grupos extranjeros. Las guerras de saqueo y conquista eran corrientes entre los señoríos prehispánicos que repetidas veces caían bajo el dominio extranjero, viéndose obligados a pagar tributo, aceptar colonos y nuevas dinastías reinantes, así como adoptar distintos cultos religiosos. Los conquistadores españoles aprovecharon esta situación. La división política les permitió encontrar aliados indígenas para desbaratar el poderío tenochca, y una vez dominados los centros políticos, los señores locales y las masas campesinas aceptaron con facilidad a los nuevos dominadores. Ya consumada la Conquista, los españoles pudieron pretender que restauraban los derechos de los señoríos antes conquistados por los tenochcas, y lograron usar el estamento indígena dominante para un sistema de gobierno indirecto a través de los propios caciques indios. Una vez establecido el dominio español, los recursos de la región mesoamericana fueron la base para la expansión hacia las regiones más primitivas del Bajío y el Norte. Si bien los pueblos indígenas de esas regiones no tenían riquezas que atrajeran la codicia de los conquistadores, pronto se descubrió el potencial minero y ganadero del país. Para las nuevas empresas y ciudades que fundaron los españoles, los pueblos mesoamericanos del centro de México aportaron la mayor parte de los pobladores que, como trabajadores de las minas y como campesinos, hicieron posible esa expansión. Los mismos tlaxcaltecas, que habían ayudado a la conquista de Tenochtitlan, tarascos y otomíes, formaron la base para la colonización de regiones medio deshabitadas u ocupadas por indios pobres e indomables.

Se puede decir que Mesoamérica, en las condiciones del siglo XVI, era un país eminentemente conquistable para los europeos. Estaba lo suficientemente civilizado para atraer los intereses de la expansión española, pero no lo bastante avanzado en la técnica militar y la organización política para poder oponer una resistencia como la de los pueblos del norte de África y del Oriente que en

los mismos siglos hicieron fracasar los intentos de conquista y colonización ibéricos. La población y la cultura mesoamericanas fueron, por lo tanto, un antecedente y componente fundamental en el proceso de formación de la nación mexicana. Durante toda la época colonial la población indígena fue la mayoría del país, principalmente de la masa campesina, y la cultura mesoamericana dejó su huella también en la cultura de mestizos y criollos. Desde sus orígenes el sentimiento nacionalista reivindicó los antecedentes prehispánicos como base de la personalidad cultural de la nación y la revolución ensalzó el indigenismo como parte de la redención de los campesinos.

El crecimiento gradual de la población criolla y mestiza y la asimilación de gran parte de la población indígena, relegó a la población estrictamente india a un papel marginal, pero continúan vigorosos los componentes indígenas de la cultura mexicana moderna. La preservación de las reliquias del pasado, la inspiración indígena en el arte contemporáneo, las danzas y artesanías de los indios actuales, se fomentan cada vez más para la exaltación de los valores nacionales y el consumo del turismo.





Se terminó de imprimir en el mes de junio de 1977 en Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 15 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Cuidaron de la edición el Centro de Estudios Históricos y el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

Nº 9644

1

Este volumen, primero de los cuatro que comprende la *Historia general de México*, está dedicado fundamentalmente al México prehispánico. De su estudio se ocupan José Luis Lorenzo, Ignacio Bernal y Pedro Carrasco. El primero hace una pormenorizada y amena relación de la llegada del hombre a estas tierras y del establecimiento de sus primeras sociedades. El desarrollo ulterior de las civilizaciones mesoamericanas es analizado a lo largo de sus tres etapas fundamentales –olmeca, teotihuacana y mexicana– por Ignacio Bernal en un compendio breve pero ilustrativo. Con todo detalle es estudiada la sociedad mexica antes de la conquista. Un concienzudo estudio de las abundantes fuentes que nos permiten acercarnos a esta sociedad, la mejor conocida del mundo prehispánico, fundamenta el amplio trabajo de Carrasco. Preceden a estos estudios y a la obra toda en general unas "Consideraciones corográficas", o sea reflexiones sobre el territorio de México y sus regiones: constituyen un análisis y una descripción originales y penetrantes de la geografía mexicana, siempre desde la perspectiva de un historiador –Bernardo García Martínez– que escribe para un libro de historia. En breves páginas, hace la presentación de esta *Historia general de México* su iniciador y coordinador, don Daniel Cosío Villegas.